PACHO O' DONNELL

LOS HÉROES MALDITOS



DEBOLS!LLO

Mario O'Donnell

Los héroes malditos

Debolsillo

SÍGUENOS EN

megustaleer


@Ebooks


@megustaleerarg


@megustaleerarg_

Penguin Random House Grupo Editorial

A José María Rosa, en recuerdo
de nuestras conversaciones en La Barra.

A la memoria del Instituto "Dorrego".

“¿Quién ignora que la primera ley de la historia es no osar decir nada falso y no temer confesar toda la verdad?”

Cicerón

Prólogo

Es frecuente que me pregunten, más allá de las argumentaciones teóricas, cuáles son en la práctica las diferencias entre la corriente histórica liberal, la que siempre nos enseñaron y contaron, y la versión nacional, popular, federal e iberoamericana, es decir, el revisionismo histórico. Este libro pretende dar testimonios de ello: hablar de aquello que la historiografía oficial falsea, disimula o calla.

El primer capítulo es un ejemplo de lo que vendrá después. En escuelas y colegios nos enseñaron el desembarco del primer avanzado de la invasión europea a nuestras tierras —que así es como debe llamarse el supuesto "descubrimiento de América"— con claras simpatías por los intrusos. No podía ser de otra manera, pues nuestros historiadores fundacionales, luego de Caseros y de Pavón, imaginaron y concibieron a nuestra Argentina como un apéndice de la potencia de entonces, Gran Bretaña. Para las oligarquías vernáculas se trataba de tener una historia europea y no americana a fin de paliar el "infortunio" de haber nacido de este lado del océano. Por eso, para hablarnos de la América previa a la llegada de Colón, nos hacen estudiar las dinastías y guerras europeas de entonces, y poco o nada nos cuentan de lo que sucedía en nuestra América.

Hemos dibujado y calcado a Juan de Solís como un hombre blanco, de buen porte, brillantes su yelmo y su armadura, al amparo de una cruz portada por un sacerdote. Y nos conmovemos cuando unos seres bestiales con forma humana se arrojan sobre él y sus colaboradores y los matan y supuestamente los descuartizan y se los comen. Así es como hacen su aparición en nuestras mentes dóciles los pueblos originarios, los lúcidos y valientes habitantes de nuestra tierra que se anticiparon a las bárbaras intenciones de los invasores.

En estas páginas, que recorren hechos desde la resistencia de los querandíes hasta la traición de Urquiza y el derrocamiento de Rosas,

nos enteramos de que el fraile Las Casas, publicitado por España para contradecir la leyenda negra de la Conquista, defendía a los indígenas pero en cambio favorecía la importación y la explotación de africanos. Que la rebelión contra el colonizador hispánico no comenzó en 1810 al amparo de las ideas de la Revolución francesa, sino como continuación de las sublevaciones indígenas que dieron grandes jefes en nuestro territorio, como Tupac Katari, Juan Calchaquí o Juan Viltipoco. Que si Belgrano hubiese debido escribir su profesión sobre una línea de puntos habría vacilado entre educador o economista, nunca militar. Que muchas damas ricas de Buenos Aires intimaron con los invasores ingleses en 1806. Que los más importantes protagonistas de Mayo poco tiempo antes habían alentado a Carlota, la hermana del rey cautivo de España y esposa del emperador portugués, a gobernar en Buenos Aires. Que hubo corrupción en la Junta de Mayo. Que la primera pueblada, un antecedente casi calcado del 17 de octubre de muchos años después, fue la revolución de los orilleros del 5 abril de 1811. Que se perdían batallas por internas políticas.

Es tarea fundamental del revisionismo histórico recuperar personas y circunstancias devaluadas, como es el caso del gran José Gervasio Artigas, pionero y mártir del federalismo rioplatense. También los caudillos altoperuanos. Asimismo, completar la versión mutilada que nos brindan de algunos, como es el caso de Martín Güemes, de quien sólo se reivindica el coraje y no se cuenta que fue un jefe popular adorado por los humildes y que pagó por ello con su vida.

Es preciso poner en superficie aquello que nos choca y que parece insostenible en un relato histórico pacato y almidonado: en las reuniones de julio de 1816 en Tucumán, no sólo se debatía sobre la independencia sino que, además, ante la invasión brasileño-portuguesa a la Banda Oriental, se negociaba con la corona de Portugal la posibilidad de pasar a depender de ella. O que en Guayaquil nada hubo de misterioso sino que la historia escrita en Buenos Aires debió ocultar que se había dejado en el mayor desamparo a nuestro héroe máximo obligándolo a buscar ayuda en el otro libertador americano. Que hoy Uruguay es un país separado del nuestro por una sucesión de contingencias deplorables y no casuales

que terminó en la traición de quien, obedeciendo intereses británicos, hoy da su nombre a la que suponemos la avenida más larga del mundo.

La versión nacional, popular, federal e iberoamericana de nuestra historia nos propone dudar de lo que nos imponen como certezas: ¿Rosas fue derrocado por tirano que se oponía a dictar una constitución o porque se negaba a arrodillarse ante la “religión” del libre mercado que propagaba Gran Bretaña y que tenía poderosos acólitos en nuestro territorio? He aquí una de las claves revisionistas: volver a hacernos preguntas cuyas respuestas de la historia oficial liberal deben ser revisadas.

1
Nuestros valientes antepasados

Sin duda los primeros malditos en nuestro territorio han sido y continúan siendo los indígenas. En tiempos de la conquista española sufrieron el inhumano despotismo de la codicia; hoy son víctimas de la miseria y de la discriminación en un país latinoamericano en el que el setenta por ciento de los niños que aparecen en las campañas publicitarias son rubios y de ojos claros.

Las noticias que el extremeño Núñez de Balboa hizo llegar del descubrimiento, el 25 de septiembre de 1513, del "Mar del Sur" (océano Pacífico), se difundieron por toda España y se supieron también en Portugal. Los portugueses no dudaron entonces de la existencia de un paso interoceánico a partir de las revelaciones del viaje de Vespucio en 1502 y de Coelho en 1503.

Decididos a no dejarse ganar de mano otra vez por su vecina ibérica despacharon clandestinamente una expedición a cargo de Nuño Manuel y Cristóbal de Haro, que debía recorrer la costa del actual Brasil hasta hallar la comunicación entre los océanos. Se internaron en nuestro río de la Plata y exploraron el Paraná Guazú, sin avanzar más allá por el calado de sus naves, aunque quedaron convencidos de que se trataba del paso buscado.

La noticia se difundió pronto por Europa y el geógrafo alemán Schöner dibujó en 1515 un globo terráqueo en el cual se ve a Sudamérica dividida a la altura del río de la Plata por un estrecho que comunica el Atlántico con el Pacífico.

En España las novedades del descubrimiento del "Mar de Sur" en 1513, primero, y el viaje clandestino de Nuño Manuel y Cristóbal de Haro al año siguiente, urgieron a sus reyes a enviar una armada para adueñarse de ese supuesto canal interoceánico y, luego de franquearlo, extender sus dominios por el oeste de las Indias

Occidentales.

“Habéis de mirar que en esto ha de haber secreto e que ninguno sepa que yo mando dar dinero para ello ni tengo parte en el viaje”, escribía el monarca español en sus instrucciones al piloto mayor del Reino, Juan Díaz de Solís, en 1515, al enviarlo hacia la América meridional.

La suerte no acompañará a dichos conquistadores europeos pues no les sucederá lo que a Hernán Cortés, a quien Moctezuma y su corte recibirán con honores, convencidos de que eran la encarnación del dios Quetzalcóatl profetizada por los augures. Tampoco lo que a Pizarro, quien invadirá el imperio incaico y apresará sin dificultades a su soberano, más ocupado en litigar con su hermano Huáscar que en defenderse de los intrusos.

Nuestros querandíes, a quienes la historia divulgada trata de salvajes poco menos que animalizados, deben ser reconocidos como más sagaces que sus hermanos americanos ya que no confundieron a los españoles con dioses y no dudaron de que se trataba de enemigos. No se dejaron impresionar por aquellas naves descomunalmente más imponentes que sus piraguas, por aquellos piafantes animales que arrojaban humo por sus narices y corrían a la velocidad del rayo, ni tampoco por aquellas pieles rígidas que sus flechas no atravesaban y que refulgían al sol como la plata que los conquistadores imaginaban abundante en los dominios del “Rey blanco”.

Los mataron luego de incitarlos al desembarco tentándolos sagazmente desde la orilla con objetos dorados y plateados que destellaban hasta encandilarlos. También con agua, frutas y peces, preciadísimos luego del prolongado y azaroso cruce del océano. El cronista Herrera, integrante de la expedición, relató que “los indios tomando a cuestas a los muertos, y apartándoles de la ribera hasta donde los del navío los podían ver, cortaban las cabezas, brazos y pies, asaban los cuerpos enteros y se los comían”.

Cabe dudar de estos relatos sobre canibalismo, que se repetirán a lo largo de toda la Conquista, con escasas confirmaciones, que tenían por objetivo horrorizar a los europeos y así justificar las intervenciones “civilizadoras” que provocaron la casi extinción de los habitantes

americanos.

En cambio, el cronista alemán Ulrico Schmidl, integrante de la segunda expedición al río de la Plata capitaneada por Pedro de Mendoza, dará cuenta de canibalismo por parte de los europeos, sitiados y hambreados por los indómitos americanos: “Estos querandíes traían a nuestro real y compartían con nosotros sus miserias de pescado y de carne por catorce días sin faltar más que uno en que no vinieron. Entonces nuestro general, Pedro de Mendoza, despachó a su propio hermano con 300 lanceros y 30 de a caballo bien pertrechados; yo iba con ellos y las órdenes eran bien apretadas, de tomar presos o matar a todos estos querandíes y de apoderarnos de su pueblo. Mas cuando nos acercamos a ellos había ya unos 4.000 hombres porque habían reunido a sus amigos”.

La torpe provocación de los recién llegados y la consiguiente enemistad de los indios, los mismos que habían dado cuenta de Solís y los suyos, obligaron la retirada de los españoles, que debieron recluirse detrás de las empalizadas de la recién fundada “Santa María de los Buenos Ayres”.

“Así aconteció que llegaron a tal punto la necesidad y la miseria, que por razón de la hambruna no quedaron ni ratas, ni ratones, ni culebras, ni sabandija alguna que nos remediase en nuestra gran necesidad e inaudita miseria; llegamos hasta comernos los zapatos y los cueros todos”.

No fueron esos los únicos alimentos de los conquistadores europeos, según el mismo cronista: “Tres españoles habían hurtado un caballo y se lo comieron. (…) Se los condenó y colgó de una horca. Ni bien se los había ajusticiado y cada cual se fue a su casa, aconteció en la misma noche por parte de otros españoles que ellos han cortado los muslos y unos pedazos de carne del cuerpo y los han llevado a su alojamiento y comido. También ha ocurrido que un español se ha comido a su propio hermano muerto. Esto ha sucedido en el año de 1536 en nuestro día de Corpus Christi en la sobredicha ciudad de Buenos Aires”.

Puede darse crédito al asunto pues quedará también el testimonio en verso de otro integrante de la malhadada expedición, Luis de

Miranda:

Allegó la cosa a tanto
que como en Jerusalén
la carne de hombre también
la comieron.
Las cosas que allí se vieron
no se han visto en escritura:
comer la propia asadura
de su hermano.

Las versiones de la nefanda suerte de aquellos primeros españoles que se atrevieron a hollar las tierras de lo que hoy es nuestro país han sido siempre expuestas con solidaridad hacia los conquistadores, lo que constituirá el acto inicial del drama de una Argentina siempre pensada desde los otros, desde intereses distintos y casi siempre antagónicos a los nacionales y a los de sus mayorías populares. (2, 43)[*].

[*] Estos números indican las referencias bibliográficas ordenadas al final del libro.

2
El humanitario esclavista

Las descripciones de los habitantes de las Indias que se difundieron en Europa durante el siglo XV y hasta mediados del XVI eran fantasías monstruosas, no ingenuas, ya que se proponían horrorizar para justificar las atrocidades civilizadoras y cristianizadoras. Ya Colón, en su *Diario*, escribe que "vido tres sirenas que salieron bien alto de la mar, pero que no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara".

No termina ahí la cosa, pues don Cristóbal, en una de sus cartas a Gabriel Sánchez, le cuenta que a "la gente con cola" podía encontrársela en la parte poniente de la isla Juana, en la provincia llamada Nuan, "adonde nace esta gente". En su segundo viaje le llegó el conocimiento de que "en Mangi todas las gentes tenían rabo de más de ocho dedos de largo".

Durante muchos años se negó a los indígenas americanos la condición de seres humanos y se los describía como "animales de aspecto semejante al de los hombres". Finalmente una bula papal del 9 de junio de 1537, casi medio siglo después del "descubrimiento", concluirá que los del Nuevo Mundo eran "verdaderos hombres, racionales y dotados de un alma".

En hipócrita acatamiento de las formales instrucciones para tratar a los indios como súbditos y vasallos de los reyes y de proveer los medios de instruirlos en la fe cristiana, se estableció el sistema de la "encomienda", que fue causal de exterminios.

Para oponerse a la "leyenda negra" engendrada por el genocidio de más de cien millones de americanos, España ha dado relieve y publicidad al sincero pero inocuo humanitarismo de algunos sacerdotes, en especial fray Bartolomé de Las Casas, llamado el "apóstol de los indios", quien defendió en América y en España la idea

de una colonización pacífica y denunció ante la Corona española las atrocidades que se cometían en nombre de Dios: "El fin que en las Indias y de las Indias (…) deben pretender los reyes de España, como cristianísimos, es la predicación de la fe para que aquellas gentes se salven. Y los medios para efecto de esto no son robar, escandalizar, cautivar, despedazar hombres y despoblar reinos y hacer heder y abominar la fe y religión cristiana entre los infieles pacíficos, que es propio de crueles tiranos enemigos de Dios".

El caso de Las Casas presentará un flanco poco divulgado, que pondrá en cuestión su tan promocionado humanitarismo: fue un activo propulsor del tráfico de esclavos, acusándolo algunos historiadores de haber sido su iniciador y su justificador, ya que el fraile proponía la sustitución de indios por negros en minas y encomiendas. Fray Bartolomé no rechazaba la esclavitud, siempre y cuando fuera "legítima", es decir, africanos aprisionados en "buena guerra" o adquiridos por compra a sus "legítimos dueños". Éstos fueron en Europa los principios que justificaban la trata de esclavos, a la cual se dedicaba principalmente Portugal por detentar las fuentes de "materia prima": sus colonias en África.

Las Casas propugnaba el tráfico de esclavos en América para así aliviar la suerte de sus queridos indios. Para proporcionar a los colonos de las Antillas la necesaria mano de obra, había incluido en sus propuestas de 1516 y 1518 la importación de cupos de negros. Todavía en 1531 pedía que se trajesen de 500 a 600 esclavos a cada una de las islas antillanas y que el rey concediese créditos a los colonos para su adquisición.

En el ocaso de su vida fray de Las Casas, que fue servido personalmente por esclavos, consciente del error cometido, vivió atormentado y convencido de que su esclavismo merecería la condena eterna.

También en nuestro territorio se difundió la aceptación de la esclavitud por parte de los religiosos. Antes de su expulsión, los jesuitas empleaban en sus estancias mano de obra africana. En Córdoba se cuentan en 1686, con la misma jerarquía que los animales, "300 esclavos, 11.000 ovejas, 5.000 caballos, 3.000 vacunos y 1.000

mulas". En 1767, en la estancia de Alta Gracia, la peonada contaba con 140 negros y 170 negras para ocuparse de quince mil cabezas de ganado. (38, 39, 65, 66).

3
Mujeres de la Conquista y la colonia

Otra postergación de nuestra historia oficial, que reproduce la que hasta hoy tiene lugar en los distintos ámbitos de la sociedad, es la de la mujer. Sólo en los tiempos modernos, y todavía con retaceo, ha habido reconocimiento hacia algunas de ellas, como Julieta Lanteri, Alicia Moreau de Justo y, sobre todo, Eva Perón. En la época de nuestras guerras independentistas pueden recatarse, como lo he hecho en anteriores publicaciones, a Juana Azurduy, las “Heroicas Cochabambinas” y “la Delfina”. (110, 113).

La postergación era, justamente, el tema del reclamo de Isabel de Guevara, integrante de la expedición de Mendoza, a la reina de España, a quien escribe veinte años después de la fracasada expedición:

“Muy Alta y poderosa Señora:

”A esta provincia del Río de la Plata, con el primer gobernador de ella, Don Pedro de Mendoza, hemos venido ciertas mujeres entre las cuales ha querido mi ventura que fuese yo la una. Y como la armada llegase al puerto de Buenos Aires con mil e quinientos hombres y les faltase el bastimento, fue tamaña el hambre, que a cabo de tres meses murieron los mil (…) Vinieron los hombres en tanta flaqueza que todos los trabajos cargaban a las pobres mujeres, así en lavarse las ropas como en curarles, hacerles de comer lo poco que tenían, a limpiarlos, hacer centinela, rondar los fuegos, armar las ballestas cuando algunas veces los indios les venían a dar guerra, poner fuego a los versos y a levantar los soldados, los que estaban para ello, dar alarma por el campo a voces, sargenteando y poniendo en orden los soldados. Porque en este tiempo, como las mujeres nos sustentamos con poca comida, no habíamos caído en tanta flaqueza como los hombres. (…) He querido escribir esto y traer a la memoria de Vuestra

Alteza para hacerle saber la ingratitud que conmigo se ha usado en esta tierra, porque al presente se repartió por la mayor parte de lo que hay en ella, asi entre los antiguos como entre los modernos, sin que de mí y de mis trabajos se tuviesen ninguna memoria, y me dejaron de fuera sin me dar indios ni ningún género de servicios".

No fue la única en demostrar valor: en España don Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el indómito aventurero que había caminado América desde el Atlántico hasta el Pacífico y desde la Florida hasta Asunción, había sido condenado a la pérdida de su adelantazgo y no tenía por sus capitulaciones el derecho a nombrar sucesor. Está vacante el título y se lo adjudica, el 22 de julio de 1547, el extremeño Juan de Sanabria, pariente de Hernán Cortés. Pero muere antes de emprender el viaje y le sucede en el título su hijo Diego, que no se dio prisa a embarcarse no obstante el impulso que a la empresa daba su madre, doña Mencia Calderón. Finalmente, ante la prolongación de la demora, la decidida doña Mencia zarpó en abril de 1550 sólo acompañada de sus hijas mujeres y las doncellas que aspiraban a casarse con residentes en Asunción.

Uno de los pilotos de la expedición escribiría al príncipe Felipe: "(En las naves) venían cincuenta mujeres casaderas y doncellas para poblar la tierra. Mandaba Vuestra Alteza, por su Consejo Real de Indias, que trajera esta gente y señoras y las mujeres doncellas al Río de la Plata y las entregase todas al gobernador".

Las naves naufragan en una borrasca atlántica y quienes logran sobrevivir van a dar al puerto brasileño de San Vicente. Su gobernador, Thome de Souza, retiene catorce meses a las españolas. Finalmente doña Mencia logra huir con sus hijas y algunas de las doncellas y emprenden el largo y dificultoso camino a Asunción.

Durante el viaje, atravesando selvas y trepando montañas, sufren penalidades infrahumanas, acosadas por indios que ya han aprendido que los blancos son sus enemigos mortales y por enfermedades desconocidas ante las cuales sus organismos no tienen defensas. No pocas murieron de pestes, hambre, sed y fatiga, también de heridas de flecha o lanza que provocaban siniestras infecciones.

Finalmente algunas consiguieron llegar a Asunción en marzo de

1556, seis años después de haber salido de España, doña Mencia entre ellas. Fueron recibidas con admiración por su epopeya y con entusiasmo por los casaderos. Fue así como doña Mencia de Sanabria, hija de doña Mencia, esposaría con Hernando de Trejo, siendo padres de fray Hernando de Trejo y Sanabria, obispo de Tucumán y fundador de nuestra Universidad de Córdoba; años más tarde, viuda, volvería a casarse con Martín Suárez de Toledo, el compañero de Cabeza de Vaca, de cuya unión nacería Hernando Arias de Saavedra, conocido como "Hernandarias", futuro caudillo del Plata.

No faltará tampoco, en aquellos tiempos y en nuestras tierras, el caso extraordinario de la mujer que, no resignada a la postergación de su sexo, asumirá la identidad masculina: "Nací yo, doña Catalina de Erauso, en la villa de San Sebastián, de Guipúzcoa, en el año de 1585, hija del capitán don Miguel de Erauso y de doña María Pérez de Galarraga y Arce, naturales y vecinos de aquella villa". Así puede leerse en la solicitud de "jubileo", es decir de perdón por sus faltas, que Catalina dirigiese al Papa.

Su infancia estuvo presidida por el abandono de sus padres. Desde los cuatro años convivió con las monjas del convento de dominicas de San Sebastián el Antiguo porque una tía suya deseaba encarrilarla hacia la vida contemplativa. A los quince años, siendo ya novicia, tuvo un altercado con una monja, según ella misma anota: "Era ella robusta y yo muchacha; me maltrató de mano y yo lo sentí". Aquella misma noche, el 18 de marzo de 1600, Catalina robó las llaves del convento y se escapó mientras las monjas rezaban maitines, decidida a no aceptar la femineidad que aquella sociedad de hombres reservaba para una mujer.

Ya decidida a hacerse pasar por varón se enroló como grumete en la flota de don Luis Fajardo y partió a la aventura americana. En Nombre de Dios (hoy Panamá), punto final de su viaje, decidió abandonar la vida marinera, "cogiéndole quinientos pesos" al capitán.

En Saña ejerció de tendero y fue allí donde inició su vida de espadachín propenso a los altercados. Cierta vez había ido a presenciar una obra de teatro a un "corral de comedias" pero el corpulento espectador de la fila delantera le impedía ver el escenario.

Catalina le pidió que se apartara pero recibió una respuesta amenazante: “O te vas o te corto la cara”.

Al día siguiente, la Erauso volvió al “corral” para encontrar al insolente, se le acercó por detrás y cuando el otro se dio vuelta diciendo “¿qué quiere?”, “dije yo: ‘Ésta es la cara que se corta’ y dile con el cuchillo un refilón que le valió diez puntos. Él acudió con las manos a la herida; su amigo sacó la espada y vino a mí y yo a él con la mía. Tiramos los dos y yo le entré una punta por el lado izquierdo, que lo pasó y cayó”.

Como consecuencia de esta trifulca, se vio obligada a buscar refugio en una iglesia, de donde la sacó su amo bajo la condición de que matrimoniara con una tal Beatriz de Cárdenas. Muy atractiva debía de resultar Catalina con su indumentaria de hombre pues tuvo que quitarse de encima a la tal Beatriz de malos modos: “Y una noche me encerró y declaró que a pesar del diablo habría de dormir con ella; apretándome en esto tanto, que tuve que alargar la mano y salirme”.

Por aquel entonces se buscaban soldados para seis compañías que iban a Chile, y Catalina sentó plaza en una de ellas a las órdenes del capitán Gonzalo Rodríguez. Allí su destino estuvo en el presidio de Paicabí, uno de los más peligrosos, donde combatió contra los indios a lo largo de tres años. En un ataque de los naturales del lugar mataron al alférez y capturaron la bandera. Catalina se abalanzó a recuperarla y en la acción murieron los soldados que la acompañaron y ella quedó gravemente herida: “Yo, con un mal golpe en una pierna, maté al cacique que la llevaba (la bandera), se la quité y apreté con mi caballo, atropellando, matando e hiriendo a infinidad, pero malherido y pasado de tres flechas y de una lanza en el hombro izquierdo; en fin, llegué a mucha gente y caí luego del caballo”.

En reconocimiento a su heroísmo se la nombró alférez y durante cinco años desempeñó tal cargo; incluso mandó la compañía cuando el capitán Rodríguez murió en Puren. Es que Catalina era un verdadero “pacificador”, como lo demuestra este párrafo de su “jubileo”: “Me topé con un capitán de indios, ya cristiano, llamado don Francisco Quispiguaucha, hombre rico, que nos traía bien inquietos con varias alarmas que nos tocó, y batallando con él, lo derribé del caballo y se

me rindió. Yo lo hice al punto colgar de un árbol”.

Cronistas de la época registran que, en otra de sus acostumbradas pendencias, la mujer a quienes todos creían hombre mató a su propio hermano, también soldado. Huyendo de la justicia se afincó durante un tiempo en Tucumán para luego seguir camino hacia el Alto Perú. Otro grave incidente lo protagonizó en La Paz, donde despachó con su espada al criado del corregidor Barraza y fue condenada a muerte por ello, aunque logró escapar empleando un truco eficaz y escandaloso. Antes de ser ejecutada solicitó la gracia de confesar y comulgar, y cuando le dieron la hostia se la quitó de la boca y la apretó en su mano, amenazando con dejarla caer al sucio suelo. El revuelo consiguiente fue extraordinario; Catalina nos lo cuenta en su informe al Papa: “Me rayeron la mano y me la lavaron diferentes veces y me la enjuagaron, y despejando luego la iglesia y los señores principales, me quedé allí. Esta advertencia (el truco empleado) me la dio un santo religioso franciscano, que en la cárcel había, dándome consejos y que últimamente me confesó”.

Fue expulsada con la promesa de no regresar jamás. En Cuzco, indomable, participó en otro incidente por causa del juego, dando muerte a un individuo llamado Cid, que había intentado robarle dinero. En la reyerta resultó herida de gravedad y ante situación tan comprometida en que se hallaba reveló su condición de mujer al obispo Carvajal.

Imaginable es la incredulidad del religioso. Por ello decide verificar tan extraordinaria confesión: “Como a las cuatro entraron dos matronas y me miraron y se satisfacieron y declararon después ante el obispo, con juramento, haberme visto y reconocido cuanto fue menester para certificarse y haberme hallado virgen intacta, como el día en que nací”. El obispo decidió acoger a Catalina bajo su protección y fue así como nuevamente esta pionera del “travestismo” volvió a tomar el hábito.

De regreso en España, ya célebre, despertó la curiosidad de Felipe IV, quien no sólo la escuchó con atención sino que además mandó darle “cuatro raciones de alférez y treinta ducados”. Allí la retrataría el afamado pintor Pacheco.

La Euraso pasó los últimos años de su azarosa vida en Veracruz, ejerciendo como arriera, transportando pasajeros y equipajes a México. Uno de sus clientes fue fray Diego de Sevilla, que nos proporcionó el último retrato de la “monja alférez”, antes de su muerte en 1650: “Andaba en hábito de hombre (…) traía espada y daga con guarniciones de plata y me parece que sería entonces como de cincuenta años, (…) era de buen cuerpo, no pocas carnes, color trigueño, con algunos pocos pelillos por bigote”. (36, 70, 127).

4
Arar y cavar por nuestras manos

En 1590 los habitantes de Buenos Aires, por intermedio del guardián del convento de San Francisco, escriben al rey Felipe II quejándose de su suerte:

"Estas pobres tierras hubieran sido un paraíso para ingleses puritanos acostumbrados a las tareas mecánicas y manuales, pero son una condena en manos de gente noble y de calidad como nosotros que a falta de moros y judíos de quien servirse y sin indios mansos a la vista, debemos arar y cavar por nuestras manos".

La mayor parte de los inmigrantes peninsulares pertenecen a los estratos sociales más bajos en sus ciudades de origen. Fray Miguel Herrera, miembro de la Compañía de Jesús, informará: "En esta parte del Nuevo Mundo son tenidos como nobles todos los que vienen de España, o sea todos los blancos; se los distingue de las demás gentes en el lenguaje, en el vestido, pero no en la manutención y habitación, que es la de mendigos, no por eso dejan su ufanía y su soberbia, desprecian todas las artes; el que algo entiende y trabaja con gusto es despreciado como esclavo; por el contrario, el que nada sabe y vive ociosamente, es un caballero, un noble".

Esta diferencia entre españoles y criollos fue el origen de la que será recordada como "la rebelión de los mancebos", no resaltada por nuestra historia divulgada que "olvida" jerarquizar aquellos movimientos plebeyos que amenazaron el orden instituido de cada época. Es que el poder, cualquiera sea su signo, nunca celebrará las rebeliones populares, aunque hayan sucedido hace mucho tiempo. Las ignorará o las describirá sin esclarecer sus razones y sus implicancias, reduciéndolas a simples anécdotas con fechas. Así lo hará con la pueblada del 5 de abril de 1811 o denigrará a los caudillos federales como "bárbaros". Es su predicamento popular lo que no le será

perdonado a Rosas, mucho más que su autoritarismo. Por ello las rebeliones indígenas contra la tiranía colonial no pasarán de ser breves y coloridas anécdotas dentro del capítulo “folklórico”. Razón tenía Napoleón Bonaparte cuando definía a la historia como “una simple fábula consensuada”. El *quid* reside en quiénes son los que tienen el derecho de ponerse de acuerdo…

Por ello poco sabemos de “la rebelión de los mancebos”, originada en la disputa entre Juan de Garay y el virrey peruano Toledo. Éste, aliado con Gonzalo de Abreu, gobernador de Tucumán, promueve una sublevación de los criollos de Santa Fe y Asunción, aprovechando su disconformidad porque a los nacidos en América, aunque fuesen hijos de españoles, se les dificultaba el acceso al Cabildo y otras funciones de privilegio. Como consecuencia, en 1580, un bando fijado clandestinamente por rebeldes intimó a los españoles, salvo a aquellos que ostentaban el mérito de haber participado en la “conquista y colonización”, a abandonar Santa Fe. Pero haciendo caso omiso del reclamo en la renovación anual de autoridades capitulares ingresaron dos españoles recién desembarcados, sin ningún otro mérito que su procedencia.

Encabezada por Lázaro de Venialvo, a quien acompañaron otros seis complotados, de allí lo de la “revolución de los siete jefes”, la airada reacción de los criollos culminó en una sublevación. Los amotinados encarcelaron a las autoridades españolas, que obedecían a Garay, y designaron a Cristóbal de Arévalo “justicia mayor” y nuevo “capitán general”, y a Venialvo, “maestre de campo”.

Pero la falta de coordinación y los titubeos de los alzados originaron las primeras desinteligencias internas. El resultado fue el distanciamiento entre Arévalo, en quien pesaba su condición de hijo de conquistador español, y el díscolo Venialvo, que se mantenía intransigente en la decisión de expulsar a todos los españoles. Es que lo que se inició como otra disputa por poder entre autoridades hispánicas había encendido la chispa de una sublevación criolla contra las autoridades coloniales.

Alarmados, sacando provecho de las disidencias entre los siete jefes, funcionarios adictos al rey y vecinos españoles notables lograron en

secreto persuadir a Arévalo de que no adhiriera al motín, y la traición se concretó con la misma impulsividad con que el flamante “justicia mayor” había apoyado a los criollos. Arteramente apuñaló a Venialvo después de una misa “en acción de gracias por el triunfo de los mestizos”. Luego, acompañando a los funcionarios del rey y entre vivas a Felipe II, asesinaron a los amotinados Diego de Leiva, Luis Romero y Pedro Gallegos. En la plaza, al día siguiente, fue ejecutado otro de ellos, Diego Ruiz, y las cabezas de los rebeldes fueron expuestas en picas para ejemplo de aquellos que quisiesen alzarse contra la autoridad.

Nuestra historia no ha hecho justicia a esta rebelión de los americanos descendientes de españoles en contra de los colonizadores europeos y sus privilegios, la cual podría considerarse un precoz antecedente de los hechos de Mayo. (16, 35, 46).

5
Ritos y usos mortíferos

Los indios del actual territorio argentino resistieron valientemente la conquista española, aunque ello no es celebrado por la mayoría de los textos de nuestras escuelas, que sólo destinan escasas páginas para dibujar los territorios que ocupaban las distintas "tribus" —las sociedades indígenas no suelen merecer calificativos más jerarquizados—, a lo que agregan datos dispersos sobre sus costumbres, hábitos alimentarios y especialidades artesanales.

Para los intrusos europeos en busca de fama y riquezas, nuestros antepasados del Nuevo Mundo no eran abominables por ser monstruosos como el "gastrocéfalo americano" descripto por el abate Giovanni Botero en 1602 en *Le Relationi Universali*: "Un hombre sin cabeza, que tiene ojos en la nariz y la boca en el pecho, y que va desnudo, menos en sus partes vergonzosas (…) y lleva sombrero ancho sobre sus espaldas, que de tan ardiente calor solar los defiende". Lo eran por tratarse de hombres y mujeres valerosos que luchaban por lo suyo. La resistencia indígena pronto se fue transformando en un serio problema y los que la padecían ofrecían las más diversas soluciones a Su Majestad: "Los indios serranos, que confinan con el estrecho de Magallanes por la banda del sur y bajaron a esa provincia mas de quinientos de ellos diciendo que se querían reducir, descubriéndose que su ánimo no fue sino ver si el enemigo había tomado la tierra y si los españoles estaban retirados fuera della, haciendo junta con los demás y dar sobre nosotros, que si fueran amigos verdaderos alguna defensa tuviera porque los mas son grandes hombres de a caballo y están prevenidos de armas de cuero de buey para sus personas y caballos. Usan lanzas, arcos, flechas, bolas y hondas y a su modo hacen los escuadrones en forma de media luna y los infantes sin parar en un lugar. Para su castigo conviene mucho una cédula que Vuestra

Majestad despachó para el Paraguay y río Bermejo en que manda sean cautivos y señalados en el rostro con calidad de que se pueda disponer de ellos. Ha de ser más amplia según y como la del Reino de Chile para que el mayor castigo que se les puede hacer para enfrenar su furia es venderlos y es tanta verdad esto que teme más un indio que lo embarquen desterrándolo al Brasil que si lo sentenciaran a muerte". (Carta del gobernador del Río de la Plata, Francisco de Céspedes, a S.M. el rey de España, el 15 de julio de 1629).

Las armas de los americanos eran muy primitivas y no pasaban de preparar pócimas para que sus lanzas o flechas "oliesen la sangre e picando solamente con las puntas sacasen una gota de ella, cuando luego el furor de la ponzoña subía al corazón, e los tocados con grandes bascas mordían sus propias manos, e aborreciendo el vivir deseaban la muerte, e tan encendidos estaban en aquella llama ponzoñosa que les abrasaba las entrañas e hacía tanta impresión que los espíritus vitales les desamparaban".

La preparación de la ponzoña no era simple: "En un vaso o tinajuela echan las culebras ponzoñosas que pueden haber y muy gran cantidad de unas hormigas bermejas que por su ponzoñosa picada son llamadas caribes, y muchos alacranes y gusanos ponzoñosos de lo arriba referidos, y todas las arañas que pueden haber de un género que hay, que son tan grandes como huevos y muy vellosas y bien ponzoñosas, y si tienen algunos compañones de hombres los echan allí con la sangre que a las mujeres les baja en tiempos acostumbrados, y todo junto lo tienen en aquel vaso hasta que lo vivo se muere y todo junto se pudre y corrompe, y después de esto toman algunos sapos y tiénenlos ciertos días encerrados en alguna vasija sin que coman encima de una cazuela o tiesto, atado con cuatro cordeles, de cada pierna el suyo, tirantes a cuatro estacas, de suerte que el sapo quede en medio de la cazuela tirante sin que se pueda menear de una parte a otra, y allí una vieja le azota con unas varillas hasta que le hace sudar, de suerte que el sudor caiga en la cazuela, y por esta orden van pasando todos los sapos que para este efecto tienen recogidos, y desde que se ha recogido el sudor de los sapos que les pareció bastantes, júntanlo o échanlo en el vaso, donde están ya podridas las culebras y las demás sabandijas, y allí le

echan la leche de unas ceibas o árboles que hay espinosos, que llevan cierta frutilla de purgar, y lo revuelven y menean todo junto, y con esta liga untan las flechas y puyas causadoras de tanto daño. Y cuando por el discurso del tiempo acierta esta yerba a estar feble, échanle un poco de la leche de ceibas o de manzanillas, y con aquesta solamente cobra su fuerza y vigor.

”El oficio de hacer esta yerba siempre es dado a mujeres muy viejas y que están hartas de vivir, porque a las más de las que la hacen les consume la vida el humo y vapor que de este ponzoñoso betún sale” (fray Pedro de Aguado).

A pesar de tanto heroísmo una vez más se cumplirá la ley universal, también vigente en nuestros días, de que los levantamientos populares suelen basarse en la razón, pero el poder oligárquico suele disponer de la fuerza para aplastarlos. (1, 43, 58, 129, 131).

6
La borrachera del Papa

A favor de sus mosquetes, caballos y armaduras, los españoles no repararon en medios para sojuzgar a los indígenas, aunque guardaran las formas. Fue así que las ordenanzas reales preferían el término “pacificación” a “conquista”: “E mandamos q. estos asientos no se den con título e nombres de conquistas, pues aviendose de hazer con tanta paz o caridad como deseamos, no queremos q. el nombre dé ocasión ni color para q. se pueda hazer fuerza ni agravio a los indios”.

La “pacificación” empezaba con un discurso dirigido a los indios. Juan de Oviedo, veedor de minas y fundiciones de oro, dio una versión completa del documento que debió leer en su propia lengua castellana a los indios de Santa Marta, y que igualmente se habrá hecho en otros lugares de nuestro actual territorio. Es de imaginar lo que los indios comprenderían…: “De parte del muy alto e muy poderoso e muy católico defensor de la Iglesia, siempre vencedor y nunca vencido el Gran Rey Don Fernando (quinto de tal nombre), Rey de la España, de las dos Secilias e de Hierusalem, e de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, etc., domador de las gentes barbaras; e de la muy alta e muy poderosa señora la Reyna doña Johana, su muy cara e muy amada hija, nuestros señores: Yo, su criado, mensagero e capitan vos notifico e hago saber, como mejor puedo, que Dios, Nuestro Señor, uno e trino, crió el cielo e la tierra, e un hombre e una muger, de quien vosotros e nosotros e todos los hombres del mundo fueron e son descendientes e procreados, e todos los que después de nos han de venir (…)”.

El amonestador sigue “explicando” a los indios el origen de la autoridad del Papa y de cómo éste le hizo donación al rey de España de las nuevas tierras descubiertas por Colón. Les ruega y requiere que apresten su pacífica obediencia a la Iglesia, al Papa y a ellos,

comprometiéndoles, en cambio, todos los beneficios de su “buena voluntad”. Si la sumisión exigida no fuese la respuesta, el documento no ahorraba la descripción de las consecuencias: “Si no, sabed que os haremos guerra y mataremos y captivaremos (…)”.

Si, excepcionalmente, los intérpretes facilitan la comprensión a los indios, éstos, según el citado Oviedo, saben responder con burlas y amenazas a los términos del documento: “Respondiéronme que en lo que decía que no había sino un Dios y que este gobernaba el cielo e la tierra y que era señor de todo, que les parecía bien y que así debía ser, pero en lo que decía que el Papa era Señor de todo el universo en lugar de Dios, y que el había hecho merced de aquella tierra al Rey de Castilla, dijeron que el Papa debiera estar borracho cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo; y que el Rey que pedía y tomaba tal merced, debía ser algún loco, pues pedía lo que era de otros”. (58, 62, 73).

7
El falso inca y la rebelión calchaquí

La historia oficial no es neutra ni banal sino que establece un discurso que jamás será antagónico al poder de turno. Dibuja el perfil de la ciudadana o el ciudadano que le es funcional a su perpetuación y a su expansión a través de la exaltación, el opacamiento o la deformación de personajes y acontecimientos históricos, que son entonces ofrecidos como modelo de identificación, sobre todo a niñas y niños en edad escolar.

Uno de los mecanismos es el de la apropiación de los significados. Así como el arte de los humildes será rebajado a "artesanía", y su música no será tal sino "folklore", no pocos pretendieron que la movilización popular del 17 de octubre de 1945 era un "aluvión zoológico", y la dictadura genocida de 1976-1983 se autocalificará de "Proceso de Reorganización Nacional". Es que la lucha de humildes y poderosos se da también en las significaciones.

Eso es evidente en no pocos capítulos de nuestra historia. Uno de ellos es aquel en que se supone que los indios de nuestro territorio, en el siglo XVII, fueron engañados por un fabulador que los soliviantó aprovechándose de su "ingenuidad" y entonces fue necesario que los colonizadores apelaran a la fuerza para imponer el orden. Fue en realidad un interesantísimo y no reconocido antecedente de la rebelión criolla contra la dominación colonial y un jalón pionero en la larga gestación de la Revolución de 1810 que quizás por ello, y no a pesar de ello, cae fuera de lo que se enseña en nuestras escuelas.

Pedro Bohorques había nacido en Arabal, un pequeño pueblo de Andalucía. Quizás por provenir de una familia pobre y de esa postergada región española, supo identificarse profundamente con el espíritu de América, a la que había llegado a sus dieciocho años acompañando a un tío suyo, no en vano apodado "El bellaco", quien

desembarcó en las Indias en busca de fortuna y sería su maestro de picardías y trapisondas.

En Pisco atravesaría un momento esencial de su vida, al enamorarse perdidamente de una india, con quien cohabitó en la toldería de su gente. Fue allí cuando se compenetró con las costumbres de los indígenas, sus ritos religiosos, sus secretos, sus infortunios. También aprendió a descifrar su lengua, lo que le permitió, en las largas conversaciones bajo las estrellas, compartiendo en ronda alguna pipa humeante, escuchar leyendas sobre el maravilloso Paytiti, el imaginario reino indígena donde todo era oro y esmeraldas. Oyó asimismo sobre las huacas, los enterramientos en los que el difunto era provisto de los elementos necesarios para su largo viaje hacia la eternidad: imágenes, utensilios, joyas, todo ello, por lo general, de oro y piedras preciosas. Eran las huacas lo que los indígenas se esmeraban en ocultar para no traicionar la memoria de sus antepasados y lo que los españoles buscaban sin detenerse en escrúpulos para aplacar su sed de riquezas.

Cuando Bohorques regresó a Lima, hasta el mismo virrey, conde de Chinchón, lo recibió en su palacio para escuchar con creciente codicia sus relatos sobre el Paytiti y sus riquezas. Veinticuatro arcabuceros fueron puestos a su disposición para internarse en aquel reino maravilloso que ningún blanco había hollado. Como no podía ser de otra manera, pues es de suponer que lejos estaba de la intención de Bohorques traicionar a quienes lo habían acogido con generosidad, la expedición fue un fracaso, lo que no fue óbice para que la implacable codicia del virrey y otros nobles influyentes obligaran a Bohorques a hacer otros viajes, siempre con el mismo previsible resultado.

Tampoco sorprendió que finalmente el andaluz fuera expulsado de Lima y también más tarde de La Plata, nombre sin duda justificado con el que se reemplazó el de la rica Chuquisaca. Finalmente llegará a Chile, donde pasará varios meses encerrado en prisión por motivos desconocidos, quizás perseguido por la mano larga del encono virreinal. Habrá sido en esas horas vacías, rumiando su rencor contra las autoridades coloniales, cuando Bohorques diseñó el proyecto que lo ocuparía hasta el final de sus días.

Comprendió que el mejor escenario para su vengativa vocación épica no estaba donde el dominio incaico había sido más vigoroso, en Lima o en Cuzco, sino en su periferia, donde los incas no eran sino referencias legendarias, endiosadas. Haber venido del norte trayendo consigo vestimentas y atributos de los ancestros peruanos, planeó, lo ayudaría a presentarse como Hualpa Inca, miembro de la casa real incaica y legítimo heredero.

Para cumplir con su objetivo cruzó los Andes y se dirigió hacia los valles del noroeste de nuestro actual territorio, donde recorrió las aldeas y asentamientos calchaquíes presentándose como el soberano incaico que los conduciría hacia la victoria sobre los despóticos europeos y la recuperación de sus tierras y de sus destinos. Les recordaba que en 1560 Juan Calchaquí, cacique de los omaguacas sublevado contra el despotismo colonizador, destruyó las ciudades de Londres, Córdoba de Calchaquí y Cañete, en las actuales provincias de Catamarca, Salta y Tucumán, respectivamente, antes de que la revuelta fuera ahogada en sangre. Sus arengas no olvidaban a otro líder rebelde, Viltipoco, que en 1593 organizó otra sublevación que fue rápidamente sofocada. Azuzaba el coraje de quienes lo escuchaban comparándolos con aquellos que, pocos años antes, el recuerdo estaba fresco en las memorias, habían respondido al llamado del cacique Chalemín, que gobernaba a los diaguitas de Andalgalá y del valle de Hualfin, iniciando una cruenta rebelión que se mantuvo hasta varios años después de que Chalemín había sido apresado y ejecutado. Entonces La Rioja fue dos veces incendiada, se destruyó la refundada Londres y se hostigó a San Miguel del Tucumán.

La interesada versión de los conquistadores insistirá en que Pedro no era más que un estafador andaluz que vio la oportunidad de hacerse adorar por los supuestamente incautos aborígenes y así llenarse la faltriquera, sustituyendo astutamente la prepotencia de sus compatriotas por el engaño. Pero es seguro que los aborígenes no eran tan cortos de entendederas como sus “civilizadores” pretendían. Es en cambio más posible que hayan apreciado en Bohorques la autenticidad de una sincera indignación por su infortunio a manos de quienes también habían sido crueles con él, además de reconocerle

condiciones de liderazgo que les eran indispensables para articular el odio de las distintas sociedades indígenas sometidas al yugo hispánico que llevaba a la desestructuración de poblaciones antaño soberanas que sufrían y hasta desaparecían bajo el peso del agotamiento, del hambre, del castigo, de la aculturación, de la enfermedad, del suicidio.

El hecho de que Bohorques no fuese calchaquí lo favorecía, pues lo ponía por encima de los conflictos entre caciques que los conquistadores habían sabido explotar en su beneficio. Los habitantes de los valles escuchaban a ese hombre de labia eficaz que les tocaba el alma y les hacía volar la esperanza, ora deplorando su perdida libertad, ora pintándoles un futuro de lucha y de dignidad, asegurándoles que no volverían a cometerse los errores que habían condenado al fracaso las anteriores sublevaciones. Entonces parecían creerle que era el inca y desenterraban las armas, la voz corriendo de pueblo en pueblo, despertando ardores de venganza. Su redentor, el Hualpa Inca, estaba entre ellos y muchos calchaquíes se convencieron de lo que pregonara el caudillo araucano Lautaro: "Es preferible morir muerte noble, defendiendo nuestras cosas, que no vivir siempre muriendo".

Los caciques de la región, aun de poblados lejanos, enviaron emisarios para expresar su apoyo a Bohorques, poniendo sus bienes y sus guerreros a disposición para los planes de reivindicación incaica. No faltaron tampoco los jefes indios que se presentaron en persona para rendirle pleitesía, como lo hizo en primera instancia el poderoso cacique Tivanti al frente de sus hombres coloridamente adornados y temiblemente armados.

Nadie pudo sensatamente creer que un verdadero descendiente del inca tuviese el aspecto y el color de piel de un andaluz. Es indudable que se trató de una decisión estratégica ante la certeza de que ese hombre podía erigirse en un líder que los uniese para combatir al opresor. Quizá sin imaginarlo, Pedro Bohorques, ahora Hualpa Inca, había desencadenado un proceso indetenible, encendiendo la mecha de una explosión de coraje y de dignidad latentes. Seguido por Tivanti y otros caciques y por un cada vez más numeroso ejército de guerreros enardecidos, desmentía aquel apotegma que los conquistadores se

habían empeñado en grabar en la mente de los indios: “No hay más Inca que el rey de Castilla y de León”.

Los españoles no carecieron de noticias sobre lo que sucedía en el valle. El padre Eugenio de Sancho escribe al gobernador de Tucumán, Alonso Mercado y Villacorta, el 13 de abril de 1657 desde el pueblo de Santa María de los Ángeles de Yocavil: “Los días pasados di cuenta a las justicias de Tucumán y Londres del estado de este Valle, y al presente juzgado darle a V.E. y avisarle como vino el General don Pedro Bohorques conducido de los curacas, que teniendo noticias de su persona fueron desolados en busca suya a los Chomoros, de donde con alborozos y regocijos extraordinarios le condujeron al pueblo de Tolombón y de allí a los demás pueblos del Valle, festejando y aclamando su venida, como lo hicieron en uno de sus antiguos Incas, reconociendo en él su sangre”.

El inca andaluz urdió entonces una estratagema maquiavélica, un juego a dos puntas cuyo objetivo, posiblemente convencido de que el éxito de una confrontación abierta con los mucho mejor armados y organizados europeos era imposible, sería lograr mejores condiciones de vida para los americanos. Comenzó por entrevistarse con el jesuita De Sancho, encargado de las misiones que pretendían infructuosamente la conversión de los calchaquíes, y le manifestó que su intención no era otra que captarse la voluntad de aquellas naciones indígenas a fin de ponerlas al servicio de Su Majestad el rey de España, del que siempre había sido leal y humilde vasallo, proponiéndose su conversión al cristianismo y el alejamiento de sus prácticas heréticas.

Sucedió entonces lo que Pedro esperaba: el jesuita describió con entusiasmo al gobernador Mercado y Villacorta las virtudes hispánicas y cristianas del falso Inca, sin ahorrar asombradas referencias a su poderío, a su popularidad entre los indios, a la riqueza de su reino del Paytiti, de las huacas que decía haber descubierto, de los tesoros escondidos cuyos secretos le habían sido revelados por los calchaquíes y que estaba dispuesto a compartir con los europeos.

Sin obviar una consulta al arzobispo de Lima, fray Melchor Maldonado de Saavedra, quien le aconsejó que no tomara en cuenta

tales informaciones, quizá por tener mentas de las anteriores andanzas de Bohorques en Perú, en Chile y en Tucumán, el codicioso gobernador decidió entrevistarse con el Hualpa Inca y le envió un chasque invitándolo a una fastuosa recepción en Comag.

Ambos hicieron su entrada juntos, sentados en coche de gala tirado por cuatro caballos y saludando a través de las ventanillas a la multitud que se agolpaba a ambos lados de las calles, mezclados soldados españoles y guerreros indígenas. Cuando descendieron del carruaje, a un leve y casi imperceptible ademán de Bohorques los caciques indígenas cortaron sus largos cabellos en prueba de amistad ante los españoles. Nadie olvidaba que el último levantamiento calchaquí había tenido como chispa detonante la denigración que habían sufrido algunos de los jefes indígenas, a quienes se los forzó a cortarse sus renegridas melenas. Los españoles, por su parte, ofrecieron un rimbombante tedéum en el que, al promediar la ceremonia religiosa, se escuchó por primera vez en la historia del Virreinato un complaciente sermón en el idioma de los calchaquíes.

Luego no faltaron el desfile de las tropas ni la carrera de sortijas ni la nocturna función de teatro que fue la primera que se ofreció en nuestro actual territorio. La fiesta de recepción al Hualpa Inca y a los ciento diecisiete caciques y trescientos guerreros que lo acompañaron duró quince días, durante los cuales el principal atractivo para los españoles fue escuchar los relatos de Bohorques sobre minas, tesoros, huacas y riquezas que parecían estar al alcance de la mano, quizás del otro lado de ese cerro que al atardecer echaba sombras sobre el pueblo, pero cuya llave la poseía solamente ese hombre cuya capacidad de convicción era tal que el gobernador Mercado y Villacorta le escribirá al desconfiado fray Maldonado de Saavedra: "Los calchaquíes le han prometido (a Bohorques) unos lavaderos de oro a las espaldas de su tierra y el descubrimiento de las labores de la Casablanca, tan solicitada de la porfía de los españoles, y de algunos entierros de capitales del Inga, de los cuales ha visto dos que dejó manifestados ante mí, y son los que dimos por el primer aviso los pulares, le aseguraba una riqueza de minas, en sus términos, que por haber de ser, si se consigue, tan vecina al ingenio de San Bernardo de

Acay, tendrá esta conveniencia más”.

Lo primero en tratarse formalmente en el encuentro será, como correspondía a las estipulaciones reales, la conversión de los idólatras. Pero pronto se pasó al siguiente tema, el más codiciado, que era el de las riquezas que regaban las entrañas de los territorios calchaquíes y que Hualpa Inca estaba dispuesto a revelar a los españoles a cambio de su compromiso de respetar la organización y cultura de los indígenas que habitaban la región. Propuso mejoras en las condiciones de trabajo que deberían ser rentadas y nunca en condición de esclavos, obedeciendo las reglamentaciones que establecían edades mínimas y máximas para el trabajo así como también horarios para el descanso. Estas reivindicaciones fueron aceptadas a regañadientes por aquellos cuyo bienestar hasta entonces había dependido de la explotación inhumana del trabajo aborigen pero se dejaron convencer por lo promisorio de las riquezas a descubrir, tan formidables que dejarían en ridículo las ganancias obtenidas en sus haciendas y en sus minas.

En cuanto a Bohorques, se le aceptó formalmente su título de Inca y además, con el objetivo, según los colonizadores, de conferirle una autoridad efectiva por si llegado el momento del despojo le fuese necesario ejercerla sobre los americanos, se le dio jurisdicción de teniente de gobernador y justicia mayor y capitán de guerra del Valle de Calchaquí. Fiesta y negociación culminaron con interminables brindis por la amistad entre españoles y calchaquíes y por fin ambas delegaciones se separaron con tanto boato como habían exhibido al llegar.

Pero no todos quedaron satisfechos, y mucho menos el virrey de Lima, quien era un convencido de que con los caudillos populares no se negocia, mucho menos cuando demuestran el poderío que quizás incautamente había exhibido el Inca andaluz. Era de aquellos como, dos siglos más tarde, Salvador María del Carril o Bernardino Rivadavia, que se negarán a parlamentar con Dorrego, o Pueyrredón o Alvear, que no querrán saber nada de llegar a algún acuerdo con Artigas, seguros de que a los personajes con raigambre en la plebe, por más vocación pacifista que demuestren, se los debe eliminar por el

peligro potencial que significan para el poder económico y político de turno los levantamientos populares acaudillados.

El asombrado Mercado y Villacorta recibirá la orden de apresar a Bohorques y someterlo a juicio. Pero la chispa del orgullo calchaquí ya ha encendido la pólvora de la rebelión y el inmenso ejército a las órdenes de Hualpa Inca ya no tiene regreso de su decisión de organizarse bajo su liderazgo y combatir por su libertad. A esta altura de los acontecimientos es difícil discernir si Pedro Bohorques estaba dispuesto a asumir su rol de líder de una sublevación tan extendida y colérica o si eran los acontecimientos los que lo llevaban más allá de su propia voluntad.

No será casual que sean los jesuitas, especialmente el obispo de Tucumán, quienes más se movilicen en contra de Bohorques ya que hasta entonces eran ellos los que detentaban el poder de seducción sobre los indígenas. Eran ellos quienes alardeaban de ser los únicos capaces de armar ejércitos de americanos y hacerlos actuar a favor de sus intereses.

Ante el embate de las fuerzas lanzadas en su contra y apremiado por los caciques más levantiscos, Pedro se desplaza de un poblado al otro avivando el espíritu combativo y esforzándose por organizar a quienes secularmente disocian el coraje de la disciplina. Se interna en la zona de Famatina y convence al cacique Silpinapa a restablecer el dominio indígena sobre esas minas de riquezas ancestrales. Mercado y Villacorta, quien hasta entonces se había negado a creer en la insubordinación de Bohorques, por no renunciar a la esperanza de tanta riqueza prometida o por no asumir el error de sus tratativas, recoge el guante y da orden de una amplia convocatoria de soldados para aplastar al falso Inca y los suyos.

Día a día en el interior de Bohorques crece el conflicto entre su identidad de blanco y español y las circunstancias por él mismo desatadas que lo han llevado a ser el líder de una sublevación indígena contra las autoridades de su propio país. Es así que mientras sus hombres y en su nombre llevan a cabo acciones punitorias contra los encomenderos de la región, como fue el caso del cruel Arias Velásquez asesinado junto a toda su familia, Pedro hace llegar a los

españoles solicitudes de indulto.

Aquejado de una ingenuidad que también demostrará Dorrego cuando da por sentado que Lavalle no osará levantarse en su contra, y que no tendrá Artigas al no ignorar que la lucha será a vida o muerte, el falso Inca insiste por distintas vías en la solicitud de indulto, que le será concedido por el virrey limeño Alba Listre bajo la condición de abandonar la región calchaquí y colaborar en la pacificación de los indios insurrectos. Indultador e indultado se reúnen en el fuerte de San Bernardo y allí Pedro capitula. No deberá transcurrir mucho tiempo antes de que el falso Hualpa Inca se dé cuenta de que ha sido vilmente engañado y que el destino que espera a sus leales indígenas y a él mismo será trágico.

Eliminado el cabecilla de manera tan inesperada, Mercado y Villacorta organiza un ejército que ha sido reforzado por orden del virrey con tropas provenientes de otros regimientos del Perú e inicia su invasión a los valles. Lo que sigue será una guerra de exterminio en la que los calchaquíes desorganizados y sin conducción sólo contarán con su coraje y su rabia para enfrentarse a fuerzas experimentadas y mucho mejor armadas.

Los más tenaces guerreros serán los “quilmes”, quienes en castigo sufrirán la aniquilación de todos los varones en condiciones de guerrear y también el desarraigo de los sobrevivientes, forzados a una caminata letal en la que mueren las tres cuartas partes de las mujeres, niños y ancianos, hasta llegar a la localidad que hoy lleva su nombre en la provincia de Buenos Aires, donde serán sometidos a una vida de sufrimiento y explotación.

El 3 de diciembre de 1666, cuando ya no podía temerse ninguna reacción por parte de los calchaquíes, la Real Audiencia en Lima dicta sentencia contra Pedro Bohorques, quien un mes después es ahorcado. Y maldito por nuestra historia, la cual hará eco de la versión española del “embustero que embaucó a los ingenuos indígenas”. (7, 28, 69, 89, 122, 123).

8
La naturaleza del mulo

La trata negrera es anterior al descubrimiento de América. Una bula del papa Nicolás V de 1455 estableció que los pueblos no cristianos, y ése era el caso de los negros, no tenían condición humana y por lo tanto podían ser cazados y domesticados.

Para suplir la falta de brazos indígenas en Buenos Aires el adelantado Vera, su gobernante, había pedido a España en 1590 la introducción de quinientos negros de Guinea que suplirían el trabajo que se negaban a hacer los escasos e indomables aborígenes pampeanos. La necesidad de mantener poblada y defendida una "ciudad" en el estuario, como protección del litoral atlántico contra la avidez de otras potencias, movió al Consejo de Indias a despacharlo favorablemente: deberían traerse los negros en barcas de Portugal, desde hacía tres años aliado del rey de España, las que podrían llevar de retorno la harina de las "chácaras" y el sebo de los potros de la pampa.

Los portugueses, de quienes sus enemigos, ajustados a la discriminación religiosa que por entonces imperaba en Europa, susurraban que en su mayoría eran judíos conversos huidos de las hogueras de la Inquisición, no se limitaron a traer el número fijado de esclavos, ni los vendieron exclusivamente en Buenos Aires, ni llevaron en retorno solamente harina y sebo. Validos del permiso desembarcaron miles de negros en forma constante y no interrumpida, que arreaban en recuas para venderlos en el riquísimo Potosí y hacerse pagar con su codiciada plata, que luego embarcaban clandestinamente hacia Europa en el poco vigilado puerto a orillas del río no casualmente llamado de la Plata.

La cabeza de la colectividad en 1599 era el inescrupuloso Fernando Sánchez, que retirado más tarde de los negocios con una gran fortuna

se haría llamar el "Hermano Pecador" y haría pública penitencia de su vida pasada. Su hijo, convertido en vecino de influencia y casado con una hija de viejos pobladores, llegará a ser, bajo el apellido irreprochablemente castellano de Barragán, regidor perpetuo del Cabildo y una de las figuras señeras de la sociedad.

Las zonas de aprovisionamiento de esclavos en la costa de África variarán de acuerdo con la época, las compañías y los países que en distintos momentos ejercieron el monopolio del tráfico. Las áreas de mayor importancia situadas en la costa occidental fueron el Sudán Occidental, la costa de Guinea y el Congo. Asimismo se importaron africanos de Madagascar y de las factorías emplazadas en el extremo sur del continente, con mayor intensidad en los últimos años del siglo XVIII.

El cruce del Atlántico desde las factorías africanas se realizaba en veleros que los portugueses denominaban *tumbeiros*, sombría calificación alusiva a que todavía durante el siglo XVIII sólo sobreviven al viaje entre el sesenta y el setenta por ciento de los esclavos embarcados. No escasearon los casos en que no arribó con vida ni un solo negro, como ocurriera en el primer viaje de una nave de la Compañía de Guinea a Buenos Aires en 1702.

Llegado el velero a puerto los oficiales reales controlaban el estado y el volumen de la carga humana, cobraban los derechos correspondientes y aplicaban sobre la piel del africano una imborrable marca con un hierro al rojo (*carimbo*). Los dibujos son variados y similares a las marcas de ganado: cruces, círculos, iniciales, etc. Recién en 1784 se deja sin efecto esta bárbara costumbre que se extendió en América durante más de tres siglos.

Aun en momentos en que el tráfico de esclavos se legaliza, no deja de basarse en la corrupta complicidad de los funcionarios. Es así que la Compañía del Mar del Sur destina abultadas cifras para evitarse problemas con quienes ejercen el control, sumas escrupulosamente asentadas en las cuentas de los traficantes como en el caso del capitán del navío *Royal George* quien, en 1744, entrega a los funcionarios de Aduana del puerto de Buenos Aires ciento dieciocho mil pesos en piezas de ocho reales. Entre 1716 y 1717 el capitán del *Kingston* había

vendido en forma ilícita mercaderías y esclavos en el Río de la Plata a cambio de la entrega del veinticinco por ciento de los beneficios al gobernador. La maniobra llegará también a altos niveles europeos y los miembros de la Compañía sobornan al representante del Papa en Londres para que haga la vista gorda ante tan vil comercio a cambio de la entrega de mil libras esterlinas y una pensión anual de ochocientas.

El esclavismo comienza a revertirse cuando los ingleses, en franca expansión industrial, inician una vigorosa campaña para abolirlo. Es que el incipiente capitalismo tiene necesidad de evitar la competencia basada en la mano de obra gratuita, y además el sistema de trabajo asalariado genera ciudadanos con capacidad de consumo. Ya años antes, en 1633, el promotor de la Compañía de las Indias Occidentales, Guillermo Usselink, sostenía: “Por lo mismo que en las Indias se ejecuta la mayor parte del trabajo por medio de esclavos y cuestan mucho, trabajan de mala gana y mueren pronto a causa de los malos tratos de sus amos, estamos seguros de que ha de sernos mucho más provechoso el uso de un pueblo libre; además el esclavo no deja otro provecho que su trabajo, porque yendo desnudo nada adquiere ni necesita de las industrias”.

Las ganancias producidas por el comercio esclavista eran más que apreciables. Un negro “bozal”, es decir recién llegado de África, se vendía en Buenos Aires a 80 pesos fuertes y en Potosí, verdadera devoradora de seres humanos en sus minas, podía ser revendido en 300 o 400 pesos.

La pobreza inicial de nuestro actual territorio limitó la cantidad de esclavos. “En toda esta gobernación no se acostumbra vender cosa ninguna en las plazas sino es en este puerto, que hace dificultoso el comercio y también por no hallar los forasteros indios ni otra persona en quien servirse por su dinero porque los pocos indios que hay con sus mujeres y hijos sirven a los encomenderos, y son tan pocos los cristianos reducidos que en muy poco tiempo se acabaran y con ellos las haciendas del campo y el sustento de los españoles, los cuales han sido y son tan pobres en todas estas gobernaciones que no han podido ni pueden comprar negros (…)” (carta a S.M. el rey de España de

Marín Negrón, gobernador del Río de la Plata, 25 de abril de 1611).

Un cronista colonial testimonió las cuentas del comercio negrero: un velero arribado al Río de la Plata con trescientos esclavos dejaba a su propietario setenta y cinco mil pesos de ganancia, cuando el sueldo de un peón de campo oscilaba entre los cinco y ocho pesos mensuales. Vendida la carga humana podía adquirir veinticinco mil pesos de cueros, colmando la capacidad de su nave y con cuya venta en puertos europeos tendría otra pingüe ganancia de cincuenta mil pesos.

En las colonias americanas el elevado rango social dependerá también de no tener entre los ascendientes a moros, judíos o negros. Para la obtención de cargos públicos presentarán testigos y árboles genealógicos que demuestren su "nobleza" y la ausencia de "mala raza" entre sus antecesores de tres generaciones. Todos aquellos con caracteres físicos que acusen rasgos africanos son considerados personas viles. Entre ellos los mulatos, de quienes explicará Solórzano Pereira, un respetado jurista de la época, "toman este (nombre) en particular, cuando son hijos de negra y de hombre blanco o al revés, por tenerse esta mezcla por más fea y extraordinaria y dar a entender con tal nombre, que le comparan a la naturaleza del mulo", fruto antinatural de la cópula entre burro y yegua. En años posteriores el término "mulato" será utilizado para hostilizar a Monteagudo, a Rivadavia, a Dorrego y también a San Martín.

En el Plata los africanos desempeñaron tareas domésticas, aunque algunos desarrollaron aptitud para otros oficios subalternos. En las ciudades se alquilaban esclavos para trabajar en talleres de artesanos y por esos trabajos recibían un salario que compartían con sus amos y solían ahorrar su parte para comprar su libertad. También podían comprar "certificados de blancura" que los habilitaban para desempeñar cargos públicos de la más baja categoría que solían facilitarles ganancias ilegítimas, como habían aprendido de sus patrones blancos.

Pero no fueron sólo humanos instrumentos de trabajo; era bastante frecuente que la sensualidad de las negras las hiciera muy codiciadas para "los juegos de amor oculto", como dice un cronista de la época. Cuando los frutos de este amor llegaban, la comunidad recibía con

cierta complacencia este “aumento de la natalidad”, pues el mulato era una mercadería que continuaba con la materna condición de esclavo.

Aun los negros libertos estaban regidos por rígidas normas legales: “Tienen la obligación de permanecer bajo las órdenes de un amo; de convivir bajo la tutela de personas conocidas; no pueden andar libremente de noche; les está prohibido llevar armas; las mujeres no pueden adornarse con joyas ni vestidos de seda”. El sistema de castas determinaba asimismo diferencias en las penas: ante un mínimo delito los bandos de los gobernadores y virreyes ordenaban la flagelación de los reos considerados de “color baxo”, como denominaban a negros y mulatos.

Recién el 9 de abril de 1812 la Junta de Gobierno de Buenos Aires prohíbe el ingreso de las naves negreras al Río de la Plata, aunque las ideas abolicionistas tendrán su expresión más clara en las determinaciones de la Asamblea de 1813. En la sesión del 4 de febrero se decide: “Que todos los esclavos que de cualquier modo se introduzcan desde ese día, de países extranjeros, queden libres por el solo hecho de pisar el territorio de las Provincias Unidas”. Sin embargo el 12 de junio de 1813, con la firma de su presidente Juan Larrea y de su secretario Hipólito Vieytes, *El Redactor de la Asamblea* informa que se ha aprobado “el plan propuesto por el supremo Poder Ejecutivo para levantar un batallón de negros esclavos bajo todas las calidades que en él se expresan; y a fin de que no se retarden las medidas que deben adoptarse con la mayor rapidez para la salvación de la patria”.

La determinación también tiene escasa vigencia porque un vecino poderoso, el Imperio del Brasil, con aproximadamente un millón y medio de esclavos y una producción agrícola sustentada en la mano de obra servil, teme que dicha legislación perjudique a sus colonos fronterizos y que los esclavos, alentados por la medida, huyan hacia las Provincias Unidas. La intervención del embajador inglés lord Strangford, residente en Río de Janeiro, será decisiva y el 29 de diciembre Buenos Aires deja sin efecto lo obrado por la Asamblea y establece que “todo esclavo perteneciente a los Estados del Brasil que

hubiese fugado o fugase en adelante sea devuelto escrupulosamente a sus amos”. Días después, el 21 de enero de 1814, permite que cualquier viajero que llegue al Río de la Plata introduzca libremente los esclavos que conduce en calidad de sirvientes.

Años más tarde el Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón, confirmando que la abolición había sido sólo retórica, el 19 de diciembre de 1816 convocará esclavos para el Ejército de los Andes: “(…) He venido en determinar se organicen y disciplinen en cuerpos reglados los esclavos de esta capital en el modo y forma que se detallará a continuación, conciliando este objeto en cuanto sea dable con el privilegiado del servicio personal a que están constituidos con sus amos, y para no elevarles al rango de ciudadanos sino después que el aprecio de sus acciones militares hayan comprado este precioso don.

”(…) 3. Todo amo bajo la multa de 30 pesos a beneficio de un fondo que se formará para los gastos de esta brigada, queda en la precisa obligación de remitir sus esclavos, no sólo a la reunión indicada para la formación de los batallones, sino igualmente a las sucesivas en que ha de dárseles la necesaria instrucción militar, según queda prevenido en el articulo 10.

”(…) 5. El amo que a los 15 días subsiguientes a la formación de los batallones no tuviese la papeleta de que trata el presente artículo para comprobante del alistamiento de cada uno de sus criados, será privado de aquel a quien le falte, dándosele por libre con calidad de servir tres años en las tropas de línea de los de su origen”.

La principal razón para la extinción de negros y mulatos en nuestro territorio, además de que se priorizó su venta y no su retención, fue su utilización en las guerras de la independencia, las civiles y de la Triple Alianza. La infantería negra constituye en determinados momentos más de un cuarto de las tropas regulares sin tener en cuenta a aquellos que forman la reserva. Gran parte del Ejército de los Andes está formada por esclavos, reunidos en su mayoría en los batallones 7º y 8º de infantería, donde suman más de mil quinientos hombres.

San Martín nunca dejó de reconocer el valor de sus pardos y morenos. En la alborada del 12 de mayo de 1818 parte con O’Brien de

regreso a su patria en busca de ayuda para continuar la campaña libertadora. Cuando llegan a la cuesta de Chacabuco, a la vista de los túmulos de los infantes muertos en la batalla del mes anterior, San Martín baja de su mula, se descubre y exclama emocionado: "¡Pobres mis negros!".

La historia que nos cuentan no recuerda el coraje en combate de ningún soldado, y mucho menos de un oficial, de piel oscura. Sólo da avaro espacio a una confusa anécdota protagonizada por un adolescente hijo de esclavos, Falucho —sin apellido, pues eso es cosa de blancos—, quien habría encontrado la muerte durante una sublevación de un cuerpo de granaderos argentinos contra las autoridades en el Perú, supuestamente por haberse negado a arriar el pabellón nacional y remplazarlo por el español. Pero el general Miller relata en carta a San Martín que el tal Falucho se paseaba "vivito y coleando" por las calles de Lima seis años después de su muerte heroica… Por otra parte, es obvio que si una bandera ondeaba en la fortaleza del Callao no podía ser sino la peruana.

Un notable ocultamiento es la identidad racial del "sargento" Cabral, quien a costa de su vida salva la de San Martín cuando su caballo, en el combate de San Lorenzo, cae abatido por la metralla y aprisiona con su cuerpo la pierna del Libertador, inmovilizándolo en medio del fragor de la lucha. Juan Bautista Cabral era hijo de esclavos mulatos, Francisco Cabral y Carmen Robledo, siéndolo él también pues su nacimiento fue previo al decreto de "libertad de vientres". Tampoco era sargento, no hay registro de ascenso *post mortem*, lo que parecería orientado a despojarlo de su condición proletaria y hacerlo militar de línea. (63, 79, 130).

9
Las alucinaciones de la codicia

Las naciones débiles de América siempre han sido concebidas como promisorias fuentes de riqueza para los poderosos de turno, insensibles al sufrimiento humano provocado por su codicia. Los millones de nuestros compatriotas hoy condenados a la miseria y a la exclusión son dramático testimonio de ello.

Fue ese inclemente deseo de lucro lo que en tiempos de la Conquista hizo que nuestro actual territorio fuese escenario de expediciones insensatas que pretendieron emular a las de Cortés y Pizarro, pródigas en riquezas.

Una de ellas fue la de Sarmiento de Gamboa, quien zarpa de Sanlúcar de Barrameda el 25 de septiembre de 1581 al frente de una imponente flota de veintitrés navíos en los que embarca no sólo a marinos y soldados sino también a artesanos, agricultores, médicos, etcétera, con sus esposas e hijos. También armas, bastimentos, víveres y todo lo necesario para fundar ciudades en la zona que le ha sido adjudicada por su rey: el extremo sur de la América. Su esperanza es que en el estrecho de Magallanes haya, como en México y en Perú, grandes ciudades con ricos templos exuberantes en oro para adorar al dios Sol, recargados de plata para venerar a la diosa Luna; también cementerios para profanar y apoderarse de los utensilios de orfebrería en oro e incrustaciones de esmeraldas con que eran provistos los muertos para su viaje al otro mundo.

Después de tormentas, calmas chichas y motines sólo cinco de los navíos llegarán a la boca del estrecho el 17 de febrero de 1583. Cuando el viento rabioso y el oleaje embravecido se lo permitieron, Sarmiento de Gamboa supera la embocadura y desembarca 116 soldados, 48 marineros, 58 colonos, 13 mujeres y 10 niños.

Con la formalidad que establecían las capitulaciones tomó posesión

de todas esas provincias al este, oeste, norte y sur, desenvainó su espada, cortó hierbas, tiró mandobles a diestra y siniestra, las ofreció a la advocación de Dios y de la Virgen y gritó que si había alguien que contradijera que lo hiciese en ese mismo momento. En ese páramo donde imperaban invictamente el frío y la desolación, donde ni plantas ni animales podían arraigarse, el alucinado conquistador cumple con lo acordado con su monarca y en mayo de 1584 funda la ciudad de "El Rey Don Felipe". Aunque no quedara otra alternativa que obviar las instrucciones reales de "elegir tierra sana y fértil, con abundancia de agua, leña y pastos, cielo claro y benigno, temperaturas sin exceso de calor ni de frío".

Desvariando, condenando a la horca a quienes se sublevan ante su obstinación, dibuja prolijamente la planta ciudadana, distribuye solares donde sólo había hielo, adjudica chacras donde el viento y el frío asesinaban hasta los arbustos, reparte indios donde sólo había lobos marinos. También instala cañones para rechazar el ataque de los piratas, que descuenta tentados por las riquezas del emplazamiento.

Como reaccionando ante tan demencial herejía, una borrasca aun más fuerte que las que han ido destruyendo una a una las naves de la expedición termina por expulsar a la capitana, la *Santa María de Castro*, fuera del estrecho. A su bordo está Sarmiento de Gamboa, quien hará intentos de reingresar hasta que, acuciados por el hambre que los ha llevado a devorar ratas y botas, sus hombres se amotinan y lo obligan a poner proa a España.

Sarmiento nunca regresará y sus sueños habrán estado habitados por esos humildes hombres, mujeres y niños que, como sucede desde el principio de los tiempos, pagarán el precio de los errores o las triquiñuelas de su patrón y quedarán abandonados en el gélido desamparo. Lo último que se sabrá de ellos es el testimonio del pirata inglés Thomas Cavendish, quien en enero de 1587, treinta y dos meses después de la fundación de la ciudad "El Rey Don Felipe", se sorprenderá al avistar en la costa del estrecho a una quincena de seres humanos al borde del congelamiento y de la extenuación que le hacen señas desesperadas. Cavendish, en camino hacia el Pacífico para saquear el Callao y otras plazas donde los españoles acumulaban las

riquezas americanas, desembarcará para apoderarse de los cañones pero, anglicano como su reina Isabel, no rescatará a los náufragos por ser católicos. (13, 135).

10
Estimar en más la calidad de americano

Los pobres son los inevitables postergados de cualquier sistema político, económico y cultural. Los “malditos” por antonomasia. Una de las condiciones necesarias de esto es su marginación de los sistemas educativos, y ello no es un fenómeno colateral sino central pues toda dominación requiere de sometidos que tengan comprometida su capacidad de saber, de pensar y de entender. Por ello no es de extrañar que, en nuestros días, la instalación del cruel sistema neoliberal, máxima manifestación del capitalismo salvaje, se acompañe en los países periféricos como la Argentina de una fuerte degradación educativa.

Aquí nos ocuparemos del verdadero iniciador de la educación popular en nuestro suelo, aunque no será eso lo que le reconozca la historia que nos cuentan, que reservará ese título para quien, casi dos siglos después, fomentará una educación al servicio del crecimiento económico, del país pero fundamentalmente de su dirigencia pública y privada, a través de la incorporación al sistema productivo de las masas iletradas.

En 1794 se autoriza el comercio con naves extranjeras y se crea el Consulado de Buenos Aires para, entre otros propósitos, controlar dicha actividad. Es designado secretario del nuevo organismo un joven criollo de 24 años educado en España, en la Universidad de Salamanca, y muy influido por las nuevas ideas: Manuel Belgrano. Fue traductor del francés de las doctrinas fisiocráticas, las ideas económicas de moda en aquellos tiempos. Su padre era hombre de fortuna, enriquecido con la actividad entonces más rentable en el puerto rioplatense, el contrabando.

En sus *Escritos económicos* opinará: “No puedo decir bastante mi sorpresa cuando conocí a los hombres nombrados por el Rey para la

Junta. Todos eran comerciantes españoles, exceptuando uno que otro, nada sabían más que de su comercio monopolista, a saber: comprar por cuatro para vender con toda seguridad a ocho”. Belgrano se refería así a sus colegas del Consulado cuyos apellidos eran Anchorena, Martínez de Hoz, Arana, Agüero, Ramos Mejía y Álzaga, en su mayoría comerciantes monopolistas que defendían ante todo sus intereses personales que eran también los de sus compatriotas residentes en Cádiz, a quienes en muchos casos representaban.

Las cosas no eran fáciles para Manuel: era un funcionario americano de la Corona con ideas progresistas, pero su misión oficial consistía en defender los intereses retrógrados de España. Logró sin embargo un equilibrio que le permitió aprovechar las medidas liberadoras que la Corona no tuvo más remedio que admitir por presión de las circunstancias internacionales. Ello favoreció claramente a los grupos dispuestos a operar por fuera del comercio con la metrópoli.

Es de resaltar que el cargo con que Manuel Belgrano había sido distinguido por España le hubiese permitido amasar una considerable fortuna, ya que de él dependían los permisos para embarcar y desembarcar los productos del comercio. Su compromiso con la revolución de su patria fue un gesto de desprendimiento remarcable que le valió, junto con la gloria, una oprobiosa miseria.

Fueron importantes las iniciativas de Manuel Belgrano en el plano de la educación, entre ellas el proyecto de considerar la enseñanza gratuita en la campaña y la necesidad de crear escuelas de náutica, comercio, dibujo y de hilados de lana y algodón. En el caso de que no hubiera suficientes maestros sugería traerlos de España o de otros países europeos.

Sus propuestas formaban parte del informe anual presentado al virrey, a los demás funcionarios de la Corona y a los comerciantes de Buenos Aires. Allí propugnaba repartir cartillas entre los labradores para aumentar la exportación de “frutos del país en particular de los productos de la agricultura y la ganadería”. Para conseguirlo lo fundamental pasaba por mejorar la producción. Recomendaba introducir nuevos métodos de eliminación de las plagas que afectaban amplias áreas de la llanura pampeana, modernizar los útiles de

labranza y usar las técnicas de drenaje de los suelos inundables.

Asimismo, consideraba una cuestión de primer orden obtener mejoras en las técnicas de siembra y cosecha, con el objetivo de aumentar el rendimiento del trabajo agrario, fiel al ideario fisiócrata de François Quesnay, quien en sus *Máximas* considera al desarrollo agrícola como la base de la felicidad humana.

"Todas las naciones cultas", escribiría Belgrano, "se esmeran en que sus materias primas no salgan de sus Estados a manufacturarse y todo su empeño es conseguir no sólo darles nueva forma, sino aun extraer del extranjero productos para ejecutar los mismos y después venderlos. Nadie ignora que la transformación que se da a la materia prima le da un valor excedente al que tiene aquella en bruto, el cual puede quedar en poder de la Nación que la manufactura y mantener a las infinitas clases del Estado, lo que no se conseguirá si nos contentamos con vender, cambiar o permutar las materias primeras por las manufacturadas".

La Corona era renuente a gastar dinero en estas iniciativas que buscaban elevar el nivel profesional y cultural de los criollos, para así evitar su competencia con los españoles, por lo que la mayoría de esos proyectos nunca se pusieron en práctica, y aquellos que tuvieron mejor suerte fueron cancelados al poco tiempo.

Años más tarde, al anoticiarse de la decisión de la Asamblea de premiarlo por su triunfo en la batalla de Salta, don Manuel envió desde Jujuy una correspondencia a Buenos Aires en la que expresaba su decisión de "destinar los cuarenta mil pesos para la dotación de cuatro escuelas públicas de primeras letras, en las que se enseñe a leer, escribir, la aritmética, la doctrina cristiana y los primeros rudimentos de los derechos y obligaciones del hombre en sociedad hacia ésta y el gobierno que la rija, en cuatro ciudades, a saber, Tarija, Jujuy, Tucumán y Santiago del Estero, que carecen de un establecimiento tan esencial e interesante a la Religión y al Estado y aun ni arbitrios para realizarlos".

Pero Belgrano también se propuso dar un reglamento a dichas escuelas. Sus artículos son poderosamente reveladores de la lúcida concepción que tenía de lo educativo y de su importancia en la

sociedad. Es así que en el artículo 1° privilegia la buena retribución al maestro estableciendo que se destinen quinientos pesos anuales para cada escuela, de los que cuatrocientos serán para su pago y los cien restantes para “papel, pluma, tinta, libros y catecismo para los niños de padres pobres que no tengan cómo costearlo”.

Para evitar el “dedazo” o “acomodo” imponía el sistema del concurso u oposición: “Se admitirían los memoriales de los opositores con los documentos que califiquen su idoneidad y costumbres, oirá acerca de ellos el síndico procurador, y cumplido el término de la convocación, que nunca será menor de veinticinco días, nombrará dos sujetos de los más capaces e instruidos del pueblo, para que ante ellos, el vicario eclesiástico y el procurador de la ciudad, se verifique la oposición públicamente en el día señalado”. Dicho concurso, como lo indica el artículo 4°, debía abrirse cada tres años, para garantizar que el maestro fuera el más capacitado para ejercer tan delicada tarea.

Tendrá también maravillosas expresiones hacia el maestro, de sorprendente actualidad: “Procurará con su conducta en todas sus expresiones y modos inspirar a sus alumnos amor al orden, respeto a la religión, moderación y dulzura en el trato, sentimientos de honor, amor a la verdad y a la ciencia, horror al vicio, inclinación al trabajo, despego del interés, desprecio de todo lo que tienda a la profusión y al lujo en el comer, vestir y demás necesidades de la vida, y un espíritu nacional que les haga preferir el bien público al privado y estimar en más la calidad de americano que la de extranjero” (artículo 18°). Enseguida, en el artículo 19°, nos seguirá asombrando: “Tendrá gran cuidado en que todos se presenten con aseo en su persona y vestido, pero no permitirá que nadie use lujo aunque sus padres puedan y quieran costearlo”.

Quizá lo más remarcable del “Reglamento” de don Manuel Belgrano es la jerarquía que confiere a la tarea del educador: “En las celebraciones del Patrono de la ciudad, del aniversario de nuestra regeneración política y otras de celebridad, se le dará al maestro en cuerpo del Cabildo, reputándosele por un padre de la Patria” (artículo 8º).

Don Manuel es el caso emblemático de un prócer jerarquizado por

nuestra divulgación histórica pero a costa de postergarlo en su condición de pensador, de auténtico promotor de la educación popular, además de, con su primo Castelli, principal ideólogo de Mayo. Se lo reduce al rol de creador de la bandera y de mediocre conductor de ejércitos. De allí que los monumentos ecuestres que lo conmemoran disfrazado de militar con morrión y sable tergiversan lo más remarcable de su vida y de su obra. (57, 92).

11
Las malditas revueltas populares

La historia argentina que se enseña en los establecimientos educativos se ha hecho dócil eco de las interesadas versiones españolas sobre el humanitarismo de las misiones jesuíticas en nuestro actual territorio de la provincia de Misiones, así llamada en su honor. Confirmando de este modo que nunca le ha resultado fácil, salvo honrosas excepciones, comprender y justificar la posición de los naturales del Nuevo Mundo.

Fue sin duda grande el talento de los discípulos de San Ignacio de Loyola de comprender que sus trabajadores americanos rendirían más por la convicción que por la fuerza, anticipándose a la prédica de los gurúes modernos de la eficiencia empresaria. Mientras los otros colonizadores, asociados a sacerdotes de diversas órdenes, aplicaban el terror del látigo, del hambre, de las pestes, del hacinamiento, generando trabajadores débiles, hostiles y de vida corta, los jesuitas planificaban inmensas explotaciones de yerba mate y algodón con indígenas predominantemente guaraníes, también sanavirones, tonicotes y matarás, a los que en sus bien llamadas “reducciones” proveían de alimentación y abrigo a cambio de su sometimiento. Éste era disimulado con astucia por una organización supuestamente autónoma que respetaba las jerarquías aborígenes pero que en lo real obedecía férreamente las disposiciones del “hermano superior” jesuítico.

Tan inteligente metodología, al precio de una transculturación en la que los guaraníes fueron perdiendo su identidad, obligados “por las buenas” a asimilar la cultura y la religión de sus amos, dio como resultado el crecimiento de un imperio económico floreciente y expansivo.

Eso los llevó a sostener inevitables enfrentamientos, borrados de la historia divulgada, en su condición de patrones y opresores, pues su

creciente influencia política, militar, social y económica los hizo entrar con frecuencia en contradicción con la supuesta veta humanitaria y socializante practicada en sus "reducciones", envueltos en conflictos de poder en los que tomaban partido contrario a justas reivindicaciones.

El 8 de mayo de 1732, las milicias correntinas convocadas por el teniente gobernador Jerónimo Fernández para unirse a la represión de un levantamiento comunero en el Paraguay se sublevan en Itatí, al grito de "¡Común!, ¡común!" —equivalente al moderno "¡Si éste no es el pueblo, el pueblo dónde está!"—, se apoderan de la ciudad y destierran a los comerciantes y funcionarios reales prominentes, con especial saña contra los comprometidos con los jesuitas.

Eligen maestre de campo a Juan José de Ballejos y se ponen en comunicación con los también sublevados asunceños: "(Estas milicias) están prontas a seguir su ejemplo, auxiliarlas en sus aprietos a la menor insinuación que se les hiciese, y reconocerle por cabeza si su propio gobernador, don Bruno, no aprobase lo que habían ejecutado, porque en tal caso están resueltos a desmembrarse de su gobierno y unirse con el del Paraguay y confederarse para la ruina de los pueblos indios que doctrinan los jesuitas".

Pero poco duró el gobierno revolucionario de Corrientes, dado que el pusilánime Ballejos no quería usar la palabra "común", pues sonaba a sedición contra el rey, y en el movimiento correntino primó el espíritu negociador y entonces languideció sin rumbo hasta que, por gestiones del obispo de Buenos Aires, fray Juan de Arregui, el gobernador Zavala acepta el sometimiento, "perdón jurídico" fue llamado, dictando una amnistía general sin pedir a nadie cuenta de lo ocurrido.

Treinta años después la sublevación comunera renacerá con mayor furia, otra vez en Corrientes. En junio de 1761, el rey Carlos III ha entrado en guerra con Portugal y resuelve reconquistar Colonia del Sacramento y atacar el enclave lusitano de Río Grande. Pedro de Cevallos, gobernador de Buenos Aires, jefe de la expedición punitiva, comete el error de entreverar correntinos con misioneros, lo que indigna a aquéllos porque se los empleaba en tareas militares en

beneficio de las misiones jesuíticas, amenazadas por los "bandeirantes" portugueses. El resultado fue una deserción masiva que obligó a licenciar el resto y suspender la operación.

La represión no se hizo esperar. De ello fue encargado Manuel José de Ribera Miranda, arrogante español de profesión comerciante resuelto a que los correntinos "conozcan la autoridad y jurisdicción real, el lugar que represento y que no soy como mis antecesores". Empezó por rodearse de los llamados "ajesuitados", la "gente de posibles", comerciantes y funcionarios enriquecidos por negocios oscuros, enemiga de los campesinos. El 17 de julio, los tenidos por "patriotas" y "comuneros" fueron sometidos a "carreras de baquetas": pasar entre dos filas de soldados que los castigaban con correas, pena infamante sólo aplicada como máximo correctivo en la milicia; el 24, por bando, Ribera Miranda declaró traidores al rey, y por lo tanto pasibles de ser ahorcados, a quienes hablasen mal de él.

En la noche del 29 de octubre de 1764 diecisiete conjurados, dirigidos por Pedro Casajús, Ramón Paredes y Gaspar de Ayala, entraron en la ciudad con el apoyo de los frailes de San Francisco y Santo Domingo y el beneplácito del cura párroco Antonio Martínez de Ibarra, todos ellos enemigos de los jesuitas. Hasta se dijo que recibieron la aprobación del obispo de Buenos Aires, Manuel Antonio de la Torre.

A los tradicionales gritos comuneros de "¡Viva el Rey y muera el mal gobierno!" los centinelas fueron reducidos, uno quedó muerto, y Ribera Miranda fue sacado de la cama en camisa y calzoncillos, amarrado de pies y manos, golpeado y conducido a la cárcel del Cabildo. Inútilmente los oficiales ordenaron a su tropa hacer fuego contra los revoltosos, a quienes se había reunido la mayoría de la vecindad, pues los soldados se pusieron de parte de ellos.

Se suceden variadas vicisitudes en que la suerte se inclina hacia uno y otro bando hasta que "la vecindad", como dio en llamársela, sometida a presiones internas y externas que fogonean disidencias entre los cabecillas, empieza a desmoronarse. Para empeorar el panorama a mediados de septiembre de 1765 llegan inquietantes noticias de Buenos Aires: el gobernador Cevallos, apenas se lo

permitiera la guerra con los portugueses, mandaría un juez “a pasar a degüello a los correntinos y sólo dejaría a los niños menores de doce años”. Asustados, los vecinos se dirigen al gobernador de Asunción Fulgencio Yegros y al Cabildo paraguayo, notificándoles “que necesitan protección y desean volver con su madre, pues Corrientes fue hija en un principio de Asunción”. Fríamente se les contesta el 14 de octubre que no habría inconveniente en su pedido “siempre que ocurriesen ante el Rey”.

El juez Francisco Morphy, el enviado de Cevallos, asume el gobierno con el apoyo de los jesuitas que habían sido apresados o expulsados y encarcela a casi todos los varones mayores de edad de Corrientes, comprometidos directa o indirectamente en “la vecindad”. Preguntados por el nombre de los responsables del amotinamiento, responderán al estilo de Lope de Vega que “todos eran uno”. Se pedirán numerosas ejecuciones y otros severos castigos pues, expresa el dictamen con agravio, los implicados “estaban convencidos de que la loca Señoría de su Común es la que manda sobre todos”.

Pero pronto la situación dará un vuelco y todos los procesados serán indultados y dejados en libertad, ya que la orden será víctima de su ambición de poder: alguien más poderoso, el rey de España, inquieto por su desmesurado crecimiento económico y político, expulsa a los jesuitas de América aunque luego, para contrarrestar la “leyenda negra” de la Conquista, contribuirá a la construcción y a la divulgación del mito de la acción humanitaria de los miembros de la Compañía de Jesús en nuestras tierras. Que sin duda la hubo, pero teñida con el azufre de lo terrenal. (10, 19, 32, 62, 66).

12
La dueña de los mares necesita nuevos mercados

El sojuzgamiento nacional por parte de las potencias de turno, sean éstas países u organismos supranacionales, siempre fue factible por el colaboracionismo de los “socios interiores”. En los tiempos modernos ellos han sido ministros, secretarios de Estado y hasta presidentes, comprometidos con leyes y decretos que favorecen intereses ajenos a los de nuestro pueblo, con las conocidas consecuencias de destrucción de industrias nacionales, privatizaciones corruptas, enriquecimientos ilícitos y expansión de la miseria con perjuicio de la salud, de la seguridad, de la educación y de la cultura. El “cipayismo” atraviesa nuestra historia desde sus albores y varios dramáticos ejemplos habitarán estas páginas.

Para comprender las invasiones inglesas al Río de la Plata es necesario retrotraerse al combate de Trafalgar, el 21 de octubre de 1805, cuando los treinta y tres navíos de la flota franco-española al mando del inepto Villeneuve fueron aniquilados por los veintisiete británicos del almirante Nelson. Cuarenta días después Napoleón derrota al ejército austro-prusiano en Austerlitz, al norte de Viena. Esos acontecimientos bélicos reparten el poder planetario: los mares para Inglaterra y el continente para Francia. Cuentan que William Pitt, canciller inglés, al conocer el triunfo del emperador francés enrolló un mapa de Europa murmurando: “Durante los próximos diez años no lo necesitaremos”.

Vedados los nuevos mercados por tierra, ello obligó a Gran Bretaña, en plena expansión industrial, a buscarlos por mar y entonces no fue de extrañar que de la armada lanzada sobre la colonia del Cabo, posesión holandesa sometida a la órbita napoleónica, se desprendiese, aun sin autorización de la Corona, una expedición casi piratesca hacia

el Río de la Plata.

En Buenos Aires el Cabildo se ocupaba en establecer multas para los vecinos que no combatieran a las hormigas y las ratas de sus casas y recordaba que el 14 de mayo sería feriado para dedicar cultos solemnes a los santos Sabino y Bonifacio, encargados de proteger a la ciudad de tales plagas. Aseguraba un personaje de la Iglesia que “ese patronato lo poseían desde la fundación de la ciudad, pero su culto se había resfriado y apagado tanto en nuestros tiempos, que los daños que se experimentan, así en las sementeras y plantas que devoran como en las casas y edificios que taladran, son pieza y olvido de nuestros protectores, pues no se ruega a Dios por su intermedio”.

A las 11 de la mañana del 25 de junio de 1806 los marinos ingleses desembarcan en Quilmes y en pocas horas ocupan Buenos Aires. Beresford, en su primera proclama, expresa que su población está “cobijada bajo el honor, la generosidad y la humanidad del carácter británico”. Sabiendo que eso era lo que muchos esperaban y para ganarse su voluntad, se apresuró a decretar la libertad de comercio. También, en la lógica del conquistador, redujo los derechos de Aduana para los productos británicos. Para eso habían cruzado el Atlántico y perdido algunas vidas.

Nuestra historia divulgada nos ha convencido de la unanimidad de la heroica resistencia de los pobladores de Buenos Aires. Sin embargo, eso sólo fue cierto para algunos de la “clase decente”, como Liniers o Pueyrredón, seguramente movidos por su lealtad hacia su tierra natal, Francia, y de algunos pocos patriotas españoles acaudillados por Álzaga. Y será épicamente auténtico en la reacción de la plebe porteña, como le constará al comerciante inglés Gillespie, seguramente un espía, quien en sus informes relatará que en la fonda Los Tres Reyes ingleses y españoles cenaban en lugares separados cuando “una hermosa joven que servía a los dos grupos, miró fijamente a los españoles diciéndole en un tono claro para que todos la oyeran: ‘Desearía caballeros que nos hubiesen informado más pronto de sus cobardes intenciones de rendir Buenos Aires, pues apostaría mi vida que, de haberlo sabido, las mujeres nos habríamos levantado unánimemente y rechazado a los ingleses a pedradas’.”

Aunque nos duela, la verdad es que la actitud de la mayoría de los integrantes de la clase alta de Buenos Aires, españoles pero también criollos, fue obsecuente y colaboracionista. Desde entonces hasta hoy será norma en nuestro territorio que los intereses ajenos y contradictorios con los nacionales siempre tendrán argentinos dispuestos a colaborar con ellos. Así lo consigna un testigo presencial, Ignacio Núñez, en sus interesantes *Noticias históricas*: "Dice Godoy —entonces factótum de la Corona hispánica— en sus *Memorias* que durante la ocupación de Buenos Aires por los ingleses, éstos no vendieron ni una hilacha en la feria que abrieron de sus géneros, porque no hubo quién las comprase aun ofreciéndolos a vil precio: él supone que llegó hasta este grado la fidelidad y patriotismo de la ciudad.

"En cuanto a los negocios mercantiles tan cierto es que el que necesitó comprar géneros compró para vestirse o para revender, como lo es que desde mucho antes de la invasión las casas de comercio más respetables de Buenos Aires introducían por contrabando grandes cargamentos de géneros ingleses, comprados con sus propios fondos, que remitían por Portugal a Inglaterra".

Menudearon las visitas de cortesía al Fuerte ocupado por los invasores y eran muchos los que, enterados de que el comandante inglés era muy goloso, portaban grandes fuentes de dulce de leche y de zapallo. Según se cuenta, Beresford, fingiendo ignorar las costumbres del país, daba por sentado que el obsequio incluía el recipiente y se quedaba con las valiosas fuentes de plata, que luego remitía a Inglaterra.

"Los ingleses individualmente fueron particularmente distinguidos por las familias principales de la ciudad, y sus generales paseaban de bracete por las calles con las Marcos, las Escalada y las Sarratea. Los prelados de las comunidades religiosas, entre ellos el prior de los dominicos, fray Gregorio Torres, presentaron al general Beresford una laudatoria, en que se asentaba esta proposición: 'Aunque la pérdida del gobierno en que se ha formado un pueblo, suele ser una de sus mayores desgracias, también ha sido muchas veces el primer pie de su gloria: no nos atrevemos a pronosticar el destino de la nuestra, pero sí

a asegurar que la suavidad del gobierno inglés y las sublimes cualidades de V.E., nos consolarán en la que acabamos de perder (…). La religión nos manda respetar las autoridades seculares y nos prohíbe maquinar contra ellas, sea la que fuere su fe, y si algún fanático o ignorante atentase temerariamente en contra de verdades tan provechosas, merecerá la pena de los traidores a la Patria y al Evangelio'" (I. Núñez).

Por su parte, el almirante Popham no ocultaría su complacencia por el trato recibido en carta al promotor de la incursión, el conspirador venezolano residente en la capital británica Francisco Miranda: "Mi querido General: Aquí estamos en posesión de Buenos Aires, el mejor país del mundo. (…) Me gustan los sudamericanos prodigiosamente". (21, 31, 60, 85).

13
La pensión de por vida

Saturnino Rodríguez Peña era uno de los jóvenes “alumbrados” de Buenos Aires, así llamados porque se sentían iluminados por las luces de las nuevas ideas europeas sobre libertad, igualdad, fraternidad y propiedad que devoraban en los textos de Voltaire, de Rousseau, del barón de Montesquieu, de la *Enciclopedia* de Diderot y D’Alembert. Hermano de Nicolás y asistente a las reuniones conspirativas de la jabonería de Vieytes, fue delegado por Castelli, Belgrano, Paso, French y los otros que ya maquinaban estrategias que cortaran la dependencia con España, para hablar con el general Beresford, prisionero en Luján, e interesarlo en la emancipación de las provincias del Río de la Plata. Convencerlo, y por su intermedio convencer al Foreign Office inglés, de no insistir en la ocupación militar pues así nuevamente deberían enfrentar el coraje y la astucia de gauchos, mulatos, indios y orilleros sino de que lo más conveniente, tanto para la Corona inglesa como para los criollos levantiscos pero también temerosos de las puebladas, era promover la independencia del Río de la Plata a cambio de garantizar el dominio británico de su comercio en el que los “alumbrados” tendrían la activa participación que los realistas siempre les habían negado.

Beresford se mostró favorable a esas propuestas y se ofreció a hacerlas conocer al conquistador de Montevideo, general Auchmuty, y al gobierno de Londres. Para ello era necesario que el jefe inglés fugara. Un testigo de época se ocupa de ello: “Don Saturnino (Rodríguez) Peña, natural de esta capital, uno de los pocos prosélitos de las ideas de Beresford, y que con él había vivido en el Fuerte, era hermano político del capitán de blandengues don Antonio Olavaria, encargado de la conducción de Beresford a Catamarca. Presentóle Peña a poco de su salida una orden supuesta de Liniers, para que le

fuese aquél entregado, lo que consiguió sin obstáculo junto con Pack; y los condujo a la ciudad, donde todos permanecieron ocultos en la casa quinta de don Francisco González, celador comisionado por el cabildo para la aprehensión de vagos y criminales, hasta que se embarcaron en la sumaca de un portugués Lima. Era también un peruano Padilla otro de los autores de esta fuga. Peña y él acompañaron en ella a Beresford y Pack; obteniendo del gobierno inglés por tal servicio una prensión anual de por vida de mil quinientos pesos fuertes" (F. Saguí).

Nuestros prohombres de Mayo, a pesar de haber sido testigos de la potencia del levantamiento popular capaz de derrotar a las tropas de la mayor potencia militar de entonces y de la fervorosa vocación antipatronal de aquellos humildes sirvientes, campesinos y artesanos, preferirán la politiquería de los arreglos cupulares. Eso se reiterará en las jornadas de Mayo de 1810 en las que el pueblo fue el gran ausente, aislado por españoles y criollos, por independentistas y realistas. (135, 141).

14
Un insulto tan soez

A veces no es fácil darse cuenta de las vicisitudes del poder. Los que son fuertes pasan a ser débiles y a la inversa, de acuerdo con las reglas de la lucha por el predominio. Siempre habrá una "corrección política" que los oportunistas sabrán explotar en su beneficio.

Francisco Saguí cuenta en sus *Memorias* —que dan cuenta de los últimos cuatro años de dominación española— una sabrosa anécdota al respecto:

"El sábado santo (inmediatamente anterior a la segunda intentona de los ingleses) se trataba de colocar un judas... ¡con el uniforme de patricios! Por una feliz casualidad supo a tiempo un individuo del cuerpo esta inicua burla: se da parte al comandante Saavedra y éste se fue inmediatamente a noticiarlo a Liniers. Este mandó en el acto hacer traer al individuo autor de tal torpeza, quien para completarla y demostrar mejor su estupidez, trató de echar la culpa sobre su esposa y sus hijas. Sorprendidas estas infelices con el descubrimiento, todo lo confirman, apelando a las súplicas. Al tal marido se le mandó en arresto por algunos días; y gracias a esto, porque figurémonos a cuánto exponía su vida y la de los demás de su cuerpo, con unos hombres sumisos sí, y pacientes, pero que no hubieran soportado un insulto tan soez, sino que aun con su sangre habrían hecho derramar la de sus burladores". (141).

15
La conspiración carlotista

Hemos ya señalado que los proyectos anticoloniales de los jóvenes “alumbrados” —Belgrano, Castelli, Vieytes, los hermanos Rodríguez Peña, Moldes, Paso— estuvieron teñidos de elitismo, no pasaron de maniobras cupulares en que sectores del poder pujaron contra otros de intereses divergentes, dejando afuera a la plebe, a la que toda la clase “decente”, estuviesen a favor o en contra de Cisneros, temía.

Un ejemplo de ello fue el proyecto del carlotismo, que tuvo como protagonistas a los arriba nombrados que se empeñaron vigorosa y esperanzadamente en él. Sucedió que la esposa del emperador del Brasil, la princesa Carlota, era hermana del rey Fernando VII, prisionero de Napoleón, y vio la oportunidad de reivindicar sus derechos, como Borbón, a las colonias americanas.

No sólo era el pariente en libertad más próximo a Fernando sino una posible heredera, pues la ley sálica que impedía reinar a las mujeres, establecida en España en tiempos de Felipe V, había sido abrogada por Carlos IV en ocasión, precisamente, del casamiento de Carlota con Juan de Portugal en la esperanza de una unión dinástica de la península, a la manera de Castilla y Aragón en tiempo de los Reyes Católicos.

La idea de reclamar las posesiones americanas para doña Carlota fue apoyada por su esposo, pues podría significar la anexión de inmensos territorios a la Corona portuguesa, y también por influyentes criollos rioplatenses que imaginaban una vía de independencia de España aunque se cayese en otra servitud europea. Pero Gran Bretaña deslumbraba a los jóvenes díscolos de entonces por sus ideas libertarias y Portugal era su aliado subalterno. Tanto era así que su emperador estaba en Río de Janeiro porque así lo había dispuesto el Foreign Office.

El canciller Souza Coutinho, encargado de la operación, hizo pública una fingida separación conyugal de los soberanos para dar la sensación de que los intereses de Portugal no pesarían en las determinaciones de Carlota. Con esa misma intención se le empezó a dar el tratamiento de “Infanta” española y no el de “Princesa Real” portuguesa, y se la hizo vivir en un palacio de la playa Botafogo en lugar de compartir con su esposo el palacio real de San Cristóbal.

A mediados de 1808 dos líneas de influencia británica presionaban a la corte de Río de Janeiro: por una parte, el embajador Sydney Smythe, lord Strangford, quien obraba con instrucciones de Canning, canciller inglés; por la otra su casi homónimo, el vicealmirante Sydney Smith, jefe de la escuadra, quien actuaba con la independencia acostumbrada de los jefes navales ingleses dando una interpretación personal de la política de su país.

Con la firma de Carlota y Pedro Carlos, su sobrino —incorporado por los británicos por si la Infanta se mostraba inmanejable—, y dirigido al regente Juan, se redacta el 19 de agosto el documento básico del carlotismo. Ambos “infantes” representantes de la Casa Real de España suplicaban al regente de Portugal que protegiera su causa “contra la propagación del sistema usurpador de Napoleón por ser los más inmediatos deudos del rey de España (…) (a fin de) asegurar sus derechos combinándose con las fuerzas inglesas, portuguesas y españolas para impedir que los franceses practiquen en América las mismas violencias y sublevaciones que cometieran contra casi toda Europa, interesando al almirante de Inglaterra (…) (para que) disponga sus fuerzas navales y proteja el río de la Plata (…) franqueándoles recursos y avisos a los jefes, autoridades y magistrados en estos dominios”.

La “Justa Reclamación”, la aceptación del regente y ambos “Manifiestos” se imprimieron en Río de Janeiro y circularon en toda la América española. Fueron remitidos a los virreyes, audiencias, gobernadores, capitanes generales, intendentes, arzobispos, obispos, consulados, cabildos seculares y eclesiásticos y personas de representación, acompañados de cartas de Carlota. A Buenos Aires escribió la princesa a Liniers, la Audiencia, el Consulado, ambos

Cabildos, fray Francisco Chambó, Juan de Almagro y Sobremonte, preso en una quinta de San Fernando.

El Cabildo porteño contestó diplomática pero airadamente el mismo día en que llegó el documento a su conocimiento. Hizo hincapié en que llamar "obligada" la abdicación de Carlos IV era "ofensivo a la rectitud, al modo de pensar y nobilísimo porte y sentimientos de nuestro Amado Soberano (Fernando VII)", protestó contra la "ingerencia en estas posesiones" de la corte portuguesa y rechazó la Reclamación mientras no se dirigiese "por los respetables conductos de la Junta instituida para el gobierno de la Nación".

En cambio no fue ésa la reacción de no pocos de los honrados con las cartas autografiadas de la Infanta quienes, desde ese mismo momento, se declararon sus partidarios y avalaron sus derechos. Así lo manifestaron los jóvenes "alumbrados" en sus contestaciones a Río de Janeiro. Entre ellos Manuel Belgrano, quien escribirá: "No es comparable la representación de la junta de Sevilla con las de Vuestra Alteza Real ni pueden ponerse entrambas en paralelo; aquélla es de mero hecho y ésta de conocido derecho". Belgrano agregará una nota fechada el 13 de octubre de 1808 para Coutinho a fin de apresurar el proyecto ante la posibilidad de que estallase y triunfara la revolución alzaguista contra Liniers que luego ocurrió el 1° de enero de 1809: "No se difiera un instante la venida del Sr. Infante D. Pedro Carlos (…) hay peligro en la dilación (…) tememos que corra la sangre de nuestros hermanos (…) una rivalidad mal entendida y una vana presunción de dar existencia a un proyecto de independencia demócrata (…) (hay) que desbaratar en sus principios unas ideas de cuya ejecución se resentirá la humanidad en toda la América del Sur".

Otro complotado, Cornelio Saavedra, en su carta declarará que se "postra en el más sumiso acatamiento ante Vuestra Alteza Real suplicándole digne mandar impartir las órdenes que fueren de su Real agrado". Puede comprobarse entonces que ya en 1809 hay quienes promueven estrategias que directa o indirectamente conducen a la independencia, desmintiendo a quienes consideran que el 25 de mayo no estuvo animado por deseos de cortar lazos coloniales con la metrópoli.

El astuto agente portugués Felipe Contucci se había ganado la amistad de los conspiradores criollos, carlotistas por conveniencia, pintándoles un panorama acorde con sus proyectos de cambio: si apoyaban la regencia de Carlota o de Pedro Carlos, dado que la misma, argumentaba, habría de establecerse de cualquier manera, pacíficamente o por la fuerza, con o sin el apoyo de las autoridades virreinales, ellos, los criollos "alumbrados", tendrían preferencia en el nuevo gobierno sostenido por Portugal y, sobre todo, por Gran Bretaña.

Es que los futuros próceres de Mayo vislumbraban que una regencia de la Infanta los incorporaría a la influencia de la hermana mayor de Portugal, Gran Bretaña, que también durante los años por venir sería por ellos considerada la única potencia capaz de garantizarles el no regreso a la dependencia de España. Por otra parte, aquellos jóvenes criollos, captados por el iluminismo, estaban seducidos por el liberalismo económico, cuyo reflejo en lo intelectual y en lo social les resultaba mucho más atractivo que el hispanismo ultrarreligioso y estancado en el tiempo.

Pero finalmente sería el embajador británico, lord Strangford, quien frenaría las aspiraciones expansivas de Coutinho, ya que Inglaterra no tenía interés en aumentar el poderío de Portugal ni en fomentar la independencia de las colonias de su aliada contra Napoleón, pues España significaba la mejor y única playa de desembarco en el continente europeo para sus ejércitos. Además, toda rebelión colonial era un mal ejemplo que podía extenderse a las propias posesiones ultramarinas. Para el embajador el propósito de llevar a Carlota a Buenos Aries era bueno como amenaza extorsiva a las Juntas españolas y así doblegarlas aun más de lo que ya estaban, pero la materialización no estaba dentro de sus planes ni en los del canciller Canning. En cambio, el vicealmirante Smith, independiente del Foreign Office y aduciendo connivencia con el ministro de Guerra Castlereagh, impulsaba el proyecto con entusiasmo y convicción.

Lord Strangford quedaría finalmente dueño del terreno y el almirante Smith sería removido meses más tarde. El proyecto carlotista y sus vicisitudes influirían para que la vieja e íntima amistad

de Castlereagh y Canning se quebrase, lo que los llevó, luego de renunciar ambos al gabinete, a batirse en un duelo de condiciones severísimas en el que Canning resultó mal herido. En 1812 Castlereagh volverá como canciller; Canning solamente en 1821 después del suicidio de su antiguo amigo.

Pero fue también el emperador Juan quien se opuso. Según el biógrafo de la Infanta, su secretario Presas, “tres cosas pudieron concurrir para que el príncipe variase tan repentinamente de opinión y dictamen: primera, las sugestiones e intrigas de los privados, que veían como inevitable su ruina desde el día que la princesa llegase a obtener algún mando; segunda, el influjo del ministro de Inglaterra lord Strangford, quien, según las instrucciones de su gobierno, debía trabajar incesantemente para realizar la independencia de la América española, lo cual no podía lograr estando la princesa al frente de su gobierno; y tercera, el miedo fundado que tenía el mismo príncipe de que una vez que su esposa se hallase señora de Buenos Aires formase un ejército, y fuese hasta el Río de Janeiro para despojarlo del trono, y ponerlo donde no le diese el sol”.

La gran oportunidad del carlotismo tuvo lugar cuando los criollos de la política y de las milicias se confabularon para impedir el desembarco del virrey Cisneros designado por la Junta hispánica para sustituir a Liniers. A principios de julio de 1809 hubo una reunión para planear la resistencia a la orden de la metrópoli a la que acudieron Belgrano, Pueyrredón, Díaz Vélez, Viamonte, Urien, Terrada, Azcuénaga y Martín Rodríguez entre los militares, y Castelli, Paso, Nicolás Rodríguez Peña y Vicente Echeverría entre los civiles. Aunque faltó Saavedra por estar enfermo se lo suponía solidario. En la reunión hubo dos opiniones: Belgrano, Pueyrredón, Castelli, Paso, Rodríguez Peña y Viamonte eran revolucionarios y querían dar “un paso de inobediencia al ilegítimo gobierno de España” sosteniendo a Liniers contra Cisneros. No se trataba tanto de lealtad con el tambaleante virrey sino del deseo de dar tiempo a concluir las negociaciones con doña Carlota de Portugal y a que desembarcara en Buenos Aires, ya que “el argumento borbónico” quedaría descartado ante la legítima designación de un representante de la Corona

española.

Los demás asistentes a la reunión secreta siguieron a Echevarría, a quien le pareció "intempestiva y poco sensata en el momento" una ruptura que "llevaría a una guerra civil". Ante ello los jóvenes "alumbrados" y sus aliados, los jefes de milicias, abandonaron la reunión "declarando alto y en voz fuerte que actuarían con libertad y como pensaban", según informa el espía Da Costa a Río de Janeiro.

Pero la conspiración carlotista abortaría cuando Liniers saca de la cama a Saavedra para transmitirle que no contasen con su apoyo para resistir al nuevo virrey, lo que provocará la indignación de quienes deseaban sostenerlo en el cargo. Al advertir el cariz que tomaban los acontecimientos "entraron —continúa el espía portugués— la comisión de patriotas que se proponían obrar revolucionariamente". Pero las palabras del virrey saliente demostraron —escribirá Belgrano en sus *Memorias*— "que Liniers no tenía espíritu, ni reconocimiento a los americanos que lo habían elevado y sostenido y ahora lo querían por mandón (…) Abrigaba, por opinión o por el prurito de todo europeo, mantenernos en el abatimiento o en la esclavitud".

Lo que don Manuel y sus amigos desconocían era el arreglo al que, según cronistas de la época, habían llegado Liniers y los realistas: un "retiro" de 6.000 pesos plata anuales, que se acumularían a su sueldo de jefe de escuadra y a la pensión del título de "conde de Buenos Aires" con que sería honrado y que aún hoy detentan sus descendientes; se concedió el grado de capitán de fragata para su hijo mayor, capitán del fijo para el siguiente, y los menores son nombrados tenientes; cada hija, a su vez, tendría 5.000 pesos anuales de pensión vitalicia. (42, 135).

16
La cantidad de cuatro mil pesos

Para el desencadenamiento de los hechos del 25 de Mayo no bastó con que los "chisperos" de la Legión Infernal de French y Beruti impidiesen la entrada al Cabildo de los partidarios del virrey para garantizar el resultado de las votaciones. También fue necesario que alguien facilitase el dinero para los gastos:

"Excelentísimo Señor Presidente: Don Matías de Irigoyen, coronel mayor de la Nación, ante Vuestra Excelencia, con el debido respeto, se presenta diciendo que conviniendo a sus intereses documentar un préstamo de cuatro mil pesos que su finado hermano don Miguel de Irigoyen hizo al regimiento de patricios en 19 de mayo del año 1810, espera se sirva vuestra excelencia ordenar que los señores generales de la Nación don Cornelio de Saavedra, don Juan José Viamonte, don Juan Ramón Balcarce y el coronel don Juan Antonio Pereyra certifiquen lo que supiesen sobre el particular como jefes y veedores que fueron de todos los memorables sucesos del mes de mayo de 1810. Gracia que espera de la acreditada justificación de vuestra excelencia. Buenos Aires, junio 3 de 1826.

Matías de Irigoyen".

A lo pedido, informa Saavedra:

"Don Cornelio de Saavedra, brigadier general de las Provincias Unidas del Río de la Plata reformado en la de Buenos Aires.

"Certifico, que cuando en el mes de mayo de 1810, se reunió en el cuartel, el regimiento de patricios que yo mandaba, con el noble fin de romper las cadenas de la esclavitud con que el domino español oprimía ésta y demás provincias de nuestra América, los oficiales

veteranos don Miguel Irigoyen, ya finado, y su hermano el alférez de navío de la real armada don Matías Irigoyen, se me presentaron en dicho cuartel, el mismo día del acuartelamiento que fue el 18 del citado mayo, a tan interesante servicio de franquear la cantidad de cuatro mil pesos para dar una pequeña buena cuenta a los soldados patricios, como efectivamente se verificó por la mano de los capitanes y comandantes respectivos de compañías; con cuyo acto acreditaron de un modo indudable la firmeza de su resolución, y decidido empeño en la causa que se intentaba, arrostrando los peligros y compromisos, a que todos los que empuñamos las armas para realizarla y sostenerla, nos expusimos. Buenos Aires, 20 de mayo de 1826.

Cornelio de Saavedra".

(Expediente relativo al préstamo hecho por Miguel Irigoyen al Regimiento de Patricios en mayo de 1810, Archivo General de la Nación). (10).

17
Gran Bretaña, oculta protagonista de Mayo

Lo que nos cuentan suele retacearnos la fascinante complejidad de los hechos históricos, en su esfuerzo por darnos de ellos una versión linealmente comprensible y conveniente. Así no ilumina la decisiva participación, aunque embozada, de Gran Bretaña en los días de Mayo.

Ya en el gobierno el virrey Cisneros enfrentará la desesperante escasez de recursos, y entonces toma una medida extrema, aun contra la oposición del Consulado (aunque con la complicidad de su secretario, Manuel Belgrano): aprueba un reglamento provisorio de libre comercio que ponía fin a siglos de monopolio español y autorizaba el comercio con los ingleses.

En Buenos Aires los grupos económicos se habían ido dividiendo en dos fracciones: los monopolistas y los exportadores. Los españoles pertenecientes al primer grupo querían mantener el privilegio de ser los únicos autorizados para introducir y vender los productos extranjeros que llegaban desde España. Éstos venían sobrevaluados porque España, sin capacidad productiva, a su vez se los compraba a otros países como Francia e Inglaterra para después revenderlos en América.

Son ellos, los monopolistas, el grupo social y económicamente más poderoso, los que demostrarán no tener problemas en aceptar a la Francia napoleónica como su nuevo amo en tanto pudieran conservar sus privilegios. Es por ello que puede afirmarse, como iremos viendo, que para no pocos protagonistas de la Revolución de Mayo, como fue el caso de Álzaga, ésta se hizo en contra de Francia. Mejor dicho: en oposición a aquellos españoles que aspiraban a continuar reconociendo las imposiciones de la metrópoli cualquiera fuese el

poder que la rigiese.

En cambio los productores, tanto agrícola-ganaderos como de las rudimentarias pero pujantes industrias del vino, del cuero, del tasajo y del tejido, querían comerciar directa y libremente con Inglaterra y otros países que eran los más importantes clientes y proveedores de los productos de esta región. Sostenían que España se había transformado en una cara, ineficiente y prescindible intermediaria y su crítica se expandía hacia lo ideológico cuestionando su oscurantismo religioso y sus convicciones detenidas en el pasado.

Es claro que el movimiento de Mayo, en un principio y en sus más vigorosos impulsores (Belgrano, Moreno, Castelli, Paso), no propuso independizarse de España a partir de un sentimiento nacional que por entonces no tenía posibilidades de existir, sino que su prédica y su acción propugnaban "liberarse" de los defectos hispánicos que consideraban antitéticos de las doctrinas liberales impulsadas antaño por la Francia revolucionaria y entonces recogidas, sobre todo en lo comercial, por Inglaterra. Es por eso que los protagonistas de Mayo tendrán su mirada y su deseo siempre dirigidos hacia ella, con el obstáculo de que ésta, por su alianza con España para derrotar a Napoleón que se había propuesto cerrar los mercados a la revolución industrial inglesa, no podrá brindarle el apoyo que anhelan.

En una de las primeras reuniones de la Junta se acordó hacer todo lo posible para ganarse la protección inglesa eliminándose de inmediato todas las restricciones al comercio, "dando a entender a Inglaterra que el objetivo de la América española no radicaba tanto en la separación de España como en la extirpación de los males causados por el gobierno español" (carta del embajador Strangford al primer ministro Wellesley, 20 de junio de 1810).

Nuestros hombres de Mayo hablaban en nombre de un pueblo retórico al que temían e ignoraban. Los gauchos, orilleros, mulatos, indios, eran testigos de idas y venidas de cabildantes, jefes militares y comerciantes sin que nadie los anoticiara de lo que sucedía. Y lo que sucedía nunca les era favorable: "Pedro Baliño de Laya, natural de vuestro Reino fiel de Galicia, vecino y del comercio de esta Ciudad, movido del amor que profeso a Vuestra Real Majestad y a nuestra

amable patria, represento y digo (…) anuncié lo propenso que estaba a perderse esta América del Sur, esto mismo me persuado, lo sabrá Vuestra Majestad (…) y los trabajos en que se ha visto el nuevo Virrey para recibirse del mando, que aún duran y durarán aquellos ardores devoradores contra Vuestra Majestad y los europeos (…)”. Se dirige en términos de censura contra la decisión del comercio libre tomada en esos días: “Y qué dirán los valerosos y constantes cochabambinos luego que sepan ha abierto Buenos Aires comercio libre a todas las naciones: dirán, ya quedaron sin pan mas de 16.000 almas que subsistían con los lienzos de algodón, surtiendo a toda esta América y a un precio tan equitativo como era el de 2 reales la vara (…) y qué dirán cuando sepan de que los ingleses ofrecieron abastecer de este renglón a 1 y cuartillo reales, qué dirán los de la sierra de Córdoba cuando sepan que los ingleses vendieron ponchos en ésta a 3 pesos que ellos vendían a 7. ¿No querían gobierno nuevo?, ahí lo tienen, ahórquense, compren cordeles. Ahí tienen los americanos la felicidad que aguardaban de España, ya no hay España, ya se acabó. Oh Santo Dios, y que esto ha de sufrir el carácter de un verdadero español (…)”.

El administrador de la Aduana informaba al virrey que desde la apertura de los puertos, hacía cuatro meses, habían ingresando a ese ente recaudador unos 400.000 pesos, “cantidad que jamás ha producido esta Aduana en tan corto tiempo”. La suma equivalía a lo recaudado en todo el año 1806. Creció de tal manera el comercio con los ingleses que las protestas de los poderosos monopolistas fueron amenazantes al punto de que el virrey, dando muestras de su volubilidad, ordenara la suspensión de la medida y la expulsión de los comerciantes extranjeros, dándoles a los mercaderes británicos un plazo de ocho días para dejar Buenos Aires. Luego le tocará a Cisneros ceder ante las presiones inglesas y ampliar en cuatro meses el plazo que expiraba el 20 de mayo. ¿Puede alguien dudar de que esa circunstancia tan callada por la historia que nos enseñan fue de enorme influencia en los sucesos que se desarrollaron a partir de esa fecha en el Río de la Plata?

Está comprobado que los barcos británicos de guerra surtos en el puerto más el embajador inglés en Río de Janeiro, con competencia en

el Río de la Plata, Lord Strangford, hicieron pesar su influencia. Durante las jornadas de Mayo dichas naves estaban amarradas en el puerto en actitud de protectora coacción. El capitán de la escuadra, Charles Montagu Fabian, no sólo empavesó las naves y disparó salvas de festejo el 26 sino que también arengó al pueblo a favor de la revolución.

Habría motivos para festejar: en los días subsiguientes se rebajaron en un ciento por ciento los derechos de exportación y se declaró libre la salida de oro y plata sin más recaudo que pagar derecho como mercancía, tal como se había pedido en "La Representación de los Hacendados".

Gran Bretaña había aprendido, cuatro años después de su primera invasión, que para colonizar al Virreinato del Río de la Plata no hacían falta ni su escuadra ni sus soldados. Bastaba con dominar su comercio. Pocos años más tarde acentuaría su influencia a través del endeudamiento, para lo que contaría con la complicidad de quien fuera nuestro primer presidente. Estrategia de las grandes potencias que se perpetúa hasta hoy. (63, 72, 85, 124, 132).

18
Corrupción en la Primera Junta

Argentinas y argentinos hemos aprendido que una de las principales culpables de las postergaciones nacionales es la corrupción, presente desde los primeros pasos de nuestra patria. Y que no es un fenómeno ajeno a la esencia del liberalismo, como parecen creer quienes pontifican un “capitalismo honesto”, sino que es uno de los mecanismos de la inequidad en la distribución del ingreso nacional, base del sojuzgamiento de los sectores populares necesario para la preservación y expansión de tal sistema.

El ejemplo que sigue parecería mostrar que antaño la impunidad era menor que ahora:

“Proceso por delitos contra la patria y su seguridad contra Juan Larrea, Buenos Aires, 18 de agosto de 1815.

”Cargo No. 6 (de 9): Cómo (es posible) asegurar que en ningún caso se prevalió de la representación de secretario de Estado para que los fondos públicos careciesen de ingresos debidos en razón de derechos, cuando con su acuerdo, sin hacer tentativas ni anuncios públicos que justificasen su conducta, se vendieron los nueve mil ochocientos diez marcos y cuatro onzas de plata en barras, con quebranto de su legítimo valor privadamente y con libertad de derechos, en la cantidad de veintitrés mil quinientos dieciocho pesos, cuyo ingente quebranto no se justifica, ni le salva de la responsabilidad al confesante con lo que absuelve contestando a la pregunta trece, que se le hizo; especialmente cuando median respetables voces que aseguran que los ingleses Magnil y Dilson tuvieron en esta parte con el confesante sus inteligencias, siendo suyo el negocio, y de aquéllos la comisión, cuyo caso se vió repetido en la venta de las tres corbetas Neptuno, Belfast y Agradable, que importando al Estado la primera quince mil pesos, y la segunda veintidós mil, y la tercera veinticinco mil, y las tres sesenta y

dos mil pesos, se atribuyen vendidas a don Manuel Lorenzo en treinta mil pesos, sin que tamaño desfalco, y la falta de ingresos en las cajas aun de esa porción menos de la mitad de aquella importancia (…)”.

Firma la acusación Martín Basavilbaso.

La sentencia dictada por Manuel Vicente de Maza, el 9 de octubre de 1815, dirá:

“(…) Primero: Que don Juan Larrea, de conformidad con lo que pide el ministerio fiscal, salga expatriado para ultramar. En el primer buque que después de sancionada esta sentencia, zarpe en derechura puertos que no sean de los Brasiles, ni los de la Gran Bretaña en Europa.

”Segundo: Todos los bienes secuestrados a don Juan Larrea, estarán afectos en el modo que ya tiene dispuesto el gobierno al reintegro de los ochenta y dos mil trescientos diez pesos tres reales, que adeuda a la aduana del Estado”.

El 20 de junio de 1847 el ex vocal de la Primera Junta, luego de una vida azarosa, se suicidará degollándose con su navaja de afeitar. (10).

19
Seguir la conducta más cruel y sanguinaria

El secretario Mariano Moreno, joven abogado, no fue un regordete bonachón como lo muestran las ilustraciones de los textos escolares, sino que era enjuto de apariencia y con su rostro poceado por la viruela. Había transitado de la indiferencia inicial a enamorarse apasionadamente de la revolución. Sus ideas eran producto de lecturas de los juristas españoles y las teorías políticas del siglo XVIII francés, particularmente de Rousseau, de quien publicase la traducción del *Contrato social*, y de Montesquieu, cuya teoría de la división de poderes y su equilibrio citó en varios artículos de *La Gazeta*. "El gobierno antiguo nos había condenado a vegetar en la oscuridad y abatimiento, pero como la naturaleza nos ha criado para grandes cosas, hemos empezado a obrarlas, limpiando el terreno de tanto mandón ignorante", escribirá.

Era partidario de una profunda alianza con Gran Bretaña. En varios artículos hizo referencia a ello: "Una general proscripción de todas las pretensiones de la Francia, un franco y libre comercio con la nación inglesa, reglamentos liberales que aumentasen estas relaciones sobre la firme base de recíprocas ventajas, una amistad proveniente dispensada a todo individuo inglés residente en este suelo, tales han sido las medidas que la Inglaterra debió pretender de nosotros, y que hemos anticipado generalmente".

Consideraba indispensable la ayuda británica para el triunfo de la revolución, y estaba dispuesto a pagarla al precio de "sufrirle algunas exacciones", también para impedir que los portugueses se anexasen la Banda Oriental aprovechando los esfuerzos de la guerra independentista. Esta ayuda debería gestionarse "con reserva y disimulo" y consistiría en una "declaración pública de neutralidad"

que permitiese comprarle armas “por su justo precio”, si no fuese posible un tratado secreto de apoyo. En retribución se pagaría, además de los beneficios comerciales, con la isla Martín García para que fuese “una pequeña colonia o puerto franco para su comercio”.

En ese mismo artículo Moreno trata de los medios para insurreccionar Brasil y conquistar Río Grande. Ello se haría por agentes “mandados en clase de comerciantes” que reciban y distribuyan ejemplares de *La Gazeta* impresos en portugués y “hagan los elogios más elevados de la felicidad, libertad, igualdad y benevolencia del nuevo sistema y del envilecimiento del anterior”. Es de alabar esa patriótica voluntad antiimperial del secretario, tan contrastante con el entreguismo que en años posteriores demostrarán los directores Alvear, Álvarez Thomas, González Balcarce, Pueyrredón, mejor dispuestos a rendir pleitesía al emperador de Río de Janeiro que a defender el territorio de la Banda Oriental.

Reconocidos historiadores coinciden en que a la pluma de Moreno se debe el radicalizado *Plan revolucionario de operaciones* en el que se detallan los medios revolucionarios, aunque se sospecha que el borrador inicial corrió por cuenta de Belgrano. Dicha dureza estaba en relación directa con la desconfianza que los hechos de Buenos Aires despertaban no sólo en los pocos jefes españoles que había en el anterior virreinato, ahora Provincias Unidas, sino también en los nacidos en la tierra, que llevaban ya muchos años perjudicados por el puerto.

“Debe observar la conducta más cruel y sanguinaria con los enemigos de la causa; la menor semiprueba de hechos, palabras, etc. contra la causa debe castigarse con la pena capital, principalmente si se trata de sujetos de talento, riqueza, carácter y alguna opinión; a los gobernadores, capitanes generales, mariscales de campo, coroneles, brigadieres que caigan en poder de la causa debe decapitárselos.” En cambio, a los amigos había que disimularles “si en algo delinquiesen que no sea concerniente al sistema pues en tiempos de revolución ningún otro delito debe castigarse sino el de infidencia y rebelión contra los sagrados derechos de la causa, todo lo demás debe disimularse (…) A los extranjeros debe dárseles empleo, pues si no por

patriotas a lo menos por interés serán fieles”.

Los jueces “deben ser personas de nuestra entera satisfacción que sean adictos para estorbar el apoyo de los ambiciosos y perturbadores del orden público; aun en los juicios particulares debe preferirse siempre al patriota, a quien se le debe proporcionar mejor comodidad y ventajas”. Se completa la estrategia montando “una oficina de seis u ocho sujetos que escriban cartas anónimas, fingiendo o suplantando nombres y firmas para sembrar la discordia y el desconcierto, cuidándose de indisponer los ánimos del populacho contra los sujetos de más carácter y caudales pertenecientes al enemigo”.

“Los bandos y mandatos públicos deben ser muy sanguinarios y sus castigos muy ejecutivos”; *La Gazeta* debería dar “noticias muy halagüeñas, lisonjeras y atractivas ocultando en lo posible los pasos adversos y desastrados, porque aunque algo se sepa a lo menos la mayor parte de la gente no las conozca”; las derrotas disimularse “con el colorido más aparente” y así en “la semana que haya de darse el público alguna noticia adversa, el número de ‘Gazetas’ a imprimir será muy escaso no debiendo dar oportunidad de que el enemigo nos replique y contradiga en sus periódicos”. En cuanto a la prensa extranjera, habría que evitar “los papeles perjudiciales, los que deben secuestrarse”.

Moreno y la mayoría de los vocales de la Primera Junta se consideraban la “vanguardia esclarecida” que haría la revolución que convenía a los demás, la que habían aprendido en los libros, convencidos de la inconveniencia de consultar a las provincias y al pueblo por considerarlos ignorantes, formados en el atraso hispánico. Saavedra, en cambio, cuya ideología no era enigmática ni aristocratizante como la de sus adversarios en la Junta, se inclinaba a posiciones menos radicalizadas y más democráticas, por ello logró la incorporación a la Junta de los representantes provinciales, algunos de ellos plebeyos, que a partir de allí tendrían voz y voto en los hechos revolucionarios. Esta posición de don Cornelio sería registrada por los sectores populares quienes, en los tiempos por venir, saldrían en su defensa cuando se lo supo amenazado.

A Inglaterra sólo le interesaba la apertura del puerto de Buenos

Aires para colocar sus excedentes industriales. Tanta pasión revolucionaria como la de Moreno y los suyos no entraba en su estrategia de no irritar a España y de no fomentar, siendo una monarquía, un movimiento que parecía dirigirse hacia la reivindicación republicana. Lord Strangford no se privaría de expresar a Moreno su preocupación en carta del 17 de noviembre a raíz de la política del terror: “Los últimos procedimientos de la Junta respecto a Liniers y sus compañeros están poco conformes con el espíritu de moderación que dictó vuestras primeras medidas y han dado, aún a quienes estaban bien dispuestos a vuestro favor, motivo para ponerse en contra (…) El cambio de ese sistema ha de haber sido desagradable al Rey mi Soberano”.

No sería entonces casual que el incontrolable don Mariano fuese asesinado en un barco inglés por su capitán también inglés. (7, 8, 97, 128, 135).

20
Los arengadores y charlatanes

Redactó el decreto de “supresión de honores” fundándolo en que al hallarse “privada la multitud de luces necesarias para dar su verdadero valor a todas las cosas, reducida por la condición de sus tareas a no extender sus meditaciones más allá de sus primeras necesidades (…) confunde los incidentes y homenajes con la autoridad y jamás se detiene a buscar al jefe por los títulos que le constituyen, sino por el voto y las condecoraciones con que lo ha visto distinguido”.

Este texto de Moreno en contra de Saavedra despunta el tufillo elitista que animaba a algunos de los hombres de Mayo, convencidos, no sin razón, de que el opresor español había dedicado siglos a embrutecer a sus colonizados sumergiéndolos en la ignorancia, “privándolos de luces”. Es así que Mayo fue en realidad un pronunciamiento que no convocó al pueblo a participar de las negociaciones. En ello coincidieron tanto los realistas como los revolucionarios. Por eso, cuando las cosas arrancaron en la dirección incorrecta y Saavedra y Castelli insólitamente aceptaron el 22 integrar una Junta presidida por Cisneros, una actitud que mucho se pareció a la traición, le bastará al decidido Antonio Beruti amenazar con tañir la campana del Cabildo para convocar al pueblo y el susto de todos los allí reunidos hará que todo vuelva atrás.

Derrotado políticamente, Mariano Moreno murió en alta mar luego de una horrible agonía de tres días y fue arrojado por la borda envuelto en una bandera inglesa. Aun muerto, sus ideas seguirán vivas en la juventud “alumbrada” de Buenos Aires que había hecho de él su mentor y tendrán activa influencia en los hechos por venir. Lo que estaba en juego en aquellos días era el espíritu que guiaría a esa revolución en peligro, a punto de capotar en tiempos dramáticos en

que la expedición al Paraguay había terminado en fracaso, en que los pocos buques patriotas habían sido hundidos por la armada del gobernador realista de Montevideo, Elío, y en que la carencia de fondos impedía avanzar en los proyectos militares indispensables para garantizar su continuidad.

Lo más saliente fue el enardecimiento de las posiciones encontradas entre los sectores que componían la clase “decente” porteña. Si bien sus ideas sufrían la confusión de los tiempos y de las inmadureces, y a veces los contrastes eran menores que las coincidencias, podía perfilarse un bando más apegado a las tradiciones hispánicas y cristianas, el de los “saavedristas”, provincianista, próximo a la “chusma” del puerto y del interior, confiado en que el tiempo sería su mejor aliado y que las posiciones radicalizadas sólo provocarían peligrosas reacciones. Con lógicas salvedades, puede hablarse de la anticipación del “federalismo”. Del otro lado, los “morenistas” habían tomado de su líder lo peor de su ideario —su amor por lo europeo y su desconfianza en lo telúrico, su porteñismo centralista— y en cambio debilitaron su fervor revolucionario sin el cual es seguro que Mayo hubiese abortado a poco de comenzar. Fueron los avanzados del “unitarismo”.

Estos últimos decidieron el nacimiento de la Sociedad Patriótica en marzo de 1811. A oídos de Saavedra y los suyos la noticia, que circuló velozmente en los corrillos ciudadanos, llegó como alarmante denuncia: se convocaba a una reunión de gente armada en el Café de Marcos, opuesta a su gobierno, que se identificaría por una escarapela celeste y blanca en su primera aparición en nuestra historia, bajo la ardorosa protección del Regimiento de la Estrella comandado por el brigadier Domingo French y, más prudentemente, por el de Granaderos de Fernando VII al mando del coronel Florencio Terrada. Los representantes más próximos a su ideario en la Junta Grande eran los vocales Nicolás Rodríguez Peña e Hipólito Vieytes, algo más tibiamente Azcuénaga y Larrea.

Los diputados leales al gobierno, entre los que se destacaban el deán Funes y los doctores Molina y Cossio, autorizaron a Saavedra para tomar medidas extraordinarias. Fue así como se impartió la orden de

detener a quienes se tenía por conspiradores y también a todos los que portasen la escarapela celeste y blanca.

Fueron poco menos de cien los jóvenes, todos ellos menores de veinticinco años y de elevada posición social, encerrados en la Fortaleza. Interrogados por Azcuénaga, quien simpatizaba con las ideas de la Sociedad Patriótica, fueron rápidamente liberados con el encargo de no perturbar el orden. Como era de imaginar, tan leve castigo no hizo sino envalentonar a los díscolos y nuevamente reunidos en el Café de Marcos bebieron aguardiente francés hasta emborracharse y estrenaron la canción de la Sociedad, "La América toda se mueve al fin". En las noches siguientes continuaron las reuniones con un número creciente de asistentes y con un entusiasmo desbordante que inquietó aun más al gobierno, pues los rumores de una inminente asonada en su contra corrían abiertamente en las casas y en las calles de Buenos Aires y hasta circularon los nombres de quienes ocuparían los más altos cargos.

El capitán del Regimiento de Arribeños, Juan Bautista Bustos, posteriormente jefe de Estado Mayor del Ejército del Norte y gobernador de Córdoba, solicitó la autorización de Saavedra, prudentemente no concedida, para disolver la Sociedad Patriótica a balazos. También era ostensible la inquietud de los españoles pues se había corrido la especie de que los revoltosos proponían la incautación de todos sus bienes y el destierro de no pocos de ellos.

Uno de los participantes en las reuniones de la Sociedad dejará su testimonio: "En cuanto se leía y en cuanto se hablaba, resaltaba el candor y la efervescencia tan propias de la primera edad (…) Se sostenía que el pueblo tenía derecho para darse la constitución que mejor asegurase su existencia, y que la mejor constitución era la que garantiza a todos los ciudadanos, sin excepción, sus derechos de libertad, de igualdad y de propiedad, invocándose en apoyo el Contrato Social del ginebrino Rousseau, el sentido común del inglés Paine, la cavilación solitaria del francés Volney; en cuanto a forma de gobierno, se examinaban las divisiones principales conocidas, monárquica, aristocrática, democrática, así como la que de ellas conducía a la libertad o a la esclavitud, a la república o al despotismo.

Cuando se citaban ejemplos en apoyo de las doctrinas, siempre era Grecia y Roma donde se encontraban: Catón en cuanto a la moral, Bruto en el coraje, Foción en el amor a la patria; se nombraban como maestros de la elocuencia a Demóstenes y Cicerón; como legisladores a Solón y Licurgo; a Nerón y Tiberio como tiranos" (I. Núñez).

Puede imaginarse la extrañeza de criollos, gauchos, orilleros, mulatos e indios ante estas elucubraciones que, cuanto menos, les resultaban ajenas y por lo tanto sospechables. Era claro que los exaltados morenistas no hacían ningún esfuerzo por ganarse a la plebe que, por lógica, se sentía más próxima a Saavedra, a quien respetaba por su actitud durante los días de Mayo y con quien además coincidían por su apego a las tradiciones hispánicas y cristianas que eran ya parte indisoluble de la identidad criolla y que, según había trascendido, eran escarnecidamente vituperadas en las tenidas de la Sociedad.

Sorpresivamente, en la medianoche del 5 de abril la ciudad asistió atónita al espectáculo de riadas de gauchos, indios, mulatos, orilleros, que venían de la campaña y de los suburbios plebeyos de la ciudad y que ocuparon la Plaza de la Victoria en apoyo a Saavedra y los suyos. Don Cornelio, en sus deplorables *Memorias* escritas para disculparse de las más elogiables acciones de su vida, asegura que se hizo "sin mi noticia ni conocimiento; yo sabía, es verdad, y esperaba se realizase lo que mis contrarios intentaban por medio del coronel del regimiento de la Estrella, mas nunca se me ocurrió la idea de prevenirla con formar otra en contra".

Aquello fue una reacción espontánea del pueblo humilde, allí "donde se mantenía el verdadero patriotismo, sin artificios de retórica ni imitaciones de la convención francesa" (J. M. Rosa) contra las "gentes de posibles" y los jóvenes "alumbrados" de la Sociedad Patriótica por considerar que pretendían dar a la Revolución un sesgo elitista y extranjerizante que no comprendían y tampoco compartían.

El propósito de la pueblada era sustituir la Junta por el gobierno "único" de Saavedra, en quien confiaban, y sus portavoces fueron Tomás Grigera, alcalde de las quintas, y el verdadero cabecilla, el doctor Joaquín Campana. Éste, abogado de las orillas, cuyo apellido

era la españolización del irlandés “Campbell”, sirvió a las órdenes de don Cornelio en el Regimiento de Patricios, donde había nacido una cordial relación. Ya había dado muestras de sus ínfulas democratizantes en 1806, tanto que el entonces virrey Sobremonte, en su comunicación a España, informaría que “el joven Campana y otros dos o tres mozuelos despreciables que lo siguieron” habían sido los más insistentes en solicitar su renuncia “con una furia escandalosa”. También su participación fue notoria en el Cabildo del 22 de mayo cuando se unió al grupo más radicalizado dirigido por Castelli, Belgrano y Paso.

Los líderes de la pueblada son convocados al Fuerte y es Grigera quien concurre. Allí es sometido a un áspero interrogatorio por los vocales de la Junta, los cabildantes y los oficiales que simpatizaban con la Sociedad Patriótica, sus ánimos encrespados pues veían peligrar el golpe inminente que los llevaría al poder. Mientras tanto el pueblo continuaba confluyendo y aglomerándose en la plaza y su entusiasmo aumentó cuando algunos regimientos se sumaron y adoptaron posición de combate, formados en la plaza en solidaridad con el revuelo plebeyo, entre ellos los Húsares con su jefe Martín Rodríguez. Vicente Fidel López, uno de los padres de la historiografía liberal, describirá a los protagonistas de la pueblada: “Eran pequeños propietarios, poseían caballo y sus tareas habituales eran el faenamiento de reses o el pastoreo de pequeñas cantidades de ganado; tenían un amor exagerado a su tierra y a su libertad”. Amor exagerado (?) que no sentían ni sentirán muchos de los “notables” de aquellos años decisivos.

Impaciente, indignada por las exageradas noticias del maltrato a que era sometido Grigera, la turba con Campana al frente derriba la puerta del Fuerte exigiendo y logrando que todos, vecinos y autoridades, se reuniesen en el Ayuntamiento en cuyos balcones se leyó el “petitorio del pueblo”. Éste, en una de sus partes, afirmaba: “El pueblo de Buenos Aires desengañado a vista de repetidos ejemplos de que no sólo se han usurpado sus derechos, sino que se trata de hacerlos hereditarios en cierta porción de individuos, que formando una facción de intriga y cábala quieren disponer de la suerte de las

Provincias Unidas, esclavizando a las ambiciones de sus intereses particulares la suerte y la libertad de sus compatriotas, ha resuelto con la energía propia de su carácter proponer a V.E. las siguientes condiciones para que, desbaratando el partido sospechoso, se restituya al pueblo injustamente despojado".

Saavedra tendría en toda su plenitud el mando político y militar, justificándose por ser "el depósito del Poder Ejecutivo en muchas personas inconveniente". Pero entonces surgirá la primera dificultad del exitoso movimiento: don Cornelio, como lo hiciera también en los primeros tramos del 25 de Mayo, se negó en redondo y quiso retirarse de toda función pública: "Pedí, supliqué y renuncié todos mis cargos, incluso el grado de Brigadier, fundándome en que la gran causa de nuestra libertad no debía detenerse por personalidades ni particulares atenciones (…) que la presidencia del gobierno y mando de las armas no las creía convenientes, que yo quedaba justamente satisfecho con el concepto que acababan de manifestar a mi favor. Nada fue bastante" escribirá más tarde a Viamonte.

Se llegó a una transacción, sin duda sugerida por el deán Funes: la Junta quedaría y Saavedra seguiría como presidente con el mando de las armas, que podía delegar en personas de su confianza. Los revolucionarios debieron resignarse aunque exigieron la disolución del Regimiento de la Estrella y la separación y el confinamiento de los juntistas Vieytes, Azcuénaga, Larrea y Rodríguez Peña, reemplazados por Chiclana (que estaba ausente, y no aceptaría), Atanasio Gutiérrez, Juan Alagón y Joaquín Campana, quien sería secretario y el verdadero gobernante.

El espíritu democrático que animaba al reclamo popular decretó que de allí en más se tendría en cuenta el deseo de las mayorías en desmedro de las habituales decisiones de las elites hispánica y criolla, estableciendo que en lo sucesivo no se haría designación de vocales de la Junta ni variación en la forma de gobierno "sin que ocurra con voto expreso del pueblo".

El tono de las relaciones con los ingleses también cambiará radicalmente, acorde con el espíritu nacional que alentaba a los plebeyos en el poder. En nota del 18 de mayo Campana se niega a la

oferta de mediación británica porque "quiere darnos como favor mucho menos de lo que se nos debe por justicia", reclamando además, ante todo, el reconocimiento de las Provincias Unidas del Río de la Plata como nación independiente. El 21 de junio la Junta rebelde da otro golpe a los ingleses donde más les dolía, sus intereses mercantiles: prohibió la remisión de géneros británicos al interior, derogando la disposición de Moreno que lo permitía, para así proteger las industrias de provincia. No fue todo: como los importadores ingleses acostumbraban a postergar indefinidamente el pago de los impuestos hasta haber vendido sus mercaderías, se ordenó el 25 de junio que dichas deudas con la Aduana pagarían un interés del ocho por ciento "sin perjuicio de los apremios y ejecuciones que el administrador de la Aduana estimara convenientes".

Dichas medidas, como es de imaginar, granjearon a la Junta poderosos enemigos, tanto en el extranjero como entre aquellos de adentro que se vieron afectados en sus intereses, acoso agravado por la pusilanimidad de Saavedra. Éste había encontrado en la derrota de Huaqui el pretexto para abandonar su función de presidente de la Junta y partir a hacerse cargo del mando del ejército, tarea para la cual no estaba capacitado y que nunca llegó a cumplir pues fue apresado en el camino por los nuevos gobernantes.

La situación se agravaba porque el 17 de julio, seguramente estimulado por los conspiradores anti-Campana, el general portugués Diego de Souza invade la Banda Oriental apoderándose del Fuerte de Santa Teresa y días después ocupa la villa de Melo. También las relaciones con el gobernador Elío empeoran y se suceden los bombardeos de la flota realista contra Buenos Aires.

Todo volvería a "la normalidad" el 17 de septiembre cuando, viéndose favorecidos con la presencia de los jefes de milicia opositores Romero y Ortiz de Ocampo al frente de los regimientos de Patricios y Arribeños, una batahola de jóvenes que otra vez han prendido sus distintivos celeste y blanco en sus solapas irrumpen en el Cabildo y exigen el encarcelamiento de Campana. Los poco sorprendidos cabildantes se hacen eco "extrañándose que el secretario de la Junta continuase en su cargo después del general clamor que hay en contra

de su persona". Esa misma noche Campana es encerrado, con grillos, en el Fortín de Areco permaneciendo confinado por más de diez años.

El fin de la revuelta fue tan previsible que Azcuénaga, desterrado en Mendoza, cuando se queja ante el también castigado Gervasio Posadas por haber perdido su grado militar recibe por respuesta: "Calle usted, hombre, yo le haré Brigadier". Efectivamente, al ser ungido Posadas como Director Supremo devolvió a Azcuénaga los galones.

Uno de los primeros actos del gobierno de Posadas, el tío de Carlos de Alvear, el verdadero poder en las sombras, fue decretar una amnistía general el 9 de febrero de 1814 con el objetivo de "restablecer la fraternidad, conciliar los ánimos, apagar el disgusto y hacer que no haya en las Provincias otro partido que el de la unión y la fraternidad". Por presión de la Asamblea quedaron exceptuados de tal indulto Cornelio Saavedra y Joaquín Campana: "El proceso no permite dudar que trazaron el primer plan de agresión pública, envolviendo en sus turbulentos designios a un gran número de ciudadanos pacíficos, que los unos por inexperiencia y los otros por sumisión hicieron de personajes subalternos en este memorable drama, (...) la justicia y la política claman por el escarmiento de sus autores y es forzoso oprimirlos bajo la ley o sancionar la insurrección".

Campana y Grigera, malditos emblemáticos de nuestra historia oficial, fueron condenados al olvido. Porque todo se puede perdonar, menos canalizar, interpretar y liderar los reclamos y la rabia de los sectores populares poniendo en peligro los poderes de turno. Y la historia podrá manipularse a conveniencia, como irónicamente lo denunciaría Jean-Paul Sartre: "También el pasado puede modificarse, los historiadores no cesan de demostrarlo". (1, 10, 50, 63, 84, 88, 98).

21
Las razones de una derrota

¿Cómo y por qué eran derrotadas nuestras tropas en las batallas por la independencia? La historiografía escolar da por sentado que cuando eso sucedía era por la superioridad en armamento y número del enemigo. Sin embargo, no siempre fue así.

Los sucesos del 5 y 6 de abril de 1811 en Buenos Aires tendrán decisiva influencia en la derrota de Huaqui. Las noticias, tendenciosamente, aseguraban que Saavedra y el deán Funes trabajaban para la Infanta Carlota y por eso habían desterrado a los cuatro vocales afines a la Sociedad Patriótica y desarmado el regimiento de French. Los oficiales morenistas se presentaron ante Castelli preguntando: "¿Cómo se trataba así a los hombres que habían dado los primeros pasos de nuestra felicidad?". Castelli, contrario a la pueblada, les prometió traer en honores a los castigados al Alto Perú, y también les confió que después de derrotar al jefe realista Goyeneche el ejército patriota bajaría a Buenos Aires a reponer a los desalojados por Campana del gobierno.

Dando credibilidad a los chismes, Viamonte, comandante en jefe, pese a ser amigo de Saavedra, le escribió el 10 de mayo para "que no se cuente con el Ejército del Perú si las ideas del gobierno son aquéllas (el carlotismo)", quejándose de la separación de los cuatro vocales. Saavedra le contestará entre dolorido y airado: "Mienten quienes digan que en las tropas, oficiales y habitantes de esta capital hay partido por la Carlota ni se quiere tener Rey (…) ¿Ha creído usted que el señor Vieytes, Azcuénaga y Larrea tienen más interés que nosotros por la causa de la libertad? ¿Qué pruebas han dado para este juicio de preferencia? ¿Larrea no fue uno de los corifeos del 19 de enero de 1809? ¿Vieytes no estuvo también complicado en esta célebre causa, o al menos no fue uno de los censores de nuestras operaciones aquel

día? ¡Azcuénaga! ¿qué ha hecho toda su vida con respecto a nuestra libertad? ¡Peña! Hablemos claro y desprendidos de toda pasión. ¿Dónde estaba? ¿Ha hecho más acto público que permitir en su casa la reunión del 25 de mayo y prestarnos 4.500 pesos para socorrer a nuestros soldados acuartelados? Lo primero, señor, bayonetas le aseguraban de toda tropelía, y lo segundo aunque digno de agradecimiento ¿es una prueba decisiva para preferirlo a todos los habitantes de Buenos Aires? (…) Mi amigo ¿hay cabeza para creer de buena fe que todos los individuos del gobierno, todos los jefes y oficiales de los cuerpos excepto el de French y algunos oficiales conocidos por lo pestilente de sus vicios, y más de 4.000 personas que en la noche del citado 5 de abril se juntaron en la plaza y causaron la feliz mutación de cosas, tienen menos interés en la causa que los cuatro arriba mencionados?”.

En sus *Memorias* testimoniará Dámaso Uriburu, un contemporáneo de los hechos, acerca de una batalla que debió ganarse pero que por razones de la política del momento nunca pudo haberse ganado: “Antes de expirar el tiempo de su duración (del armisticio) y sin que se denunciara el rompimiento de las hostilidades, el ejército español pasó este río (el Desaguadero) el día 20 de junio, y atacó súbitamente los puestos del ejército expedicionario de Buenos Aires, que todos fueron sucesivamente arrollados, acusando una derrota completa y general en este ejército, que se dispersó enteramente en aquella memorable jornada. Todos los partes, relaciones y detalles de ella que circularon en aquel tiempo comprueban que el ejército expedicionario de Buenos Aires tuvo muy mal situadas sus divisiones, que, o no pudieron recíprocamente auxiliarse en la batalla, siendo atacados sucesivamente por superiores fuerzas enemigas, o por un efecto de la indisciplina que reinaba en este ejército los jefes no quisieron ayudarse mutuamente en la pelea. El cuartel general que existía en el punto de Huaqui fue atacado en persona por el general Goyeneche y derrotado sin mayor resistencia, ínterin que la división que mandaba el coronel Viamonte estaba con el arma al brazo sin moverse de su puesto, y sin auxiliar este punto ni el que bizarramente defendió el coronel don Eustaquio Díaz Vélez, que en esta batalla, como en otras

muchas, se distinguió por un valor e intrepidez que ya rayaba en temeridad".

Ignacio Núñez, por su parte, escribe en sus *Noticias históricas*: "El general Balcarce no contaba al anochecer sino con una pérdida de quinientos hombres entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos; tampoco lo había preocupado la conducta del mayor general Viamonte y del jefe de los cochabambinos; los cuerpos imitando su noble ejemplo se mantenían firmes en la línea y de ningún modo desfallecidos por el contraste del día, contribuyendo a fortificarlos mayormente la falta de resolución que notaban en los españoles. El general aún se propuso sacar un gran partido de este conflicto: todas sus disposiciones tendían a prepararse en la noche para amanecer al día siguiente rompiendo el fuego sobre los enemigos, cuando repentinamente se encontró asaltado con repetidos avisos de que los cuerpos del ejército se desbandaban en diferentes direcciones, sin que se supiese la causa ni los oficiales pudiesen contenerlos; no había acabado de volver de su sorpresa cuando el mismo general se encontró arrebatado por el torrente; cada uno tomó el rumbo que pudo, aterrado con el suceso y la oscuridad de la noche, sin que entretanto se oyese un solo tiro, ni se sintiese el menor movimiento que indicase la aproximación del ejército enemigo; y cosa bien singular, sólo el mayor general Viamonte amaneció en el campo en que había anochecido el ejército y pudo retirarse libremente a La Paz, reunido y a la vista de los enemigos, con más de trescientos hombres".

¿Qué había sucedido? Se trataba de impedir la promesa de Castelli de, una vez derrotados los realistas, bajar a Buenos Aires con sus tropas para derribar a Saavedra y a Campana. Éstos tenían la simpatía de Viamonte, evidentemente convencido por las argumentaciones epistolares de don Cornelio, lo que explicaría su deslucido y sospechable desempeño en el combate y su responsabilidad en la derrota. Para empeorar aun más las cosas, la división de Cochabamba al mando de Francisco Rivero se retiró intacta, sin entrar en combate, lo que halló explicación cuando unos días después su jefe, con no pocos oficiales y soldados, se pasó al ejército español incorporándose con el grado y el salario de coronel.

El resultado final fue, inevitablemente, una derrota completa, que proporcionó a los españoles un espléndido triunfo, casi sin efusión de sangre, que difícilmente hubieran logrado de no haber sido por los conflictos políticos en las filas patriotas, empeorados por motivos estrictamente personales del orden de la envidia, el rencor o el amor propio.

Esto debe enseñarse a nuestros niños y a nuestros jóvenes pues la ejemplaridad debe ser también en lo negativo. La posibilidad de acceder al conocimiento de la historia verdadera, con sus luces pero también con sus sombras, les servirá para comprender mejor los sucesos del presente y quizás, ojalá, para prevenir y evitar otras derrotas en Huaqui, es decir los infortunios nacionales cuya razón fundamental es la irresponsable ineficiencia de nuestros dirigentes públicos y privados. “Lo principal y más saludable en el conocimiento de la historia es poner ante tu vista enseñanzas sobre lo que debes hacer y lo que debes evitar en provecho tuyo y de la República” (Tito Livio). (109, 116, 159).

22
Providencias que sean dolorosas

Belgrano debió hacerse cargo del Ejército del Norte tras el desastre de Huaqui. El estado de las tropas era calamitoso: la cuarta parte de los 1.500 soldados sobrevivientes estaban enfermos, tenían apenas 600 fusiles y no más de 25 balas para cada uno.

A pesar de su inexperiencia y de su escasa vocación por las armas, pero a favor de su patriótico sentido del deber, el intelectual graduado con honores en la Universidad de Salamanca logró en poco tiempo reorganizarlo, aumentar su número y, gracias a la colaboración de la población, proveerlo de lo indispensable para lanzarse al ataque. Avanzó con su gente hasta Jujuy pero recibió la absurda orden de retroceder y dirigirse a Buenos Aires para protegerla del improbable avance portugués que gastaba sus fuerzas guerreando contra la heroica resistencia en la Banda Oriental, donde el pueblo encontraría un caudillo para respetar y seguir: José Gervasio de Artigas.

Don Manuel obedece y en junio de 1812 ordenó a toda la población jujeña que abandonara sus propiedades y quemara sus cultivos para no dejarle nada al enemigo español que venía avanzando desde el Alto Perú. Era la táctica de la "tierra arrasada" que había aprendido en alguna de sus apresuradas lecturas sobre el "arte" de la guerra.

Según la historia que se nos cuenta los jujeños fueron convencidos por los argumentos patrióticos de don Manuel y su colaboración habría sido espontánea. Pero la verdad histórica es que también se utilizó la coerción, como lo demuestra el bando fijado el 29 de julio de 1812: "Hacendados: apresuraos a sacar vuestros ganados vacunos, caballares, mulares que haya en vuestras estancias y al mismo tiempo vuestros charquis hacia Tucumán, sin darme lugar a que tome providencias que sean dolorosas declarándoos, si no lo hicieseis, por traidores a la patria". En términos semejantes se dirige a labradores y

a comerciantes. El que no obedeciese la “sugerencia” del éxodo “será pasado por las armas inmediatamente, sin ninguna forma de proceso. Que igual pena sufrirá aquel que por sus conversaciones o hechos atentase contra la sagrada causa de la Patria o inspirase desaliento”.

Es el mismo Belgrano que, con Moreno, redactase el terrible *Plan revolucionario de operaciones*, pero que nuestra historia falsificadora decide “proteger” haciéndolo aparecer como ingenuo perdonador de enemigos y pacato chupacirios, destacando su voz aflautada y generando discriminatorias sospechas de homosexualidad. Lo cierto es que don Manuel supo, de acuerdo con lo que su patria le exigía, jugar a la guerra y sus horrores siempre que fue necesario.

Como cuando ante los once prisioneros tomados por Aráoz de Lamadrid en la corajuda acción de Tambo Nuevo descubre que dos de ellos estaban entre quienes luego de la batalla de Salta habían jurado no volver a empuñar las armas en contra de los ejércitos revolucionarios. Don Manuel ordenó que fueran fusilados por la espalda, con la prevención de que la descarga no les dañase sus cabezas, las que fueron luego seccionadas y transportadas sigilosamente lo más cerca posible del campamento enemigo, donde fueron izadas al extremo de altos maderos, de los que pendían rótulos de grandes y visibles letras: “Por perjuros e ingratos a la generosidad con que fueron tratados en Salta”. (57, 92).

23
Americanos contra americanos

Al referirse, nuestra historia consagrada, a que las batallas se libraban entre ejércitos “españoles” o “realistas” y “argentinos” o “patriotas” se retacea la dolorosa comprobación de que nuestras guerras de independencia se libraron, esencialmente, entre americanos. Es decir que quienes ponían “el cuerpo”, como siempre sucederá, eran los humildes de las ciudades y de la campaña, muchas veces sin saber qué era lo que defendían.

Entre los prisioneros de la batalla de Tucumán, el Comandante del 3er batallón, Antonio Suárez, era de Aragón; Francisco Montero, capitán, era de Castilla la Vieja; ése también era el origen de José Viera, capitán.

Todos los demás, cerca de setenta, eran americanos. (9).

24

Sus depravadas y ambiciosas miras

El pueblo irrumpiría en la historia, impetuoso, masivo, no en el lluvioso 25 de Mayo sino en la noche del 5 al 6 de abril de 1811, para luego caer en las jornadas de setiembre. Ni Saavedra ni Campana demostraron condiciones de caudillos, y los orilleros, los gauchos, los indios, los mulatos, es decir la chusma porteña huérfana de liderazgo, no participaría ni sería convocada en las alternadas revoluciones en las que de allí en más la asociación hispano-plebeya por un lado y los ideólogos de la iluminación por el otro se disputaron el gobierno en septiembre de 1811 (Primer Triunvirato) y en octubre de 1812 (Segundo Triunvirato).

Pero la plebe reaparecería en la otra orilla del Plata, cuando José Gervasio de Artigas y su pueblo se encontraron en el éxodo oriental de 1811. El jefe oriental había sido en sus años mozos lo que Eric Hobsbawm clasifica como "bandido social", alguien que en una sociedad sin orden y sin ley asume la representación de una primitiva justicia popular, encarnando la leyenda de quien "roba al rico para dar al pobre". En esas andanzas cometió frecuentes delitos y no parecen falsas las imputaciones de algún crimen. Luego llegarán los tiempos de su vigorosa consustanciación con la causa independentista, que guarda con el bandidaje la semejanza de atacar a la autoridad colonial.

La aparición de Artigas en la superficie de nuestra historia se produjo cuando, a instancias del embajador británico con sede en Río de Janeiro, lord Strangford, a favor del debilitamiento del orgullo patriótico con la caída de Campana y la Junta Grande, el secretario del flamante Triunvirato, Bernardino Rivadavia, firma con el gobernador de Montevideo, Elío, un tratado por el cual se retira el sitio patriota a Montevideo y se reconocen los derechos españoles

sobre la Banda Oriental, e insólitamente, sellando la unidad de la nación española “de la que forman parte las Provincias Unidas del Río de la Plata”. Lo que este acuerdo garantizaba era el libre comercio que Inglaterra exigía y que los sitios y bloqueos dificultaban.

Artigas se indigna y decide un repliegue táctico que detona un proceso que no estaba en los cálculos de nadie: la población de la campaña se suma multitudinariamente a la marcha tras su caudillo, tomando conciencia de sí mismos y de su significado en la historia. “No se les podrá hallar todo el valor, entretanto no se comprenda el estado de esos patriotas en el momento en que, demostrándolo, daban mejor prueba de serlo”, escribe el jefe oriental desde el paso del Dayman al gobierno del Paraguay. “Estaba reservado a ellos demostrar el genio americano, ellos se resuelven a dejar sus preciosas vidas antes que sobrevivir al oprobio e ignominia (…) Yo no seré capaz de dar a V.S. una idea del cuadro que presenta al mundo la Banda Oriental, llenos todos de la memoria de las grandes proezas, oyen sólo la voz de la libertad y unidos en masa marchan cargados de sus tiernas familias a esperar mejor proporción para volver a sus antiguas operaciones (…) Cada día veo con admiración sus rasgos singulares de heroicidad y constancia. Yo llegaré muy pronto a destino con este pueblo de héroes”.

Buenos Aires se alarma. Sus gobernantes, llámense Alvear, Posadas, Pueyrredón, Sarratea, desconfiarán de la creciente convocatoria popular de Artigas y de la lealtad y ciega confianza que le profesan los orientales. Pero lo que más preocupa a las autoridades del otro lado del río son las ideas que el jefe oriental pregona y que sus representantes intentarán proponer en la Asamblea de 1813, osadía conjurada con el expediente de declararlos ilegítimos cuando sus pergaminos estaban avalados por elecciones populares y democráticas que no habían consagrado a casi ninguno de los delegados de las otras provincias:

“Pedirá la declaración de la independencia absoluta de la corona de España y familia de los Borbones”, cuando los notables de Buenos Aires debilitaban sus propósitos de autonomía, obedientes a las imposiciones británicas. Tanto que Rivadavia había amenazado con

castigar a Belgrano por su irreverencia de crear una bandera, como lo relato en un libro anterior (112).

"No admitirá otro sistema que el de la Confederación para el pacto recíproco con las provincias que formen nuestro Estado. (…) Como el objeto y fin del gobierno debe ser conservar la igualdad, libertad y seguridad de los ciudadanos y de los Pueblos, cada provincia formará un gobierno bajo esas bases, a manos del gobierno supremo de la Nación. (…) El Gobierno Supremo entenderá solamente en los negocios generales del Estado. El resto es peculiar al gobierno de cada provincia", instrucciones que estaban en franca contradicción con las tendencias unitarias y centralistas de los notables al otro lado del ancho río.

"Los gobiernos provincial y Supremo de la Nación se dividirán en Poder Ejecutivo, Legislativo y Judicial", propuesta de notable espíritu democrático, de dramática actualidad en los días que corren, sobre todo porque también se recomendará que "estos tres resortes jamás podrán estar reunidos entre sí, y serán independientes en sus facultades".

"El despotismo militar será precisamente aniquilado con trabas constitucionales que aseguren inviolable la soberanía de los Pueblos", clara advertencia al autocratismo porteño.

"El Gobierno Supremo de las Provincias Unidas residirá fuera de Buenos Aires", intolerable afrenta para la soberbia y los intereses del puerto, poco adepto a compartir tampoco que "la Constitución garantizará a las Provincias Unidas una forma de gobierno republicano, y que asegure a cada una de ellas de las violencias domésticas" y que "prestará toda su atención, honor, fidelidad y religiosidad a todo cuanto crea o juzgue necesario para preservar a esta provincia las ventajas de la libertad, y mantener un gobierno libre, de piedad, justicia, moderación e industria" pues estas leyes, de ser aprobadas, hubiesen significado un freno constitucional a las tendencias hegemónicas de Buenos Aires.

Lo cierto era que ambos bandos, o ambas Bandas, representaban una antinomia de difícil convivencia. Una era la revolución estudiada en libros, de instituciones postizas donde el pueblo eran solamente los

principales y la patria una entelequia retórica, un concepto de lo que "debía ser". Era una clase social de pudientes o intelectuales para quienes lo que no estuviese en las obras de Rousseau y Raynal, o no se inspirase en el constitucionalismo de Daonou o por lo menos de Jefferson, era incomprensible y por lo tanto repudiable, bárbaro. Enfrente había un pueblo de gauchos de la campaña y orilleros de los márgenes urbanos, clérigos proletarizados y pequeños propietarios, también los máximos desclasados: indios y negros, todos siguiendo a un jefe que, estaban convencidos, hablaba y sentía por todos ellos. Era ésa una realidad americana que no estaba escrita en ninguno de los libros que venían del otro lado del mar, pero que vivía, alentaba y se imponía. Pretender integrar ambas posturas que, sin saberlo, ahondaban en la filosofía y en la ontología pues sostenían concepciones divergentes de la existencia, fue imposible a lo largo de nueve años de violento diálogo de sordos que se prolongaría en la sangrienta lucha entre federales y unitarios, y años más tarde en la Guerra de la Triple Alianza. "La enemistad de la oligarquía con el pueblo y sus caudillos necesariamente tenía que ser profunda" (J. M. Rosa).

Artiguistas y porteños volverían a compartir el asedio a Montevideo luego de la caída de Rivadavia y el Primer Triunvirato cuando San Martín y Alvear invadieron la plaza de la Victoria con sus granaderos en lo que puede considerarse el primer golpe militar contra un gobierno constitucional. Pero la conflictiva relación entre los sitiadores había llegado ya a un punto límite porque Buenos Aires desconfiaba de ese caudillo de gran predicamento entre los humildes del puerto y del litoral que no aceptaba las instrucciones del Directorio porteño.

El caudillo oriental, entonces, una vez más ofendido porque no se lo provee del parque y los bastimentos prometidos, toma una actitud beligerante y a fines de diciembre de 1812 se apodera de las carretas que marchaban con armas y municiones para las tropas porteñas a las órdenes de French. Si Buenos Aires no lo quiere de amigo lo tendrá como enemigo. Seguirá la guerra solo contra los españoles con la ayuda del pueblo oriental que lo idolatra. El 25 desde su campamento

en las márgenes del río Yi, envía un documento a Sarratea, jefe de las tropas porteñas, que la historia conoce como “La Precisión del Yi”:

“El pueblo de Buenos Aires es y será siempre nuestro hermano, pero nunca su gobierno actual. Las tropas que se hallan bajo las órdenes de V.E. serán siempre el objeto de nuestra consideración, pero de ningún modo V.E. (…) Yo no soy el agresor ni tampoco el responsable (…) Si V.E. es sensible a la justicia de mi irritación y quiere eludir sus efectos, repase V.E. el Paraná dejándome todos los auxilios suficientes; sus tropas, si V.E. gusta, pueden hacer también esa marcha retrógrada”.

El 8 de enero se firma el “Convenio del Yi”: Sarratea se retiraría, Rondeau, que acaba de vencer a los godos en el Cerrito, sería el nuevo jefe de las fuerzas porteñas. En el documento se llama “ejército”, en esto hace hincapié el orgulloso Artigas, al oriental, y “auxiliares” a las tropas de línea venidas de Buenos Aires, al revés de como hasta entonces lo consideraba Sarratea.

Éste, sin darse por rendido, durante su marcha de regreso se ha puesto en contacto con Fernando Otorgués, pariente próximo de Artigas y uno de sus oficiales de mayor confianza. Le ofrece el gobierno de la Banda Oriental si traiciona y elimina a su jefe y para que no queden dudas de la seriedad de la propuesta le regala dos pistolas modernas. Le había ido bien en sobornar a Viera, Valdenegro y otros caudillos artiguistas de la primera hora, ¿por qué no con Otorgués, díscolo, ambicioso y también inescrupuloso? En la seguridad de contar con su complicidad el 2 de febrero de 1813, desde el Cerrito, Sarratea dicta un bando donde califica de “traidor a la Patria” a Artigas, llama “bárbara y sediciosa” su conducta, e “indulta y perdona” a quienes lo eliminen.

En una carta también fechada el 2 de febrero autoriza a Otorgués “a nombre del Superior Gobierno para que proceda en bien general del Estado a castigar al rebelde enemigo de la patria José Artigas, a quien declaro traidor a ella”, comprometiéndose a “que la carrera de sus dignos servicios (de Otorgués) será atendida, aumentada y considerada”. Le asegura que “va a llenarse de gloria y aumentar los timbres de la patria derribando con empeño el obstáculo que se opone

a nuestra libertad".

Convencido de su proceder dos días más tarde informa a Buenos Aires, con un optimismo fundado en el resentimiento, que "Artigas no puede adquirir consistencia: su ignorancia para la guerra, la falta de oficiales, el mal estado de su armamento y otras circunstancias lo hacen despreciable en todo sentido (…) muy pocos fusilazos bastarán para lanzar a este caudillo más allá de las márgenes del Cuareim (frontera con Río Grande)".

Pero Otorgués se arrepiente, o quizás es él quien ha tendido una trampa al porteño. Informa a Artigas y le muestra su correspondencia con Sarratea. La indignación del caudillo oriental es ostensible en su carta del 11 de febrero: "He leído por conducto del comandante Otorgués, a quien V.E. se lisonjeó seducir, el papel en que V.E. me declara traidor a la Patria… ¡Yo declarado traidor! ¡Retírese V.E. en el momento de esta Banda!".

También el 14 se quejará a Buenos Aires: "¡Ah! Si (Sarratea) hubiera empleado a favor de la Patria una milésima parte de la política que tuerce a sus depravadas y ambiciosas miras"; señala que para él "el pueblo oriental es de un orden inferior al resto de los hombres; lo llama "seudo apóstol" de la Libertad y afirma "que nada espera el pueblo oriental para hacerse justicia: a V.E. toca dársela si fuera de su superior sagrado". (99, 135).

25
De ciento dos, sobrevivieron nueve

Belgrano se internará en el Alto Perú para reforzar la acción de la “guerra de recursos” o “de partidarios”, como allí entonces se la denominaba, de los caudillos altoperuanos que con sus tácticas guerrilleras tanto perjuicio provocaron en las fuerzas realistas, escribiendo una página de abnegado heroísmo que ha sido arrancada de nuestra historia oficial, pasando a integrar la larga y honrosa lista de los “malditos”.

En los valles y en las selvas del Alto Perú, hoy Bolivia y entonces parte de las Provincias Unidas del Río de la Plata, también en sus desiertos y en sus cumbres nevadas, se desarrolló gran parte de las acciones bélicas de nuestra independencia, ya que en esas tierras chocaban las tropas realistas, “arribeñas”, que bajaban desde Lima, y las tropas revolucionarias que subían, “abajeñas”, desde el Río de la Plata. En sus territorios dejaron su vida muchos patriotas altoperuanos en la lucha por la libertad argentina.

La lealtad al gobierno del Río de la Plata se manifestaba no sólo en los caudillos, cuya divisa fue, y siguió siendo hasta el final, la bandera azul y blanca, sino también en la población altoperuana. Tanto era así que el feroz general realista Tacón, que asoló Chuquisaca, castigaba cruelmente, como grave delito, a las mujeres que mostraban algo celeste en su vestimenta.

Sirva también reproducir un párrafo del *Diario* del virrey Pezuela en el que relata el alborozo popular provocado por la caída de Montevideo, el 21 de julio de 1814: “En La Paz todos los habitantes y hasta los pocos indios que hasta entonces se habían mantenido refugiados en sus alturas por no tomar parte, bajaron a sus pueblos y se nos declararon enemigos, así como un considerable número de cholos y mestizos de todos los demás, hasta entonces indecisos, que

convinieron la mayor esperanza a favor de los insurgentes de Buenos Aires".

Escribirá Bartolomé Mitre: "Como esfuerzo persistente que señala una causa profunda ella duró quince años, sin que durante un solo día se dejase de pelear, de morir o de matar en algún rincón de aquella elevada región mediterránea. La caracteriza moralmente el hecho de que sucesiva o alternativamente, figuraron en ella ciento dos caudillos, más o menos oscuros, de los cuales sólo nueve sobrevivieron a la lucha, pereciendo los noventa y tres restantes en los patíbulos o en los campos de batalla, sin que uno solo capitulase, ni diese ni pidiese cuartel en tan tremenda guerra. Su importancia militar puede medirse más que por sus batallas y combates, por la influencia que tuvo en las grandes operaciones militares, paralizando por más de una vez la acción de los ejércitos poderosos y triunfantes".

Entre los jefes más destacados cabe resaltar en Abapó a Juan Manuel Mercado, en Ayopaya a José Miguel Lanza, en Chuquisaca a José Antonio Álvarez de Arenales, en Larecaja al cura Muñecas, en Mizque a Vicente Umaña, en Santa Cruz de la Sierra a Ignacio Warnes, en Tomina a Manuel Ascencio Padilla y Juana Azurduy de Padilla, en La Paz a José Miguel Lanza, en Salta y Jujuy a Martín de Güemes, en Tarija a Francisco Uriondo.

De este último, reproducimos un fragmento de su oficio a Martín Güemes, desde Tarija, del 15 de noviembre de 1816: "Desde el punto de los Toldos me puse en marcha por la retaguardia de la división del coronel Marquiegui y en la cuesta de Cachimayo se emprendió una guerrilla con la retaguardia de esta división donde los enemigos dejaron siete muertos; de ahí marché a situarme en el punto de Pascaya, a donde ya pude reunir algunas partidas, y traté de sorprender la fuerza enemiga que se hallaba en el valle de la Concepción; para cerciorarme mejor de su fuerza y de su número, destaqué dos partidas al mando del capitán Mendieta y del ayudante don Pedro Raya; la primera cayó sobre una avanzada de treinta hombres del enemigo, la que fue derrotada completamente; y la segunda se internó hasta las inmediaciones de su campo, sacándole veinticinco cabezas de ganado; me dispuse a atacar esa división que se

componía de 280 hombres de caballería pero esa misma noche abandonaron precipitadamente los enemigos ese punto dirigiéndose a unirse con la fuerza que había en esta villa (Tarija); el 11 abandonaron esta plaza precipitadamente y fuimos persiguiéndolos hasta la cima de la cuesta: la pérdida del enemigo pasa de 250 hombres de las diferentes guerrillas que hemos tenido; con un teniente coronel y cuatro oficiales más muertos y aún no le puedo dar a vuestra señoría un parte circunstancial, porque espero los de los comandantes de las partidas que aún los persiguen. La deserción del enemigo ha sido mucha, pues hasta la fecha se me han presentado veintisiete hombres, dos tambores, dos pífanos y el alférez don Manuel Medrano, cuatro de éstos con sus armas, y estos mismos me aseguran que por otras partes se ha desertado mucha gente por esos montes".

El mismo jefe guerrillero responderá a un intento de soborno del jefe del ejército realista, Mariscal de la Serna (11 de diciembre de 1816): "Revestido de una ternura cual debe acompañar no a un jefe padre, pero aun al más desaforado tirano, lloré con instancia sus desgracias (de los pobladores de la región), y protesté a la faz del cielo el vengarlos. Esperé de éste el realizarlas; mas como la providencia no obra según el período con que solicitan los hombres sus antojos, sino sólo como previenen los dictámenes de su justicia y misericordia y como no ha llegado hasta este día el caso de practicarlas, pues cuente vuestra excelencia que en todo evento en que una suerte lisonjera franquee a mi espada un solo momento de dicha, será para emplearla en la más tirana garganta de los gobernantes de esta infeliz provincia, que atropellando todas las leyes justas han provocado a los cielos, han infamado hasta los extremos más degradantes las armas del Rey que precian defender, han hollado con crueldad los sagrados derechos de la humanidad, se han burlado de los sentimientos del honor, y recopilando en sus personas cuantos vicios groseros pueden caracterizar a los mayores malvados, se han prestado como tales al robo, al degüello, al incendio, al sacrílego exceso de saquear los templos y a cuanta otra extravagancia no es capaz de atreverse el abismo (…) Con que vea vuestra excelencia si podré yo sin entrar en público atentado pasar a la compañía de esos criminosos cuyo

exterminio espera quizá de mi mano esta ofendida provincia”.

Los caudillos altoperuanos serán otros “malditos” de nuestra historia consagrada. La capital de la Argentina, cuyo callejero alberga no pocos mediocres y algunos traidores a la patria, no ha concedido a Uriondo el honor de bautizar ninguna de sus calles. Tampoco a la gran mayoría de aquellos heroicos “jefes de republiquetas”, como se los llamaba, quienes impidieron el avance de los ejércitos realistas sobre un Buenos Aires desguarnecido luego de las derrotas de Huaqui o de Sipe Sipe debido a que no podían descuidar sus espaldas siempre amenazadas por las guerrillas del Alto Perú. (1, 14, 22, 23, 27, 106, 110).

26
La malicia de algunos

La acción psicológica no es un invento moderno. La aplicó sagazmente el jefe realista Goyeneche cuando, a favor del anticlericalismo volteriano de Castelli y de Monteagudo, logró transformar la contienda altoperuana en una “guerra santa”. De ello me he ocupado en otros libros. (111, 112).

También en el Archivo General de la Nación, tomo 37, folios 225-225, puede hallarse un curioso documento acerca de una confusión, seguramente malintencionada, sobre una divisa de metal que, según la propaganda realista, demostraba que las tropas revolucionarias combatían a favor de Napoleón.

Con firma de Juan José Castelli y desde el cuartel general de Potosí, el 17 de diciembre de 1810, se escribe a la Junta en Buenos Aires:

“(…) Resultando el error de aquellas gentes en la inteligencia de la cifra de la chapa, que no dice viva Bonaparte, sino B. A., Buenos Aires en lo alto, y B. P. en lo bajo, batallón de patricios, que figura en la lámina de las garras de más tropas con sólo las variaciones de letras que distinguen los batallones por su número y denominaciones antiguas: Sobreséase en infructuosas averiguaciones a que dio lugar la impericia e ignorancia del primer descifrante o tal vez la ruda malicia de algunos en atribuir al ejército auxiliar de Buenos Aires la idea que sus émulos y rivales han querido propagar en su disimulo de que se protegía la causa de los franceses”. (10).

27
El niño “Asamblea”

En su *Historia de mi vida*, Manuel A. Pueyrredón escribió, reflejando la gran expectativa que reinaba en Buenos Aires en 1813 ante la inminencia de la Asamblea:

“En mi familia había algunas personas del partido del rey, enemigas de los patriotas. Algunas de mis primas estaban siempre chocándome y burlándose de mí porque era patriota, pillo; decían que todos los patriotas eran pillos. Yo no sabía cómo vengarme de aquellos insultos, y como se estaba para reunir la asamblea del año XIII y yo estaba todo el día oyendo hablar de la asamblea, amenazaba a mis primas con la asamblea; peor fue para mí esto, porque empezaron a llamarme a gritos: ‘Asamblea, Asamblea’. Enfurecido por este apodo las atropellé enojado. En estos momentos estaba presente una mulata muy alta y fornida. Las muchachas, viéndose atacadas, gritaron:

”—¡Agarralo, Petrona!

”La mulata vino a tomarme; entonces eché mano a mi cortaplumas y le dije:

”—Si te arrimas, mulata, te mato.

”Pero ella no creyó cierta la amenaza y se avanzó sobre mí, animada por mis primas. La amenaza se convirtió en realidad, porque le di una puñalada en la garganta. La mulata no hizo más que agacharse: un chorro de sangre le salía de la herida, como una gruesa sangría. Todas las niñas corrieron despavoridas a la sala gritando:

”—¡Manuel ha muerto a Petrona!

”Cuando yo sentí venir a todas las madres que corrían al lugar de la escena, huí como un criminal, sin sombrero, por la calle, yendo a ocultarme en la huerta de mi casa, entre los árboles”. Afortunadamente la herida sería sólo superficial.

La Asamblea, lo hemos visto, no justificaría las expectativas

independentistas, postergadas hasta después de la caída de Alvear en abril de 1815, fecha que marcaría también el momento en que la bandera celeste y blanca pudo ser izada por primera vez en el Fuerte, cuatro años después de haber sido creada.

En el secreto de las deliberaciones de la logia Lautaro se había dado el debate. A ella pertenecía la gran mayoría de los asambleístas por lo que la posición que se resolviera en su interior sería la que primaría en dicha convocatoria. Ya senil, el general Zapiola transgrede el secreto masónico y confiesa a Mitre que entonces hubo una profunda divergencia entre San Martín y Alvear, imponiéndose este último y obligando al primero a dejar de ser "Venerable" y a alejarse de la participación activa en la Logia, abandonando los roces políticos y dedicándose exclusiva e intensamente a las tareas militares. También es ése el decisivo momento a partir del cual los pensamientos y las acciones del Libertador ya no serán en función del clandestino interés británico sino de las necesidades de su patria, como fue claro en la desobediencia de Rancagua, de la que me he ocupado en otro libro (113). Caro pagaría tal osadía, que lo iba a condenar al descrédito injurioso entre sus contemporáneos y a un larguísimo y cruel exilio que ocupó los treinta últimos años de su vida.

Alvear, quien fuera padrino de la boda de don José y Remedios, leal a los intereses de Gran Bretaña que no deseaba conflictos con su aliada España, lideraba con el apoyo de los viejos masones la posición antiindependentista con la que se habrían solidarizado Posadas, Vieytes, Monteagudo, Azcuénaga, Rodríguez Peña, Valentín Gómez, Larrea, Agrelo y otros.

A su vez, los que se inclinaron por la declaración de la independencia, de acuerdo con San Martín, fueron Zapiola, Manuel Moreno, Donado y pocos más. Fuera de la Logia, a la que no pertenecía, Juan José Paso coincidía con esta posición.

Bernardo Monteagudo, un fascinante "maldito" de nuestra historia oficial, el Che Guevara de nuestra independencia, a quien he dedicado un libro (111), contará a sus íntimos que acompañó a Alvear, el vencedor de la "interna" lautarina, hasta las afueras de Buenos Aires para ver partir al futuro Libertador a relevar a Belgrano en la

conducción del Ejército del Norte, y cuando San Martín y sus soldados se perdían en la lontananza envueltos en la nube de polvo que levantaban los cascos de sus caballos, don Carlos se inclinó para susurrarle al oído, eufórico, en portugués, “Já se fodeu o homem” (Ya se jodió el hombre). Convencido de haberlo enviado al ostracismo, sin saber que lo había lanzado hacia la gloria, cumpliendo con el papel que, a contrapelo de sus deseos, el destino le había asignado. (1, 63, 67, 83, 105, 126, 133).

28
Los corsarios de la libertad



Es difícil que pase inadvertido el notorio parecido de varias banderas de naciones centroamericanas (Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua) con la argentina. Sin embargo, no es algo que se enseñe en nuestras escuelas a pesar de que, al conocerla, es una circunstancia que enciende el orgullo patriótico. Quizás se deba a que el poder dentro de las fuerzas armadas siempre ha sido del Ejército y por lo tanto nuestros próceres serán terrestres. Otra razón puede ser que nuestros marinos de la independencia eran, en su mayoría, extranjeros —también lo fueron los militares O'Brien, Holmberg, Paillardel—, lo que no fue óbice para que se sintieran hondamente calados por un sentimiento patriótico e independentista que los llevó a acometer acciones de gran heroísmo y a soportar inhumanas privaciones.

El motivo de tanta semejanza entre las citadas banderas centroamericanas y la nuestra es que los corsarios autorizados por los gobiernos del Río de la Plata, que empavesaban sus navíos con la enseña celeste y blanca, se erigieron en los mares caribeños en símbolo de la guerra contra el opresor español.

La epopeya de los corsarios de Buenos Aires se inicia con las hazañas de Guillermo Brown en el río de la Plata, que culminan en 1814 con la toma de la isla de Martín García y la destrucción de una escuadra española frente a Montevideo. Al año siguiente el marino irlandés es enviado a explorar las costas del Pacífico cuando San Martín comienza a preparar su empresa trasandina. En febrero de

1816 la escuadrilla se despliega frente a la desembocadura del río Guayas y Brown ordena el ataque a la fortificada plaza de Guayaquil, que según sus informes estaba pronta a sublevarse. Pero el poco calado del río lo obligó a dejar sus barcos más importantes, el *Hércules* y el *Halcón*, para utilizar sólo la *Trinidad*, goleta velera bien armada. Cañonea y rinde las dos primeras baterías, pero ante la tercera, última defensa de la ciudad, la goleta varó y aunque sus hombres lucharon bravamente Brown no tuvo otra alternativa que la rendición.

Otros corsarios con bandera de Buenos Aires se batieron con las naves de escuadras españolas en aguas del mar Caribe. Merecen recordarse las campañas de Tomás Taylor, marino inglés al que se le confía el mando del bergantín *Patriota*, de doce cañones y 140 tripulantes, con el que llega a las costas centroamericanas y hace numerosas presas. Ha quedado en el anecdotario de la rica historia haitiana el momento en que durante una tocante ceremonia Taylor impuso a Pétion, presidente y hoy héroe nacional del país caribeño, el respeto debido al pabellón de Buenos Aires enarbolado en su nave.

También deben recordarse las andanzas del capitán corsario Luis Aury, que de 1817 a 1822 comandó una escuadrilla que alcanzó a contar con catorce navíos, todos ellos enarbolando la bandera azul y blanca de las Provincias Unidas, a cuyo amparo el aventurero marino estableció un efímero dominio en la isla de Providencia en un respiro de su acoso a las posiciones hispánicas en las costas de Guatemala, Honduras y Nicaragua.

Lo más notorio sucederá al cumplirse el primer aniversario de la declaración en Tucumán de la independencia de las Provincias Unidas de América del Sud, cuando salió de Buenos Aires la fragata *La Argentina* al mando de Hipólito Bouchard, marino de origen francés que ya se había distinguido como teniente del Regimiento de Granaderos a Caballo de San Martín en el combate de San Lorenzo, arrebatando una bandera enemiga en el fragor del encuentro.

El gobierno argentino establecía en sus acuerdos con los corsarios (y también lo hará con Bouchard) que todo buque español mercante, corsario o de guerra debía considerarse enemigo; que debían respetarse los demás pabellones extranjeros; que el comandante de la

nave estaba obligado a remitir mensualmente un informe exacto de sus operaciones; que la misión más importante a la justa causa de América era destruir barcos españoles; que el comandante era responsable de la disciplina de sus subalternos en cualquier rango, del orden y de la economía interior del buque, del buen comportamiento con los prisioneros según sus clases, etc. Además se establecían las condiciones para el reparto de los tesoros capturados.

El periplo de Bouchard fue largo: Madagascar, India, océano Índico, Filipinas, Borneo, Java, Macasar, las Célebes, el archipiélago de la Sonda, siempre con la bandera argentina al tope. Llevaba consigo, además de su nave enseña, a la *Chacabuco*, una goleta al servicio del gobierno de Buenos Aires cuya tripulación se había amotinado frente a las costas de Chile y luego de desembarcar a los oficiales había tomado rumbo hacia Hawai. Allí don Hipólito logró que el rey Kamehameha I, a quien nombró teniente coronel de los ejércitos de las Provincias Unidas del Río de la Plata, devolviera la nave y además mandó ajusticiar a los cabecillas del motín.

Miguel A. de Marco cuestiona lo que otros historiadores afirman acerca de que Hawai, a instancias de Bouchard, habría sido el primer país no latinoamericano en reconocer nuestra independencia pues no existe un documento que lo certifique.

Como prueba del carácter valiente y aventurero del capitán franco-argentino, durante su periplo estuvo tentado de desviarse hacia la isla de Santa Helena para apoderarse de Napoleón y devolverle la libertad. Por fin, el 22 de noviembre de 1818 la aguerrida flotilla argentina fondea en la bahía de Monterrey, California, entonces posesión española. Bouchard, sobre *La Argentina*, y su subordinado Peter Corney al mando de la *Chacabuco*, con una desusada y aguerrida tripulación de criollos mezclados con polinesios reclutados en las correrías previas, sitiaron la ciudad enemiga.

El objetivo no es sólo obtener nuevas riquezas sino también vengar los contrastes de los revolucionarios mejicanos, entre ellos el fusilamiento por la espalda del cura Morelos, jefe patriota. Las baterías realistas resistieron con un furioso cañoneo que abatió a la *Chacabuco*, anclada demasiado cerca del fuerte por error de su

comandante Corney. Los realistas festejaron la victoria pero no previeron que Bouchard desembarcaría amparado en las sombras de la noche con doscientos infantes y marineros ante cuyo ataque feroz y sorpresivo huyeron despavoridos.

El diario de Bouchard cuenta que un cobrizo guerrero hawaiano fue quien arrió la bandera española e izó la celeste y blanca en territorio del que es hoy el país más poderoso de la Tierra. La ocupación de la Alta California por parte de la escuadra argentina se prolongó del 24 al 29 de noviembre, tiempo que duraron el saqueo, el ajusticiamiento de los jefes enemigos y la reparación de las naves.

Después del desembarco y de la conquista de Monterrey, la flotilla atacó San Juan Bautista, Santa Bárbara y Acapulco, abordando y hundiendo decenas de naves enemigas que tuvieron la mala fortuna de encontrarse en el camino, acciones que por su repercusión en el ánimo de los criollos mantuvieron viva en la zona la entonces decaída llama de la insurgencia. En cierta oportunidad Bouchard remó hasta la costa para encontrarse con el revolucionario mejicano Vicente Guerrero.

El 18 de marzo atacó la fortaleza de Sonsonete, El Salvador, y el 2 de abril llegó al puerto de Realejo, Nicaragua, que, según Mitre, era uno de los centros más importantes y mejor defendidos del comercio marítimo español. Los hombres del rey habían cruzado en la boca de la bahía un bergantín, un lugre y más atrás una goleta. “Los tres buques estaban bien armados de cañones, gente de fusilería y marinería pero todo lo frustró la resolución de los argentinos” (H. Bouchard, *Memorias*).

En toda la costa del Pacífico caribeño la fama de los corsarios “venidos de Buenos Aires”, como se los nombraba, fue legendaria y el espíritu insurreccional recibió una dosis de confianza que no tardaría en dar sus frutos. A dicho renombre se debió que el patriota salvadoreño Manuel José Arce reprodujese las dos franjas horizontales de color azul celeste separadas por otra blanca al dotar de divisa a los milicianos que combatieron bajo su mando.

Dada la proximidad geográfica podría parecer más natural la opción por el tricolor venezolano que portaban las tropas de Bolívar, pero las derrotas parciales y la inacción circunstancial en que se encontraba

entonces el venezolano a raíz de la firma del armisticio con el general español Pablo Morillo, que desagradó a muchos revolucionarios, llevaron a que dicha divisa fuera menos atractiva que la de un San Martín continental, victorioso en Chile y en Perú.

Ello es confirmado por el destacado historiador salvadoreño Francisco Espinoza en su obra *Símbolos patrios*, publicación oficial del Ministerio de Educación de esa nación: "Los colores azul y blanco fueron sugeridos por Manuel José Arce, cuando los milicianos salvadoreños lo nombraron jefe de las fuerzas que se oponían a la anexión a México decretada en 1822. Recordó Arce los colores de los próceres argentinos San Martín y Belgrano, y comunicó la idea a su esposa doña Felipa Aranzamendi, y a su hermana Antonia Manuela. Ambas mujeres confeccionaron con seda blanca y celeste la bandera de la Provincia de El Salvador".

La misma bandera será adoptada por la fugaz República Federal Centroamericana, que nucleaba a cinco naciones, por decreto del 21 de agosto de 1823: "(...) El pabellón nacional para los puertos y para toda clase de buques pertenecientes a este nuevo Estado constará de tres fajas horizontales, azules la superior e inferior, y blanca la del centro, en la cual irá dibujado el escudo que designa el artículo 1º". (3, 26, 52).

29
Ya podía darse un parte

La batalla de Sipe Sipe fue una catástrofe militar que tuvo su explicación en la pésima moral de oficiales y soldados del ejército patriota, quienes no respetaban ni obedecían a su comandante, el desprestigiado general Rondeau, a quien sus hombres denigraban con el sugestivo apodo de la “madre José”.

El entonces soldado Nicolás Villanueva, en su *Memoria sobre Sipe Sipe*, contará con cruel ironía que luego del desbande general, en el que casi todos los jefes fueron los primeros en volver grupas de sus caballos, al llegar “a Chuquisaca en circunstancias que salían los últimos restos del cuartel general, parecía que los que lo componían no querían encontrarse con nosotros. Bajo un respecto tenían razón, ellos se habían pagado de uno o dos sueldos cada uno, para no tener que cargar caudales que temían se los tomase el enemigo, cuyo paradero ignoraban y habría sido justo que a los que habíamos cumplido con nuestro deber se nos pagase del mismo modo; mas bajo otro respecto nuestra llegada debía regocijarles, pues sacábamos de un gran conflicto al general, que no había pasado aún el parte detallado porque hubiera sido vergonzoso decir: ‘Todo se ha perdido, menos generales, jefes y oficiales’. Con más de mil hombres que habíamos traído, ya podía darse un parte, como se dio en efecto”.

Quizás dichos jefes coincidían con Quintiliano, fundador de la Retórica en el siglo I d.C., en que “La historia se ha escrito para relatar, no para probar”. (162).

30
La intrepidez del paisanaje

La historia de Juan Martín de Güemes es emblemática en cuanto a cómo destruir a alguien potencialmente amenazante por su arraigo entre los sectores populares, lo que siempre inquietará a los detentadores de un poder político, social y económico basado en el dinero y en la tiranía. Aunque para ello haya que dejar de lado consideraciones patrióticas y aliarse con el enemigo, hecho que abierta o encubiertamente se repite hasta nuestros días. El monstruoso e injustificado endeudamiento externo que hoy estrangula el desarrollo nacional e imposibilita el bienestar individual de la mayoría de argentinas y argentinos es un siniestro ejemplo de la acción de traidores a la patria. Impunes por la solidaria cobertura de sus pares en el poder, directa o indirectamente también beneficiarios.

San Martín dejó a Martín Güemes y sus gauchos —también a los maldecidos caudillos altoperuanos— la defensa de la frontera norte, intercediendo ante el Directorio para que fuese ascendido a teniente coronel. Él se trasladará a Córdoba para reponerse de una dolencia misteriosa y que no pocos consideran un pretexto. El general Paz diagnostica con precisión en sus *Memorias*: “Esa enfermedad se llama Alvear. Es decir la convicción de que luego de entrar en Montevideo, el ambicioso don Carlos, ávido de gloria, convencido de que los laureles de la independencia argentina serían para él, lo relevaría sin contemplaciones”.

Meses más tarde, desde Mendoza, el Libertador podrá escribir al Directorio: “Los gauchos de Salta solos están haciendo al enemigo una guerra de recursos tan terrible que lo han obligado a desprenderse de una división con el solo objeto de extraer mulas y ganado”. Antes, desde Tucumán, el 1º de abril de 1814 había resaltado que “es imponderable la intrepidez y entusiasmo con que se arroja el paisanaje

sobre las partidas enemigas, sin temor del fuego de fusilería que ellas hacen”.

A su vez, el 21 de julio de 1814, el comandante en jefe de las fuerzas realistas, general Joaquín de la Pezuela, envía una nota al virrey del Perú, señalándole la difícil situación en que se encuentra su ejército ante la acción de las partidas de Güemes: “Al abrigo de la continuada e impenetrable espesura, y a beneficio de ser muy prácticos y de estar bien montados, se atreven con frecuencia a llegar hasta los arrabales de Salta y a tirotear nuestros cuerpos por respetables que sean, a arrebatar de improviso cualquier individuo que tiene la imprudencia de alejarse una cuadra de la plaza o del campamento, y burlan, ocultos en la mañana, las salidas nuestras (…) En una palabra, experimento que nos hacen casi con impunidad una guerra lenta pero fatigosa y perjudicial”.

En el informe sobre los servicios del coronel Pablo Burela, fechado en Santa Fe el 8 de octubre de 1873, puede leerse la descripción de una de las tantas acciones del jefe salteño: “Con este movimiento Güemes no hacía oposición, limitándose a tiroteos parciales. Desde que (el jefe español) Sardina —quien llegaba con importantes refuerzos para el ejército del general español Olañeta— entró en el bosque más delante de Cerrillos, Güemes hizo hostilizar la columna por todos sus flancos con 60 ó 70 hombres. Sardina penetró hasta el pueblo de Chicoana, invirtiendo tres o cuatro días sin encontrar ganado que tomar, ni a la fuerza de Güemes para batirla; y determinó retirarse a la ciudad.

”(…) Apenas salió del bosque la columna y vio Sardina que eran 60 hombres los que tenía por delante, destacó al escuadrón ‘Dragones de la Unión’ sobre ellos. Los 60 gauchos cumplieron la instrucción de Güemes de dispersarse y huir en dirección del bajo donde estaban apostados en batalla 300 hombres colocados allí por Güemes; los que en el acto de ver al escuadrón realista que en la carga había perdido su alineación, lo cargaron y acuchillaron.

”Al ver esto Sardina mandó en sostén y refuerzo de los dragones a los otros tres escuadrones. Los 300 gauchos, también por instrucción de Güemes, volvieron caras dispersos en dirección del mismo camino

hasta otro bajío, en donde Güemes en persona los esperaba con el resto de sus fuerzas (otros 300 ó 400 hombres).

”Los españoles, en la ilusión de su triunfo, perdieron su alineación. Güemes emprendió su carga: ellos se reorganizaron. Güemes figuró dispersión de su gente, y cuando los españoles se habían alejado lo bastante de su columna de infantería, Güemes hizo la señal a su gente que vuelva caras, se alinea, forma en batalla y carga sobre los españoles y los lleva acuchillando hasta meterlos bajo las bayonetas de su infantería, que también habría sido acuchillada si no anda tan lista en formar cuadro y calar bayoneta con rodilla en tierra.

”Todos estos movimientos se ejecutan por Güemes y sus tropas a la carrera abierta de los caballos a la vista y presencia de la columna de infantería. La caballería española quedó aterrada, incapaz de hacer frente, y resuelto el problema de la superioridad sobre ellos de los gauchos de Salta y Jujuy al mando de Güemes. Allí se peleó cuerpo a cuerpo y sable a sable; venciendo una fuerza de gaucho menor en número a otra fuerza mayor de españoles, aguerridos y veteranos.

”(…) La baja de los españoles en aquella jornada fue de trescientos y tantos hombres entre muertos, heridos, prisioneros y pasados. Sin embargo de ser una derrota se decretó un escudo de honor con el siguiente mote: ‘Me hallé en la acción de Bañado’ (fue el nombre que le dieron). Tal fue el mérito para los españoles, que a pesar de ser, como he dicho, una derrota, consideraron una verdadera hazaña el haber salvado en cuadro. Entre los muertos fue el mismo Sardina, que recibió una herida mortal de la que falleció al siguiente o subsiguiente día, y fue enterrado en Salta”.

Belgrano valoraba la acción de Güemes. Así nació entre ellos una gran amistad. Esto le escribe el caudillo salteño a su jefe sobre quienes, siendo compatriotas, serán sus peores enemigos y responsables de su muerte: “Hace Ud. muy bien en reírse de los doctores; sus vocinglerías se las lleva el viento. Mis afanes y desvelos no tienen más objeto que el bien general y en esta inteligencia no hago caso de todos esos malvados que tratan de dividirnos. Así pues, trabajemos con empeño y tesón, que si las generaciones presentes nos son ingratas, las futuras venerarán nuestra memoria, que es la

recompensa que deben esperar los patriotas”.

Ambos, como siempre sucederá con los jefes de raíces populares, tenían por adversarios a los politiqueros oligarcas de Salta y Buenos Aires, muchos de los cuales confundían sus propios intereses con los de la patria, celosos de que nadie compitiese con su poder basado en lo económico y en el entretejido de relaciones con sus iguales. El populacho era el sector social que trabajaba para ellos en sus haciendas y en sus comercios, y era eso lo único que se esperaba de ellos.

Belgrano, quien morirá poco tiempo después en Buenos Aires en la miseria y ante la indiferencia de las autoridades y de la prensa, tenía puntos de contacto con el federalismo. Uno de ellos fue el tratado que propuso a las autoridades de Asunción durante su frustrada campaña militar de 1810, el cual puede ser considerado el documento liminar del movimiento federal. En él propone la integración de Paraguay como Estado asociado a las Provincias Unidas, respetando su derecho a disponer de lo recaudado por la cosecha del algodón y la yerba mate, además de autorizar a los cabildos vecinales a elegir sus autoridades por el voto popular. Por otra parte, don Manuel sintió y manifestó una intensa admiración por los caudillos populares, a quienes estimuló y cobijó, como fue el caso no sólo de Güemes sino también de Manuel Padilla, Juana Azurduy, Ignacio Warnes y otros, quienes ocuparon posiciones de privilegio en la campaña altoperuana de don Manuel, lo que no sucedió cuando los generales en Jefe del Ejército del Norte fueron Rondeau o Aráoz de Lamadrid.

También fueron muchos los puntos de contacto entre Güemes y Artigas, aunque nunca se encontraron. Ambos tuvieron un inmenso predicamento entre los humildes de la “chusma”, que los siguieron con lealtad y heroísmo; ambos provenían de familias acomodadas; ambos, cuando gobernaron, practicaron el “radicalismo populista” (A. Shumway) repartiendo tierras entre los pobres y aplicando impuestos a los productos importados para proteger las industrias provinciales. Y lo que es oprobioso, ambos sufrieron el ataque de los ejércitos regulares porteños, armados y financiados para combatir contra las fuerzas realistas.

En el informe sobre los servicios del general Pablo de la Torre puede certificarse la existencia de un complot para terminar con el caudillo salteño, demasiado renuente a obedecer órdenes de Buenos Aires y demasiado poderoso al frente de sus gauchos leales e implacables: "Se habían iniciado comunicaciones por medio de parlamentos entre el general en jefe del ejército real don Joaquín de la Pezuela y el general Rondeau, con el objeto ostensible de canje de prisioneros. El coronel don Martín Rodríguez, que hacía de jefe de estado mayor, se avanzó con una escolta con el objeto, según se dijo, de recorrer las avanzadas; dirigiéndose no por el camino real de la posta, sino por el de la Negra Muerta. Luego que llegó al Tejar (cima de la cordillera) mandó desensillar y largar los caballos al pasto. Al poco rato cayeron los enemigos, lo tomaron prisionero con toda la escolta, a excepción del oficial don Mariano Necochea, que pudo escapar, y lo condujeron preso hasta el cuartel general del ejército real en Cotagoita. Esto fue a fines de febrero, creo que el 27 de 1815.

”Presentado el coronel Rodríguez al general Pezuela, entraron ambos en conferencia, de las que resultó que éste le diese evasión a mediados de marzo pero bajo el aspecto ostensible de haberse fugado, burlando la vigilancia de las guardias. Este lance se jugó con tan poca destreza, que inmediatamente se divulgó la verdad en todo el ejército real. Ni podía ser de otro modo, desde que cometieron la inadvertencia de hacer acompañar a Rodríguez nada menos que con un parlamento y su escolta hasta llegar a las avanzadas del ejército patriota, por lo que no podía ocultarse que era fingida la fuga.

”(…) ¿Y cuál fue la causa y objeto para que Pezuela diese soltura al coronel Rodríguez? Según la voz común en uno y otro ejército, la causa fue que Rondeau y Rodríguez ofrecieron unirse con su ejército al del rey para bajar a Buenos Aires a sofocar la revolución y deshacer el gobierno de la patria. Esto se dijo en uno y otro ejército. Rondeau y Rodríguez y sus partidarios se disculparon después diciendo que era una estrategia o intriga para apoderarse de Pezuela y del ejército real.

”Después de la soltura del coronel Rodríguez siguieron los parlamentos, siempre bajo el aspecto ostensible de canje de prisioneros. Rondeau con su ejército emprendió el movimiento,

abriendo la vanguardia del ejército real de 500 hombres al mando del comandante Marañón en el Puesto del Marqués por las fueras de Salta enfrentándose con las que servían de vanguardia al mando de Güemes como comandante general de las milicias de Salta que obtuvieron esa victoria.

”Luego que Pezuela supo el contraste de su vanguardia, reconvino a Rondeau, ‘¿cómo hallándose comprometido a unirse al ejército real, le hacía batir su vanguardia por sorpresa?’. Rondeau se disculpó de Güemes, diciendo que había procedido sin su conocimiento, y para darle una satisfacción dio la orden a Güemes para entregar la división de Salta al coronel don Martín Rodríguez. Mas Güemes se negó, diciendo que la división no pertenecía al ejército ni estaba bajo las órdenes o jurisdicción de su general en jefe; y que si sus servicios y triunfos no se habían de apreciar como correspondía con retirarse estaba concluido el asunto; y se retiró con la división a Salta, sin hacer la menor hostilidad al ejército de Rondeau, antes bien prestándole los auxilios que necesitaba y podía proporcionarle”.

El inepto Rondeau sería derrotado el 21 de octubre en Venta y Media y el 29 de noviembre en Sipe Sipe. Buenos Aires enviaría refuerzos para reorganizar el ejército pero “cuando todos creyeron que iba a cargar al ejército real, aprovechando la ocasión de hallarse ocupado en rendir y guarnecer las provincias del Alto Perú, para batirlo en detalle; pero con la mayor sorpresa vieron que en vez de ir contra el ejército real se lanzó de improviso contra Salta, trayendo una guerra sangrienta y bárbara que fue contenida con igual retaliación, en abril de 1816” (informe del coronel Burela, quien combatió a las órdenes de Güemes, Santa Fe, 1873).

Como no podía ser de otra manera, las tropas porteñas fueron derrotadas contundentemente por las experimentadas montoneras salteñas que las dejaron sin víveres retirando todo el ganado que hubiese en su camino y haciendo arder los campos cultivados, al tiempo que les producían crecientes bajas a favor de un decisivo predominio en las acciones de caballería. “Marchó con el ejército sin llevar víveres o ganado en pie, de modo que no pudiendo tomarlo en el campo se vio privado de él, lo que por sí solo bastaba para hacer

insostenible su posición", criticará Paz en sus *Memorias*, lamentándose de que Güemes hubiera salido bien librado. "Es inconcebible tanta imprevisión, mucho más en un general que sabía prácticamente lo que era la guerra irregular o de montonera y lo que valía el poder del gauchaje en nuestro país, pues lo había visto en la Banda Oriental. No puedo dar otra explicación, sino que se equivocó en cuanto a las aptitudes de Güemes y el prestigio que gozaba entre el paisanaje de Salta".

Como es de imaginar, estos desatinos en el interior de las fuerzas patriotas provocaron su debilitamiento. Fue lógico entonces que un poderoso ejército realista al mando del general Ramírez Orozco, aprovechando las circunstancias, invadiese Salta. Eran 6 batallones, 7 escuadrones y 4 piezas de artillería, formando un total de aproximadamente 4.000 hombres. Además a su comandante en Jefe lo acompañaban avezados y prestigiosos militares como los generales Canterac y Olañeta y los coroneles Vigil, Marquiegui, Valdez y Gamarra.

El 31 de mayo de 1820 ocuparon fugazmente la ciudad de Salta. A pesar de la desorganización de las guerrillas patriotas y de combatir con una mano contra los realistas y con la otra contra las propias tropas regulares, la resistencia de los gauchos salteños fue admirable y eficaz. Mitre celebrará la victoria: "Las guerrillas disputaron el terreno palmo a palmo desde la frontera hasta Salta, atacando con audacia las columnas enemigas que se desprendían del grueso de sus fuerzas, con fortuna varia en los combates. Los españoles no fueron dueños sino del terreno que ocupaban con las armas, y después de un mes de permanencia tuvieron que replegarse bajo el fuego de las guerrillas salteñas a sus posiciones de Tupiza (30 de junio de 1820) a consecuencia de los anuncios de la expedición de San Martín sobre Lima, que a la sazón se aprestaba en Chile".

Al proclamar, ante el Cabildo salteño, su nuevo triunfo, un Güemes más preocupado que eufórico decía: "A pesar de no haber sido oportunamente auxiliados, una vez más hemos conseguido, aunque a costa del exterminio de nuestra provincia, el escarmiento de los tiranos". (9, 48, 49, 81, 91, 116).

31
Los “ñoquis” de la independencia

Carta al coronel del Regimiento Nº 3, don Domingo French, Buenos aires, 15 de abril de 1814:

“Mi amado hermano: (…) Quisiera que usted me explicase cómo se entiende esto de que el Estado ha de pagar sueldos a una porción de capitanes, tenientes y subtenientes que no mandan un soldado, y que no tienen compañía sino en el nombre como, verbigracia: capitán de 4ª compañía 2º batallón (que no existe) cuya compañía ha de constar de la fuerza de ciento veinte plazas, que se reunirán en el día del juicio (…). Repito que no comprendo cómo un regimiento que se denomine tal con la sola fuerza de cuatrocientos o quinientos hombres por nuestra triste e infernal situación haya de tener y pagarlos el Estado, doce capitanes, veinticuatro tenientes, doce subtenientes, igual número de cadetes, etcétera, etcétera. Reclamo imperiosamente de ustedes que como buenos patriotas me expliquen esto por Dios, y por el mismo Jesucristo crean que no es chisme que me han metido en la cabeza sino parto original o duda de mi ignorancia y rudeza.

Gervasio Antonio de Posadas”. (10).

32

Mejor portugueses que orientales

Las circunstancias no podían ser peores, mucho más dramáticas que en 1813: una poderosa expedición preparándose en Cádiz para recuperar la colonia sublevada, la revolución chilena fracasada, Europa unánimemente unida en la restauración absolutista y enemiga de toda reivindicación republicana e independentista en América...

El jefe de la flota inglesa en el Río de la Plata, comodoro William Bowles, informaba a su almirantazgo sobre la inoportunidad política de la declaración de independencia: “Será quizá sorprendente para Su Excelencia el hecho de que el Gobierno existente haya elegido este momento preciso para declarar su independencia, no solamente de España, sino de toda otra potencia. Pero pienso que esto puede fácilmente explicarse por el hecho de que eso fue necesario para aplacar el entusiasmo revolucionario de aquellos que constituían un peligro, a quienes de ningún modo podía confiarse el verdadero secreto”.

¿Cuál era “el verdadero secreto”? El Congreso de Tucumán, ante la amenaza de la invasión portuguesa a la Banda Oriental que temía se extendiese a las provincias mesopotámicas, sostuvo varias sesiones secretas para tratar el asunto. Finalmente el 4 de septiembre de 1816, ¡menos de dos meses después del 9 de julio!, se aprobaban las cláusulas reservadas: que los comisionados tratasen, tanto en la Corte portuguesa (trasladada al Brasil) como ante el general Lecor (jefe del ejército invasor), “sobre la base de la libertad e independencia de las Provincias representadas en el Congreso” (abandonando la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes, Misiones y Paraguay a los invasores, pues no habían enviado delegados); “desimpresionarlos de las ideas exageradas que acaso se habrán formado del desorden en que nos suponen” (convencerlos de que no eran tan revolucionarios ni

independentistas como aparentaban); conseguir un manifiesto público de Lecor de no tener pretensiones sobre esta Banda (la Oriental) para no alertar a Artigas y a sus simpatizantes, engañando sobre “el objeto de la expedición militar contra la Banda Oriental” (hacerse cómplices de los portugueses para tomar por sorpresa a los patriotas orientales); “persuadir al gabinete del Brasil a que se declare Protector de la libertad e independencia de estas Provincias restableciendo la casa de los Incas y enlazándola con la de Braganza” (aceptar la “protección”, por ahora no se trataría de sumisión, a un nuevo amo, aunque disimulándolo con un americanismo simbólico, “inventando” una nobleza incaica).

Las cláusulas reservadísimas votadas por unanimidad revelan que los temores de los congresales iban mucho más allá: instruían a su comisionado de que en el caso “de exigírsele que estas Provincias se incorporen a las del Brasil se opondrá abiertamente manifestando que sus instrucciones no se extienden a este caso, pero si después de apurados todos los recursos de la política y del convencimiento insistiesen en el empeño, indicará, como una cosa que sale de él, que formando un Estado distinto del Brasil reconocerán por su monarca al de aquél mientras mantenga su Corte en ese continente, pero bajo una Constitución que le presentará el Congreso”. Esa misma tarde los congresales en Tucumán votaron los comisionados: Terrada sería el público e Irigoyen el secreto.

Es decir que nuestros prohombres de la independencia, aquellos que tan majestuosamente retrató Blanes, se mostraban dispuestos, pocas semanas después, con algunas condiciones, a pasar a depender del soberano portugués radicado en suelo brasileño…

Ninguna extrañeza podían sentir las autoridades directoriales en Buenos Aires y no pocos de los delegados en Tucumán pues desde el principio estaban al tanto del plan de ataque a la Banda Oriental presentado a la corte portuguesa por el sacerdote rioplatense Nicolás Herrera, anteriormente secretario de Alvear y ahora al servicio de Juan VI, a quien tampoco le falta una calle con su nombre en la capital argentina. Su propuesta fue, según puede leerse en folios 338 y 339 del Archivo Andrés Lamas, en Montevideo, que la flota “debía ir

directamente al Río de la Plata, tomar por sorpresa o asalto la plaza de Montevideo muy mal guarnecida y obligar a Artigas a concentrar sus fuerzas"; cumplida esa primera etapa el general Lecor debía formar "con la plaza de Montevideo y el territorio de este lado del Uruguay una capitanía con gobierno separado".

La ciega obsesión de borrar de la faz de la Tierra a ese caudillo amado por la "chusma" que puso en marcha la primera reforma agraria de Sudamérica y que sometía toda decisión al voto de los suyos pretendió ingenuamente que la ambición portuguesa se limitase a la Banda Oriental. Pero el plan de Juan VI, fiel a la vocación expansionista del Imperio que explica el inmenso territorio brasileño en la actualidad, era la amputación de todo el territorio aledaño a los ríos Paraná y Uruguay, por lo que se planeó que mientras Lecor invadía lo que hoy es tierra uruguaya, otra fuerza, a través del Río Grande del Sur, penetraría por Misiones atacando Corrientes para apoderarse después de Santa Fe, según la estrategia dada a conocer en Londres a mediados de 1816.

La invasión portuguesa será supervisada por un compatriota de Herrera, nuestro conocido Manuel J. García, instalado en la corte, quien actuará como intermediario entre portugueses y porteños. En ese carácter anunciará con alborozo al Directorio, entonces ocupado por González Balcarce, la llegada de tropas europeas que se agregarán a las fuerzas invasoras, el 30 de marzo de 1816: "El convoy portugués está entrando en este momento por el puerto adentro, creo que trae cuatro mil hombres de infantería". A continuación agregará: "Nuestras relaciones (con el imperio) siguen bien".

Mientras tanto Artigas apela a la devoción y al coraje de los suyos para sostener el triple frente de batalla contra los españoles, los portugueses y los porteños. Así, en el Cabildo Abierto de Montevideo, el 6 de julio de 1816, los arengará: "La multiplicidad de nuestros enemigos sólo servirá para redoblar nuestras glorias si queremos ser libres. Los orientales sabemos desafiar los peligros". (15, 20, 63, 67, 72, 87).

33
La colonia del Río de la Plata por Menorca

Inglaterra se comprometió con Fernando VII en no prestar ayuda a los insurrectos del Río de la Plata, pero se negó a apoyar con armas y dinero su recuperación. El rey de España, insatisfecho, buscó entonces la ayuda del poderoso Alejandro, zar de Rusia y alma de la Santa Alianza, cuyo embajador en Madrid era el conde de Taitcheff. Por su intermedio propuso al zar el apoyo de la escuadra rusa para la reconquista de Buenos Aires a cambio de cederle la isla Menorca en el Mediterráneo.

La negociación trascendió, hubo protesta inglesa y el monarca ruso se retrotrajo de su inicial aprobación. (135).

34
Un soberano para el Plata

La indómita resistencia de Artigas y sus orientales a la alianza entre porteños y portugueses hizo que hubiera que pensar en otras conspiraciones internacionales que no llegaran a conocimiento del pueblo de las Provincias Unidas pues podía descontarse su indignado levantamiento, herido en su dignidad patriótica.

"Pueyrredón y sus colegas que trabajan en estos momentos en la Constitución, la hacen tan monárquica como lo permiten las circunstancias" informaba Le Moyne al primer ministro Du Plessis, duque de Richelieu, descendiente del famoso cardenal, el 2 de setiembre de 1818 desde Buenos Aires, al confirmar la alborozada aceptación del director y del Congreso a la propuesta del duque Luis Felipe de Orléans como rey del Plata. Pero el cambio de gabinete de Luis XVIII, al ser desplazado el duque De Richelieu, produce una devaluación en las negociaciones pues Gran Bretaña había tomado cartas en el asunto, siempre alerta a no fomentar la expansión de otras potencias. El 27 de octubre, habiendo ya Rondeau reemplazado a Pueyrredón en el Directorio, el enviado Valentín Gómez, cura y masón, comunicaba, y el Congreso tomaba conocimiento en sesiones reservadas y reservadísimas, que no se trataría ya del empinado Luis Felipe, futuro rey de Francia, sino "de establecer en estas Provincias una monarquía constitucional colocando al duque de Luca, antiguo heredero del trono de Etruría y entroncado por línea materna con la dinastía de los Borbones".

Gómez opinaría que aunque él hubiese preferido al de Orléans "no podía dejarse pasar ocasión tan favorable y ventaja" de conseguir el ejército francés y tal vez un empréstito inglés para acompañar al de Luca. Su memorial agregaba que esta coronación "encontraría la mejor acogida en los soberanos de las cortes principales, y

particularmente de los emperadores de Austria y Rusia abiertamente decididas por la persona del Duque y en mayor grado por los intereses generales de aquel continente (...) que la miraría S.M. Cristianísima (Luis XVIII) con especial complacencia y emplearía en su obsequio sus altos respetos y su poderoso influjo (...) sin perdonar cuantos medios estuviesen a su alcance para protegerlo, bien fuese por los auxilios de toda clase que se hicieren necesarios, bien por el arbitrio de convencer a S.M. Católica (Fernando VII) el desistimiento de la guerra con que se hallaba empeñado con estas Provincias".

El 12 de noviembre se trataron las condiciones "bajo las cuales había de admitirse la propuesta del Ministro de Relaciones Exteriores de la Corte de París":

1°) "Que S.M. Cristianísima tome a su cargo allanar el consentimiento de las altas cinco potencias de la Europa, y aun de la misma España". Fue aprobado con la adición de que "se exigiera especialmente el de Inglaterra".

2°) "Que conseguido este allanamiento sea también del cargo del Rey Cristianísimo facilitar el enlace del duque de Luca con una princesa del Brasil debiendo este enlace tener por resultado la renuncia por parte de S.M. Fidelísima de todas sus pretensiones a los territorios que poseía la España conforme a la última demarcación, y a las indemnizaciones que pudiera tal vez solicitar en razón de los gastos invertidos en su actual empresa contra los habitantes de la Banda Septentrional del Río de la Plata".

3°) "Que la Francia se obligue a prestar al duque de Luca una asistencia entera de cuanto necesite para afianzar la monarquía en estas Provincias y hacerla respetable, debiendo comprenderse en ella cuando menos todo el territorio de la antigua demarcación del Virreinato del Río de la Plata, y quedar por lo mismo dentro de sus límites las provincias de Montevideo con toda la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes y el Paraguay".

4°) "Que estas Provincias reconocerán por su monarca al duque de Luca bajo la Constitución política que tienen jurada, a excepción de aquellos artículos que no sean adaptables a una forma de gobierno monárquico hereditaria, los cuales se reformarán del modo

constitucional que ella provee".

5°) "Que estando convenidas las principales potencias de la Europa en la coronación del duque de Luca, deberá realizarse el proyecto aún cuando la España insista en tal empeño de reconquistar estas Provincias".

6°) "Que en ese caso hará la Francia que se anticipe la venida del duque de Luca con toda la fuerza que demanda la empresa, o pondrá a este gobierno en estado de hacer frente a los esfuerzos de la España auxiliándolo con las tropas, armas, buques de guerra, y un préstamo de tres a cuatro millones de pesos pagaderos luego que se haya concluido la guerra y tranquilizado el país".

7°) "Que de ningún modo tendrá efecto este proyecto siempre que se tema con fundamento que mirando la Inglaterra con inquietud la elevación del duque de Luca pueda empeñarse en resistirle y frustrarlo por la fuerza".

8°) "Que el tratado que se celebre entre el ministro de Relaciones Exteriores de la Francia y nuestro Enviado en París deberá ser ratificado dentro del término que para ello se señale por S.M. Cristianísima y por el Supremo Director del Estado con previo consentimiento del Senado según las formas constitucionales".

9°) "Que a este fin se procurará a nuestro Enviado el tiempo que considere necesario, para que pueda volver de aquí despachado este asunto de tan alta importancia, conduciéndolo con toda la circunspección, reserva y precaución que impone su naturaleza delicada, así por que no aborte el proyecto como para impedir las funestas consecuencias que ocasionaran, si llega a transpirarse prematuramente, las glosas malignas que sabrán darle los enemigos de la felicidad de nuestra Patria".

Es que mientras algunos, como San Martín, Güemes, Belgrano, los caudillos altoperuanos, confiaban en el coraje y en el patriotismo propios y en los del pueblo para arrancar la independencia de España, otros, sobre todo en Buenos Aires, politiqueaban con pusilanimidad, movidos por su recelo a todo lo que oliera a populacho.

Un caso extremo fue el de Carlos de Alvear, para quien la solución a las amenazas españolas fue buscar el protectorado británico. Pocos

días después de asumir como Director Supremo envió una misión secreta a cargo de Manuel José García, el mismo que años después entregaría ominosamente la Banda Oriental al Brasil, con una nota manuscrita dirigida al embajador británico en Río de Janeiro, lord Strangford, para que la elevara a su rey en Londres. En ella, insólitamente, ofrecía las Provincias Unidas del Río de la Plata en protectorado al Reino Unido:

"Estas provincias desean pertenecer a la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer a su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso. Ellas se abandonan sin condición alguna a la generosidad y buena fe del pueblo inglés y yo estoy resuelto a sostener tan justa solicitud para librarlas de los males que las afligen. (…) Es necesario que se aprovechen los buenos momentos, que vengan tropas que se impongan a los genios díscolos y un jefe plenamente autorizado que empiece a dar al país las formas que fueren del beneplácito del Rey."

Este revelador documento puede consultarse en la Biblioteca del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Buenos Aires.

No terminarán allí las andanzas de don Carlos, uno de los mayores "indultados" de nuestra historia, pues al ser depuesto como Director Supremo escribirá desde Río de Janeiro, el 23 de agosto de 1815, al rey de España, una vergonzante carta; su nieto, el presidente argentino Marcelo T. de Alvear, hizo denodados esfuerzos para que la carta desapareciera, lo que afortunadamente para la verdad histórica no logró, conservándose a la vista de todos en la Biblioteca Nacional de España.

En ella, luego de presentarse como "español", pide perdón por haberse mezclado en los asuntos revolucionarios del Río de la Plata "animado de la esperanza de rectificar las ideas que alimentaba el fanatismo de la multitud". Se degrada ante el soberano jurando que si ocupó el Directorio Supremo fue "para aventurarse a un paso decisivo que pusiese término a esa maldita revolución (la de Mayo)". Y a continuación intenta hacer méritos: "Por eso he caído, por eso he sido víctima; porque mi decidido conato ha sido devolver estos países a la dominación de un Soberano que solamente puede hacerlos felices".

No terminarán allí las villanías de don Carlos pues algunas semanas antes, ya desterrado y lleno de resentimiento, a través de Manuel García citó al embajador español ante el emperador para entregarle un informe detallado del estado de los ejércitos patriotas. Allí informa que el Ejército del Norte comandado por Rondeau ha disminuido sus hombres de 6.000 a 3.000 debido a las deserciones, que el ejército de los Andes cuenta con escasos cañones y, lo que no es de extrañar, advierte que las fuerzas de Artigas "son muy difíciles de batir" y que tienen una alta moral combativa. También que "el pueblo bajo de las Provincias Unidas es el más apasionado en lo de la independencia". Para completar la felonía, como el más avezado espía al servicio del enemigo de su patria, días después hará llegar un plano detallado de las secretas disposiciones previstas en Buenos Aires en caso de ser atacada por los realistas. Estos documentos se conservan también en la Biblioteca de Madrid.

Cuando años después, el 10 de diciembre de 1828, el gobernador cordobés Juan B. Bustos escribiría una circular a los demás gobernadores denostando el derrocamiento y asesinato de Dorrego, haría memoria de tantos desatinados proyectos monárquicos y oligárquicos, destinados a impedir la participación popular en los negocios del Estado: "Quienes derrocaron al gobierno general son los mismos que en 1814 pidieron a Carlos IV un vástago de la casa de Borbón para que se pusiese de Rey entre nosotros (por Rivadavia; del asunto me ocupé en otra de mis obras, 113), los que en 1815 dijeron que si habían tomado intervención en los negocios de América era para asegurar mejor los derechos de S.M. Católica (por Alvear), los mismos que en 1816 nos vendieron a Juan VI (por Álvarez Thomas, Tagle, Pueyrredón, Herrera, García y otros), los mismos que en 1819 nos vendieron al príncipe de Luca (por Pueyrredón, Valentín Gómez y demás), en fin los autores de todas nuestras desgracias". (1, 25, 128, 133, 146, 149).

35
El menor de los males

San Martín y Artigas aplauden el golpe de abril de 1815, que concluye con el alvearismo. Don José se dirige a Álvarez Thomas, el Director sustituto, señalándole que “la voluntad del pueblo de Mendoza es idéntica a la del de Buenos Aires al negar obediencia a un gobierno tiránico”. También se dirige al Cabildo de Buenos Aires notificándole que “la caída de Alvear llenó de júbilo al pueblo (de Mendoza) y lo felicita por el triunfo de la libertad americana”.

Artigas, por su parte, le escribe a San Martín: “Le informo que ha terminado la guerra civil. Celebremos este momento afortunado como el apoyo de nuestra libertad naciente. Esforcémonos por consecuencia enlazando los pueblos íntimamente y depositando en ellos aquella confianza que haga respetables sus derechos y virtudes”.

San Martín le contesta poco después, aprobando “la destrucción del Tirano Coloso (Alvear) entronizado sobre la mina de los pueblos servidores del país, por la iniquidad y la intriga (…) Cesaron las causas y en el instante mismo se sintieron los efectos de sus deseos, rompió las cadenas que la oprimían y selló la unidad con las demás provincias y sus ejércitos auxiliares protestando ante el Eterno seguir la suerte que preparaba el destino a sus coaligados”.

Pero tanto San Martín como Artigas se equivocaron respecto de la verdadera naturaleza del golpe de Fontezuelas que derrocó a Alvear. Nada mejor que la propia confesión de Álvarez Thomas: “Artigas había tomado alas, los pueblos empezaban a estudiar los cuadernillos de Rousseau, todo se altera y se desquicia. (…) Artigas se hace expectable. (…) La Capital misma es amenazada y yo soy destinado para contener a Artigas. (…) ¡Y en qué estado encontré las cosas, amigo mío! Las tropas habían sido minadas y a pesar de toda la oposición de los jefes, Artigas debía entrar triunfante en Buenos Aires.

¿Qué recurso? No había mucho que escoger. Se eligió el menor de los males. (…) Los oficiales, representándome el tamaño de los males que afligían al país y los riesgos que corría la provincia de Buenos Aires de caer en manos de Artigas, me conjuraron, a nombre de la Patria, a ponerme al frente del movimiento que debía derrocar la dictadura aborrecida".

¿Cuál fue el pecado de Artigas para concitar tanto odio? Muchos años después, al recibir al general José María Paz en su retiro de Curuguaty, Paraguay, donde pasaría sus últimos treinta años de vida confinado por el dictador Gaspar Francia, un ya anciano Artigas dirá: "Yo no hice otra cosa que responder con la guerra a los manejos tenebrosos del Directorio y a la guerra que él me hacía por considerarme enemigo del centralismo, el cual entonces sólo distaba un paso de la opresión realista. Tomando por modelo a los Estados Unidos yo quería la autonomía de las provincias dándole a cada Estado su gobierno propio, su Constitución, su bandera y el derecho a elegir sus representantes, sus jueces y sus gobernadores, entre los ciudadanos naturales de cada Estado. (…) Pero los Pueyrredones y sus acólitos querían hacer de Buenos Aires una nueva Roma imperial, mandando sus procónsules a gobernar las provincias militarmente y despojarlas de toda representación política, como lo hicieron rechazando los diputados del Congreso que los pueblos de la Banda Oriental habían nombrado, y poniendo precio a mi cabeza".

La caída de Alvear arrastró a la Asamblea manejada por sus partidarios. También a la Logia que, de allí en más, siguió funcionando bajo otras denominaciones y disfraces. No pocos partidarios del depuesto fueron condenados al exilio, entre ellos Bernardo Monteagudo, Nicolás Rodríguez Peña, Álvarez Jonte, Gervasio Posadas, Valentín Gómez. Todos ellos regresarán a ocupar posiciones protagónicas en poco tiempo. No será ésa la suerte de Artigas, de Campana, de Dorrego.

En cuanto a San Martín, su buena relación con Artigas y con otros caudillos como Martín Güemes, Estanislao López, Facundo Quiroga y Juan Bautista Bustos será uno de los factores que harán temer, años más tarde, a Rivadavia, los unitarios, los directoriales y los logistas,

que don José pudiese erigirse en un poderoso jefe federal. La consecuencia será el hostigamiento, la amenaza y el exilio interminable. (67, 79, 157, 161).

36
Abata su pompa vana

Cuando Manuel Belgrano devolvió a Juana Azurduy la bandera que la gran guerrillera altoperuana había arrebatado de manos realistas, acción que le valió su reconocimiento como teniente coronela, hizo escribir sobre el paño su único poema conocido:

Desde hoy seréis ya bandera
Por mejor mano creada,
Seréis en toda frontera.
¡Tiemble el tirano! La Hera
Abata su pompa vana;
Y para gloria de Juana
De Azurduy, diga que de él
A pesar de ser cruel
Triunfó una americana.

La Hera era un jefe realista famoso por su crueldad. (74).

37
Señor oficial, está usted despachado

En Buenos Aires temían más a los caudillos con influencia sobre el pueblo que a los enemigos españoles y portugueses. Tal lo que sucedía con Artigas. También con Güemes quien, a pesar del valor patriótico de sus acciones, era cuestionado por muchos. José María Paz, un magnífico militar de escuela, sentía hacia él una confusa mezcla de admiración por el patriotismo que compartían y desprecio debido a su compromiso con el unitarismo: "Era además Güemes relajado en sus costumbres y carente de valor personal, pues jamás se presentaba en el peligro. No obstante, era adorado de los gauchos, que no veían en su ídolo sino al representante de la ínfima clase, al protector y padre de los pobres, como lo llamaban, y también, porque es preciso decirlo, el patriota sincero y decidido por la independencia: porque Güemes lo era en alto grado. Él despreció las seductoras ofertas de los generales realistas, hizo una guerra porfiada, y al fin tuvo la gloria de morir por la causa de su elección que era la de la América entera".

La historia que nos es inculcada se limita a fijar fecha y lugar para la muerte del gran caudillo y nos oculta que fue la clase acomodada de Salta la que deseó, planeó y logró su desaparición física, apoyada por el gobernador tucumano, el aristócrata Bernabé Aráoz, que aborrecía a Güemes. Para su siniestro objetivo lograrán la complicidad del general español Olañeta, quien dispuso que su lugarteniente, el coronel Valdez, apodado "El Barbarucho", que acampaba en Yavi con sus hombres, marchase hacia el sur sigilosamente con el propósito de alcanzar en el menor tiempo posible la ciudad de Salta, sorprender a los patriotas y cumplir con el objetivo principal: asesinar a Martín Güemes, pesadilla de los realistas, pero también de los "notables" del Noroeste y del puerto.

Ayudado por un baquiano de apellido Benavídes, puesto a su

disposición por los salteños enemistados con el jefe gaucho, “El Barbarucho” atraviesa el páramo de El Descampado, considerado intransitable, y se embosca el 7 de junio de 1821 en la serranía de los Yacones con 400 hombres. Luego, al oscurecer, desciende al valle sin ser advertido para alcanzar a la medianoche los suburbios de la ciudad, sin tropezar con guardias ya que ese flanco era considerado inaccesible.

Allí divide sus fuerzas en partidas a cargo de buenos conocedores de la ciudad, no pocos de ellos compatriotas de Güemes, y ordena que las mismas se dirijan a rodear la manzana de la casa del jefe salteño, lo que se realiza sin mayores tropiezos. Uno de los colaboradores del jefe patriota, que ha estado reunido en su casa, al atravesar la plaza se topa con una de las patrullas enemigas y es muerto de un disparo. Güemes escucha la detonación y a pesar de las advertencias de su hermana Macacha sale solo a la oscuridad cerrada de la noche, a poner orden, convencido de que se trata de algún disturbio aislado provocado por la anarquía del campo patriota, sin imaginar que los realistas se habían desplegado ya por toda la ciudad.

Al darse cuenta de lo que sucedía, lamentándose de haberse aventurado sin escolta, intenta huir a la carrera por una calle lateral, pero cae en una encerrona y es herido por una descarga en el trasero. Batiéndose con su proverbial bravura logra subir a un caballo y se dirige al río Arias, donde es transportado en camilla hasta la hacienda de la Cruz, para desde allí continuar su fuga hasta El Chamical.

El jefe español Olañeta ofrece interesada atención al salteño: “Los parlamentarios llegaron hasta el fondo del bosque donde el famoso patriota yacía en su lecho de dolor, y, en su presencia, le expresaron su cometido, rogándole aceptar la proposición y pasando al centro de todos los recursos necesarios para su curación y garantía de su interesante vida. Pero Güemes nada quiso deber a los enemigos de su patria, ni aun su propia vida: ‘Señor coronel —díjole Güemes al jefe que hacía de cabeza de la comisión—. Diga usted a su general que le agradezco su atención pero que no puedo aceptar sus ofrecimientos absolutamente’.

”Olañeta no desesperó por esto y quiso tentar por última vez la

entereza del noble patriota, y trató de seducirlo, sin llevar escarmiento por el fracaso más de una vez ocurrido ya en el empleo de este vil resorte. Para tanto, envióle en seguida un nuevo parlamento, prometiéndole ‘garantías, honores, empleos y cuanto quisiere, siempre que él y sus tropas rindieran las armas al rey de España’.

”Los parlamentarios llegaron nuevamente a su lecho. Güemes escuchó con calma la proposición, y terminada ésta, incorporándose levantó en alto la voz y con marcial expresión, exclamó, dirigiéndose a su segundo en el ejército: ‘¡Coronel Vidt! ¡Tome usted el mando de las tropas y marche inmediatamente a poner sitio a la ciudad, y no me descanse hasta no arrojar fuera de la patria al enemigo!’.

”Y volviéndose hacia el parlamentario: ‘Señor oficial —le dijo, arrojándolo con un ademán de su presencia— está usted despachado’. Ésta fue la contestación que dio Güemes al insultante parlamentario” (informe de José M. García a Luis Güemes Castro).

Güemes morirá el 17 de junio de 1821, luego de diez días de sufrimiento y a raíz de las hemorragias y las infecciones provocadas por su herida. Algunos han diagnosticado que padecía hemofilia, una dificultad en la coagulación de la sangre, lo que hace aun más meritorio que haya puesto el cuerpo en los entreveros.

La aristocracia salteña, que había sido desplazada del poder por el caudillo y los suyos, y que no era solidaria con el aporte de recursos humanos y económicos a que eran obligados por Güemes para sostener la guerra independentista, festejó su muerte e hizo desvergonzadamente pública su traición, como es claro en el acta del Cabildo de Salta que ofrece la gobernación provincial al jefe español que había asesinado al gaucho patriota: “Fue (la ciudad de Salta) el siete del siguiente junio ocupada por las armas enemigas del mando del brigadier comandante general don Pedro Antonio de Olañeta que penetradas de la compasible situación en que se hallaban los ciudadanos entregados a la mano feroz del cruel Güemes, sorprendieron la plaza sin ser sentidas, logrando la ruina del tirano con su fallecimiento acaecido el diecisiete del mismo resultivo de una herida que recibió cuando más empapado se hallaba en ejecutar los horrores de su venganza (…)”. Firman apellidos de la más rancia

aristocracia salteña: Saturnino Saravia, Baltasar de Usandivaras, Alejo Arias, Juan Francisco Valdez, Gaspar José de Solá, Dámaso de Uriburu, Mariano Antonio Echazú, Facundo de Zuviría, Francisco Fernández Maldonado y otros.

San Martín lamentará como pocos esa muerte pues el salteño, a quien había nombrado general en jefe del Ejército de Observación —hasta hoy es el único general argentino muerto en combate—, tenía la misión de reunir tropas para avanzar por tierra sobre Lima, en una operación de pinzas combinada con el desembarco de las fuerzas del Libertador en el Callao. Güemes ya había iniciado el reclutamiento de oficiales y soldados y varios gobernadores habían comprometido su apoyo en hombres, caballos, armas y víveres, sobre todo el cordobés Bustos y el santafesino López, que mucho respetaban a San Martín y al salteño.

No será ése el único infortunio de don José pues, profundizando la ignominia, pocos días después del crimen realistas, salteños y tucumanos firmaron un armisticio por el que se acordó el cese de hostilidades. Es decir el compromiso de que las fuerzas de Fernando VII ya no serían acosadas por los gauchos patriotas. Era justamente lo que necesitaba Olañeta para dirigirse con sus tropas a fortalecer el ejército godo que se preparaba para recuperar Lima. A eso se referirá San Martín en una angustiada carta a su amigo O'Higgins (Lima, 6 de noviembre de 1821): "Los enemigos tratan de reunir las fuerzas que tienen en el Alto Perú, en Huamanga y Jauja, que añadidas a las de Olañeta que se han venido sobre Puno me pueden prolongar la guerra de un modo indefinible. El indigno armisticio de Salta ha hecho que todas las fuerzas caigan sobre mí y esto no puede permitirse".

Cuando Rivadavia fue ministro de Rodríguez, alguien de su confianza publicó en el diario oficial *Gazeta de Buenos Ayres*: "Murió el abominable Güemes al huir de la sorpresa que le hicieron los enemigos con el favor de los comandantes Zerda, Zabala y Benítez, quienes se pasaron al enemigo. Ya tenemos un cacique menos". Se trataba de eliminar a todos los "caciques", forma discriminatoria de referirse a los jefes populares. Los comentarios huelgan… (48, 81, 116).

38
El “misterio” de Guayaquil

La historia que nos enseñan pretende que la reunión de Guayaquil fue “misteriosa” y avala la supuesta intervención de la masonería en su resultado. También se ha hecho hincapié en la “altanera soberbia” de Bolívar en contraste con el “humilde y ejemplar renunciamiento” de nuestro campeón como otra de las explicaciones.

Lo cierto es que lo sucedido en la breve entrevista es prístino: San Martín llegó a ella debilitado por la falta absoluta de apoyo por parte de Buenos Aires, donde gobernaba su enemigo Rivadavia secundado por los directoriales y los logistas unitarios. Hacía ya tiempo que habían dado la espalda a la campaña libertadora y cuando se referían a don José lo hacían injuriosamente: loco, borracho, corrupto. Vicente Fidel López reflejará la opinión de muchos en la capital del Plata: el ejército de los Andes había sido “robado” por San Martín y puesto mercenariamente al servicio de Chile y de Perú. A esto cabe agregar el vil asesinato del general gaucho Güemes, quien había comenzado a preparar el ejército que debía fortalecer la posición del Libertador avanzando por tierra sobre las fuerzas realistas que amenazaban a Lima.

Bolívar, en cambio, llegó a Guayaquil con tropas frescas reforzadas por regimientos europeos y con la moral alta por las recientes victorias en Bomboná y Pichincha, donde combatieron divisiones de granaderos argentinos. El resultado del encuentro entre los libertadores americanos no pudo ser otro que el conocido.

El único “misterio” en esa reunión fue la imposibilidad, aún hoy, de comprender el cinismo y la ceguera de ciertas clases dominantes, sobre todo en Buenos Aires y en las provincias del Noroeste, que no comprendieron, con San Martín y con Güemes, que la absoluta prioridad era terminar la guerra por la independencia postergando

todo otro interés. (67, 105, 135).

39
Déjese de embromar, brigadier

Era público y notorio que el Imperio portugués invadía la Banda Oriental, territorio de las Provincias Unidas, de consuno con los directoriales porteños, quienes habían delegado en Nicolás Herrera y Manuel José García, residentes en Río de Janeiro, la coordinación de las acciones. “Creo que tu muerte será inevitable —escribe el ex comandante de montañeses Pedro Andrés García a su hijo, designado ministro plenipotenciario— pues te acusan de estar entregado en cuerpo y alma a los portugueses; que esto te sirva para tu gobierno y excusar tu regreso”. Sin embargo varias calles llevarán su nombre en la geografía nacional, también en la capital.

Tampoco Pueyrredón, Director Supremo, se horrorizaría por ese crimen de lesa patria sino que imploró a García el 30 de septiembre de 1815 a fin de que intercediera ante la corte de Río de Janeiro para “ser tratados (los porteños) con el decoro que nos corresponde”. El 6 de noviembre mandaba al coronel Nicolás de Vedia a conversar con el jefe de las fuerzas portuguesas, general Lecor, e iniciar tratativas para garantizar la inmunidad de Buenos Aires a cambio de combinar acciones contra el Protector de los Pueblos Libres, Artigas, quien oponía eficaz defensa a los invasores.

Ni los civiles del puerto, García, Herrera, Tagle, Rivadavia, Gómez, Rodríguez Peña, los del Carril, ni tampoco los militares, Alvear, Álvarez Thomas, Rondeau, Pueyrredón, componentes del oficialismo “notable” de Buenos Aires, elitistas y centralistas, estaban dispuestos a dar espacio a las provincias ni a la plebe en los asuntos de Estado. Sostenían su ideología, que en el fondo era la defensa de sus intereses “civilizados” ante los de la “barbarie”, en una exaltación de las “luces”, en la teoría del progreso indefinido y en el poder de la razón como exclusiva fuente de valores y leyes. Su programa, basado en

ideas de importación, no se ajustaba a la realidad del país y por ello se apeló a la fuerza para imponerlo.

La designación de Pueyrredón por los congresales de Tucumán se hizo contrariando la propuesta de Güemes a favor del coronel salteño José Moldes, quien debe ser incluido con honores en el cuadro de los "malditos".

Regresó de su formación militar en España en enero de 1809 y se incorporó al grupo de conspiradores independentistas; luego fue el primer gobernador de Mendoza, cargo que desempeñó con altura. Se incorporó al Ejército del Norte y su participación en la batalla de Tucumán fue tan destacada que Belgrano, en el parte de la victoria, la resaltará: "Debo recomendar muy particularmente al coronel don José Moldes, que me ha acompañado en todo, me ha ayudado y manifestado un ánimo heroico y el deseo de salvar a la patria".

Luego de otros destinos y funciones es elegido para ocupar una banca en la Asamblea de 1813, donde en octubre del año siguiente, enterado de las desdorosas negociaciones que Sarratea y otros llevaban secretamente en la corte del restaurado Fernando VII, "no pude menos que oponerme abiertamente a las iniquidades que proponía el gobierno, de cuyas resultas fui sorprendido el 12 de noviembre de 1814 y sepultado en Patagones como un vil criminal", tal como quedó registrado en las actas del Congreso de la independencia el 26 de octubre de 1816. Es obvio que a partir de allí quedó sindicado como enemigo de los notables del puerto y sus enjuagues.

Moldes representó entonces a quienes se oponían a ser juguetes de los designios porteños y no comulgaban con las clandestinas trapisondas destinadas a acabar con el Protector de los Pueblos Libres. Entre ellos se contaban Pérez Bulnes, Gorriti, Del Corro, Cabrera y otros pocos que no pudieron impedir las maniobras en su contra que terminarían con Moldes engrillado por Belgrano, quien escribiría su página más negra al no negarse a una orden emanada del Director Supremo.

La connivencia de la burguesía comercial de Buenos Aires con Pueyrredón se solidificaba día a día. La historia que nos cuentan

confunde con la cínica carta que el 4 de junio de 1816 el Director Supremo envía al desamparado San Martín que le reclama los auxilios que le ha prometido para su ejército libertador: “Van los 2.000 sables de repuesto que me pidió; van doscientas tiendas de campaña, y no va más. ¡Va el demonio! ¡Va la carne! Y yo no sé cómo me irá con las trampas en que quedo para pagarlo todo… y me voy yo también para que usted me dé del charqui que le mando y, ¡carajo! no me vuelva a pedir más si no quiere recibir la noticia de que he amanecido ahorcado de un tirante de la fortaleza” .

La verdad es que son muchos más los sables, las tiendas de campaña y los recursos económicos que se dirigen a financiar las tropas que combaten contra Artigas, las mismas que han sido reclutadas, armadas y entrenadas para guerrear contra España. Es ésa la prioridad de los pudientes del puerto, aniquilar con las armas a las masas del Litoral que amenazan con disputarle la Aduana y el puerto único. No reparan mientes si para ello deben también aniquilar a uno de los caudillos más preclaros y consecuentes que tiene la Revolución. Quien nunca aspiró a independizar la Banda Oriental de las Provincias Unidas sino a integrarla en una verdadera federación de iguales. Pero que ha tenido la osadía, un mal ejemplo que podía cundir, de ordenar la distribución de los terrenos “disponibles” con “prevención de que los más infelices serán los más agraciados. En consecuencia, los negros libres, los zambos de esta clase, los indios y los criollos pobres, todos podrán ser agraciados con suerte de estancia, si con su trabajo y hombría de bien propenden a su felicidad y la de la provincia”. Lo de tierras “disponibles” era un término confiscatorio pues se refería a tierras y ganados de “los europeos y malos americanos”.

El 20 de enero de 1817 las tropas portuguesas, que habían sido adiestradas en Río de Janeiro por el general británico Beresford, el mismo que comandó la invasión de 1806 a Buenos Aires y que a partir de entonces era considerado un experto en asuntos bélicos del Río de la Plata, entran en Montevideo, derriban el escudo municipal que Artigas había dado a la ciudad con el lema “Con libertad ni ofendo ni temo”, y lo reemplazan por las quinas de la casa de Braganza. Pueyrredón anuncia entonces, ante el regocijo de la clase “decente”

porteña, la "total destrucción de Artigas". Pero el caudillo oriental y los suyos todavía resistirán tres años en la campaña, mientras los porteños atacan a los Pueblos Libres en Santa Fe y Entre Ríos a fin de impedir que le manden auxilios.

Vedia, el emisario de Pueyrredón, había entrevistado a Lecor en el arroyo San Miguel. El jefe portugués, arrogante, le informó que venía "a tomar posesión de la Banda Oriental. Ignoro si después pasaré a ocupar el Entre Ríos, pero tengo orden de guardar con Buenos Aires la más estricta neutralidad". Condescendió asimismo en que el emperador Juan VI, si Buenos Aires se mostraba complaciente, "quizás reconociese la independencia de las Provincias Unidas". También entrevistó Vedia a Nicolás Herrera, el ex ministro de Alvear que ahora oficiaba descaradamente de secretario privado del invasor, quien recomendó la permanencia de Manuel García en Río de Janeiro: "No se deshagan ustedes de él porque sería lástima perderlo".

Artigas arde de indignación y escribe a Buenos Aires: "Promovida la agresión de Portugal, es altamente criminal en repetir los insultos con que los enemigos consideran asegurada su temeraria empresa. En vano es que quiera su gobierno ostentar la generosidad de sus sentimientos; ellos están desmentidos por el orden mismo de los sucesos y éstos llevan el convencimiento a todos de que V.E. se complace más en complicar los momentos que en promover aquella decisión y energía necesarias que reaniman el ánimo de los libres contra el poder de los tiranos".

No fue el único en reprocharle su actitud.

—Déjese de embromar, brigadier, con el asunto ése del príncipe y todas esas trapisondas…

El Director Supremo, Juan Martín de Pueyrredón, herido en su orgullo, se plantó frente a ese coronel que tanta fama de valiente tenía, todavía rengo por una metralla de Suipacha.

—Nuestra situación es muy débil, coronel Dorrego. Solos no podremos resistir —intentó explicarle.

Dorrego lo miró fijo a los ojos, con esa intensidad que San Martín había reflejado en una de sus cartas a su amigo Miller:

—¿Resistir a quién? Nuestros enemigos son los portugueses, no los

orientales.

El Director estaba ya francamente molesto.

—Artigas es un americano como nosotros, sólo nos separa un río… y los celos de quienes están dispuestos a regalar la Patria a un principito gringo con tal de no reconocerle su poder y su prestigio.

Pueyrredón supo que quien condujo la vanguardia del Libertador en sus mejores batallas lo estaba incriminando.

—No se insubordine, coronel —dijo con fiereza—, respete mis galones.

Entonces Dorrego escupió, mordaz, la frase que más podía herir a ese astuto político cuya bravura nunca se elogiaba y que, rojo de ira, lo condenará al exilio sin darle tiempo a despedirse de los suyos.

—No sé en qué batalla ha conseguido usted esos galones, brigadier. (15, 54, 84, 85, 119, 134).

40
El modelo de nuestros padecimientos

El ahora ministro Rivadavia, designado por el gobernador Martín Rodríguez, había regresado de su exilio en Inglaterra muy entusiasmado por las doctrinas económicas y políticas vigentes en la capital de la Revolución Industrial. Allí había conocido al ensayista político Jeremy Bentham y a través de él apreció las obras de Adam Smith, David Ricardo, Francis Bacon, John Locke e Isaac Newton. Escribirá: "¡Qué grande y gloriosa es vuestra patria, mi querido amigo! Cuando considero la marcha que ella sola ha hecho seguir al pensamiento humano, descubro un admirable acuerdo con la naturaleza que parece haberla destacado del resto del Mundo a propósito".

A partir de entonces la influencia británica en Buenos Aires será notable. En la nueva universidad, fundada por Rivadavia, se creó la cátedra de economía política siendo su texto principal el libro de James Mills, *Elements of Political Economy*. En las escuelas primarias de todo el país se estableció el sistema lancasteriano y los libros de texto se obtenían de la firma R. Ackermann de Londres, que contrataba a españoles para traducirlos para el mercado latinoamericano. Las reformas de Rivadavia incluían modificaciones radicales en el sistema económico tendientes a atraer inversores extranjeros, sobre todo británicos, aunque ello redundase en perjuicio de las industrias nacionales, sobre todo provinciales.

A la gestión de Rivadavia como ministro se debe el empréstito Baring, el primer compromiso crediticio con el capital extranjero contraído por la Argentina y que resultó una operación de ostensible venalidad, el primer gran negociado de nuestra dirigencia política, del que me he ocupado en dos de mis libros (113, 115). También cabe mencionar la sospechosa tramitación de la Famatina Mining,

denunciada en la Legislatura por Manuel Dorrego. Eso no ha sido óbice para que se impusiera su nombre a lo que consideramos "la avenida más larga del mundo", justificado no por su cuestionable talante moral o patriótico sino porque el unitarismo y sus herederos siempre le reconocen haber puesto los cimientos del sistema liberal dominante en nuestra Argentina.

La política de don Bernardino y los unitarios consistía en ocuparse con exclusividad del progreso a la europea de Buenos Aires, postergando el desarrollo de las provincias, olvidándose de San Martín que, falto de recursos, no podía seguir en su expedición al Perú y cerrando los ojos ante la ocupación portuguesa de la Banda Oriental. Los gastos de la provincia de Buenos Aires en 1822 eran de 2.400.000 pesos plata, pero solamente 400.000 se pagaban con recursos propios provenientes de patentes, licencias, contribución territorial, etc. Se cubría el déficit con 2.000.000 del impuesto nacional de Aduana, pues como no había Nación constituida el gobierno de Buenos Aires incautaba este enorme ingreso y el ministro Rivadavia lo hacía servir obsesivamente en el adelanto de su amada ciudad.

El país era Buenos Aires y lo demás no contaba, mientras el enorme virreinato de 1810 perdía los actuales territorios de Paraguay, Uruguay y Bolivia. Aquél fue un eje ideológico del unitarismo, expresado por Salvador María del Carril: "Lo que conviene es un país más reducido para su mejor administración". O la sarmientina afirmación, que Jauretche consagrará como una de las "zonceras criollas": "El problema de la Argentina es su extensión". Se le debe reconocer a Rosas, aunque duela a sus encarnizados críticos, que nuestra patria no haya perdido la Patagonia en manos de los chilenos, acorde con el criterio de Domingo Sarmiento. O las provincias del Noroeste, comprometidas por Alvear en negociaciones con la Confederación Peruano-boliviana. O la separación de las provincias del Litoral desgajadas en la República de la Mesopotamia urdida por Florencio Varela juntamente con las cancillerías británica y francesa.

A instancias de Rivadavia y el también ministro Manuel J. García, en 1822 se fundó el Banco de la Provincia de Buenos Aires. No fue de extrañar que tres de sus ocho directores fueran ingleses al igual que el

tenedor de libros. Los billetes y las monedas se hacían en Londres.

El 6 de agosto la institución —comúnmente llamada Banco de Descuentos— abre sus puertas pese a que la mayor parte de los accionistas habían pagado la primera cuota de sus acciones en pagarés que levantarían después con papel al hacerse otorgar crédito; el restante ochenta por ciento sería abonado también en pagarés. Solamente 239 acciones (menos de la cuarta parte) se pagaron en efectivo y fue el único capital metálico de la institución.

Resultó un negocio magnífico. Como el descuento se fijó en el 9 por ciento anual y el interés de las acciones osciló entre el 19 y 24 por ciento por año, los inversores obtuvieron una ganancia neta del 10 ó 15 por ciento de un capital que en ningún momento arriesgaron. Con razón pudo decir Rivadavia en el mensaje de mayo de 1823: "La institución del Banco progresa más allá de toda esperanza: ofrece utilidades muy superiores a su edad".

Los billetes del Banco reemplazaron a los metales en las transacciones de la plaza. Sirvieron para que los comerciantes con el exterior cambiaran papel por oro que transfirieron a bancos europeos: en 1822 salieron 1.358.814 pesos oro en fragatas inglesas.

No fue de extrañar que el crédito se emplease contra los intereses nacionales, como lo denunciaría años después Nicolás Anchorena, en tiempos de la Confederación rosista: "Cuando (en 1823) los patriotas de Montevideo (artiguistas) prevaliéndose o aprovechando de la división que había entre las tropas portuguesas, obligaron al general Lecor a salir fuera de la plaza, esperando por ese medio recuperar su independencia, es decir, su adhesión a Buenos Aires; entonces una casa extranjera que no existe ya en Buenos Aires se comprometió con el general Lecor a darle una suma mensual en onzas de oro. ¿Y de dónde creerán ustedes, señores representantes y compatriotas de la barra, que se sacaba? Del Banco de Descuentos: descontando letras allí, tomando billetes y después cambiando los billetes por onzas de oro. Los directores del Banco contribuían de este modo indirecto, a continuar nuestra esclavitud y la de nuestros hermanos. ¿Y qué contestaban? Nosotros no tenemos nada que ver con la política; a nosotros nos traen letras con buenas firmas y no tenemos más que

descontarlas”. Palabras que a argentinas y argentinos nos suenan siniestramente familiares desde entonces hasta hoy…

En cambio, cuando en 1825 el gobierno necesitó metálico para el Ejército de Observación acuartelado en Concepción del Uruguay ante la previsible guerra con Brasil, el Banco no pudo o no quiso dárselo. También fue inútil que el gobernador Las Heras pidiera a Baring la remisión en oro del escaso remanente del empréstito, pues los banqueros de Londres no pudieron, o no quisieron, mandarle más de 11.000 onzas. Como lo hicieron por intermedio del Banco, éste resolvió quedarse con el metal aduciendo que su existencia de oro disminuía y debía consolidarla.

Las Heras era un militar patriota y sus propósitos eran sanos, pero lo asesoraba un “perito” en economía como su ministro de Hacienda, Manuel José García. Ante la crisis del Banco de Buenos Aires éste propone formar un banco mixto incorporando el dinero del empréstito como aporte fiscal. El 7 de febrero Rivadavia reemplaza a Las Heras y el 8 los eufóricos accionistas aceptan la integración del Banco, pero debiendo tomarse sus acciones al 140 por ciento del valor escrito: por cada título de mil pesos de la vieja institución recibirían siete acciones de doscientos pesos de la nueva. Si el papel circulante del Banco antiguo alcanzaba a tres millones, como hemos dicho, y su existencia en efectivo apenas alcanzaba a 250.000 pesos, podía decirse que el nuevo Banco compraba en 1.400.000 pesos una deuda de 2.750.000. Un negocio muy redituable, sin duda.

Otra tramoya ideada por Rivadavia y García puso la dirección en manos exclusivas de los accionistas particulares, muchos de ellos británicos, quienes controlarían el 85 por ciento de las asambleas: podían elegir los directores que les pluguiese y tomar las medidas que quisiesen. Con razón Julián Segundo de Agüero, futuro ministro de Rivadavia, para quitar escrúpulos contra el Banco mixto a los partidarios de la libre empresa, afirmó en el Congreso: “Aunque el Estado compre (acciones) no podrá ejercer perjuicio alguno a los accionistas”.

El 11 de febrero de 1826 el curso forzoso declarado el 9 del mes anterior como consecuencia lógica de la necesidad de financiar la

guerra con el Brasil fue levantado, permitiéndose el cambio del papel circulante que era el emitido por el Banco anterior en las ventanillas de la nueva entidad. Los tenedores de papel se aglomeraron en los mostradores. Algunos obtuvieron créditos del mismo Banco que inmediatamente cambiaron por oro para enviarlo al exterior valiéndose de la valija diplomática británica facilitada generosamente por el cónsul Parish.

Naturalmente a los veinte días de reanudado el cambio libre del oro el tesoro estaba exhausto, aunque no se habían modernizado los armamentos, ni renovado la escuadra, tampoco pagado los sueldos que llevaban un atraso de un año en junio de 1827. La mayor parte de las existencias se evaporó en maniobras financieras y el resto se gastó en proyectos de obras públicas, ya entonces fuente de corrupción, como fue el caso del insensato canal entre los Andes y Buenos Aires.

Lo que sí logró financiación fue el llamado ejército “presidencial” al mando de Aráoz de Lamadrid, cuyo objeto era imponer el partido unitario en el interior, desplazando a Quiroga, Bustos e Ibarra. Entre quienes lo integraron estaban los tristemente famosos colombianos de López Matute cuyas crueldades, que asustan al mismo Lamadrid en sus *Memorias*, dieron origen al epíteto de “salvajes unitarios”.

Como los “adelantos” del Banco eran a interés compuesto, Rivadavia dejará en julio de 1826 la presidencia con una deuda sideral e injustificable de más de 30.000.000 de pesos, seis veces el capital nominal del Banco. No es banal relacionar la impunidad con que presidentes y ministros, a lo largo de los años, llevaron a la postergación y al endeudamiento que hoy sufre nuestra patria con el “indulto” de don Bernardino, consagrado como uno de los próceres a reverenciar por argentinas y argentinos. ¿Su mérito, que hace disculpar sus falencias morales y patrióticas? Haber sentado las bases, no sólo ideológicas sino también metodológicas, que gobiernan nuestro país desde el fin de las guerras civiles, con algunos intervalos inolvidables en la memoria colectiva de nuestro pueblo: Campana, Dorrego, Rosas, las gobernaciones de Bustos, López, Ramírez, Artigas, las presidencias de Yrigoyen y Perón. (64, 68, 85).

41
El fantasma mitad cerdo mitad zorra

El Centinela, periódico oficialista, en su edición del 18 de agosto de 1822, refleja el conflicto entre el gobierno de Rivadavia y la Iglesia Católica en dos viñetas. Una de ellas titulada “Cuento”:

“Conversando un día un abogado y un agustino sobre materias indiferentes, rodó de tal modo la conversación que terminó sobre los espectros. El abogado, que había estado en los Estados Unidos, trató de persuadir al agustino que no creyese en semejantes boberías: ‘Pero ¿cómo no he de creer?’, exclamó el padre, ‘yo mismo he visto uno’. ‘¡Ha visto U. uno! ¿Cuándo?’. ‘La otra noche, y tan claro como os veo a vos mismo: fue al torcer la esquina del cementerio, una noche que había luna llena’. ‘¿Y qué forma tenía el fantasma, padre?’ ‘La forma era ¡qué sé yo!, parecía… medio cerdo medio zorra’. ‘¡Medio cerdo medio zorra! ¡Quite U., Padre! U. se habrá asustado de su propia sombra’”.

Otra en el mismo número con el título de “Milagro”:

“Monsieur de Cadmus, Obispo de Bellay, aunque no estimaba mucho a la gente monacal, tuvo un dia que ceder a las instancias que le hicieron unos franciscanos de la diócesis, para que pronunciase el panegírico del patrón.

”¡Admiraos, oh padres —exclamó el Obispo— admiraos de la extremada grandeza de nuestro santo! ¡Sus milagros soprepujan a los del mismo hijo de Dios! Nuestro Señor, con cinco panes y tres peces alimentó solo a cinco mil hombres en un dia; pero San Francisco ¡que asombro! con una triste vara de brin (la sotana) ha sabido alimentar por cuatro siglos, dia a dia, á mas de cincuenta mil ociosos! ¡Que estupenda maravilla!”.

El conflicto llegó a extremos de gran dureza y algunos bienes eclesiásticos fueron expropiados por don Bernardino. Entre ellos

figuraba el santuario de la Virgen de Luján porque “el gobierno, para velar por el cumplimiento del principio de que las instituciones piadosas están obligadas a rendir a algún servicio público que contribuya a la comodidad o al sostén de la moral, y en todo caso al progreso del país que las adopta, procedió a instruirse de cuál era el objeto y servicio del santuario llamado de Luján, cuál era el estado de sus bienes y rentas y cuál su administración. Lo que ha resultado, comprobado es, que no rinde servicio alguno, y que no tiene más objeto que el culto de una imagen”.

Enterado Facundo Quiroga de las herejías rivadavianas acuñará el lema “Religión o muerte”, que será gritado por los gauchos federales en los entreveros fratricidas. (10).

42
Mi hermano, el despreciable mestizo José

Carlos de Alvear odió a San Martín hasta avanzada la edad de ambos. Lo registra con ironía el general Iriarte en sus *Memorias*: “Alvear detestaba a San Martín y este odio era recíproco. En Alvear obraba un sentimiento de envidia por el nombre glorioso de su adversario. En San Martín tenía otro origen el encono que profesaba a Alvear: era el conocimiento que de él tenía”.

Alvear llegó a escribir en 1826, infatuado por su triunfo en Ituzaingó y reclamado por los rivadavianos como ministro de Guerra y como diplomático, una biografía apócrifa y denostatoria de San Martín. En ella describía “su tiranía y crueldad en Chile; la relación nominal de sus víctimas; su carácter detestable; sus tendencias al absolutismo; su cobardía en las funciones de guerra en Chile y Perú; sus irregularidades en Lima; su conducta en la familia en que se había enlazado en Buenos Aires, y con su esposa, doña Remedios de Escalada. En fin, no se puede dar un cuadro más negro del carácter abominable de un hombre. Los coloridos eran los más vivos e irritantes. Alvear desfogonaba el odio reconcentrado que hacía mucho tiempo abrigaba contra San Martín. Abultaba los hechos, los desfiguraba y fraguaba algunos con todo el calor de su exaltada imaginación” (T. de Iriarte).

Es por ello que las versiones acerca de que nuestro Libertador sería hijo de una relación ilegítima entre Diego de Alvear —padre de Carlos— y una india correntina, divulgada por la familia Alvear, queda descalificada por su origen. Por su poder de injuria en tiempos discriminatorios en que era vergonzante tener sangre “impura”, es decir de negro o de indígena.

Es de imaginar la sardónica crueldad de Alvear refiriéndose en

público a su hermano ilegítimo, el “mestizo” José.

Si bien la Historia verdadera ha pronunciado su fallo acerca de los valores de cada uno, le cabe a Alvear un indiscutible triunfo sobre su adversario: su magnífico monumento ecuestre en la capital argentina está considerado como una de las obras maestras del genial escultor francés Antoine Bourdelle, discípulo predilecto de Auguste Rodin y de talento comparable a su maestro. Autor de obras famosísimas como *Hércules arquero*, *Centauro agonizante* y otras, sus esculturas se cotizan en millones de dólares. En cambio la estatua ecuestre del Libertador es una obra, sin duda representativa, de un casi ignoto escultor también francés, Louis Daumas, de prestigio y cotización muy inferiores. (76, 91).

43
Las turbias negociaciones

La guerra argentino-brasileña había empezado en enero de 1826. La dependencia financiera y política de ambas naciones hacia Inglaterra hacía del primer ministro George Canning su árbitro y éste no había querido impedirla pues estaba tan seguro de ganar en el juego que no ocultó sus cartas: al iniciarse las operaciones bélicas confió al representante brasileño en Londres, vizconde de Itaboyana, que daría a Montevideo "a forma de cidade hanseática sob a sua proteção para ter a chave do rio da Prata como têm o Mediterrâneo e o Báltico" (*Archivo de Itamaraty*).

Con precisas instrucciones llega a Buenos Aires el 16 de septiembre de 1826 John Ponsonby, barón de Imokilly, como embajador de Gran Bretaña. Era un notable diplomático de carrera enviado a un casi destierro en un punto muy alejado de Londres debido a su *affaire* con lady Conyngham, amante del rey Jorge IV.

Comprensiblemente no le gustó el lugar de su castigo, "el sitio más despreciable —escribe a Londres— que jamás vi, estoy cierto que me colgaría de un árbol si esta tierra miserable tuviese árboles apropiados (…) es un sitio para bestias (*beastly place*)"; en otra carta: "Nunca vieron mis ojos país más odioso (*odious*) que Buenos Aires. No quiero amargarme hablando de esto; realmente tiemblo cuando pienso que debo pasar algún tiempo aquí (…) esta tierra de polvo y pútridas osamentas, sin caballos, sin caminos, sin casas confortables, sin libros, sin teatro que pueda llamarse así".

A Rivadavia, que lo recibió como a un soberano, con carroza de seis caballos expresamente construida, y quiso agasajarlo con una cena de gala, le mandó decir "que no pensaba comer en público ni en privado con quien hablaba tanto". Don Bernardino le pareció lo más opuesto al estadista que pretendía ser: "No puedo decir nada bueno sobre él (…)

como político carece de las cualidades indispensables, con benevolencia podría calificársele, en el mejor de los casos, como un estrepitoso alcalde (*bursting Major*) para una pequeña aldea".

Ponsonby no quería quedarse mucho tiempo y puso de inmediato sus cartas sobre la mesa. El 20 de septiembre, apenas llegado, hace saber a Rivadavia que la guerra debía terminar con el reconocimiento por parte de Buenos Aires de la segregación de la Banda Oriental y la navegación libre de los ríos interiores, ambas necesidades británicas para la expansión de sus mercados. Rivadavia no se opuso pues la guerra perturbaba sus propósitos de pasar a la historia como factótum de empresas comerciales y de reformas institucionales cortadas a la medida inglesa: "El Presidente acogió mis palabras en la forma más favorable que me era dado esperar —informa Ponsonby a su canciller — y habló muy extensamente a favor de la paz y con mucha vehemencia de las dificultades de la guerra y los peligros que su continuación encerraba para las instituciones de la república".

Su sujeción a Gran Bretaña era tal que llevó a don Bernardino a sabotear el Congreso Anfictiónico en Panamá, convocado por Bolívar con la inspiración del tucumano Bernardo Monteagudo, para promover una unión de países latinoamericanos que, juntos, pudieran defender y oponer sus intereses comunes ante las grandes potencias. "La presencia de un agente británico en Panamá, dijo S.E. (Rivadavia), sería la mejor garantía para todos los Estados que concurriesen al mismo, y no vacilaba en manifestar que de ser así inmediatamente determinaría a este gobierno (el argentino) a enviar sus plenipotenciarios a Panamá (…) que la decisión de Gran Bretaña y Estados Unidos de enviar agentes al Congreso alteraba materialmente las miras y sentimientos de este gobierno acerca de la Asamblea, y ahora podía considerar que, bajo tales suspicios, significará un enorme aumento de importancia y vigor político para los nuevos Estados americanos ante el mundo entero" (del cónsul William Parish a Canning, 21 de abril de 1826).

Don Bernardino convino con lord Ponsonby en terminar la guerra con el Brasil de acuerdo a los deseos británicos, independizando a la Banda Oriental pero oponiéndose a su integración al Brasil. Como no

podía ser de otra manera le cupo al embajador inglés designar al representante argentino que negociaría la paz: Manuel José García, el mismo que asesoraba al emperador de Portugal acerca de cómo invadir la Banda Oriental, "correcto y honorable caballero con títulos suficientes para merecer mi confianza (la de Ponsonby) cuya coincidencia con todas mis opiniones sobre la política que debe seguir el país lo señala como especialmente apropiado para la misión".

Pero ocurrió que Pedro I, el emperador en Río de Janeiro, rechazó el acuerdo pues se había comprometido ante su pueblo a librar una guerra triunfante, y de contrariar a la euforia bélica desatada pondría en peligro su corona y la unidad brasileña. Sin embargo, también sabía que una victoria no era posible sin el permiso y el apoyo inglés y por ello estaba dispuesto a pagar el precio que exigiese sir Charles Stuart, embajador inglés en Río, quien vio la ocasión de prorrogar dos tratados leoninos, uno de comercio y otro sobre esclavos.

En el de comercio se acordaron concesiones más allá de los propósitos de Canning: los residentes ingleses tendrían extraterritorialidad en Brasil para ser juzgados por las leyes de su país y las mercaderías inglesas no sufrirían gravámenes aduaneros mayores del 15 por ciento, sin reciprocidad con las producciones brasileñas en Inglaterra. En cuanto al tratado sobre esclavitud, se autorizó a los cruceros británicos a visitar cualquier buque brasileño en alta mar y apresarlo si llevaba esclavos.

Cuando en noviembre de 1826 fueron ratificados ambos tratados, Canning escribirá a lord Ponsonby: "Parece sumamente conveniente que V.E. abandone este asunto por completo". El "asunto" era la independencia oriental. Inglaterra contribuiría con la victoria imperial sobre las Provincias Unidas del Río de la Plata y a la anexión de la Banda Oriental al Brasil.

Pedro I, aprovechando su afianzamiento guerrero y disponiendo de dinero proveniente de las arcas británicas, reforzó la escuadra bloqueadora de Buenos Aires, puesta a las órdenes del almirante Mariath, y armó un formidable ejército de mercenarios alemanes e irlandeses que conducidos por el marqués de Barbacena aplastarían a las tropas mal armadas y peor pagadas a las órdenes de Alvear.

Pero las cosas no ocurrieron como habían sido planeadas por Gran Bretaña y Brasil pues salieron a relucir el coraje y el orgullo argentinos. A pesar de la inacción de Rivadavia y los suyos en el gobierno de Buenos Aires y de la precariedad en parque y bastimentos de la flota y el ejército patriotas, se producen espectaculares triunfos que provocan la admiración mundial: Juan Lavalle vence a Bentos Manuel en Cacacay, el 13 de febrero de 1827; tres días después Lucio N. Mansilla destroza a los brasileños en Ombú; cuatro jornadas más tarde Alvear alcanza la memorable victoria de Ituzaingó. Como si fuera poco el astuto Brown derrota a Mariath en Juncal el 9 de febrero.

A Rivadavia, a pesar de que las victorias hubieran permitido imaginar un triunfal avance hasta el inerme y desmoralizado Río de Janeiro, no le interesa ganar la guerra porque su atención está ocupada en las vicisitudes de su constitución unitaria, unánimemente rechazada por los gobernadores provinciales que se unen en una liga dirigida por el cordobés Bustos, cuyo objetivo es expulsarlo del poder y continuar el conflicto armado que tan favorable se presentaba.

La esperanza de don Bernardino de seguir en el poder está cifrada en el regreso del ejército que combate en Brasil, cuya oficialidad pertenecía en su mayor parte a la burguesía que desconfiaba de los movimientos populares y defendía la posición del puerto ante las provincias. Y así, a pocas semanas de los triunfos en mar y tierra, mientras las tropas, sorprendidas, desandan el camino hasta su patria, Manuel J. García, en representación del presidente Rivadavia, viaja a Río de Janeiro a firmar la victoria diplomática del Brasil ante la sonrisa satisfecha del embajador inglés.

Al enterarse, la opinión pública porteña que ha celebrado con alborozado orgullo lo de Juncal e Ituzaingó, explota en furia, negándose a aceptar que lo ganado en el campo de batalla al precio de tantos compatriotas muertos y heridos pueda perderse en una turbia negociación que hasta despierta justificadas sospechas de soborno. Rivadavia presenta entonces la renuncia con su habitual petulancia: “Me es penoso no poder exponer a la faz del Mundo los motivos que justifican mi irrevocable resolución”.

Lo sucedió Manuel Dorrego, uno de nuestros próceres mayores avaramente reconocido por la historia oficial, la que sólo hace hincapié en su condición de "fusilado" pero sin ahondar en las razones de su muerte y sin inculpar a su verdugo ni a los autores intelectuales. De ello me ocupé en una de mis obras (113).

El Banco fundado por Rivadavia y García seguirá siendo un instrumento dócil en manos de lord Ponsonby, quien sabrá extorsionar a Dorrego para que la guerra con Brasil concluya, al menos con la independencia uruguaya. Don Manuel no encontró apoyo en el directorio para continuarla ya que se le negó todo auxilio económico, y estuvo obligado a la paz, pero debe reconocerse que gracias a su convicción se evitó la anexión de la Banda Oriental al Brasil como provincia "cisplatina". El embajador británico pudo escribir entonces al primer ministro lord Dudley, sustituto de Canning: "No vacilo en manifestar a Ud. que yo creo que Dorrego está ahora obrando sinceramente en favor de la paz. (…) A ello está forzado por la negativa de proporcionársele recursos salvo para pagos mensuales de pequeñas sumas".

Pero la animosidad de lord Ponsonby no se calmará y moverá los hilos para preparar un golpe contra ese gobernante tan poco predispuesto a doblegarse ante la prepotencia británica, tan diferente a don Bernardino. Entonces anuncia a Londres: "Dorrego será desposeído de su puesto y muy pronto". El representante norteamericano en el Río de la Plata, Murray Forbes, se quejará entonces ante su gobierno de que Gran Bretaña era "una gigantesca influencia extranjera que controla el gobierno y que puede, a su placer, mantenerlo o derrocarlo".

El nuevo gobernador, de profundas convicciones democráticas, toma medidas drásticas en favor de las clases populares: fija precios máximos para el pan y la carne, suspende el odiado régimen de reclutamiento forzoso y prohíbe el monopolio de los productos de primera necesidad. También suspende las faraónicas y sospechables obras públicas y cancela las exportaciones de oro y las nuevas emisiones de billetes, pese a las protestas de los comerciantes y banqueros británicos. Su política económica tuvo éxito y en febrero de

1828, según Miron Burgin, “el peso recuperó casi todo el terreno que había perdido el año anterior”.

No será entonces casual que por primera vez una palabra con intensa significación en nuestra historia aparece escrita. Es en las *Memorias* del general Iriarte. Cuenta que cierto día, acompañado por Carlos de Alvear, se cruzaron con Dorrego en una de las calles céntricas de Buenos Aires.

“—Caballeros —les dijo el jefe federal—, les aconsejo que no se acerquen mucho… —Como quien no quiere contaminar”.

Dorrego vestía un traje ostensiblemente desaliñado y su apariencia era desprolija. Iriarte anotaba entonces: “Excusado es decir que esto era estudiado para captarse la multitud, los descamisados”.

Éstos acompañarán con su apoyo al gobernador que osaba enfrentar a los “decentes” del puerto, “quienes están dominados de un espíritu antipático, el del exclusivismo, y con sus doctrinas liberales contrastaba la más pronunciada y chocante intolerancia: respiraban por todos los poros su necio orgullo, una ultrafatuidad incompatible con el saber; y la apariencia de una prepotencia insultante los había hecho del todo impopulares y mal queridos entre las clases del pueblo. (…) Los federales eran criollos netos, apegados a la vieja escuela, y todo lo demás olía a extranjerismo y esto importaba para muchos una apostasía de los deberes de la rancia nacionalidad” (N. Shumway).

Los rivadavianos no habían depuesto sus planes de regresar al poder: “No se esfuerce usted en atajarle el camino a Dorrego”, escribirá Salvador M. del Carril a uno de sus amigos, “déjelo usted que se haga gobernador, que impere aquí como Bustos en Córdoba, o tendrá que hacer la paz con el Brasil con el deshonor que nosotros no hemos querido hacerla; o tendrá que hacerla de acuerdo con las instrucciones que le dimos a García, haciendo intervenir el apoyo de Canning y de Ponsonby (…) el ejército volverá al país y entonces veremos si hemos sido vencidos”.

Juan Manuel de Rosas escribió a Estanislao López, doce días después de la caída de Dorrego a manos de Lavalle: “El señor gobernador (Dorrego), tenía en manos de sus enemigos los principales recursos que son las armas y el Banco. (…) Sólo creo que están con

ellos (los golpistas) los quebrados y agiotistas que forman esta aristocracia mercantil". Y agregaba: "En combinación con ese establecimiento (el Banco) se fraguó el motín del 1º de diciembre y con él se contó, como lo ha acreditado la experiencia, para pagar el asesinato del jefe del Estado y un ejército de sublevados que creían volver a dominar la República".

No fue de extrañar que la primera medida tomada por Lavalle luego de fusilar a Dorrego, además de ordenar el exterminio de todo gaucho sospechado de federal, fue permitir nuevamente la libre emisión al Banco: el 5 de noviembre de 1828 había en circulación 10.250.000 pesos en papel según balance aprobado por Dorrego; en febrero de 1829 la circulación trepó a pesos 14.160.843. El oro saltó a 60 en diciembre, 63 3/8 en enero y llegaría a 100 1/2 en octubre con regocijo de los especuladores. El directorio del Banco se deshizo del escaso metálico conservado (320 onzas y 5 mil macuquinas) porque "esa cantidad es insignificante para garantir el papel circulante". Ya no quedó una moneda de oro en el país.

El precio de ello había sido la vida de don Manuel. En todos los hechos históricos de la Humanidad, aun en los más nimios, es indispensable hallar su motivación crematística, siempre escondida detrás de hipócritas pretextos humanitarios. (1, 29, 85, 91, 97, 105, 116, 117).

44
La Divina Providencia así lo ha querido

Juan Manuel Beruti, a pesar de ser un declarado antifederal, expresa el sentimiento popular ante el asesinato del mártir de Navarro:

"Dorrego ha sido un hombre gran patriota, pues fue uno de los que hicieron la revolución en Chile contra los españoles; por lo que aquel gobierno lo condecoró con el título de su libertador; se encontró en acciones de guerra en defensa de la patria, saliendo de ella con muchas heridas, cuyas cicatrices lo manifestaba su persona, porque andaba medio ladeado del pescuezo de una herida que en él recibió; finalmente él dio la paz con el imperio del Brasil; trajo las tropas a descansar a su patria, y éstas al segundo día de su llegada, faltando a la obediencia al gobierno, por medio de una revolución militar, lo atropellan, y a su persona le quitan la vida; pero este mal ejemplo hará que otro haga lo mismo, y en cada mudanza de gobierno, hecho con estos mismos medios, será sacrificado el que mande, para cubrir el sublevado su iniquidad calumniándolo, aunque Dorrego si padeció fue porque le temían, y de haber existido, en cualquier lugar donde se hallase les había de hacer la guerra, y el modo fue para evitarlo desaparecerlo, mandándolo sepultar en la iglesia o cementerio de Navarro".

La razón del asesinato, que así debe calificarse y no fusilamiento pues careció del juicio previo, fue que los unitarios estaban convencidos, por su desprecio hacia el populacho, de que el federalismo era sólo un fenómeno de personalidades carismáticas captándose el favor y el entusiasmo de la turba ignorante. Se les escapaban, o negaban por conveniencia, las condiciones sociales, de las que ellos eran principales responsables, que promovían el surgimiento de los líderes populares. Es por eso que los doctores porteños insistirán ante Lavalle para que "corte la cabeza de la hidra"

en la convicción de que con ello se terminarían las fastidiosas reivindicaciones federales. Ello también explica la cruzada de exterminio de gauchos de la campaña que se desató luego de Navarro, un siniestro terror en el que se destacaron los generales Rauch y Estomba, quienes terminarán sus días el primero linchado por los indios y el segundo internado en un manicomio.

En Navarro se inició una tradición de golpismo y violencia política que perdurará hasta nuestros días, ejercida sobre todo contra aquellos que cuentan o pueden contar con el apoyo popular, lo que los hace enemigos reales o potenciales del poder de turno.

Dicha violencia se manifiesta también de maneras más sutiles, como es la maldición histórica, que en el caso de Dorrego tiene una manifestación inconcebiblemente denigrante para quienes la urdieron y pusieron en práctica, y también para quienes, sabiéndolo, la hemos tolerado hasta hoy: el monumento a Juan Lavalle en la capital argentina está emplazado en lo que fue el solar de la familia Dorrego. Una afrenta bochornosa que debe ser corregida sin pérdida de tiempo. (20).

45
La popularidad de los bárbaros

Muchos factores se oponían a que el interior del país compartiera las opiniones y los proyectos políticos de los “notables” de Buenos Aires. Éstos concebían a Mayo como un movimiento nacional al que debían integrarse la totalidad de los pueblos aunque conservando el puerto su tradicional situación de cabeza del Estado con el pretexto de impedir su disgregación pero con el objetivo más realista de no perder las suculentas rentas de la Aduana y de los derechos portuarios. Predominaba en la dirigencia porteña la concepción de que las provincias estaban habitadas por “bárbaros” cuyo principal aporte era la constitución de los ejércitos pero negándoles en la práctica toda capacidad estratégica o intelectual, salvo ejemplos como el del cordobés deán Funes, en un principio, o del puntano Pueyrredón, poco más adelante, quienes terminaron “aporteñándose”, absorbidos por los tejes y manejes de los logistas, de los rivadavianos o de los directoriales, categorías de límites imprecisos, con frecuencia solapados, pues hubo quienes fueron todo ello.

En consecuencia para muchos, que comenzaron a identificarse como “unitarios”, la idea de la construcción del concepto de nación y la necesaria eficiencia revolucionaria para consolidarla estaban unidas a la “inevitabilidad” del poder político centralizado en una casta de “posibles“ porteños y sus asociados del interior. La oposición a esta actitud, perjudicial para los intereses de las provincias, plasmó en una tendencia política y, poco a poco, en una serie de principios que constituyeron el “federalismo” o doctrina de los estados libres federados en un Estado nacional no centralizado políticamente. En íntima relación con este surgimiento se asocia la figura de los caudillos, cuyo liderazgo reemplazó en diversas regiones al poder colonial cuando éste entró en crisis.

El caudillo era alguien investido de poder y prestigio por los suyos, que reconocían en él a un líder capaz de conducirlos eficazmente en la lucha por intereses o principios que compartían. Nuestra historia liberal, plasmada por los unitarios vencedores en la guerra civil, los condenó al sótano de sus "malditos", pintándolos como bárbaros, crueles e ignorantes, castigándolos en la memoria colectiva de argentinas y argentinos por su oposición a los "civilizados", en la disyuntiva planteada por Sarmiento con su habitual brutalidad semántica. Su barbarie no será mayor que la de sus enemigos y en algunos casos serán insólitamente humanitarios, como lo demostró Estanislao López al conservar la vida de su principal enemigo, el jefe de la Liga Unitaria José María Paz, que luego de caer prisionero fue enviado a Buenos Aires para que Rosas decidiera su suerte.

Es cierto que algunos caudillos no brillaron por su formación cultural, tal el caso de Francisco Ramírez, quien quizás por eso mismo hizo de la educación una de sus grandes preocupaciones como gobernante. Otros, como Juan Bautista Bustos y Alejandro Heredia, eran militares de carrera, el segundo, además, graduado en leyes. La correspondencia de Juan Facundo Quiroga revela un espíritu sutil y una redacción refinada. Estanislao López estaba lejos de ser una inteligencia tosca y se propuso organizar institucionalmente su estado y promovió en 1819 la sanción de una Constitución provincial decididamente democrática y federal. Ese mismo año el Congreso Nacional que sesionaba en Buenos Aires luego de trasladarse desde Tucumán, mientras enviaba emisarios secretos a negociar con el emperador portugués en Río de Janeiro y con la corte francesa en París, sancionó la carta constitucional para las Provincias Unidas inspirada por principios aristocráticos y centralistas. La comparación de ambos documentos contemporáneos revela el sustrato doctrinario de la oposición de los bandos en pugna, que poco tenía que ver con la civilización o la barbarie sino con el trato igualitario o autocrático que se confería a los compatriotas de la plebe y de las provincias.

Aunque movido por el consciente propósito de denigrarlos, nadie expresó más lúcidamente la significación de los caudillos que Sarmiento en su *Facundo*: "Es el personaje histórico más singular, más

notable, que puede presentarse a la contemplación de los hombres que comprenden que un caudillo que encabeza un gran movimiento social no es más que el espejo en que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las necesidades, las preocupaciones y los hábitos de una nación en una época dada de su historia".

El revisionismo histórico, que campeó en nuestro país durante las décadas de 1950 y 1960, cargó sus tintas sobre Bartolomé Mitre, quien junto con Vicente F. López y pocos más, asumió la ciclópea tarea de definir el imaginario colectivo de la Argentina, es decir su historia. Uno de los reproches más frecuentes fue el destrato a los caudillos provinciales. Pero, ¿puede acusárselo de haber sido parcial en sus juicios? Está ya aceptado que no existe la objetividad en ninguna de las ciencias, y que el peor de los pecados es pretenderla.

El Mitre que se empeñaba en investigar, documentar y escribir nuestra historia era el mismo que tenía a los caudillos provinciales de enemigos por sus distintas concepciones acerca de cómo debía organizarse la nación neonata. Dichas discrepancias no fueron sólo retóricas sino que se dirimieron también en batallas sangrientas donde intervinieron más de 30.000 hombres como en Pavón y Cepeda contra el último de los grandes caudillos de provincia, Justo José de Urquiza. El Mitre jefe de ejércitos también abandonó la pluma de escritor para participar activamente en la Guerra de la Triple Alianza, donde luchó al frente de las fuerzas nacionales contra el presidente paraguayo, Solano López, cortado con la misma tijera que los jefes populares de la Argentina y cuyo compromiso en una contienda tan desigual tuvo como reaseguro un guiño luego no cumplimentado por parte de Urquiza. Cabe agregar también que don Bartolomé debió enfrentar la oposición beligerante a la contienda de jefes de montoneras tardíos como Chacho Peñaloza y Felipe Varela.

No fue entonces Mitre la persona indicada para sostener una perspectiva desapasionada de quienes fueron sus enconados enemigos, además de su ideología porteñista y liberal. De todas maneras fue él quien rescató a los caudillos altoperuanos y aunque no incluyó a Güemes y a Artigas en su *Galería de celebridades argentinas*, publicado en 1857, se disculpó por no hacerlo. La mayor responsabilidad de los

desvíos de nuestra historia oficial corresponde entonces a quienes tomaron sus escritos como un dogma que manipularon de acuerdo a los intereses políticos del momento, constituyendo un “mitrismo” historiográfico que no siempre respondió a las ideas originales de don Bartolomé.

Los caudillos no fueron ángeles ni diablos. Fueron personalidades capaces de encarnar el signo de su época: la oposición más o menos organizada de algunas provincias contra la obsesión porteña por enviar ejércitos que las sujetaran, por entronizar príncipes extranjeros, por considerar al “Protector de los Pueblos Libres” como su principal enemigo y llegar a inicuos acuerdos con el invasor portugués con tal de destruirlo, por dictar reglamentos y constituciones cuyo objetivo era acerar el privilegio de Buenos Aires y privar a los pueblos del interior de alguna participación en los beneficios del puerto y su aduana, por ser indiferente al perjuicio que el libre comercio y la introducción sin recargos de mercadería industrializada en países europeos producían en las rústicas economías del interior.

En cifras, este panorama demográfico era el siguiente: en 1819 la provincia de Buenos Aires tenía 125.000 habitantes, Córdoba 75.000, Santiago 60.000 y Salta 50.000. Pero donde la desproporción se tornaba evidente era en materia económica: en 1824 los ingresos fiscales de Buenos Aires fueron de 2.596.000 pesos, de los cuales provenían de la Aduana 2.033.000. En cambio, Córdoba, la segunda provincia argentina, tenía ese mismo año ingresos por 70.200 pesos, de los cuales su aduana proveía 33.438. Para San Juan las cifras eran de 20.000 y 3.800 respectivamente, y Tucumán recaudaba 22.115 pesos que sólo cubrían el 66 por ciento de sus gastos. No han cambiado demasiado las cosas desde entonces.

Las caudillos provinciales vieron con claridad que la cuestión constitucional era un problema tanto económico como político y que mientras el gobierno central siguiera bajo la influencia de Buenos Aires los postulados del interior estarían inevitablemente postergados ya que la superioridad de recursos económicos, financieros y militares de Buenos Aires haría que su influencia predominase en cualquier tipo de gobierno centralizado. Por lo tanto, para que las provincias

pudieran eludir esa dominación, que no pocos consideraban aun peor que la ejercida por los españoles, y lograr la autonomía económica y fiscal que reclamaban con justicia era inevitable la utilización de la fuerza.

Se ha criticado a los caudillos por haber sido, según la historia escrita por sus vencedores, partidarios del "atraso". Es que para éstos y sus seguidores el "progreso" estaba inevitablemente asociado a beneficios para Buenos Aires y postergación para las provincias. Ello fue claro cuando Rivadavia hizo de "la reina del Plata" una ciudad moderna y europeizada con su alumbrado flamante, su universidad, sus colegios lancasterianos, su empedrado, sus diques, endeudando a todo el país con un empréstito justicieramente sospechado. Además, para los "alumbrados" del puerto, precursores directos de no pocos prestigiosos intelectuales de hoy, su compromiso con la civilización era admirar lo extranjero y denostar lo nacional, en dirección contraria a lo que postulaba el gran Belgrano en su reglamento escolar: "Estimar en más la calidad de americano que la de extranjero".

Si algo caracterizó al caudillo fue su popularidad entre los humildes, aquello que los graduó de "malditos" para la posteridad, esa ciega fe de sus partidarios que le permitió enfrentar muchas veces con éxito, en alborotado remolino de chuzas y lanzas, a ejércitos regulares de superior número, disciplina y armamento. Era la devoción de quienes se sentían comprendidos por su jefe, seguros de que interpretaba sus esperanzas como nadie y que dar la vida por él era, ni más ni menos, jugarse por lo que daba sentido a sus existencias.

El Chacho Peñaloza, un caudillo tardío que sería asesinado y decapitado a instancias del "civilizador" Sarmiento, escribirá al doctor Marcos Paz: "Esa influencia, ese prestigio lo tengo porque como soldado he compartido al lado de ellos por espacio de 43 años, compartiendo con ellos los azares de la guerra, los sufrimientos de la campaña, las amarguras del destierro y he sido con ellos más que jefe, un padre que (he) mendigado el pan del extranjero prefiriendo sus necesidades a las mías y propias. Y por fin, porque como Argentino y como Riojano he sido siempre el protector de los desgraciados,

sacrificando lo último que he tenido para llenar sus necesidades. Así es, señor, como tengo influencia y mal que (les) pese la tendré". Razón tenía Arturo Jauretche cuando decía que el "caudillo era el sindicato del gaucho".

No negaron la necesidad de unión entre todas las provincias pero consideraban que esta unión debía respetar la autonomía política y económica de cada una de sus respectivas regiones. Ello no impidió que con frecuencia se trenzasen en deplorables y sangrientas disputas que no reconocían otro motivo que el malentendido, el amor propio o la violencia inercial. O la sagacidad de los políticos del puerto que, a través del soborno o la acción psicológica, promovían disidencias entre caudillos que, al debilitarlos, aumentaban su poder.

Los notables de Buenos Aires les temían y los combatían como siempre se hará con los movimientos populares y sus abanderados. También se encargarán de menospreciarlos: "¿Por qué pelean los anarquistas? ¿Quiénes son ellos? (…) Los federalistas quieren no sólo que Buenos Aires no sea la capital, sino que como perteneciente a todos los pueblos divida con ellos el armamento, los derechos de aduana y demás rentas generales: en una palabra, que se establezca una igualdad física entre Buenos Aires y las demás provincias, corrigiendo los consejos de la naturaleza que nos ha dado un puerto y unos campos, un clima y otras circunstancias que le han hecho físicamente superior a otros pueblos. (…) El perezoso quiere tener iguales riquezas que el hombre industrioso, el que no sabe leer optar por los mismos empleos que los que se han formado estudiando, el vicioso disfrutar del mismo aprecio que el hombre honrado. (…) No negamos que la federación absolutamente considerada sea buena; pero los que sostienen que relativamente a nuestras provincias es adoptable, y sin inconvenientes deben manifestarnos los elementos con que cuentan para la realización de su proyecto". (*Gazeta de Buenos Ayres*, 15 de diciembre de 1819).

Los caudillos federales son otros insignes postergados, al punto de que en la capital argentina ninguna de sus calles lleva el nombre de López, Ramírez o Bustos. Mucho menos el de Rosas. Es que, como escribió Rodolfo Walsh, "nuestras clases dominantes han procurado

siempre que los humildes no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes ni mártires. Cada lucha debe comenzar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia aparece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas”. (1, 17, 30, 45, 56, 90, 100, 119, 125, 139, 144).

46
Cizaña entre los caudillos

"El 4 de febrero de 1820 entró en esta capital el señor director don José Rondeau, quien sin haber sido visto se dirigió a su casa en donde se halla; cuyo señor no da razón cómo ha sido la dispersión de nuestra caballería, ni aun la causa de su fuga tan precipitada, que no paró hasta llegar a su casa, y meterse en la cama; tal fue el susto pánico que recibió, mayormente, cuando fue perseguido por los santafecinos sobre seis leguas, que a uñas de su buen caballo, no le dio alcance la partida enemiga; esto cuentan, la verdad no sé, pero la fuga sin orden es cierta" (Juan Manuel Beruti, *Memorias curiosas*).

Los vencedores de Rondeau en Cepeda, Estanislao López y Francisco Ramírez, exigieron la desaparición del poder central de Buenos Aires, la disolución del Congreso y la plena autonomía de las provincias. Bustos acababa de asegurársela a Córdoba, Ibarra lo imitó en Santiago del Estero, Aráoz en Tucumán, y entre tanto se desintegró la intendencia de Cuyo dando origen a tres provincias Mendoza, San Juan y San Luis.

Una de las estipulaciones secretas del Tratado del Pilar permitió la entrada triunfal de las huestes federales en Buenos Aires. Lo narra, con indisimulable repugnancia, Vicente Fidel López: "Sarratea, cortesano y lisonjero, no tuvo bastante energía o previsión para estorbar que los jefes montoneros viniesen a ofender, más de lo que ya estaba, el orgullo local de la ciudad. El día 25 regresó a ella acompañado de Ramírez y de López, cuyas numerosas escoltas compuestas de indios sucios y mal trajeados a término de dar asco, ataron sus caballos en los postes y cadenas de la pirámide de Mayo, mientras los jefes se solazaban en el salón del ayuntamiento".

A la derrotada Buenos Aires no le quedó otra alternativa que también constituirse como provincia federativa, y su primer

gobernador, el sagaz Sarratea, firmó el 23 de febrero de 1820 con los jefes triunfantes, López y Ramírez, el Tratado del Pilar, en el que se admitía la necesidad de organizar un nuevo gobierno de características federales, caducando el centralista, unitario, que hasta entonces regía en Buenos Aires. También, en su artículo 10º, se comprometían los caudillos a consultar con Artigas los términos del Tratado, "aunque las partes contratantes están convencidas de que todos los artículos arriba expresados son conformes con los sentimientos y deseos del señor capitán general de la Banda Oriental, don José Artigas, según lo ha expuesto el señor gobernador de Entre Ríos, que dice hallarse con instrucciones privadas de dicho Señor Excelentísimo".

Ramírez, que firmará con el inexistente cargo de "gobernador de Entre Ríos" que astutamente le reconociera el representante porteño, hasta entonces conducía la guerra en el frente occidental como lugarteniente de Artigas, quien había sido tajante en sus instrucciones: "No admitirá otra paz que la que tenga como base la declaración de guerra al rey D. Juan (Emperador de Portugal con sede en Río de Janeiro, invasor de la Banda Oriental) como V.E. quiere y manifiesta en su último oficio", le había escrito en diciembre de 1819. Por su parte Estanislao López también escribirá a Ramírez el 13 de noviembre de ese año al ponerse a sus órdenes conforme a las instrucciones del Protector: "S.E. el general Artigas, por el clamor de los pueblos, nos manda exigir al Directorio, antes de entrar en avenimiento alguno, la declaratoria de guerra contra los portugueses que ocupan la Banda Oriental, y el establecimiento de un gobierno elegido por la voluntad de las Provincias que administre con base al sistema de federación por el que han suspirado todos los pueblos desde el principio de revolución".

El 22 de enero a la madrugada los portugueses cayeron sobre el ya raleado ejército artiguista en Tacuarembó y acuchillaron a mansalva a sus hombres sin darles tiempo ni a enfrenar los caballos. Los que sobreviven llegan a Mataojo, donde el caudillo recibe con estoicismo la noticia. Para colmo de males el debilitado Protector de los Pueblos Libres se entera de que sus lugartenientes, los indomables y hasta

entonces leales jefes guerrilleros Rivera y Otorgués, se han pasado a los invasores, finalmente seducidos por sus insistentes promesas...

Sus aliados, López y Ramírez, enterados el 17 de febrero de la catástrofe sufrida y seducidos por un Sarratea que les ofrecerá el oro y el moro para que consolidasen su poder en las respectivas provincias, con promesas de respeto y no agresión, firmarán el Tratado el 23 de ese mes, apenas un día después de iniciadas las deliberaciones, dejando de lado la cláusula que más importaba a don Gervasio y a tono con los deseos de Buenos Aires.

Ello despertó la indignación del caudillo oriental, quien escribirá a Ramírez: "El objeto y los finales de la Convención del Pilar celebrada por V.S. sin mi autorización ni conocimiento, no han sido otros que confabularse con los enemigos de los Pueblos Libres para destruir su obra y atacar al Jefe Supremo que ellos han se han dado para que los protegiese. (…) Y no es menor crimen haber hecho ese vil tratado sin haber obligado a Buenos Aires a que declarase la guerra a Portugal, y entregase fuerzas suficientes y recursos bastantes para que el Jefe Supremo y Protector de los Pueblos Libres (es decir él mismo) pudiese llevar a cabo esta guerra y arrojar del país al enemigo aborrecible que trata de conquistarlo. Ésta es la peor y más horrorosa de las traiciones de V.S.".

El "Supremo Entrerriano" no demora su desaprensiva réplica: "La Provincia de Entrerríos no necesita su defensa ni corre riesgo de ser invadida por los portugueses, desde que ellos tienen el mayor interés en dejarla intacta para acabar la ocupación de la Provincia Oriental a la que debió V.S. dirigir sus esfuerzos. (…) ¿Por qué extraña que no se declarase la guerra a Portugal? ¿Qué interés hay en hacer esta guerra ahora mismo y en hacerla abiertamente? ¿Cuáles son los fondos de los Pueblos, cuáles sus recursos?".

No se le ocultaba a los firmantes que Artigas reaccionaría militarmente contra lo convenido en Pilar, un indudable logro de los porteños que con sus "fondos" y sus "recursos" a los que se refirió el entrerriano cambiaron la derrota militar por el triunfo diplomático pues lograron introducir la discordia y la división en la imbatible alianza de caudillos populares. Nuevamente habían primado los

ingresos de la Aduana y del puerto que servirán para equipar a López y especialmente a Ramírez para enfrentar la reacción de quien acababa de cruzar vencido el Uruguay con sólo dieciséis compañeros de infortunio, pero cuyo prestigio entre las masas litoraleñas seguía indisputable. Su grito de guerra contra los traidores vendidos a los porteños sería escuchado por la mayor parte de los entrerrianos, correntinos y misioneros que correrían a formar bajo la vieja y gloriosa bandera que tantas derrotas había infligido a españoles y portugueses.

Fue tanta la preocupación de los firmantes del Tratado por la ira del oriental que en un “convenio secreto” o “solemne compromiso” clandestino que no se llevó a la ratificación de la Junta porteña dispusieron la entrega de tropas, armas y la escuadrilla fluvial al entrerriano. Vicente López habla de 1.500 fusiles, otros tantos sables, tercerolas, y además municiones, artillería, cuerpos estables y 200.000 duros; entre los destacados oficiales porteños que pasaron a servir a las órdenes de Ramírez estuvo Lucio N. Mansilla, años más tarde héroe de la Vuelta de Obligado. La cifra de los suministros, o del soborno, según otros autores fue mayor: el 4 de marzo Sarratea habría ordenado la entrega a Ramírez de 25 quintales de pólvora, otros tantos de plomo, 800 fusiles y 800 sables; el 13 el insaciable Ramírez pidió por nota al representante porteño, en virtud “de lo acordado secretamente por separado”, se completase el armamento “teniendo en consideración para este suplemento el interés propio de esta ciudad, como de todas las demás provincias de la Federación en mantener la libertad de Entre Ríos. (…) debemos abrir una campaña en el rigor del invierno contra enemigos comunes (Artigas) que a todos nos interesa destruir. (…) Yo quedaría satisfecho en que se doblase el número de armas y municiones”.

Ramírez se adelanta con sus montoneras a recuperar su villa natal, Arroyo de la China (hoy Concepción del Uruguay), pero Artigas lo derrota en Arroyo Grande primero, en Las Cuachas más tarde. El entrerriano, que se ha encerrado en la Bajada, recibe allí el grueso de la ayuda porteña y consigue gracias a la artillería y regimientos de infantería desquitarse en ese mismo lugar. Después ambos se trenzan

como jaguares, y en Sauce de Luna, Yaquerí, Ábalos y el combate naval del río Corrientes, Ramírez arrastra a Artigas hacia el norte para arrojarlo finalmente, con su caballo y un solo ordenanza, en territorio paraguayo, de donde el antes poderoso Protector de los Pueblos Libres no habría de salir jamás.

También será expulsado de la historia que nos cuentan, donde sólo tendrá lugar como "prócer uruguayo", retaceándole el merecido lugar de ser además héroe de la independencia rioplatense y americana. También cabe aclarar, disipando un malentendido que nada tiene de ingenuo, pues no fue ése el motivo de su conflicto con Buenos Aires, que don Gervasio no fue partidario de separar a la Banda Oriental de las Provincias Unidas, lo que fue por él proclamado en reiteradas oportunidades, como lo hizo el 9 de julio de 1814 en el Fuerte de Montevideo, cuando el director porteño Posadas lo había declarado "traidor a la Patria" y puesto precio a su cabeza: "El Gobierno Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata será reconocido y obedecido en toda la Provincia Oriental del Uruguay, como parte integrante del Estado que ambas componen" (Archivo General de la Nación). (79, 83, 119).

47
Los tormentos del Libertador

La vida de José de San Martín siempre fue difícil. En España su carrera militar se vio postergada por ser indiano y de familia pobre, ascendiendo sólo hasta teniente coronel de caballería a pesar de su brillante desempeño en las guerras internacionales de España, también contra las fuerzas napoleónicas, siendo condecorado en la decisiva batalla de Bailén. Ésa fue seguramente una de las razones para cruzar el océano e iniciar una trayectoria que lo llevaría al generalato.

Ya en América y en la campaña de los Andes, su relación con el almirante Cochrane, mercenario inglés que comandó la flota que transportó las tropas hasta el Callao, fue tirantísima y a la maledicencia de los partidarios del influyente marino se debe el escaso reconocimiento chileno a los méritos sanmartinianos en su independencia. Tampoco las cosas fueron fáciles durante su Protectorado en Lima, donde fue acosado por rivales políticos que no aceptaban ser gobernados por un extranjero.

La historia que nos cuentan es la de un San Martín cuya llegada a Buenos Aires es celebrada por los rebeldes de Mayo. Nada más alejado de la realidad. "Yo llegué a Buenos Aires a principios de 1812 y fui recibido por la Junta Gubernativa (el Triunvirato), por uno de los vocales con favor (Paso) y por los otros con una desconfianza muy marcada", escribirá años después. No eran ilógicas las prevenciones hacia un jefe militar que hasta hacía pocos meses se había batido con mérito en los ejércitos del rey de España, el enemigo de la revolución de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Quien mayor antipatía demostró hacia el futuro Libertador fue el poderoso secretario del Triunvirato, Bernardino Rivadavia, sentimiento recíproco que se sostendrá hasta el fin de sus vidas. Habrá contrastado la engolada fatuidad del funcionario con la digna

austeridad del recién llegado. La relación comienza de la peor manera ya que, al poco tiempo de desembarcar San Martín, en casa de quien sería luego su esposa, Remedios Escalada, surge un violento altercado entre ambos por razones que nunca trascendieron y Bernardino González, que ése era su verdadero nombre ya que toma el Rivadavia de su abuela materna, le arroja una botella a la cara que yerra el blanco y destroza uno de los elegantes espejos que adornaban el salón.

Tampoco fue rápida ni fácil su integración social, como lo contará María Rosa Oliver en sus memorias *Mundo, mi casa*, al testimoniar un diálogo con su abuela, pariente cercana de los Escalada:

“—Tío Pepe (San Martín) era un ordinario.

”—¿Cómo?

”—Sí, un ordinario... Un grosero.

”—¿Por qué?

”—Hablaba como gallego —me contestó, pero al ver que eso no me impresionaba, añadió:

”—Se casó con una Escalada para hacerse conocer.

”Y como al afirmar tal cosa no creyó necesario mirarme la cara, prosiguió:

”—Para el casamiento le encargaron a mi tía Remeditos un ajuar a Europa, vestidos paquetísimos, lencería llena de puntillas, y en la familia, porque se hacían en la familia, le hicieron una cantidad de escarpines de raso (…) Apenas se casaron, él los devolvió diciendo que ‘la mujer de un soldado no puede andar calzada de seda’.

”Y al repetir la frase de quien para mí era el Libertador y para ella sólo el tío Pepe, Abuela imitó el acento español”.

El Libertador también lo recordaría: “Con muy pocas relaciones de familia en mi propio país y sin otros apoyos que mis deseos de serle útil, sufrí este contraste (la desconfianza y el aislamiento) con constancia, hasta que las circunstancias me pusieron en situación de disipar toda prevención, y poder seguir sin trabas las vicisitudes de la guerra por la independencia” (carta de San Martín al general Castilla, 1848).

Nuestro Libertador se irá compenetrando de un vigoroso sentimiento patriótico que lo pondrá en conflicto con las órdenes de la

Logia, cuyos Venerables, entre ellos Alvear, le harán llegar sus advertencias cada vez más amenazantes por su indisciplina. La situación hará eclosión con la desobediencia de Rancagua, cuando don José decide resistir la orden de regresar a Buenos Aires con su ejército para defenderla del acoso de los caudillos López y Ramírez, abandonando la campaña de los Andes. De ello me he ocupado en otra publicación (113).

La ley primera de la sociedad secreta era "ayudarse mutuamente, sostener la logia aun a riesgo de la vida, dar cuenta a los Venerables de todo lo importante, y acatar sumisamente las órdenes impartidas". En caso de desobediencia la persecución y el desprecio de los hermanos lo seguirían en los menores actos de su vida en absoluto e inexorable boicot.

Fue ésta una de las razones para que todo se hiciera muy difícil para San Martín de allí en más. Pocas personas han sido tan injuriadas por sus contemporáneos, y las razones fueron varias, además de que los "hermanos" lautarinos cumplieron con su obligación de hostigarlo con saña. Otro motivo fue la envidia, siempre motor decisivo de pensamientos y acciones en nuestro país. Otro, que sus inconciliables enemigos, Rivadavia y Alvear, y sus acólitos, dominaron la política de Buenos Aires durante muchos años. También que los porteños jamás le perdonaron que no hubiera regresado con el ejército para defenderlos del ataque de los caudillos federales victoriosos en Cepeda.

De regreso en su país pretende instalarse en una chacra mendocina y pasar inadvertido, dedicado a las tareas rurales. Pero los infundios no se lo permitirán: "¿Creerá Ud. si le aseguro por mi honor que a mi llegada a Mendoza al regreso del Perú se creyó que mi objeto era hacer una revolución para apoderarme del mando de la provincia de Cuyo y que se me enseñó una carta del gobernador de San Juan, (Salvador M. del) Carril, en la que se aconsejaba se tomasen las medidas necesarias para evitar el golpe?" (carta a Guido, 6 de abril de 1829). En la misma comunicación relatará que ante su decisión de trasladarse a Buenos Aires por la enfermedad terminal de su esposa "se apostaron partidas en el camino para prenderme como un facineroso, lo que no realizaron por el piadoso aviso de un individuo

de la misma administración".

Su breve estada en Buenos Aires antes de partir, o huir, hacia Europa tampoco será de alivio, como lo demuestra, luego de la visita de don José, el sibilino desdén que hacia él profesa Lavalle, sugiriendo corrupción: "¿Quiere Ud. reírse? (San Martín) remitió a Inglaterra un libramiento de cien mil pesos contra Álvarez Condarco, su íntimo amigo, y con este motivo se va dentro de algunos días a Inglaterra con el pretexto de poner a su hijita en el colegio. ¡Qué tal!" (carta a Enrique Martínez, 1824).

No en vano el Libertador había desarrollado un gran encono contra Buenos Aires y sus doctores, como se franquea en otra carta a Guido: "El foco de las revoluciones, no sólo en Buenos Aires, sino de las provincias, ha salido de esa capital: en ella se encuentra la crema de la anarquía, de los hombres inquietos y viciosos, de los que no viven más que de trastornos, porque no teniendo nada que perder todo lo esperan ganar en el desorden; porque el lujo excesivo multiplicando las necesidades se procura satisfacer sin reparar en los medios; ahí es donde un gran número de individuos quiere vivir a costa del Estado y no trabaja".

La situación no se descomprimiría con su viaje a Europa, como lo demuestra el altercado sostenido con Manuel Moreno, hermano de Mariano y masón, entonces embajador argentino en Inglaterra. Éste, con intenciones aleves, envió a Buenos Aires informes falsos acerca de que don José había viajado a España para negociar el reconocimiento de la independencia de las nuevas naciones americanas a cambio de la instauración en ellas de monarquías europeas. Tal infundio está en línea con aquel del "rey don José" con que en Lima se lo acusó de tener ideas monárquicas y de pretender erigirse él mismo en soberano del Perú.

Se produce entonces un intercambio de cartas al cabo de las cuales la insolencia de Moreno enfurece a San Martín: "V. hace muy bien en tomar precauciones pues por este medio pone a cubierto no su honor porque, en mi sana opinión, le es a V. desconocido, pero sí sus costillas, pues estaba bien resuelto a visitarlas. (…) Sí señor, el coraje de V. sólo lo reserva para intrigas y picardías". (18, 67, 118).

48

El indecente juego de vejigas

La irrupción en la superficie social de los estratos populares durante el rosismo determinó cambios en las costumbres, inclusive en las diversiones, que hubieron de ser contenidos por el mismo don Juan Manuel:

"22 de febrero de 1844: En decreto de este día el gobierno ha prohibido para siempre el juego de carnaval; habiendo antes del carnaval de este año, que se jugó, prohibido la policía de orden superior el uso de las vejigas, que ha durado este bárbaro juego de vejigas ocho años, que muchas desgracias ha causado, sin haberse prohibido en ese tiempo. Este indecente juego era: una punta de un cordel atado en lo delgado del gollete de la vejiga de novillo llenada de viento, el que es como de dos varas de largo, y la otra punta atada a una punta o mango de madera de una vara con la cual la plebe ordinaria de a caballo corría todas las calles, y sin distinguir de personas a los que encontraban los corrían a latigazos de golpes de vejiga. Este juego torpe fue inventado por la gente de la máshorca" (J. M. Beruti). (20).

49
La cabeza embalsamada

Derrotado Artigas, en paz con Buenos Aires, ha llegado para Ramírez el momento de organizar la región que ha quedado bajo su dominio. El 30 de noviembre de 1820, en la capilla de Nuestra Señora del Rosario, en la localidad del Tala, el caudillo proclama el nacimiento de la República de Entre Ríos que teóricamente comprende Entre Ríos, Corrientes y Misiones. Pronto tendrá una bandera propia con cuarteles blancos, azules y encarnados y un escudo cuyo signo heráldico es la pluma de avestruz que sus montoneros solían usar en el sombrero.

Después el Supremo Entrerriano se lanza febrilmente a la construcción de su patria chica: sanciona sendos reglamentos para el orden militar, político, económico y tributario, declara abolidos los derechos a la introducción de efectos del interior del país, prohíbe la matanza de vacunos, manda practicar el primer censo del territorio, promueve la cría de ganado y la plantación de árboles. Otorga garantías a los comerciantes extranjeros y adopta medidas de saneamiento monetario, divide el territorio en departamentos gobernados por comandantes elegidos directamente por el pueblo, con facultades civiles y militares. Crea la administración judicial y el servicio de correos. Determina procedimientos para el ingreso y egreso de los fondos públicos, organiza oficinas recaudadoras y fija el valor del papel sellado. Estructura las bases de una administración pública que perdurará durante varias décadas. Impone la enseñanza obligatoria hasta “saber leer y escribir y contar”. Ordena construir un colegio en Corrientes. En pocos meses esos territorios, selváticos y despoblados, parecen adquirir una nueva y vigorosa vida. Personajes destacados, muchos de ellos antiguos enemigos de Ramírez, colaboran con la obra de gobierno.

Para obtener la legitimación de la autoridad que viene ejerciendo de

hecho, por la fuerza de sus armas y su prestigio, convoca a elecciones populares entre noviembre y diciembre de 1820 para elegir al Jefe Supremo de la República de Entre Ríos, comicios cuya transparencia puede ser cuestionada pero que al menos revelaban una preocupación desconocida para otros caudillos.

Mas la ambición del Supremo no estaba limitada por las fluviales fronteras de su territorio. Curiosamente identificado con su víctima Artigas, de la misma manera que años más tarde Urquiza querrá parecerse a Rosas luego de Caseros, Ramírez se propuso expulsar a los portugueses de la Banda Oriental y reintegrar la provincia del Paraguay a la comunidad nacional. Éste debía ser el primer objetivo. Si lograba derribar al enigmático doctor Francia del poder que ejercía dictatorialmente en Asunción podría contar con el apoyo de fuerzas paraguayas que harían crecer su ejército de soldados valerosos y disciplinados. Con semejante aporte, el enfrentamiento con los portugueses no carecería de posibilidades de éxito.

Decidido a poner en marcha su plan, Ramírez con su ejército hace base en Corrientes. Descuenta la ayuda del santafecino Estanislao López y en los primeros días de diciembre de 1820 le había escrito: “Esta empresa ha sido hasta ahora un anhelo frustrado de los pueblos de la Liga del Litoral. Yo cuento con que el señor Gobernador de Santa Fe me enviará quinientos milicianos, el escuadrón de dragones y el batallón de pardos y morenos de la ciudad. Con el mismo fin me he dirigido al gobernador de Buenos Aires pidiéndole un contingente de dos mil reclutas, como está convenido en la Convención del Pilar; y no dudo de que el general Bustos atenderá también mis indicaciones sobre el particular”.

Soñaba Ramírez. Nadie lo ayudaría a realizar sus quiméricas intenciones. Porque ahora López y el gobierno de Buenos Aires estaban aliados por el Tratado de Benegas, firmado el 24 de noviembre de 1820 con el cordobés Bustos de garante, por el que se le cedieron al santafesino 30.000 vacunos de los campos del joven Juan Manuel de Rosas, quien haría allí su aparición en nuestra historia al mismo tiempo que establecería un mecanismo de acuerdo con López que duraría treinta años. El motivo secreto de esta alianza era

contrarrestar el creciente poderío del Supremo Entrerriano. Éste no cree en la traidora defección de López, su aliado desde las primeras luchas federales, con quien compartiese los laureles de Cepeda y la gloria civil del Pilar. Se siente fuerte y aprovechando la comunicación de Martín Rodríguez haciendo saber su designación como gobernador de Buenos Aires, le responde con dureza: "Desde la convención del Pilar he guardado el más escrupuloso comportamiento con ese gobierno. Él, empero, no ha observado igual correspondencia". Señala que se le ha negado la escuadrilla cuya cesión debía hacerse en virtud de las cláusulas secretas del Tratado y se ha impedido el paso de armamento a Entre Ríos, en violación del mismo instrumento.

A fines de marzo de 1821 Ramírez baja desde Corrientes a Paraná, con un ejército de 2.000 hombres bien aprovisionados. López, sobornado por los regalos de vacas, armas y patacones de Buenos Aires, se niega a darle su apoyo y, en cambio, apresta a sus temibles "dragones" para combatirlo. Los porteños, a su vez, han armado dos ejércitos para enfrentarlo, uno al mando del coronel Gregorio Aráoz de Lamadrid y el otro conducido por el gobernador Rodríguez. Desde Córdoba, el gobernador Bustos se aproxima con tropas numerosas y bien pertrechadas. Para completar este panorama tan desfavorable para el entrerriano hay que señalar que la escuadra porteña, al mando del coronel Matías Zapiola, señoreaba el río Paraná.

Frente a estos elementos el Supremo sólo cuenta con su estrella, su coraje y un ejército que lo idolatra. También alentaba una vaga esperanza: unirse con el chileno José Miguel Carrera, quien al enterarse del Tratado de Benegas se había lanzado a convulsionar el sur de Buenos Aires y de Córdoba, esperando engrosar sus fuerzas con indios y desesperados como él para pasar a Chile y defenestrar a O'Higgins y San Martín, a quienes responsabilizaba por la muerte de sus hermanos Juan José y Luis.

En un principio la suerte favorece a Ramírez, como cuando en una operación comando se apodera de toda la caballada de López, concentrada en el Rincón de Coronda. Además sale victorioso de varios combates. No obstante el 13 de mayo la suerte comenzará a darle la espalda: ese día el coronel Lucio Mansilla debía tomar la

ciudad de Santa Fe al frente de 1.000 hombres desembarcados de una pequeña flotilla. Ello abriría el avance de Ramírez hacia Buenos Aires. Pero Mansilla, si bien cruzó el Paraná sin ser advertido y desembarcó parte de su tropa sin encontrar mayor resistencia, ordenó sorpresivamente el reembarco horas después y regresó dejando incumplidas las órdenes de su jefe. En sus *Memorias* argumentaría que al iniciarse la campaña contra Buenos Aires había advertido a su jefe que no deseaba combatir contra su ciudad natal. Algunos historiadores sugieren soborno y otros despecho por sus pretensiones amorosas desdeñadas por "la Delfina", la amante riograndense del Supremo. Mansilla fue premiado más tarde con la gobernación de Entre Ríos, que ejerció durante tres años.

A pesar de tan desfavorable situación Ramírez y sus hombres no desfallecen y en Carcarañá, el 24 de mayo de 1821, derrotarán nuevamente a Aráoz de Lamadrid y todo quedará en sus manos, caballada, cañones, provisiones y hasta 38.000 pesos fuertes destinados a López. Pero la suerte hizo que fuese su antiguo aliado, el caudillo de Santa Fe, quien le diera el golpe de gracia semanas más tarde aplastándolo en los arenales de Coronda.

La única posibilidad de salvación de Ramírez y de sus pocos sobrevivientes radicó entonces en regresar a su República atravesando la selva chaqueña, donde había algunas chances de esquivar a sus perseguidores. Emprender semejante jornada sería una epopeya pero todo era mejor que una inimaginable rendición. En Paso de Ferreyra los fugitivos encuentran un refuerzo inesperado: Carrera había desistido de cruzar a Chile al saber que su amigo estaba peleando contra Buenos Aires y con sus 700 hombres y otros 300 valientes que se alistaron para combatir con el Supremo Entrerriano compusieron una fuerza con la que hicieron frente el 16 de junio a Bustos en una acción indecisa en su resultado. Pero Ramírez y Carrera no pudieron congeniar, ambos eran de carácter fuerte y sus intereses no eran suficientemente coincidentes. El chileno insistía en volver a su patria mientras Ramírez buscaba seguro asilo en su Entre Ríos.

Cada uno marchó hacia su trágico destino: Carrera fue interceptado en Mendoza, lo ultrajaron prolijamente antes de fusilarlo, y el

gobernador Godoy Cruz hizo trinchar sus despojos para exhibirlos en diversos puntos de la provincia a su mando. En cuanto a Ramírez, el suyo era un fin anunciado y se le siguió el rastro en la selva como a un animal herido hasta que sus enemigos lograron darle caza. Cayó románticamente, fuese verdad o leyenda, dando la vida por salvar a su amante rezagada.

Durante meses Estanislao López amedrentará a los caudillejos díscolos exhibiendo la cabeza embalsamada de Francisco Ramírez sobre su escritorio. (21, 30, 100, 143).

50
El precio de la cautiva

La conquista del desierto de Juan Manuel de Rosas no se basó en el exterminio sino en la negociación y el soborno. Sabiendo que los malones no se debían a un “salvajismo genético” que diagnosticaban los civilizados del puerto sino a las privaciones que pasaban los indios, su política fue proveerlos de aquello que necesitaban para ganarse la voluntad de los caciques haciendo que fuesen ellos quienes repartieran entre los suyos los alimentos, las bebidas alcohólicas, los yeguarizos, los ponchos.

Para la recuperación de las cautivas Rosas acudía a los argumentos que se desprenden de la carta enviada a un cacique “amigo”, Santiago Llanquelén, el 10 de diciembre de 1834.

“Mi estimado Santiago:

”Habiendo sabido qe entre los Yndios de tu pertenencia está una Cristiana hermana del miliciano Gabriel Yrusta llamada Candelaria que la llevaron del Salto hace muchos años, he dispuesto que vaia su hermano para que se la hagas entregar como corresponde y si hay entre tus indios algunos otros Cristianos varones o mujeres debes avisarme para pasar por ellos porque están tus Indios vajo mi amparo por lo que no es bueno qe haya entre ellos Cautivos Cristianos sin haberlos entregado.

”Al indio que la tenga le daré de regalo los artículos siguientes, lo qe debes advertirle para qe vaia por ellos a la Guardia del Monte donde se los entregará Dn Vicente González. Pero decile qe no es compra qe le hago de la cautiva porqe ellos tienen la obligación de entregarlas sin paga, qe es solamente un regalo que le hago por considerarlo pobre.

”Catorce yeguas.

”Dos pañuelos.

”Dos cuchillos.

”Dos camisas.

”Dos calzonsillos.

”Una sabanita de poncho.

”Un atado de cuentas.

”Un par de espuelas de fierro.

”Una arroba de yerba.

”Quatro vasos de tabaco.

”Quatro libras de harina.

”Quatro libras de azucar.

”Quatro libras de pasas.

”(…) Deseo tu mejor salud y la de tu familia quedando tuio, afmo. General”.

Firmado: Juan Manuel de Rosas (155).

51
El oculto suicidio del prócer

La pequeña partida federal, una fuerza de avanzada compuesta por cuatro soldados con tercerolas y cuatro peones armados a lanza a cuyo frente iba el comandante Fortunato Blanco, se acercó a Jujuy en el amanecer del 9 de octubre para prender al gobernador unitario Bedoya; pero informado su comandante de que éste había huido y de que en Jujuy no había enemigos, dispuso apoderarse de armas que podría haber en la casa abandonada por Bedoya.

De lo sucedido dio cuenta Blanco en su parte al coronel Arenas, de quien jerárquicamente dependía, el cual a su vez lo transmitió al general Oribe, jefe de las fuerzas rosistas: “Me dirigí a ella (la casa) con el objeto de cumplir la orden de V. S., y habiéndome aproximado a la puerta salió un oficial de ella, al que intimé se diera preso. En el momento dicho oficial cerró la puerta, con cuyo motivo mandé echar pie a tierra a los cuatro tiradores que traía, ordenándoles hicieran fuego a la cerradura de la expresada puerta, lo que verificaron en el acto saliendo sólo tres tiros”. (“Archivo Lascano” en el Instituto Juan Manuel de Rosas).

El 13 de noviembre de 1842 el Restaurador ordenó darle un premio al sargento Bracho, quien se adjudicó el azaroso disparo fatal. Fue ascendido a teniente de caballería con antigüedad al día de la muerte de Lavalle, se ordenó el pago de sus sueldos desde esa fecha, se lo proveyó de un vestuario completo de oficial y fue gratificado con largueza: dos mil pesos moneda corriente en efectivo, un boleto de tres leguas de tierra, seiscientas cabezas de ganado vacuno y mil lanares. Todo ello publicado en la *Gaceta Mercantil* para que “su lealtad y coraje sirviera de ejemplo”.

Sin embargo las cosas no serían tan claras: la tercerola o carabina era un arma de chispa, de avancarga, de alcance bastante limitado y

escasa fuerza de penetración. Tenía un caño liso de 18 mm de calibre y disparaba una bala esférica de 17 mm de diámetro por medio de una carga variable de pólvora negra. Es notorio que la pólvora de las tercerolas de Blanco no era buena pues “salieron sólo tres tiros”.

Es imposible que una puerta de macizo cedro tucumano como la de la casa de Zenarruza pueda ser atravesada por una bala de tercerola. Los proyectiles de las malas carabinas de la partida apenas pudieron lastimar su superficie. Esto lo sabía el soldado Bracho y por eso dijo haber disparado a través de la cerradura, única posibilidad de jactarse de la muerte de Lavalle.

La puerta de marras es una imponente mole de 3,3 metros de altura por 2,15 metros de ancho, con dos hojas gruesas de un espesor de 50 mm en los marcos y cruceros, y posiblemente mayor en los tableros que han sido renovados. Dicha puerta no presenta señales de perforaciones debidas a balas. En la hoja derecha puede verse lo que posiblemente sea la huella de un proyectil que quedó incrustado en la madera y fue extraído en fecha ya remota; otras dos fuertes hendiduras que no atraviesan la madera, próximas a la cerradura, también pueden ser huellas de proyectiles extraídos. Es presumible que estas tres señales correspondan a la descarga que hizo la partida “contra la cerradura”.

Por otra parte es imposible que una bala haya pasado a través de la cerradura pues una bala de tercerola tiene un diámetro de 17 mm a lo menos y las cañas de las llaves de entonces tenían un diámetro de 17 mm, por lo que el ojo de llave no debió ser mayor de 18 mm. La bala de 17 mm debió entonces recorrer todo el ojo de la cerradura de 18 mm en una extensión mayor de 50 mm, el grosor de la puerta, sin desviarse un milímetro de su línea.

Aun suponiendo que tal milagro pudiera haberse dado la dirección de ese disparo no habría podido herir a Lavalle en el cuello porque la cerradura se alza a 1,20 metros del suelo. El fusilador de Dorrego era un hombre de altura respetable, aproximadamente 1,75, por lo que si Bracho hubiera tirado “rodilla en tierra” y el proyectil recorrido el espesor del ojo de la cerradura, Lavalle debió también estar “rodilla en tierra” para recibirlo en el “pescuezo”.

La historia había comenzado tiempo atrás, cuando Francia envió a su poderosa armada para bloquear el puerto de Buenos Aires, esgrimiendo los fútiles o mentidos pretextos humanitarios de todo imperio cuando se abalanza sobre alguna presa, siempre con inconfesados propósitos comerciales. Lavalle nada quería saber con unirse a los franceses que agredían a su patria en aquel 1838 y era seguro que una vez más el héroe de Río Bamba defendería su bandera aunque el gobierno de su patria estuviera en manos de su enemigo Juan Manuel de Rosas. En su retiro de Mercedes, en la Banda Oriental, se extrañaba de que algunos jóvenes emigrados recientes, intelectuales que se definían a sí mismos como "románticos", apoyaran en los periódicos de Montevideo la causa de Francia, que definían como la lucha de la civilización contra la barbarie. Leía con fastidio en los artículos del joven Alberdi en *El Nacional*: "¿Estará el deshonor, entonces, en ligarse al extranjero para batir al hermano? Sofisma miserable. Todo extranjero es hombre y todo hombre es nuestro hermano. La doctrina contraria es impía y bárbara. No es nuestro hermano un hombre porque ha nacido en la misma tierra que nosotros. Nosotros no somos hijos de la tierra sino de la humanidad. De lo contrario las bestias que han nacido en nuestro suelo serían nuestras hermanas" (J. B. Alberdi, *Escritos póstumos*, XII, 467).

El 3 de diciembre el futuro autor de nuestra Constitución enseñaría lo que es "patria" a quienes se negaban a apoyar al almirante Leblanc y los suyos: "Para el provinciano la patria es su provincia. Para el nacional no hay hermanos ni semejantes fuera de sus fronteras. Y para los espíritus vastos y serios, que saben no estacionarse en el círculo estrecho de la nación, para los Rousseau, los Saint-Pierre, los Lerminier, los Bentham, los Saint-Simon, los Leroux, los Lamennais, la patria es la humanidad, el pueblo es el género humano" (J. B. Alberdi, *Escritos póstumos*, XIII, 33).

El 16 de diciembre Lavalle escribe a Chilavert extrañado por "un larguísimo artículo de sofismas y de una charlatanería oscura, llamando 'pobres y estúpidos' a los que no piensen del mismo modo. Estos hombres conducidos por un interés propio mal entendido, quieren trastornar las leyes eternas del patriotismo, el honor y el buen

sentido; pero confío —termina Lavalle— en que toda la emigración preferirá que la revista la llame estúpida a que su patria la maldiga mañana con el dicho de vil traidora”.

No opinaban así los emigrados unitarios en Montevideo, Esteban Echeverría, los hermanos Florencio y Juan Cruz Varela, Salvador del Carril, Miguel Cané, Aráoz de Lamadrid. Y desde Brasil, Bernardino Rivadavia y Julián Segundo de Agüero. En Chile sentían crecer su esperanza Domingo Sarmiento, Gregorio Las Heras. Todos ellos partidarios decididos de la invasión a su patria con el objetivo de derrocar a Rosas, aunque el precio en soberanía fuese inmensamente alto.

Fructuoso Rivera, militar uruguayo, fue puesto al frente de las tropas cipayas que operaban en colaboración con los marinos extranjeros, debido a que Gran Bretaña había acordado con Francia la prohibición del desembarco de tropas de ocupación resguardando así una zona que desde mucho tiempo atrás estaba bajo su influencia. Por sugerencia del almirante Leblanc, Rivera llamó a los viejos unitarios para que formaran una Comisión Argentina encargada de entenderse con el almirante y llegado el momento de la segura victoria sustituir a Rosas en el gobierno. A nadie se le ocultaba la procedencia del dinero que corría con esplendidez en Montevideo, base de la escuadra francesa, bonanza que el jefe oriental aprovechaba para hacerse girar fondos con el pretexto de acciones militares que nunca se producían.

Convencidos de que lo que estaba en juego no era la patria sino la lucha entre “libertad” y “tiranía”, ni Salvador María del Carril, ni Valentín Alsina, ni Florencio Varela, ni Martín Rodríguez tuvieron escrúpulo en integrar la Comisión Argentina que tuvo como uno de sus objetivos asignados el buscar remplazante para el indolente Rivera, que demasiado temía y respetaba a don Juan Manuel.

El 22 de enero de 1839 “en nombre de la patria” escribieron a Lavalle para pedirle que “se consagrase a su redención y libertad” poniéndose a las órdenes de Rivera que preparaba en Durazno, con dinero francés, el ejército encargado de invadir la Confederación. En el mismo correo se le mandó un soborno de 3.500 pesos, con el pretexto de distribuirlos entre “los individuos que hayan de concurrir”

al campamento de Durazno (Tomás de Iriarte, *Memorias*). Lavalle devolvió el dinero y no contestó la carta.

Entonces fue Florencio Varela en persona hasta Mercedes para convencerlo de "que una vez más la patria lo reclama". A lo largo de tres días insistió en que no debía juzgar ligeramente las intenciones francesas. Lavalle vaciló e impuso una condición: que tanto Rivera como los franceses hicieran claras y explícitas declaraciones de que su lucha no tenía intenciones agresivas contra la Argentina. Por supuesto que obtuvo lo que ingenuamente reclamaba: el 12 de marzo la Comisión escribía a Lavalle que "consideraba racionales y justas las condiciones que Vd. exige relativamente a la expresión de los principios que rigen, tanto al señor General Rivera cuanto a los agentes franceses, acerca de salvar la nacionalidad de la República Argentina" y le asegura "que ya están satisfechos los deseos de Vd. en esa parte". También le llegaría una declaración de Rivera redactada por alguien de la Comisión, en el sentido de que la guerra era "defensiva y no ofensiva" y no estaba en juego el "honor y la integridad de la Argentina".

"La Francia y el Estado Oriental se ahorrarán sangre, tiempo y dinero si el general Lavalle encabeza la revolución —escribió Félix Frías al uruguayo Andrés Lamas el 7 de junio de 1839, según consignó Martín Rodríguez en su 'Contribución'—. Yo se lo digo a Vd. porque lo sé: las fuerzas con que hoy cuenta el tirano están dispuestas a obrar contra él. La revolución dirigida por Lavalle puede correr, volar, amigo mío". El término "revolución" era sin duda menos inculpatorio que "guerra".

Lavalle acabó por ser convencido. "Voy a una grande empresa con un puñado de hombres. (…) Vos y la patria ocupan mi lugar siempre", escribe a su esposa el 8 de julio de 1839 al salir para Martín García, henchido de sincero sentimiento patriótico como si no viera la bandera francesa al tope de los navíos y al frente de las tropas, como si ignorara que eran fondos de Francia los que pagaban las armas y las provisiones y que la Comisión Argentina era sólo una intermediaria de la que se rumoreaban manejos non sanctos de las finanzas.

Los emigrados unitarios pronto le exigirían premura y eficacia en

sus acciones. “Tengo una inmensa correspondencia abierta que me ocupo en contestar —escribía un Lavalle amoscado a Julián Segundo de Agüero— y tengo el ejército enemigo y el nuestro a veinte cuadras de distancia, y nada de esto se tiene presente, cuando se me exige que olvide todo para escribir con regularidad”. También, ya impaciente, pues se le habían imputado omisiones “feas”: “Escuche Vd., pues, con la calma de su larga experiencia y con la bondad de su carácter, que no obraré en la guerra sino por mis propias opiniones”.

Ya en territorio argentino, la situación empeoraría: “La deserción es diaria y numerosa —escribe Lavalle al gobernador correntino, el antirrosista Ferré—. Ha habido días, mi amigo, en que he tenido doscientos desertores”. En cuanto a las masas que hipotéticamente iban a plegarse a los invasores movidas por su odio a la tiranía, no había noticias. “Si consiguiera cruzar el río la guerra terminará en 30 días”, le dice a su esposa poco después de ser derrotado en Sauce Grande por Echagüe. Por entonces, apremiado, a Lavalle ya no lo avergüenza recibir dinero francés, y lo exige en perentorias cartas al almirante Leblanc y al Encargado de Negocios francés en Montevideo, Bouchet de Martigny: “Yo encuentro que los auxilios que se han prestado hasta ahora no son suficientemente eficaces, y en consecuencia exijo: 1º) Un millón de francos para los gastos de guerra, que entrará en caja del ejército. 2º) La destrucción de la batería del Rosario y la ocupación del Paraná”.

El autoproclamado “Ejército Libertador”, por fin, transportado por la escuadra francesa, desembarcó en San Pedro a principios de agosto de 1840. Eran cuatro mil hombres perfectamente pertrechados, contra los cuales nada podrían las pocas milicias que Rosas alcanzó a reunir. Lavalle escribe a Lamadrid el día del desembarco: “La opinión del país está muy pronunciada en nuestro favor. Mis paisanos esperaban con impaciencia la venida del Ejército Libertador, y nuestras filas se engrosarán muy considerablemente en poco tiempo, porque los más están hoy con nosotros. Esta favorable disposición me hace esperar que venceré en breves días al tirano”. Pero su desilusión será rápida y grande: “Esta carta te va a hacer derramar lágrimas —le escribe a su esposa al llegar a Giles—. No he encontrado sino hordas de esclavos,

tan envilecidos como cobardes y muy contentos con sus cadenas. Es preciso que sepas que la situación de este ejército es muy crítica. En medio de territorios sublevados e indiferentes, sin base, sin punto de apoyo, la moral empieza a resentirse, y es el enemigo que más tengo que combatir. Es preciso que tengas un gran disimulo, principalmente con los franceses, pues todavía tengo esperanzas”.

Éstas estaban fundadas en la llegada del almirante Baudin al frente de 3.000 marineros franceses con los que sería fácil tomar Buenos Aires, cuyas torres de iglesias veía desde su campamento en Merlo, a pocas leguas de la Plaza de la Victoria. Escribe a de Martigny: “Insisto en que la fuerza del almirante Baudin se reúna a este ejército, que sería lo mejor, haga un desembarco y tome un punto de la Capital: la Recoleta o los cuarteles del Retiro”. Pero no había llegado el almirante Baudin y sus hombres sino el almirante Mackau, con plenipotencias del gobierno francés para hacer las paces con Rosas, despreciando a “los auxiliares que hemos encontrado en las riberas del Plata, que no han querido o no han podido cumplir sus promesas; para cuyo éxito han pedido y recibido de nosotros socorros, sin retribuirnos, ni aun en leve proporción, los servicios recibidos”. Dichas instrucciones del ministro Adolfo Thiers al almirante Barón de Mackau, del 21 de julio de 1840, fueron leídas en la Asamblea Legislativa francesa por M. Guizot en la sesión del 29 de mayo de 1844.

Cuatro días quedó Lavalle frente a Buenos Aires, sin animarse a atacar, esperando el apoyo francés o el esperado pronunciamiento popular en contra del tirano. Lo primero no se produciría y en vez de lo segundo Rosas había logrado reunir milicias de campaña en Santos Lugares, mal armadas y sin pago, pero numerosas y absolutamente decididas a defender su suelo. También supo que en el centro de la ciudad estaban concentrados 2.000 milicianos de infantería, comandados por los experimentados generales Mansilla, Soler, Guido y Ruiz Huidobro, con dos piezas de artillería. Y que en las azoteas, como en 1807, esperaban niños, mujeres y ancianos munidos de piedras y aceite hirviente para rechazar a los “extranjeros” que otra vez habían invadido la patria.

Por fin Lavalle decidirá retirarse ante el estupor de los unitarios

embarcados en los navíos franceses. “No hay una persona, una sola, General, incluso sus hermanos de usted y aun su sensatísima señora, que no haya condenado ese funestísimo movimiento —le escribirá Florencio Varela, indignado—. No comprendo, General, cómo se justificará usted ahora ni nunca. Ése ha sido, General, el defecto capital de usted: no pedir consejo ni oírlo de nadie, decidir por sí solo. Y por desgracia no decide usted lo mejor”.

El jefe del “Ejército Libertador” supo que una vez más se había dejado enredar por la capacidad dialéctica de los doctores porteños. Los había admirado y seguido. En 1828 le dijeron que Dorrego era un traidor, que había firmado una paz vergonzosa con el Brasil, y sublevó al ejército a su mando para voltearlo del gobierno. Luego le dijeron que había que fusilarlo y así lo hizo. Lo convencieron de que con quinientos coraceros se haría la unidad a palos, y en cambio brotaron del suelo las montoneras federales que corrieron en Puente de Márquez a los veteranos de Ituzaingó. Cuando las cosas se pusieron difíciles Rivadavia, Agüero y los demás se escaparon de Buenos Aires y lo dejaron solo frente a Rosas, ante quien tuvo que capitular. De rabia le mostró al Restaurador las cartas que lo convencieron de inmolar a Dorrego, incluso aquella en la que podía leerse “cartas como ésta se rompen”.

Su estado de ánimo en la retirada era claro cuando escribía, una vez más, a su esposa: “Tú no concibas muchas esperanzas porque el hecho es que los triunfos de este ejército no hacen conquistas sino entre la gente que habla; la que no habla y pelea nos es contraria y nos hostiliza como puede”. O en esta otra que le escribirá con lúgubre ironía desde Chilecito el 31 de marzo de 1841: “La provincia de Córdoba que había hecho una evolución tan rápida y espontánea contra Rosas, se convirtió en su mayor parte contra nosotros a la presencia del ejército vencedor en el Quebracho. Les doy a nuestros abogados diez años de tiempo para que acierten con este enigma”.

Después vino la larga marcha hacia el Norte, la innecesaria toma de Santa Fe, la pérdida de toda la caballada en los pastos envenenados de Calchines. La marcha del “Ejército Libertador”, sin montas y sin alimentos, entre poblaciones que le hacían el vacío, hostilizado de

muy cerca por el fuerte ejército que Rosas había puesto a las órdenes de Oribe, amenazaba en concluir en un completo desastre. Lamadrid, que venía de Córdoba, debió encontrarse con Lavalle el 20 de noviembre en Romero con caballos y provisiones, pero Lavalle llegó el 24 y Lamadrid ya se había ido. El 28 lo que quedaba del "Ejército Libertador" fue destrozado en Quebracho Herrado.

En diciembre se presentó en el campamento unitario el general francés Halley, portador del tratado Mackau-Arana. Su misión era convencer a Lavalle de que seguir la guerra, ya retirada Francia, no tenía objeto y además ninguna posibilidad de éxito. Pero Francia no olvidaba sus servicios prestados y por ello Halley le traía una propuesta magnífica en nombre de Mackau: sería incorporado al ejército francés con el grado de mariscal, el más elevado del escalafón, además de una fuerte suma de dinero que le sería entregada donde Lavalle dispusiera. La respuesta fue inmediata y cortante mientras de mal tono indicaba al francés la puerta de salida: "Mi honor me prohíbe aceptar".

Lavalle fue cayendo en un profundo estado depresivo. Pesaba sobre su alma el fusilamiento de aquel a quien la gente humilde, la plebe, amaba, tanto que en el parte que él mismo redactó de puño y letra se refirió a "un pueblo enlutado por él" y, sospechando haber cometido un terrible error, argumentaría que ése había sido "el sacrificio mayor que puedo hacer en obsequio del pueblo de Buenos Aires". Luego comprendería que el beneficio de tal atrocidad había sido sólo para los ricos del puerto, la clase "decente" que lo despreciaba festejando el mote que le endilgara Echeverría: "La espada sin cabeza".

Durante su retirada, el 22 de agosto de 1840, Lavalle se aparta de su ejército y entra en Navarro con una pequeña escolta y se dirige a la estancia La Almeira. El general Iriarte, entonces su subordinado, anota en sus memorias que Lavalle cae allí en una profunda melancolía. Durante cinco días se encierra en un hondo mutismo, sentado en el mismo escritorio donde doce años antes había firmado la sentencia de muerte. El mayordomo de la estancia, en señal de amistad, le regala el tintero en el que había mojado su pluma. Lavalle lo tomó en su mano desprevenidamente y, al reconocerlo, lo arrojó lejos como si le

quemara.

También lo perturbaba comprender tardíamente que en ciertas circunstancias sólo hay quienes están a favor de la patria y quienes en su contra, por más bellas frases que puedan justificar esto último. Quizás su espíritu no haya resistido el comentario de aquel a cuyas órdenes sirviese como jefe de Vanguardia cuando Lavalle escribió sus mejores páginas en la historia argentina. Aquel que jamás hubiera dado motivos para que un país enemigo le ofreciese el bastón de mariscal: "Pero lo que no puedo concebir es el que haya americanos que, por un indigno espíritu de partido, se unan al extranjero para humillar a su patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempos de la dominación española; una tal felonía ni el sepulcro la puede hacer desaparecer" (carta de San Martín a Tomás Guido, 10 de julio de 1839).

El general Paz cuenta en sus *Memorias* el efecto que le produjo Lavalle cuando lo vio en Punta Gorda. Su vestimenta y sus actitudes mostraban un cambio enorme: desaliñado, sin cuidar de sí ni de la disciplina de su ejército, daba la impresión de andar como dormido, de estar dominado por una depresión invencible. Lamadrid, por su parte, que lo encontró en Córdoba poco después de la entrevista con Halley, le oye "atacar a los de frac" y contestar a Villafañe, que se quejaba de la falta de moralidad del ejército: "¡Deje usted que roben, que fusilen y que maten!". Es tal el impacto que le produce la depresión de Lavalle que "lo compadecía en extremo en mi interior, pues acabé de convencerme de que estaba agobiado por el peso de sus desgracias, siendo esta causa la que lo había reducido a dicho estado".

Durante el invierno de 1841, Lavalle ya no ejecutará movimientos estratégicos ni planeará operaciones de importancia. Su estado se lo impide. En cambio se encierra en la hacienda catamarqueña de Gualfin con la bella Solana Sotomayor, mujer del coronel Tomás Brizuela, ex mano derecha de Facundo Quiroga, "con la cual pasó cuatro días y cuatro noches sin levantarse de la cama, mientras se paseaban por los corredores, desesperados, sus jefes, oficiales y secretarios, y el grave y solemne Félix Frías decía siempre al asombrado Pedernera: La causa de la libertad, señor general, se pierde

por las mujeres” (T. de Iriarte, *Memorias*). Brizuela se dejará vencer y matar en Sañogasta.

Aquella madrugada en la jujeña casa de Zenarruza el disparo que mató a Lavalle salió de su propia arma. En tiempos en que el suicidio era considerado pecaminoso y denigrante sus compañeros convinieron en atribuir su muerte a la descarga que había hecho la partida contra la puerta. Debió ser un solemne juramento de honor formulado en los Tapiales de Castañeda por un puñado de amigos fieles, de lealtad probada. Quizás fue Félix Frías, tan católico, quien sugirió la piadosa mentira que evitaría la deshonra del amado jefe, en una época en que los restos de un suicida no recibían sepultura y su nombre quedaba infamado y proscripto.

Los federales de la partida, al volver a la ciudad, oyeron con asombro de boca de los vecinos que Lavalle había caído por la descarga contra la cerradura. Ni creyeron ni dejaron de creer que ellos habían terminado con el jefe unitario pero, desde luego, no iban a desmentir una versión que les significaba ascensos y premios.

Quizás Lavalle pensó que la partida de Blanco era más numerosa y mejor armada y que no había llegado allí por casualidad sino que había ido a prenderlo. No quiso caer vivo en las manos enemigas. Había repetido que “Rosas podría disponer de su cadáver, pero no de su vida”, como contaría Frías. También se le escuchó, en mejores tiempos, hacer el juramento de “vencer o quedar tendido”.

Sin dudas Lavalle es uno de los personajes más objetables de nuestra historia, más allá de su valiente comportamiento en combates por la independencia argentina y americana. Sin embargo, las dos atrocidades por él cometidas, el asesinato del gran Dorrego y el haber conducido el ejército cipayo de la invasión francesa al Río de la Plata, han merecido el “indulto” de nuestra historia oficial. Las razones son claras: ambas acciones favorecían el proyecto unitario, porteñista y protoliberal al confrontar con dos de los mayores líderes populares y federales. (6, 71, 91, 119, 135).

52
El orden y honor establecidos

Nuestra historiografía liberal no tiene empacho en postergar personajes y circunstancias cuando son contradictorios con sus convicciones o sus intereses. En estas páginas han desfilado varios ejemplos de ello. Pero en otros casos, sutilmente, se encarga de postergar las ideas de próceres supuestamente exaltados.

Tal es el caso de nuestro Libertador, cuya amistad con el mayor “maldito” de nuestra historia, Juan Manuel de Rosas, es borroneada hasta hacer incomprensible la cláusula tercera de su testamento: “El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la independencia de la América del Sur le será entregado al general de la República Argentina don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla”. Don José celebraba así la gesta criolla de la resistencia al bloqueo de la escuadra francesa y a la invasión del ejército cipayo que apoyó a los invasores.

Tan extraordinaria disposición testamentaria de nuestro máximo prócer es una herida perpetua para la historia liberal. Bartolomé Mitre la atribuyó, en su biografía del Libertador, “a un estrecho criterio que estaba en su naturaleza y en su historia, (cuando) creyó ver amenazada la independencia y el honor de su Patria por cuestiones de la Francia y de la Inglaterra con el tirano Rosas”.

Sin embargo, la relación entre San Martín y Rosas fue intensa a lo largo de muchos años, despertando la ira de Domingo Sarmiento cuando, visitándolo en su exilio en Francia, no logra hacerlo cómplice de las maniobras para derrocarlo. En carta a su amigo Antonio Aberastain, también exiliado en Chile, del 4 de septiembre de 1846, describirá despectivamente al Libertador como “anciano abatido y

ajado (…) ve en Rosas el defensor de la independencia amenazada y su ánimo noble se exalta y se ofusca".

Habiendo transcurrido ya un tiempo prolongado del exilio europeo de don José, casi olvidado por la prensa y los gobernantes de Buenos Aires, el joven estanciero Rosas dio el nombre de "San Martín" a una de sus estancias y poco después bautiza a otra como "Chacabuco", ambas en el actual partido de La Matanza.

Ya en el gobierno, el 28 de agosto de 1848, expide un decreto por el que se bautiza "San Martín" a la calle de la Catedral; además la "plaza del Restaurador Rosas" será denominada en adelante "plaza del General San Martín".

Don José, como militar de alma que era, aborrecía el desorden y la indisciplina. Estaba seguro de que la anarquía en que se había sumido su patria terminaría por derrumbarla y hacer fracasar la lucha por su independencia, en la que él había invertido tantos esfuerzos y sacrificios. "Conviene en que para que el país pueda existir es de necesidad absoluta que uno de los dos partidos en cuestión desaparezca de él —escribía el 3 de abril de 1829 a su gran amigo Tomás Guido—. A ese efecto se trata de buscar un salvador que reuniendo el prestigio de la victoria, el concepto de las demás provincias y más que todo un brazo vigoroso, salve a la patria de los males que la amenazan".

De los dos partidos, el unitario o el federal, las simpatías del Libertador se inclinaban hacia el último. Por el obstinado sabotaje que sus planes libertarios siempre habían sufrido por parte de Buenos Aires, bajo el dominio político de sus enemigos Alvear o Rivadavia; también porque en su peregrinar por las provincias al frente de sus tropas había aprendido a valorar el coraje y el patriotismo de sus paisanos y de sus caudillos.

Es la anarquía que sucede al fusilamiento de Dorrego la que le impide desembarcar en Buenos Aires cuando, reclamado por algunos y odiado por otros, se niega a participar en las luchas intestinas, como justifica nuestra historia oficial. También, seguramente, porque San Martín temía, con razón, por su vida.

Eran tiempos violentos y los logistas y rivadavianos que habían

vuelto al poder, con Lavalle como pantalla, desconfiaban de San Martín y se lamentaban de su presencia. Los periódicos bajo su control, los más importantes, no ahorraban infundios sobre el Libertador sugiriendo corrupción, amoralidad, cobardía y otras lindezas.

El 17 de diciembre de 1835, San Martín celebra la "mano dura" de Rosas: "Ya era tiempo de poner término a males de tal tamaño para conseguir tan loable objeto, yo rimo como bueno y legal todo gobierno que establezca el orden de un modo sólido y estable". Don Juan Manuel es para el Libertador la antítesis de la anarquía y valoriza la despótica tranquilidad que reina en su país: "Sólo ella puede cicatrizar las profundas heridas que ha dejado la anarquía, consecuencia de la ambición de cuatro malvados…". Y al año siguiente: "Desengañémonos, nuestros países no pueden, al menos por muchos años, regirse de otro modo que por gobiernos vigorosos, mas claro: despóticos".

Rosas le agradece a San Martín su apoyo, que le sirve, gracias al prestigio de éste en Europa, para contrarrestar la acción de no pocos compatriotas que recorren las cancillerías extranjeras buscando aliados para derrocarlo. Le ofrece ser embajador en Perú, cargo que el Libertador rechaza con el pretexto de que eran muchos los lazos que lo unían a Lima y a sus habitantes como para poder desempeñar correctamente tal responsabilidad. También aduce que él es "sólo un militar" y que carece de condiciones como diplomático.

Algunos historiadores consideran que este rechazo se debió a que San Martín no quiso comprometerse con los desbordes totalitarios de don Juan Manuel. En esa línea está también la carta que el 21 de septiembre de 1839 escribe a su amigo Goyo Gómez lamentando el asesinato del doctor Maza: "Tú conoces mis sentimientos y por consiguiente yo no puedo aprobar cuando veo una persecución general contra los hombres más honrados del país (…) El gobierno de Buenos Aires no se apoya sino en la violencia".

Sin embargo, el tono predominante de la relación entre el Restaurador y el Libertador es la cordialidad. Conociendo Rosas las penurias económicas del exilio sanmartiniano, ordena en 1840 "que se

otorgue la propiedad de seis leguas de tierra al Señor General de la Confederación Argentina don José de San Martín". Y más adelante, sabiéndolo enfermo y necesitado de atención, designa a su yerno Mariano Balcarce como oficial en la embajada argentina en Francia, e instruye reservadamente a Manuel Sarratea, embajador, para que exima a Balcarce de residir en París, asiento natural de la representación diplomática, con objeto de no privar al prócer de la presencia y asistencia de su hija Mercedes.

San Martín continuará opinando, en su activa correspondencia con Buenos Aires: "En mi opinión el gobierno en las circunstancias difíciles debe, si la ocasión se presenta, ser inexorable con el individuo que trate de alterar el orden, pues si no se hace respetar por una justicia firme e imparcial se lo merendarán como si fuera una empanada, lo peor del caso es que el país volverá a envolverse en nuevos males".

Y Rosas seguirá correspondiéndole: el 11 de octubre de 1841 el almirante Guillermo Brown le solicita que lo autorice a designar *Restaurador Rosas* a la nave capitana de la escuadra de la Confederación Argentina, a lo que aquél le responde ordenándole que la nave deberá llamarse *Ilustre General San Martín*. Cabe señalar que también nuestra historia oficial ha silenciado la colaboración que nuestro máximo prócer naval, el almirante Brown, prestó al gobernador Rosas.

Cuando la armada de Francia ataca a la Confederación Argentina, nuestro Libertador máximo no vacila en escribir a Rosas el 5 de agosto de 1838: "Yo sé lo que mi deber me impone como americano (…) si usted me cree de alguna utilidad espero sus órdenes. Tres días después de haberlas recibido me pondré en marcha para servirla honradamente, en cualquier clase que se me destine". ¡Qué diferencia con los Echeverría, los Alberdi, los Varela, los del Carril, que seguirán las alternativas de la invasión a bordo de los barcos franceses, comprometidos con su triunfo! Es de resaltar también que la declaración pública de don José, que ya tenía entonces cincuenta años, pudo haberle provocado serias dificultades ya que vivía en territorio francés.

San Martín y Rosas compartieron un hondo sentimiento nacional

que para algunos críticos rozó la xenofobia. Por ello es don José con quien don Juan Manuel celebra la épica victoria: "(…) He tenido la fortuna de dejar un antecedente que no será estéril para la conservación de la independencia y dignidad de la República" (carta del 24 de febrero de 1840).

Es entonces cuando San Martín redacta el legado del sable a favor de Rosas y no años más tarde a raíz de la Vuelta de Obligado, epopeya que arrancará de él entusiastas comentarios en carta a Guido: "Tentado estuve de mandarle (a Rosas) la espada con que contribuí a defender la independencia americana, por aquel acto de entereza en el que, con cuatro cañones, hizo conocer a la escuadra anglofrancesa que, pocos o muchos, sin contar los elementos, los argentinos saben siempre defender su independencia". Cuando esto escribe el Libertador hace ya cuatro años que ha firmado su testamento. Valga esta aclaración en contra de las afirmaciones de Sarmiento quien aludirá, para justificar tan desagradable circunstancia para los unitarios, a "la inexacta apreciación de los hechos y de los hombres que puede traer una ausencia de treinta y seis años del teatro de los acontecimientos y las debilidades de juicio en el período septuagenario". Miente el sanjuanino pues don José había cumplido 66 años y sus facultades mentales eran tan brillantes como siempre.

Es que el disgusto de los liberales y unitarios es mayúsculo, como puede advertirse en una carta de Valentín Alsina a Félix Frías fechada en Montevideo el 9 de noviembre de 1850: "(San Martín) ha hecho un gran daño a nuestra causa unitaria con sus prevenciones casi agrestes y cerriles al extranjero (…) nos ha dañado mucho fortificando aquí y allá la causa de Rosas (…) y todavía lega a Rosas tan luego su espada. Eso aturde, humilla e indigna".

Una de las últimas cartas que escribe San Martín tres meses antes de su muerte, con letra dificultosa y con su visión nublada, fue justamente a Juan Manuel de Rosas: "Como argentino me llena de un verdadero orgullo el ver la prosperidad, la paz interior, el orden y honor establecidos en nuestra querida Patria, y todos estos progresos efectuados en medio de circunstancias tan difíciles en que pocos Estados se habrán hallado" (Boulogne-sur-Mer, 6 de mayo de 1850).

Puede comprenderse que a la historiografía liberal desagrade la estrecha amistad del Libertador con el Restaurador, lo que es inaceptable es que se pretenda ocultarla. (40, 45, 84, 136).

53
Ellos no gustan sino del palmito

Nos hemos referido ya a la postergación de la mujer argentina, que viene, parafraseando el texto original de nuestro maltratado himno, “desde el fondo inmortal de la historia”. *El Observador Americano*, periódico de Buenos Aires, había publicado varios artículos fomentando que las mujeres cultivasen su intelecto y no se limitasen a lo que las convenciones consideraban tareas femeninas. Una lectora enviará una colaboración:

“Muy Señores míos: El capítulo *Literatas* ha hecho muy viva impresión en mi ánimo. He pensado decidirme a labrar mi mérito por las cualidades de una instrucción regular y conveniente a mi sexo. Ya había empezado a leer libros mas útiles que las novelas, pero sucede, que habiéndonos dispuesto con mi señora Madre en la primera tarde buena, después de tantos dias lluviosos, a salir al paseo, me toqué según costumbre con regular elegancia, si no me engañaron mi espejo y mi amor propio. Salimos a la plaza del Retiro, y pasando por delante de unos jóvenes distinguidos, y reputados por el gran tono, escuché de uno de ellos un millón de favores dirigidos todos a la que él llamaba mi hermosura, pero ninguno a mi talento, a mi cultura, a mi instrucción, que no pudo descubrir.

”Y bien, Sres. Editores: nosotras no podemos aspirar a los empleos, y acomodos que se apropiaron exclusivamente los hombres por la ley del mas fuerte. A todo lo que aspiramos por primera y última felicidad es a un regular establecimiento; éste depende de agradar a esos Señoritos, pero ellos no gustan sino del palmito (…) Señores Editores: Uds. tienen razón de aconsejarnos una mejor educación, pero tendrían mucha mayor si trataran de reformar primero la educación de los jóvenes que han de ser nuestros maridos, es decir, nuestros amos de por vida; porque según veo, todos los estados, todas las naciones, el

universo todo podrá revolucionarse, y mejorar; pero no habrá revolución que mejore nuestra condición civil” (5 de junio de 1838). (10).

54
La traición a la Patria

El 1º de marzo de 1851 el gobernador de Entre Ríos emitió un decreto, conocido como “el pronunciamiento de Urquiza”, en el cual aceptaba la renuncia que Rosas presentaba anualmente en la seguridad de que le sería rechazada unánimemente por gobernadores y legisladores. Además reasumió para Entre Ríos la conducción de las relaciones exteriores que todos los gobernadores federales delegaban en el Restaurador. Eso era, lisa y llanamente, una declaración de guerra.

Esa circunstancia nacional se daba en un contexto internacional especialmente erizado. El 30 de septiembre de 1850 habían quedado rotas las relaciones entre la Confederación Argentina y el Imperio de Brasil. Ese día el ministro de Negocios Extranjeros brasileño, Paulino Soares de Souza, entregaba, a su pedido, los pasaportes al embajador argentino, general Tomás Guido, quien dos días después, con la totalidad del personal de la Legación, abandonaba Río de Janeiro.

La ruptura culminaba una tensa situación entre la Confederación gobernada por Rosas y el Imperio de Pedro II. Desde 1843, después del triunfo argentino sobre Inglaterra y Francia, sabían perfectamente los sagaces hombres de Estado brasileños que “o el Imperio terminaba con Rosas, o Rosas terminaba con el Imperio”, pues don Juan Manuel estaba decidido a liquidar las ínfulas expansionistas del Brasil, que ya habían mutilado a la Banda Oriental y al Paraguay del territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Rosas reclamaba también la devolución de las Misiones Orientales ocupadas ilegalmente por los lusitanos desde 1801.

Lo más temido por Pedro II y sus colaboradores era que, derrotados sus aliados en Montevideo como consecuencia del sitio del general Oribe, partidario de Rosas, un congreso legítimamente oriental suscribiese, en las huellas de Artigas, su incorporación al Pacto

Federal. O, lo que era aun peor para sus intereses, se formase una nueva Confederación tripartita entre la Argentina, la Banda Oriental de Oribe y la República de Bolivia, donde Manuel Isidoro Belzú, un presidente con fuerte apoyo popular, simpatizaba abiertamente con el americanismo de Rosas.

La relación de fuerzas era claramente favorable para nuestra patria pues el Restaurador había preparado cuidadosamente, en armamento y en adiestramiento, dos fuertes cuerpos militares: el Ejército de Operaciones de la Confederación Argentina acantonado en Entre Ríos y Corrientes bajo el mando del general Urquiza, que podía poner entre 15 o 16 mil hombres sobre las armas. Y el Aliado de Vanguardia, en la Banda Oriental, con un número semejante de combatientes argentinos y orientales, comandado por el general Oribe.

Mientras en la Argentina el pueblo se encolumnaba, en su enorme mayoría, detrás de don Juan Manuel, en Brasil se sucedían los conflictos políticos. La revolución democrática había sido extinguida y el vizconde Olinda dejaba la presidencia del gabinete el 8 de octubre de 1849, siendo reemplazado como canciller por el tenaz y astuto Paulino Soares de Souza, más tarde vizconde de Uruguay. Su propósito, como lo dice Andrés Lamas, representante uruguayo ante el gobierno brasileño, en su correspondencia con el canciller de su país Herrera y Obes, era "disponer sem bulha las cosas para una guerra inevitable". Según correspondencia privada de este último, el Restaurador, enterado de los angustiosos preparativos imperiales para la guerra, habría dicho, confiado con razón en sus fuerzas: "¡Pobres brasileros! De su emperador voy a hacer mi mayordomo".

Pero entonces sucede lo insólito: en febrero de 1851 llega dirigida al canciller Paulino una nota del encargado de Negocios brasileños en Montevideo informándole que un agente del comandante en jefe del Ejército de Operaciones argentino lo había visitado para hablarle de la posibilidad de "neutralizar" a ese ejército.

Justo José de Urquiza era, sin duda, el más capacitado jefe militar de la Confederación. Sus magníficas victorias sobre las fuerzas unitarias en India Muerta, Laguna Limpia y Potrero de Vences, y la eficaz salvación de las tropas entrerrianas después de la derrota de

Echagüe en Caaguazú, justificaban esa fama. Era gobernador de Entre Ríos desde 1841, jefe del Ejército Federal de la Reserva en 1845, en 1849 comandante en jefe del Ejército de Operaciones que, concienzudamente entrenado, equipado y armado por especial decisión de Rosas, debía ser la pieza maestra de la futura guerra con Brasil.

El gobernador entrerriano era rico, riquísimo, y uno de los secretos de ello estaba en la violación del sitio de Montevideo impuesto por Buenos Aires a partir de 1843: de las estancias entrerrianas, es decir de Urquiza, salía la carne consumida en la ciudad acosada. Dichos navíos, además, traían de retorno mercaderías de procedencia europea, contrabandeadas, que eran comerciadas ilegalmente en Buenos Aires. También la salida de oro hacia el extranjero por la puerta falsa de Entre Ríos proporcionaba grandes ganancias irregulares pues Rosas había prohibido en 1837 la exportación del oro a fin de mantener una existencia que sostuviera el valor del peso e hiciera elásticas las reacciones del mercado.

Como es de imaginar estas operaciones no eran del agrado del Restaurador, quien a regañadientes estaba dispuesto a hacer la vista gorda de los negocios del codicioso don Justo José siempre y cuando no perjudicasen los intereses de la Confederación. Por eso ordenó al capitán del puerto de Buenos Aires que negara licencia para cargar oro en buques con destino a Entre Ríos, o para descargar toda mercadería que no fuera de producción nacional. Urquiza protestó invocando la "felicidad de esta provincia" y apelando a la exaltación de la libertad de comercio. Rosas permaneció impasible. El 26 de octubre el entrerriano reiteraría su protesta, esta vez apelando a "la gloria federal adquirida en India Muerta, el Potrero de Vences". Rosas continuará sin responder y allí quedará sellado su destino.

Ambas notas, conocidas en Montevideo, hicieron suponer una ruptura de Urquiza con Rosas. Valentín Alsina, director de *El Comercio del Plata* de Montevideo y activo jefe de los unitarios emigrados a dicha ciudad, escribió a Andrés Lamas el 18 de noviembre para que aconsejase al gobierno imperial de "la necesidad de tantear a Urquiza", tal como puede leerse en el apasionante Archivo Andrés

Lamas, caj. 89, leg. 19.

Antonio Cuyás y Sampere era hombre de confianza y socio comercial de Urquiza, lo que hoy se llamaría un “operador”. Su antirrosismo había crecido en la misma medida en que mermaron sus comisiones en la venta del oro y adquisición de mercaderías europeas y cuando se le preguntaba qué actitud tomaría su jefe ante las medidas de Buenos Aires, respondía sugestivamente: “No tiene plan fijo. Obrará según las circunstancias se presenten y como lo demanden los intereses de la provincia… y los suyos personales” .

Herrera y Obes, canciller en Montevideo, llamó a Cuyás y en nombre del Brasil le formuló una pregunta: “En caso de una guerra de la Confederación con Brasil, ¿podría contarse con la defección de Urquiza a sus deberes?”, tal como lo registró el catalán en sus *Memorias*. En ese entonces la mayor expectativa brasileña era la no intervención del ejército enemigo.

La respuesta de Urquiza fue la que podía esperarse de un general de la Nación a cuyo mando estaba el principal ejército que se aprestaba a una guerra contra el Imperio que osaba hacer una pregunta tan atrevida: “¿Cómo cree, pues, el Brasil, cómo lo ha imaginado por un momento, que permanecería frío e impasible espectador de esa contienda en que se juega nada menos que la suerte de nuestra nacionalidad o de sus más sagradas prerrogativas, sin traicionar a mi Patria, sin romper los indisolubles vínculos que a ella me unen, y sin borrar con esa ignominiosa mancha mis antecedentes? (…) Debe el Brasil estar cierto de que el General Urquiza con 14 ó 16 mil valientes entrerrianos y correntinos que tiene a sus órdenes sabrá, en el caso que ha indicado, lidiar en los campos de batalla por los derechos de la Patria, y sacrificar, si necesario fuera, su persona, sus intereses, fama, y cuanto posee” (carta a Cuyás, 20 de abril de 1851).

Urquiza la reproduce el 6 de junio de 1851 en *El Federal Entre-Riano*, de Paraná, callando el nombre del destinatario. En el mismo periódico aparece un elocuente editorial, indiscutiblemente de su inspiración, donde puede leerse: “Sepa el mundo todo, que cuando un poder extranjero nos provoque, esa será la circunstancia indefectible en que se verá al inmortal general Urquiza al lado de su honorable

compañero, el Gran Rosas, ser el primero que con su noble espada vengue a la América”.

Pero allí no terminará el asunto: el 14 de septiembre Herrera y Obes comunica a Lamas que “de (parte de) Urquiza he recibido una visita muy expresiva (subrayado). No tengo perdidas mis antiguas esperanzas”. A fines de octubre se sabe en Montevideo y en Río de Janeiro algo que alimentará aun más las expectativas de los enemigos de la Argentina: una misteriosa conferencia ha tenido lugar el 23 de septiembre entre Urquiza y el gobernador Benjamín Virasoro de Corrientes con el pretexto de unas carreras de caballos, sobre todo porque Valentín Alsina informa a Lamas que Virasoro habría dicho al regresar de Concordia “que su provincia, Entre Ríos y el Paraguay serían repúblicas independientes”.

Las relaciones entre Rosas y Urquiza se van deteriorando a pasos agigantados pues el primero no ignora las maquinaciones del general en jefe de su ejército. Uno de los secretarios del entrerriano, Nicanor Molinas, explicará los motivos en sus *Apuntes* publicados en 1897: “Al pronunciamiento se fue porque Rosas no permitía el comercio del oro por Entre Ríos”. El brasileño Duarte da Ponte Riveiro, representante en Montevideo, al informar al canciller Paulino del posible objeto de la conferencia de Concordia entre Urquiza y Virasoro, explica que “(Rosas) não permitiu que a Entre-Rios vão navios estrangeiros, nem que daí saiam para ultramar. Não concedeu também que passem metais para Entre-Rios. Urquiza não só é Governador, senão também o primeiro negociante de sua Província, e as negativas de Rosas o prejudicam enormemente como negociante” (carta del 4 de noviembre de 1850).

Es probable que Urquiza, en un principio, sólo haya querido aprovechar su condición de jefe insustituible del Ejército Argentino de Operaciones y la posibilidad cierta de una guerra para extorsionar a Rosas y recobrar sus perdidos privilegios de comerciante irregular. No ignoraba que sin el Ejército de Operaciones y sin su comandante en jefe, la guerra estaba perdida para la Confederación. Debió creer que Rosas le devolvería sus negocios aduaneros como premio o precio por quedarse en las filas argentinas.

De su parte, es posible que Rosas no haya creído que la actitud de Urquiza desembocaría en una flagrante traición a la patria. Confiaría en que al iniciarse la guerra el entrerriano, un auténtico gaucho federal, dejando para otra oportunidad sus ambiciones materiales, correría a tomar su puesto de honor en las filas argentinas. Sabía que ambos compartían su desconfianza hacia lo extranjero, el apego a la tierra, la antipatía hacia los unitarios refugiados en Montevideo, el coraje puesto a prueba en cien combates. Como escribiría José M. Rosa, "fue el más grande y el más catastrófico error cometido por Rosas en su vida".

Las negociaciones tuvieron en intensa actividad al *Golphinho*, un veloz buquecillo de vapor de la legación brasileña en la Banda Oriental que llevó y trajo comunicaciones y mensajeros entre Montevideo y Río de Janeiro. Fue a su bordo que el 24 de enero de 1851 llegó de Concordia Antonio Cuyás y Sampere y se dirigió de inmediato a la legación imperial de la calle Ituzaingó. En los Archivos Históricos de Itamaraty se conserva la carta del canciller Paulino que, entre entusiasta e incrédulo, dirige a Herrera y Obes, su par uruguayo: "De lo comunicado por éste (Cuyás) hace pocos días, puedo deducir que el general Urquiza no desea ir a la guerra contra Brasil (...) y que se prestaría de buen grado, no solamente a permanecer neutral, circunstancia que impediría a Rosas entrar en campaña, sino también a promover la caída de Oribe y la elevación de Garzón para la presidencia, asegurando que éste daría a Brasil todas las satisfacciones y reparaciones que le son debidas". Aunque ante tanta bonanza se pregunta: "¿Pero obrará Urquiza, en efecto, de buena fe? ¿No será una comedia entre él y Rosas? Una tal perfidia sería en verdad atroz: ¿pero no siguen los caudillos la máxima propalada por el dictador de que es lícito armar lazos para cazar tigres?"

Es de imaginar la sorpresa del emperador brasileño y los integrantes de su gabinete. Su interlocutor era nada menos que el general en jefe del Ejército de la nación enemiga con la que la declaración de guerra era inminente y cuyas posibilidades de éxito eran mayúsculas, de acuerdo a la opinión de expertos militares europeos.

"Ante una tal manera de argumentar, y receloso de despertar las

desconfianzas en Urquiza, guardé para mí las reflexiones que naturalmente me ocurrieron, nacidas de ver a Urquiza con pretensiones iguales a las que podría tener el Jefe de un Estado independiente de la Argentina, y que fuese reconocido como tal, y también de la simplicidad con que el general de los Ejércitos de la Confederación Argentina exige del gobierno que va a romper hostilidades con el suyo ¡¡la declaración previa de que va a hacerlo!!". Es que Urquiza negocia como si fuera el presidente de un nuevo país nacido de su acuerdo con Corrientes. Nada tiene que ver ya con la Argentina.

Los brasileños imponen sus condiciones: Brasil se comprometería en una acción militar contra Rosas solamente con la certeza de un público e irreversible "pronunciamiento" de Urquiza contra el Restaurador. Además exigían un compromiso escrito de que luego de la inevitable victoria de ambos ejércitos unidos el entrerriano garantizaría al Imperio sus premios: el reconocimiento de sus derechos sobre las Misiones Orientales, la libre navegación de los ríos interiores argentinos, el probrasileño Garzón elevado a la presidencia de la República Oriental, el reconocimiento de la independencia paraguaya para que cayera en la órbita del Imperio.

Es decir que los hábiles negociadores brasileños eran ahora quienes imponían sus condiciones cuando pocos meses antes no veían salida a su situación de inferioridad militar y política ante la Argentina. Los unitarios argentinos nucleados en Montevideo asistían con entusiasmo a la amenaza que se cernía sobre Rosas y no entraban en consideraciones patrióticas, como tampoco las habían hecho cuando su Argentina había sido atacada por Francia primero y luego por Francia y Gran Bretaña unidas. Para ellos todo era válido para derribar al Restaurador.

Valentín Alsina aconsejaba a Andrés Lamas, en una carta conservada en el Archivo de éste, el 23 de octubre de 1850: "Urquiza no tendría que hacer una declaración de guerra a Rosas ni a nadie, sino dirigirse solo a Oribe, que se ha negado a sus demandas y a quien no mira como entidad política. Rosas vendría en auxilio de Oribe, y desde ese momento él sería el primero en obrar contra el Brasil, y no

éste en declararle la guerra a él”.

Alsina dirigía *El Comercio del Plata* en reemplazo de Florencio Varela, asesinado en marzo de 1848. Dicho periódico del antirrosismo fue subvencionado hasta 1847 por la casa británica Lafone, desde entonces hasta mediados de 1850 por el cónsul francés Devoize, y a partir de allí por el Imperio brasileño.

A principios de marzo de 1851 Paulino ya pudo escribir a Lamas: “Vamos a corresponder a las aperturas de Urquiza a condición de que se declare y rompa con Rosas de una manera clara, positiva y pública. Si este rompimiento se verifica, Rosas está perdido (…) Pues Rosas es el principal obstáculo para la paz y la tranquilidad de las fronteras del Brasil, y el principal obstáculo a la independencia, paz y prosperidad de las Repúblicas del Paraguay y el Uruguay, y a la apertura del río de la Plata a la navegación de las naciones ribereñas”. Sin duda, el canciller brasileño lo tenía muy claro…

Con su gobierno Paulino será aun más franco: “Garzón y Urquiza no tendrán otro remedio que apoyarse en el Brasil y serle leal. Las cuestiones internas que nacerán para ellos de estas novedades (las caídas de Oribe y Rosas) han de ocuparlos y molestarlos bastante, para que se acuerden de complicarse con nosotros. Será entonces fácil dar una solución definitiva y ventajosa a nuestros problemas, que pueda asegurarnos para el futuro”.

Las cosas han llegado a tal extremo que Urquiza parece tomar conciencia del paso antipatriótico que va a dar y ruega a Herrera y Obes que las cosas se hagan de manera de “que no parezca una traición”. Entonces Paulino hace redactar un memorial destinado a convencer al entrerriano de que no puede haberla en su patriótica actitud de ponerse al lado de la civilización contra la barbarie: “Este hecho es la obra exclusiva de Don Juan Manuel de Rosas (…) No tiene de su parte ni la razón, ni la justicia, ni los medios de vencer”.

Cuyás y Sampere, que había resultado investido como Plenipotenciario del Estado Libre de Entre Ríos aunque ningún acto había exteriorizado la independencia de una nueva república, no descuidará sus intereses económicos, que eran los de Urquiza. Así lo expresa Herrera y Obes a Lamas para que lo haga saber al Imperio:

“Le parece a Cuyás que Urquiza nada teme de Rosas por el lado de tierra, pero teme que el Restaurador pueda enviarle corsarios sobre el comercio de Entre Ríos (…) Le parece a Cuyás que Urquiza ha de exigir, y muy expresamente, el auxilio y la protección de las fuerzas navales brasileñas (…) Convendría también, según Cuyás, la ocupación de la isla de Martín García”.

También aprovechará el “operador” del entrerriano para sacar algún rédito personal, cobrándose tanto ajetreo y el riesgo de caer en manos de Rosas: “Para resolverlo a partir cuanto antes”, esta vez es Pontes, ministro brasileño en Montevideo, quien escribe a Paulino, “le fleto una ballenera y le entrego dieciocho onzas de oro”.

Finalmente Urquiza hace redactar el pronunciamiento en contra del Restaurador. Será en los términos reclamados por el Imperio y lo dirigirá a los demás gobernadores de las provincias argentinas dando a conocer el gran movimiento por la libertad y la Constitución, del cual ha resuelto “ponerse a la cabeza”. No les pide ayuda, simplemente los notifica de que las lanzas entrerrianas y “alguna ayuda” de las bayonetas brasileñas bastarán para derribar al gobernador de Buenos Aires. En el comunicado las tropas a sus órdenes habían dejado de ser el Ejército de Operaciones de la Confederación, ahora eran el Ejército de Entre Ríos.

Pero antes de dar a publicidad “el pronunciamiento” don Justo José aún tuvo temas para negociar. Cuyás se lo recuerda: “Conviene que V.E. no dé la cara de frente hasta que se asegure los elementos con que debe contribuir cada uno de los Estados de la coalición en un tratado o convención. No sea que después de verlo comprometido quisieran sacar ventajas de los embarazos que la precipitación suscitara a V.E. Hoy estas ventajas puede sacarlas V.E., porque necesitan su cooperación”. Es decir la desconfiable reticencia garantizaba sacar más beneficios del Imperio, lo que sería más difícil cuando las acciones se desencadenasen y ya no hubiese posibilidad de dar marcha atrás. Insistirá en ello días más tarde, esta vez en clave: “De suerte que aquellos hombres deben contarlo empeñando ya en el nuevo giro por sí solo. Yo he negado este hecho, asegurando que V.E. no despacharía sus buques sin que la contrata estuviera firmada,

porque entiendo que mientras la Niña se enamora todo se concede, y después que ha cedido la ilusión disminuye y falta la voluntad de cumplir las ofertas".

De allí en más el Ejército de Operaciones de la Confederación Argentina, preparado, armado y destinado precisamente a la guerra contra el Imperio de Brasil, dejaba de ser una fuerza argentina. Y con su general a la cabeza, con cañones, parque, etc., provistos por los aportes de la ciudadanía argentina, pasaba a pertenecer a un ficticio Estado de Entre Ríos, aliado al Imperio brasileño en guerra contra la Confederación Argentina.

El pacto despertaría reacciones en Brasil y los liberales opositores hacen de él un arma en contra del gobierno. Holanda Cavalcanti de Albuquerque, senador liberal por Pernambuco, en la sesión del 27 de mayo de 1851 acusa al gabinete de "andar descaminhando os governadores de nossos vizinhos", lo cual no le parecía ni correcto ni honorable para un Imperio. También Manuel de Assis Mascarenhas, senador mulato por Río Grande del Norte, se queja porque "Brasil no declara a Rosas una guerra franca y leal".

Tales críticas, sumadas a las de algunos periódicos, opuestas a "igualar al emperador con un rebelde en la firma de un tratado", llevaron a la inesperada reticencia de Pedro II, que no deseaba "mezclar la púrpura imperial" en asuntos tan turbios. Paulino propone entonces a da Pontes Ribeiro, el 17 de junio, que se supriman aquellos artículos en los que se hacían claros los entremeses del acuerdo: "Conviene, y mucho, eliminar los arts. 2º y 3º, en lo cual Urquiza no puede dejar de convenir. No parezca que Urquiza obró por instigaciones nuestras, y que su declaración fue una condición que le impusimos. Aunque así sea, que no aparezca en el convenio". Más adelante una frase de demoníaca exquisitez: "V. Excia. hizo muy bien en poner eso en el proyecto para asegurarse, pero hecho el edificio deben tirarse los andamios". Tan revelador documento se conserva en Itamaraty, clasificado en el Archivo de la correspondencia da Pontes-Paulino, y está al alcance de quien desee leerlo.

La defección del ejército de Urquiza significaba el inevitable triunfo de Brasil en la guerra. Era imposible para Rosas defenderse de la

acción conjunta de dos inmensos ejércitos unidos, el de Brasil y el de Argentina. Todo no pasaría de ser un paseo militar. Para completar el cuadro el otro ejército de la Confederación —el Aliado de Vanguardia, que con Oribe sitiaba Montevideo— fue incapaz de resistir la pinza de las fuerzas del Ejército Grande, como acertadamente se dio en llamar a las fuerzas aliadas. Con 5.000 hombres del Ejército de Operaciones Urquiza cruzó el río Uruguay el 19 de julio, dejando a los 10.000 restantes en Entre Ríos para cuidar la retaguardia. El 4 de septiembre, de acuerdo a lo acordado, 16.000 soldados de las fuerzas imperiales, entre los cuales se contaban 3.000 temibles mercenarios alemanes, también atraviesan la frontera. Oribe capitularía el 8 de octubre y el Ejército Grande se incrementaría aun más con la incorporación de oficiales y soldados de ese ejército.

Mientras, en Buenos Aires, la reacción popular fue rabiosa contra el pasado jefe del Ejército de Operaciones. En los festejos del 25 de Mayo se paseó un inmenso cartel en que se leía: "¡Muera el loco, traidor, salvaje unitario Urquiza!" que fue colgado de la pirámide. Los periódicos desbordan de manifestaciones denostatorias hacia Urquiza y en las calles se escuchan coplas agresivas:

¡Al arma, argentinos!
cartucho al cañón;
que el Brasil regenta
la negra traición.
Por la callejuela,
por el callejón,
que a Urquiza compraron
por un patacón.

¡El sable a la mano
al brazo el fusil!
Sangre quiere Urquiza
balas el Brasil.
Por la callejuela,
por el callejón,
que a Urquiza compraron

por un patacón.

Sorpresivamente, y aprovechando “que la Niña todavía está enamorada”, Urquiza exige al Brasil 400.000 pesos fuertes, una fortuna en la época, para financiar la alimentación de su ejército, además de correr por exclusiva cuenta del Imperio la provisión de armas, caballada y demás equipamiento para todas las tropas. El entrerriano exige esos patacones como condición *sine qua non* y Caxias aconseja que se los den aunque todos saben que los víveres poco le costarán ya que serán provistos por sus inmensas estancias. “Urquiza es muy despechado y orgulloso —escribe el 20 de octubre el marqués al ministro de Guerra, Souza e Mello, en documento también conservado en el Archivo Histórico Itamaraty, “Missão Carneiro Leão” FL, sec. 06, vol. 1— cualquier negativa de nuestra parte irritaríalo mucho, siendo él, como sabe V. Excia., alguien a quien poco le falta para mudar de opinión de la noche a la mañana. Hallándose hoy con un ejército poderoso, por los refuerzos de las tropas argentinas que mandaba Oribe, no le sería tal vez muy difícil arreglarse con Rosas mediante alguna concesión que éste le hiciera, y ponerse en contra nuestra”.

Sobre el soborno a Urquiza, Diego Molinari en su libro *Prolegómenos de Caseros* publica una carta que míster Robert Gore, encargado de negocios británico en Montevideo, mandó el 22 de mayo de 1851 al primer ministro lord Palmerston: “Me ha sido comunicado confidencialmente que Pimenta Bueno, el nuevo presidente de la provincia de Río Grande, dispone de treinta mil libras esterlinas suministradas por el gobierno imperial a fin de sobornar a Urquiza, gobernador de Entre Ríos, para que se una al plan de derrocamiento del General Rosas, y que si esta suma no es considerada suficiente, el gobierno brasileño está dispuesto a adelantar el doble de la misma, si es necesario”.

Domingo Sarmiento, convertido poco después de Caseros en acérrimo enemigo del entrerriano, le escribirá: “Se me caía la cara de vergüenza al oírle a aquel Enviado (del Brasil) referir la irritante escena y los comentarios: ¡Sí, los millones con que hemos tenido que

comprarlo (a Urquiza) para derrocar a Rosas! Todavía, después de entrar en Buenos Aires, quería que le diese cien mil duros mensuales”.

Y todavía más: “Yo he permanecido dos meses en la Corte del Brasil, en el comercio casi íntimo de los hombres de estado de aquella nación, y conozco todos los detalles, General, y los pactos y transacciones por los cuales entró S.E. en la liga contra Rosas. Todo esto, no conocido hoy del público, es ya dominio de la Historia, y está archivado en los ministerios de Relaciones Exteriores del Brasil y del Uruguay” (D. F. Sarmiento, “Carta de Yungay”, 13 de octubre de 1852).

Al pedido de dinero posterior a Caseros, hecho por Diógenes a nombre de su padre la mañana del 24 de febrero en Buenos Aires, había precedido un fuerte incidente con Honorio, encargado de la relación con el entrerriano, pues tanto él como Urquiza alzaron la voz en medio de mucha gente reunida en el salón de Palermo. El jefe argentino, acosado por las exigencias brasileñas de cumplir con sus acuerdos, gritaba “que ya había hecho mucho por Brasil, que no olvidaran que gracias a su pronunciamiento el emperador conservaba la corona en su cabeza”. Y en ello, lamentablemente, tenía razón.

El “Ejército Grande” podía haber entrado en Buenos Aires al día siguiente de Caseros, pero los brasileños forzaron a Urquiza a hacerlo recién el 20 de febrero, aniversario de la batalla de Ituzaingó, como reparación por aquella derrota del Imperio a manos del ejército argentino. Un testigo presencial dejará su testimonio: “Era un espectáculo completamente nuevo para Buenos Aires, un ejército extranjero paseándose a banderas desplegadas por las calles de la ciudad, donde tan sólo uno, el británico, había entrado, pero para rendir sus armas en la Plaza de la Victoria”.

Queda para la lectora o el lector el juicio acerca de los “malditos” y los “indultados” de nuestra historia… (34, 41, 128, 135).

55
La víctima expiatoria

Sarmiento, con su franqueza brutal, escribirá a Nicolás Avellaneda el 16 de diciembre de 1865: "Necesito y espero de su bondad me procure una colección de tratados argentinos, hecha en tiempo de Rosas, en que están los tratados federales que los unitarios han suprimido después con aquella habilidad con que sabemos rehacer la historia".

Un caso notorio de "apropiación" se dio con el poema de Olegario Andrade dedicado "Al General Ángel Vicente Peñaloza", que comienza:

¡Mártir del pueblo! Víctima expiatoria,
Inmolada en el ara de una idea,
Te has dormido en los brazos de la historia...

En una edición oficial de 1887, quizás queriendo hacerle un favor al poeta perseguido por sus ideas, el texto es transformado en una elegía a ¡Juan Lavalle! Y en la introducción firmada por Benjamín Basualdo en ningún momento se hace alusión a las ideas federales y antiporteñas de Andrade, quien junto con José Hernández, Carlos Guido y Spano y el Alberdi tardío constituyeron el grupo de los intelectuales opuestos a sus colegas europeizantes y elitistas del puerto.

En cuanto a Sarmiento, señalemos que dentro de la lista de dislates vindicativos que siguieron durante demasiado tiempo a Caseros, se cuenta uno que pretendió denigrar a Rosas aunque también lo hizo, quizás en mayor medida, con el sanjuanino quien, se esté o no de acuerdo con su ideario, merece ser recordado como uno de nuestros mayores estadistas y un preclaro educador. Pero el magnífico busto en su homenaje, obra del gran escultor francés Auguste Rodin, yace

semioculto entre los arbustos de Palermo pues fue instalado, en una acción que podría calificarse de casi pornográfica, donde estaba el dormitorio del Restaurador en su bella casa que el odio dinamitó el 3 de febrero, aniversario de Caseros, de 1899, ¡cuarenta y siete años después! —oscuro antecedente de la voladura en 1956 de la casa donde habitaron el general Perón y su esposa Eva Duarte.

En pos de la necesaria reconciliación nacional, aún pendiente, se hace necesario modificar la ubicación de dicho busto y así corregir tan insultante degradación para ambos jefes del unitarismo y del federalismo. (4, 148).

56

¿A que no me echa usted en cara?

Después de Caseros, imitando lo que hizo Lavalle tras derrocar a Dorrego, Urquiza se incautó del dinero del banco y lo repartió para pagar favores o para asegurarse lealtades. “El pícaro de Urquiza sacó del banco cuando mandaba 23 millones de pesos, y con ellos distribuyó y compró con nuestro dinero que robó a saber:

	Pesos
A don Vicente López, el gobernador de Buenos Aires	200.000
A su hijo, doctor don Vicente Fidel López	150.000
Al doctor don Benjamín Gorostiaga	150.000
Al doctor don Francisco Pico, fiscal de la excelentísima cámara	300.000
A don Ángel Elía, su secretario de Urquiza	100.000
A don Ángel Elía, para el destino que su excelencia, el general Urquiza, le ha ordenado	1.000.000
Al Coronel Lagos	80.000
Al doctor don Elías Bedoya	60.000
Al auditor del ejército, doctor don Juan Francisco Seguí	100.000
Al doctor Juan María Gutiérrez	150.000
Al general Guido	200.000
Al general don Benjamín Virasoro	1.289.000

(N. del A.: siguen algunos otros nombres y cifras menores)

”El resto hasta el completo de los 23 millones, quedarían en el bolsillo del ladrón entrerriano Urquiza, que ya que fue aventado a patadas de la provincia de Buenos Aires, se fue podrido en dinero” (Juan Manuel Beruti, *Memorias curiosas*). (20).

Vélez Sarsfield, años más tarde, en una agria polémica con Vicente F. López, le enrostró la indignidad: “¿A que no me echa en cara usted

que yo hubiese aconsejado a que diese a ningún hombre de mi familia 200.000 pesos como hizo usted darle a su padre por el general Urquiza?” (Ramón J. Cárcano, *De Caseros al Once de Septiembre*). (33).

57
Una revolución que no les pertenece

La relación entre Urquiza y los unitarios se deterioró rápidamente. Siempre dispuesto a la polémica, Sarmiento será un ariete en contra del vencedor de Caseros, quien se fastidiará con las ínfulas del sanjuanino que se adjudicaba un rol protagónico en la caída del Restaurador. “Hace veinte años que las prensas chillan en Chile y Rosas no se ha asustado”, gritará el entrerriano, furioso. También: “Ahí está el boletinero escribiendo cuantos disparates se le ocurren”.

Sarmiento se había adjudicado el extraño rol de “boletinero del Ejército Grande”, autopremiándose con el rango de teniente coronel y confeccionándose un vistoso uniforme con el que se hizo fotografiar con expresión de impostada fiereza.

Alberdi, en su famosa polémica con el sanjuanino, lo agredirá: “¿Quién conoce a los que redactaron los boletines de las campañas de San Martín, de Bolívar, de Belgrano? ¿Publicaron esos soldados de pluma sus campañas personales en los ejércitos de la inmortal guerra de España? Si San Martín y Bolívar hubiesen llevado a su lado a redactores que al tiempo de escribir el Boletín de sus jornadas llevasen diarios secretos para desmentir mas tarde al Boletín Oficial, la gloria americana sería hoy la mitad de lo que es”.

Lo cierto fue que Sarmiento escribió dos historias: una “para los de casa”, y otra, distinta, “para los de afuera”. Para los primeros confesó que la responsabilidad y el éxito del combate “se debe a los brasileños y orientales”; para los segundos, dijo que el boletín “es una novela muy interesante que tuvimos el honor de componer Mitre y yo”; para los primeros minimiza la contienda: “el combate, pues, se redujo a la casa de Caseros embestida por el frente y el costado de la derecha por diez batallones de infantería de línea brasileros y orientales; y aunque hubo resistencia de la artillería colocada en el patio que no veía lo que

pasaba en todo el campo y un momento muy nutrido de fuego de infantería, el combate era demasiado desigual para que durase mucho tiempo"; para los segundos, en cambio, aseguró que "fue una batalla de largo aliento, donde se jugaron las libertades y las glorias de un país tiranizado".

El conflicto entre los dos máximos ideólogos de aquellos años argentinos se intensificó cuando Juan Bautista defendió las posiciones federales de Urquiza, en contra del porteñismo exacerbado de Domingo Faustino. El primero, por ejemplo, cuestionará el concepto descalificador de "democracias bárbaras" endilgado a algunas provincias y sus gobernadores: "Distinguir la democracia en democracia bárbara y en democracia inteligente es dividir la democracia; dividirla en clases es destruirla, es matar su esencia que consiste en lo contrario a toda distinción de clases. Democracia bárbara quiere decir soberanía bárbara, autoridad bárbara, pueblo bárbaro. Que den ese título a la mayoría de un pueblo los que se dicen 'amigos del pueblo', 'republicanos' o 'demócratas', es propio de gentes sin cabeza, de monarquistas sin saberlo, de verdaderos enemigos de la democracia".

El furor del sanjuanino lo llevará a insultar al tucumano en una de sus "cartas quillotanas", pidiendo que "alguien le saque los calzones a ese raquítico, jorobado de la civilización, y le ponga polleras. (…) Entecado que no sabe montar a caballo, abate por sus modales, saltimbanqui por sus pases magnéticos, mujer por la voz, conejo por el miedo, eunuco por sus aspiraciones políticas".

Urquiza deseaba mantener el apoyo de las provincias antiporteñistas, en las que el rosismo tenía fuerte y persistente predicamento en la plebe, por ello se esforzaba por reivindicarse como gaucho y federal y por demostrar que nada tenía que ver con los centralistas unitarios. Según testigos, al recibir los parabienes por la victoria, decía con sorna: "Yo no he hecho nada. Aquí he venido a encontrar que los escritores de Montevideo y Chile lo han hecho todo". Mitre, creyendo que el improperio lo alcanzaba, le pidió una explicación. Don Justo le respondió: "Con usted no, pero sí con ese Sarmiento que es un pretencioso, un intransigente y un anarquista".

Urquiza tendrá motivos para reflexionar sobre su actitud. Diez años después de Caseros se franqueará con doña Josefa Gómez, quien transcribirá sus palabras a don Juan Manuel de Rosas en 1864: “Muy largo me sería detallarle todo lo que conversamos en esos siete días siendo la principal materia el dolor con que recuerda su gran error y crimen en haber dado en tierra con el gobierno de usted y todo esto con considerandos elocuentes que presenta la terrible situación de la República Argentina, nuestra desgraciada Patria común”.

El 5 de mayo de 1858, dijo Sarmiento: “Se trata ahora de asesinarlo. El tirano tiembla ya. La libertad y la nacionalidad se darán la mano cuando reviente Urquiza, que sigue en su agujero del palacio de San José, inflándose como un escuerzo”. No sería ése el único exabrupto del sanjuanino. El 20 de setiembre de 1860 escribía a Mitre: “No deje cicatrizar la herida de Pavón. Urquiza debe desaparecer de la escena cueste lo que cueste: Southampton o la horca. Es la única nube negra que queda en el horizonte”.

Nunca le perdonarán que a los pocos días de Caseros, el 21 de febrero, disgustado con su ministro, el unitario Valentín Alsina, aquel que aconsejaba al emperador del Brasil cómo derrotar a su patria, quien había decretado la prohibición de lucir el cintillo punzó, los llamó “díscolos (que) se pusieron en choque con el poder de la opinión pública y sucumbieron sin honor en la demanda. Hoy asoman la cabeza y, después de tantos desengaños, de tanta sangre, se empeñan en hacerse acreedores al renombre odioso de salvajes unitarios y, con inaudita impavidez, reclaman la herencia de una revolución que no les pertenece, de una patria cuyo sosiego perturbaron, cuya independencia comprometieron y cuya libertad sacrificaron con su ambición”. (84, 98, 153).

58
El patriotismo de nuestros próceres

Mucho se ha hablado de la decadencia de valores en nuestra Argentina, esa carencia de frenos morales y éticos que ha facilitado la corrupción y la ineficiencia en lo público y también en lo privado. A dicha falencia debemos agregar, y no con menor importancia, la debilidad del amor por nuestra patria y la consiguiente irresponsabilidad ante nuestros compatriotas (etimológicamente "hijos del mismo padre", es decir, hermanos) difundidas en todos los estratos de la sociedad argentina, pero muy especialmente, con lamentables consecuencias, en nuestra dirigencia.

Se ha inculpado de ello al aluvión inmigratorio que durante la presidencia de Juárez Celman, a principios del siglo pasado, hizo que el suelo argentino estuviera más poblado por extranjeros que por nativos. No se puede negar a ello alguna influencia pero lo señalado tiene su principal origen un siglo antes, en los albores de nuestra patria, y se encarna en no pocos de nuestros más reconocidos próceres, particularmente en los vencedores de las guerras civiles. Muchos de ellos compartieron una convicción que se extiende hasta nuestros días: nuestra patria carece de condiciones, sobre todo humanas o raciales, para valerse por sí misma y sólo es viable "colgada" de los intereses de la potencia de turno: Inglaterra, los Estados Unidos, o de los organismos representantes del poder financiero: FMI, Banco Mundial. Poderes que siempre recompensaron generosamente a sus "socios interiores".

Sarmiento lo definiría con su brutal agudeza: "civilización o barbarie", y escribiría a Mitre dejando claro quiénes son unos y otros: "No trate de economizar sangre de gauchos, es un abono (de la tierra) que es preciso hacer útil al país" (carta del 20/9/1861). Su concepto de nuestros indios no era mejor: "Se les debe exterminar sin ni

siquiera perdonar al pequeño, que tiene ya el odio instintivo al hombre civilizado" (*El Nacional*, 19/5/1857).

Pero es el menos impulsivo Alberdi, el ideólogo e intelectual más influyente de su época, nada menos que el redactor de nuestra Constitución Nacional, quien hará más transparente esa tendencia a descalificar lo autóctono en desmedro de lo extranjero, dominante hasta nuestros días. Ya durante el bloqueo francés a nuestro puerto en 1840 escribiría en *El Siglo* de Montevideo que "mi patria es la igualdad, la libertad y la fraternidad y por eso mi bandera es la tricolor (francesa)". Tampoco tendrá empacho en subir a los barcos galos con Echeverría, Florencio Varela, Miguel Cané y otros para ser espectadores de la heroica y victoriosa resistencia de paisanas y paisanos contra el ejército cipayo conducido por Juan Lavalle.

Alberdi, quien pasará la mayor parte de su vida en Europa, llegará al extremo de proponer que el idioma nacional fuese el francés, convencido como sus pares de que las tradiciones hispánicas y cristianas de nuestros sectores populares eran resistentes al "progreso". A propósito recordemos que el aporteñado Sarmiento (a quien sugestivamente se lo idolizará como "el profeta de la pampa" a pesar de haber nacido en la provinciana y montañosa San Juan) no escribirá en alguna roca de los Andes "¡Bárbaros, las ideas no se matan!", sino "¡Barbares, on ne tue pas les idées!".

Nada hay de reprochable en la intención de incorporar a lo nuestro aquellos progresos civilizadores de allende los mares. Lo reclamable es que se hubieran hecho mejores esfuerzos por articular la supuesta "civilización" ajena con la prejuiciada "barbarie" propia. Tarea descartable para aquellos que pensaban como Alberdi quien, nada menos que en el texto de *Las Bases*, en el que nuestra Constitución será un apéndice, escribirá: "Es utopía, sueño y paralogismo puro el pensar que nuestra raza hispanoamericana, tal como salió formada de su tenebroso pasado colonial, pueda realizar hoy la república representativa" (pág. 5 de la edición de Besançon). Como puede verse, don Juan Bautista no tendrá empacho de referirse a una "raza" degradada a la que habrá que reemplazar por otra mejor, la anglosajona: "Ella está identificada al vapor, al comercio, a la libertad,

y nos será imposible radicar estas cosas entre nosotros sin la cooperación activa de esta raza de progreso y de civilización" (pág. 139). Es a esto y no a otra cosa a lo que se refiere cuando señala aquello tan frecuente y equívocamente citado de "gobernar es poblar". Poblar de cabellos rubios y ojos claros…

En un reciente libro Norberto Galasso nos habla sobre quienes manejaron nuestra economía nacional en aquellos tiempos inaugurales y que, como lógico corolario del ideario imperante, no tuvieron empacho en ocupar elevados cargos públicos y simultáneamente operar a favor de intereses foráneos (y personales, claro), sin que el inexistente superyó patriótico los perturbase: Rivadavia, Manuel J. García, Norberto de la Riestra, Lucas González, Manuel Quintana y otros, claros antecedentes de no pocos de nuestros recientes ministros o secretarios de Estado relacionados con la economía y las finanzas nacionales que terminada su función pasan a ser empleados de países u organismos internacionales con los que hasta pocos días atrás han negociado "en representación" de nuestra maltrecha Argentina.

La propuesta de Alberdi y sus pares fue establecer el liberalismo que convenía a la potencia de entonces, Gran Bretaña, y a los comerciantes de Buenos Aires pero esto no parecía posible con tanta "chusma" de gauchos, mulatos, indios y orilleros, es decir de argentinas y argentinos mayoritarios: "La libertad es una máquina que, como el vapor, requiere maquinistas ingleses de origen. Sin la cooperación de esa raza es imposible aclimatar la libertad en parte alguna de la tierra" (pág. 143).

Con el correr de los años Alberdi irá variando hacia ideas nacionalistas y populistas que lo llevarán a diferencias profundas con Mitre y con Sarmiento y lo condenarán al exilio permanente, pero su racismo es transparente en cada página que fundamenta *Las Bases* de nuestra Constitución Nacional, no por casualidad copiada casi textualmente de la norteamericana, incluyendo los errores de traducción de la versión de García Sena: "Haced pasar el roto, el gaucho, el cholo, unidad elemental de nuestras masas populares por todas las transformaciones del mejor sistema de instrucción: en cien años no haréis de él un obrero inglés que trabaja, consume, vive digna

y confortablemente” (pág. 43).

La patria no era la hermandad compartida de las tradiciones, las glorias, las costumbres, la lengua sino “el orden, la riqueza, la civilización” (pág. 41). Alberdi se explayará en consejos que aún hoy tienen dramática vigencia: “Proteged empresas particulares para la construcción de ferrocarriles. Colmadlas de ventajas, de privilegios, de todo favor imaginable sin deteneros en medio. (…) Entregad todo a capitales extranjeros. Rodead de inmunidades y de privilegios el tesoro extranjero para que se naturalice entre nosotros” (pág. 49). José M. Rosa escribirá que esa “naturalización” que pedía don Juan Bautista no consistía “en una asimilación del capital foráneo al país sino, a la inversa, del país al capital foráneo”.

La crítica alberdiana al patriotismo no era tangencial: “Las ficciones del patriotismo, el artificio de una causa puramente americana de que valieron como medio de guerra, los dominan (a los patriotas forjadores de nuestra independencia) y poseen hasta hoy mismo. Así hemos visto a Bolívar hasta 1826 provocar, ligar, para contener a la Europa, y al general San Martín aplaudir en 1844 la resistencia de Rosas a reclamaciones accidentales de algunos estados europeos” (pág. 33). Recordemos que las “reclamaciones accidentales” consistieron nada menos que en el ataque de las poderosas armadas de Francia, en dos oportunidades, y de Inglaterra, las máximas potencias bélicas de la época en busca de mercados.

Es entonces en el ideario de algunos de nuestros próceres mayores, sin duda admirables por muchos otros motivos, donde debe rastrearse una de las razones de nuestra debilidad de sentimiento patriótico y la desconfianza en nuestras propias capacidades nacionales, culpables en medida importante de esta trágica Argentina de hoy.

Falencia que es en buena medida responsable también de la maldición histórica que cae sobre aquellas personalidades y movimientos que calaron y calan hondo en la esencia nacional y popular de nuestra sociedad. (2, 157).

59

El costo de una escuadra

Seis meses después de Caseros, el 11 de septiembre de 1852, Urquiza había sido expulsado de Buenos Aires. Las consiguientes hostilidades entre la Confederación de provincias que respondían al entrerriano y los porteños no se desarrollaron sólo en tierra.

La flamante escuadra de Buenos Aires, comandada por el marino mercenario Zurowski, se lanzó el 17 de abril de 1853 contra los buques de la Confederación que sitiaban el puerto, pero la pericia del coronel norteamericano Coe y el superior poder de fuego y movilidad de sus naves, en las cercanías de Martín García, obligaron a la rendición de sus adversarios.

Coe echó el ancla el 23 frente a la ciudad y notificó a los cónsules extranjeros y capitanes mercantes que el puerto quedaba bloqueado "para el comercio fluvial de cabotaje y los navíos de ultramar".

Los de Buenos Aires tomaron rápidamente nota de la venalidad del capitán sitiador pues las naves que se avenían a pagar el "impuesto" estipulado podían cargar y descargar sin problemas. El embajador norteamericano Pendleton supo, desde principios de mayo, que los sitiados andaban en conversaciones con su compatriota.

Los emisarios iban y venían entre la Casa de Gobierno y el puente de mando de la nave insignia, el *Correo*. Las negociaciones estaban a cargo de un allegado a Coe, el capitán Downing de la armada de los Estados Unidos, y de Carlos Calvo, cónsul de Buenos Aires en Montevideo. Urquiza sospecha de las mismas porque su hijo Diógenes, en Montevideo, le informa en mayo acerca de una importante compra de onzas de oro por parte del gobierno porteño.

La oferta de dinero fue creciendo a medida que el comandante de la flota urquicista se muestra renuente a acordar la entrega de las naves. Pero su rechazo nunca llega a la indignada expulsión del ofertante.

Luego de un mes de tiras y aflojas, finalmente se llega a un entendimiento. Coe no quiere saber nada con devaluados billetes impresos en la Casa de la Moneda y exige onzas de oro contantes y sonantes.

Por fin, en la mañana del 20 de junio de 1853, el norteamericano manda a Buenos Aires al comandante Turner en la lancha *Enigma* a anunciar que esa misma tarde, satisfecho con lo recibido, cumpliría con su parte del trato. Fue así como los buques *Correo*, *Merced*, *Constitución*, *Maipú* y *Once de Septiembre*, además de otras embarcaciones menores, entraron en el puerto ante el alborozo de los porteños y amarraron en las balizas interiores.

Luego el comandante Coe se embarcará con algunos de sus oficiales, que también recibieron parte del botín que según Cárcano y Ferns fue de 20.000 onzas de oro, en el buque de guerra norteamericano *Jamestown*, y nunca más volverá al Río de la Plata.

Muchos opinaron que había pagado a don Justo José con la misma moneda de Caseros: el soborno y la traición. (135).

Referencias bibliográficas

1. Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, Planeta, Buenos Aires, 2000.

2. Alberdi, Juan Bautista, *Obras completas*, La Tribuna Nacional, Buenos Aires, 1886.

3. Alonso Piñeiro, Armando, *La historia argentina que muchos argentinos no conocen*, Depalma, Buenos Aires, 1979.

4. Andrade, Olegario, *Obras poéticas*, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1943.

5. Anglería, Pedro Mártir de, *Décadas del Nuevo Mundo*, Bajel, Buenos Aires, 1944.

6. Aráoz de La Madrid, Gregorio, *Memorias del general Gregorio Aráoz de La Madrid*, W. M. Jackson, Buenos Aires, 1953.

7. Archivo de la Provincia de Jujuy.

8. Archivo de la Provincia de Salta.

9. Archivo del Comando en Jefe del Ejército Argentino.

10. Archivo General de la Nación, República Argentina.

11. Archivo Andrés Lamas, Montevideo, Uruguay.

12. Archivo Itamaraty, Brasilia, Brasil.

13. Arciniegas, Rosa, *Pedro Sarmiento de Gamboa, el Ulises de América*, Sudamericana, Buenos Aires, 1956.

14. Arguedas, Alcides, *Historia general de Bolivia*, Gisbert, La Paz, 1980.

15. Artigas, José, Archivo Artigas, Montevideo, 1950-1981.

16. Assadourian, Carlos S.; Beato, Guillermo y Chiaramonte, José Carlos, *Argentina de la conquista a la independencia*, Paidós, Buenos Aires, 1972.

17. Barba, Enrique M., *Quiroga y Rosas*, Pleamar, Buenos Aires, 1974.

18. Barrera Laos, Felipe, *General Tomás Guido. Revelaciones*

históricas, Buenos Aires, 1943.

19. Bazán, Armando R., *Historia del Noroeste Argentino*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1985.

20. Beruti, Juan Manuel, *Memorias curiosas*, Biblioteca de Mayo, Buenos Aires, 1960.

21. Best, Félix, *Historia de las Guerras Argentinas, de la independencia, internacionales, civiles y con el indio*, Peuser, Buenos Aires, 1960.

22. Bidondo, Emilio A., *La guerra de la independencia en el Alto Perú*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1979.

23. Bidondo, Emilio A., *La guerra de la independencia en el Norte argentino*, Eudeba, Buenos Aires, 1976.

24. Bosch, Beatriz, *Urquiza y su tiempo*, Eudeba, Buenos Aires, 1971.

25. Botana, Natalio, *La tradición republicana*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984.

26. Bouchard, Hipólito, *Memorial dirigido al directorio del Estado*. Biblioteca de Mayo, Senado de la Nación, Buenos Aires, 1960.

27. Bringuer, Estela, *Juana Azurduy. Teniente Coronel de las Américas*, edición de la autora, Buenos Aires, 1976.

28. Bruno, Cayetano, *Historia de la Iglesia en la Argentina*, Don Bosco, Buenos Aires, 1966-1971.

29. Burgin, Miron, *Aspectos económicos del federalismo argentino*, Hachette, Buenos Aires, 1960.

30. Busaniche, José Luis, *Estanislao López y el federalismo del litoral*, Eudeba, Buenos Aires, 1969.

31. Cady, John F., *La intervención extranjera en el Río de la Plata (1838-1850)*, Losada, Buenos Aires, 1943.

32. Carbia, Rómulo D., *Historia eclesiástica del Río de la Plata*, Tomo II (1673-1810), Buenos Aires, 1914.

33. Cárcano, Ramón J., *De Caseros al Once de Septiembre*, Augusto Labourin e hijo, Buenos Aires, 1918.

34. Carretero, Andrés M., *El pensamiento político de Juan Manuel de Rosas*, Platero, Buenos Aires, 1970.

35. “Carta annua de la Compañía de Jesús, Tucumán y Perú, 1596. Misión o residencia de Santa Cruz de la Sierra”, en *Relaciones Geográficas de Indias*, t. 2, s/e, s/f, Madrid.

36. "Carta de doña Isabel de Guevara a la princesa gobernadora Doña Juana, exponiendo los trabajos hechos en el descubrimiento y conquista del Río de la Plata... Asunción, 2 de julio de 1556". En *Cartas de Indias, 1877*, p. 619-621, s/e, s/f, Madrid.

37. *Carta del sacerdote jesuita Alonso de Barzana en Argentina indígena*, recopilación y notas de Raúl Mandrini, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983.

38. Casas, Fray Bartolomé de Las, *Del único modo de atraer a los pueblos a la verdadera religión*, Fondo de Cultura Económica, México, 1942.

39. Casas, Fray Bartolomé de Las, *Historias de las Indias*, Fondo de Cultura Económica, México, 1951.

40. Chávez, Fermín, *Correspondencia de San Martín y Rosas*, edición del autor, Buenos Aires, 1975.

41. Chávez, Fermín, *Iconografía de Rosas y de la Federación: nuevos aportes*, edición del autor, Buenos Aires, 1972.

42. Chávez, Fermín, Colección Identidad Nacional *Bernardo de Monteagudo. Escritos políticos*, Ruy Díaz, Buenos Aires, Secretaría de Cultura de La Nación, 1994.

43. Colombres, Adolfo, *La colonización cultural de la América indígena*, Ediciones del Sol, Ecuador, 1976.

44. Colón, Cristóbal, *Textos y documentos completos. Relación de viajes, cartas y memoriales*, Alianza, Madrid, 1982.

45. Congreso Nacional de Historia Argentina, Buenos Aires, 1995.

46. Concolorcorvo, *El lazarillo de los ciegos caminantes*, Emecé, Buenos Aires, 1997.

47. Coria, Juan Carlos, *Pasado y presente de los negros en Buenos Aires*, J. A. Roca, Buenos Aires, 1997.

48. Cornejo, Atilio, *Historia de Güemes*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1946.

49. De la Pezuela, Joaquín, *Memoria militar del general Pezuela. 1813-1815*, edición, prólogo y notas de Félix Denegri Luna, Lima, 1955.

50. De Marco, Miguel Ángel, *La Patria, los hombres y el coraje. Historia de la Argentina heroica*, Planeta, Buenos Aires, 1998.

51. De Marco, Miguel Ángel, *Bartolomé Mitre*, Planeta, Buenos Aires, 1998.

52. De Marco, Miguel Ángel, *Corsarios argentinos*, Planeta, Buenos Aires, 2002.

53. Del Bono, Juan Ángel, *Peripecias y enfermedades en la conquista de América*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1993.

54. Dellepiane, Antonio (comp.), *Dorrego y el federalismo argentino*, América Unida, Buenos Aires, 1926.

55. Díaz de Guzmán, Ruy, *La Argentina; historia de las provincias del Río de la Plata*, Anales de la Biblioteca, Buenos Aires, 1914.

56. Di Tella, Torcuato, *Historia argentina desde 1830 hasta nuestros días*, Troquel, Buenos Aires, 1993.

57. Documentos del archivo de Belgrano, Buenos Aires, 1913-1919.

58. Duviols, Pierre, *La destrucción de las religiones andinas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997.

59. Echagüe, Juan Pablo, *Monteagudo, una vida meteórica*, Kraft, Buenos Aires, 1942.

60. Ferns, H. S., *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Solar Hachette, Buenos Aires, 1966.

61. Ferro, Carlos A., *La Bandera Argentina*, edición del Ministerio de Cultura y Educación, Buenos Aires, 1970.

62. Fitte, Ernesto, *Hambre y desnudeces en la conquista del Río de la Plata*, Biblioteca de Historia Argentina y Americana, Buenos Aires, 1980.

63. Floria, Carlos Alberto y García Belsunce, César A., *Historia de los argentinos*, Kapelusz, Buenos Aires, 1971.

64. Forbes, John Murray, *Once años en Buenos Aires. 1820-1831*, Emecé, Buenos Aires, 1956.

65. Friede, Juan, *Bartolomé de Las Casas: precursor del anticolonialismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1974.

66. Furlong Guillermo, *Misiones y sus pueblos de guaraníes*, Balmes, Buenos Aires, 1962.

67. Galasso, Norberto, *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín*, Colihue, Buenos Aires, 2000.

68. Galasso, Norberto, *De la Banca Baring al FMI. Historia de la deuda*

externa argentina, Colihue, Buenos Aires, 2002.

69. Gálvez, Lucía, *Las mil y una historias de América*, Norma, Buenos Aires, 1999.

70. Gálvez, Lucía, *Mujeres de la Conquista*, Planeta, Buenos Aires, 1991.

71. Gálvez, Manuel, *Vida de Juan Manuel de Rosas*, Claridad, Buenos Aires, s/f.

72. Gammalson, Hialmar Edmundo, *Juan Martín de Pueyrredón*, Goncourt, Buenos Aires, 1968.

73. Gandía, Enrique de, *Francisco de Alfaro y la condición social de los indios, Río de la Plata, Paraguay, Tucumán y Perú. Siglos XVI y XVII*, Centro Difusor del Libro, Buenos Aires, 1946.

74. Gantier, Joaquín, *Doña Juana Azurduy de Padilla*, Ichtus, La Paz, 1973.

75. García Camba, Andrés, *Memorias del General García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú*, Madrid, 1916.

76. García Hamilton, José Ignacio, *Don José*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

77. Gras, Mario César, *Rosas y Urquiza: sus relaciones después de Caseros*, Buenos Aires, 1948.

78. Giménez Fernández, Manuel, *Últimos años de Bartolomé de Las Casas*, Paul Rivet, México, 1958.

79. Goldman, Noemí, *Nueva Historia Argentina. Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998.

80. Groussac, Paul, *Ensayo histórico sobre el Tucumán*, Fundación Banco Comercial del Norte, Tucumán, 1981.

81. Güemes, Luis, *Güemes documentado*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1986.

82. Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza, Buenos Aires, 1980.

83. Halperin Donghi, Tulio, *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1972.

84. Halperin Donghi, Tulio, *Argentina: de la revolución de independencia a la confederación rosista*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1972.

85. Hernández Arregui, Juan José, *La formación de la conciencia nacional*, Hachette, Buenos Aires, 1960.

86. Historia General de la Compañía de Jesús en la Provincia del Perú, *Crónica anónima de 1600 que trata del establecimiento y misiones de la Compañía de Jesús en los países de habla española en la América meridional*, F. Mateos, Madrid, 1944.

87. Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismo*, Planeta, Madrid, 2000.

88. Hosne, Roberto, *Historias del Río de la Plata*, Planeta, Buenos Aires, 1998.

89. Hosne, Roberto, "Informes de los gobernadores (Gerónimo) Luis de Cabrera y (Lucas de) Figueroa (y Mendoza) sobre la prosecución de la guerra contra Calchaquí (1622)", en A. Larrouy ed., *Documentos del Archivo de Indias para la historia del Tucumán*, t. 1, p. 243-265.

90. Irazusta, Julio, *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, Trivium, Buenos Aires, 1970.

91. Iriarte, Tomás de, *Memorias*, Goncourt, Buenos Aires, 1945.

92. Jiménez, Ovidio, *Vida, época y obra de Manuel Belgrano*, El Ateneo, Buenos Aires, 1993.

93. Larreta, Enrique, *Las dos fundaciones de Buenos Aires*, OCESA, Buenos Aires, 1951.

94. Levillier, Roberto, *Gobernación del Tucumán. Correspondencia de los Cabildos en el Siglo XVI*, Documentos del Archivo de Indias, Madrid, 1918.

95. Lizárraga, Fr. Reginaldo de, *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile (1591)*, M. Serrano y Sanz, Madrid, 1919.

96. Lizondo Borda, Manuel, "El Tucumán de los siglos XVII y XVIII", Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*, tomo III, Buenos Aires, 1939.

97. López, Vicente Fidel, *Historia de la República Argentina: su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852*, Sopena, Buenos Aires, s/f.

98. Luna, Félix, *Historia integral de la Argentina*, Planeta, Buenos Aires, 1996.

99. Luna, Félix, *Segunda fila*, Planeta, Buenos Aires, 1999.

100. Luna, Félix, *Los Caudillos*, Planeta, Buenos Aires, 2000.

101. Lynch, J. L., *Juan Manuel de Rosas*, Emecé, Buenos Aires, 1984.

102. Mayer, Jorge, *Alberdi y su tiempo*, Eudeba, Buenos Aires, 1963.

103. Mesa Gisbert, Carlos D., *Manual de Historia de Bolivia*, Gisbert, La Paz, 1988.

104. Mitre, Bartolomé (et al.), *Galería de celebridades argentinas*, Buenos Aires, 1857.

105. Mitre, Bartolomé, *Historia de San Martín y la emancipación sudamericana*, Eudeba, Buenos Aires, 1968.

106. Mitre, Bartolomé, *Historia de Belgrano y la independencia argentina*, Estrada, Buenos Aires, 1947.

107. Molinari, Diego M., *Prolegómenos de Caseros*, edición del autor, Buenos Aires, 1963.

108. Morner, Magnus, *Actividades políticas de los jesuitas en el río de la Plata*, Paidós, Buenos Aires, 1969.

109. Núñez, Ignacio, Biblioteca de Mayo, Senado de la Nación, 1960.

110. O'Donnell, Pacho, *Juana Azurduy*, Planeta, Buenos Aires, 1994.

111. O'Donnell, Pacho, *Monteagudo*, Planeta, Buenos Aires, 1995.

112. O'Donnell, Pacho, *El grito sagrado*, Sudamericana, Buenos Aires, 1997.

113. O'Donnell, Pacho, *El águila guerrera*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998.

114. O'Donnell, Pacho, *El Rey Blanco*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

115. O'Donnell, Pacho, *Juan Manuel de Rosas. El maldito de nuestra historia oficial*, Planeta, Buenos Aires, 2001.

116. Orsi, René, *Historia de la disgregación rioplatense 1808-1816*, A. Peña Lillo, Buenos Aires, 1969.

117. Ortega Peña, Rodolfo y Duhalde, Eduardo Luis, *Baring Brothers y la historia política argentina*, A. Peña Lillo, Buenos Aires, 1973.

118. Pascuali, Patricia, *San Martín confidencial*, Planeta, Buenos Aires, 2000.

119. Paz, José María, *Memorias póstumas del general José María Paz*,

Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1976.

120. Pelliza, Mariano A., *Monteagudo, su vida y sus escritos*, edición del autor, Buenos Aires, 1880.

121. Petrocelli, Héctor B., *La obra de Rosas que San Martín elogiara*, Escuela de Artes Gráficas del Colegio Salesiano San José, Rosario, 1994.

122. Piosseck Prebisch, Teresa, *Relación histórica de Calchaquí, escrita por el misionero jesuita Hernando de Torreblanca en 1696*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1984.

123. Piosseck Prebisch, Teresa, *La rebelión de Pedro Bohorques, el Inca del Tucumán (1656-1659)*, Juárez, Buenos Aires, 1976.

124. Puiggrós, Rodolfo, *Pueblo y oligarquía*, Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1965.

125. Puiggrós, Rodolfo, *Los caudillos de la Revolución de Mayo*, Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1971.

126. Pueyrredón, Manuel, *Biblioteca de Mayo*, Senado de la Nación, 1960.

127. Pumar Martínez, Carmen, *Españolas en Indias*, Biblioteca Iberoamericana, Madrid, 1988.

128. Ramos, Jorge A.*, Revolución y contrarrevolución en la Argentina: las masas en nuestra historia*, Patria, Buenos Aires, 1970.

129. Ramos, Jorge A., *Recopilación de las Leyes de los Reinos de las Indias*, edición facsimilar, Madrid, 1943.

130. Reid Adrews, George, *Los afroargentinos de Buenos Aires*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1989.

131. Rex González, Alberto, *Argentina indígena*, Paidós, Buenos Aires, 1972.

132. Rock, David, *Argentina 1516-1987. Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín*, Alianza, Madrid, 1988.

133. Romero, José Luis, *Las ideas políticas en Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1983.

134. Romero, Luis Alberto, *La crisis argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.

135. Rosa, José María, *Historia argentina*, Oriente, Buenos Aires, 1974.

136. Rosa, José María, *Rosas y la revisión de la historia argentina*, Buenos Aires, 1964.

137. Rosas, Juan Manuel de, *Cartas del exilio, 1853-1875*, José Raed, Buenos Aires, 1974.

138. Ruiz Moreno, Isidoro J., *Alianza contra Rosas. Paz-Ferré-Rivera-López*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1999.

139. Sabsay, Fernando, *Caudillos de la Argentina*, El Ateneo, Buenos Aires, 2002.

140. Sáenz Quesada, María, *La Argentina. Historia del país y de su gente*, Sudamericana, Buenos Aires, 2000.

141. Sagui, J., *Biblioteca de Mayo*, Senado de la Nación, Buenos Aires, 1960.

142. Saldías, Adolfo, *Rosas y su época*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1982.

143. Salduna, Horacio, *La muerte romántica del general Ramírez*, Corregidor, Buenos Aires, 1998.

144. Sarmiento, Domingo F., *Facundo*, Estrada, Buenos Aires, 1940.

145. Sarmiento, Domingo F., *Campaña en el ejército grande aliado de Sud América*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1958.

146. Scalabrini Ortiz, R., *Política británica en el Río Plata*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1973.

147. Schmidl, Ulrico, *Viaje al Río de la Plata*, Emecé, Buenos Aires, 1997.

148. Shumway, Nicolás, *La invención de la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 2002.

149. Sierra, Vicente, *Historia de la Argentina*, Unión de Editores Latinos, Buenos Aires, 1956-1962.

150. Siles Salinas, Jorge, *La independencia de Bolivia*, Mapfre, Barcelona, 1992.

151. Simpson, Lesley Byrd, *Los conquistadores y el indio americano*, Península, Barcelona, 1970.

152. Staden, Hans, *Vera historia y descripción de un país de las salvajes desnudas feroces gentes devoradoras de hombres situado en el nuevo mundo América*, Coni, Buenos Aires, 1944.

153. Street, John, *Gran Bretaña y la independencia del Río de la Plata*,

Paidós, Buenos Aires, 1967.

154. Studer, Elena, *La trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII*, Libros de Hispanoamérica, Buenos Aires, 1984.

155. Sulé, Jorge O., *Rosas y sus relaciones con los indios*, Colección Estrella Federal, Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, Buenos Aires, 2003.

156. Tandeter, Enrique, *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial. 1692-1826*, Sudamericana, Buenos Aires, 1992.

157. Tau Anzoategui, Víctor, *Formación del Estado Federal Argentino (1820-1852). La intervención del gobierno de Buenos Aires en los asuntos nacionales*, Perrot, Buenos Aires, 1965.

158. *Tercer cuaderno sobre los autos de Don Pedro Bohorques*. En Archivo de Indias, Charcas, Legajo N° 58, p.p. 251-338. Copia en el Museo Etnográfico Nacional, Madrid, s/f.

159. Uriburu, Dámaso, *Memorias, Biblioteca de Mayo*, Senado de la Nación, Buenos Aires, 1960.

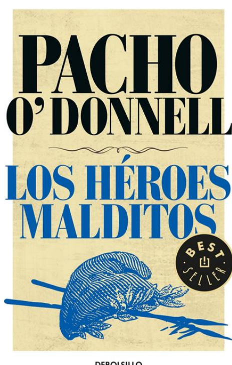
160. Vázquez, Horacio Guillermo, *El tercio de gallegos*, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 1999.

161. Vedia y Mitre, Mariano, *De Rivadavia a Rosas*, Junta de Historia y Numismática Americana, Buenos Aires, 1930.

162. Villanueva, Nicolás, *Memorias de Sipe Sipe*. *Biblioteca de Mayo*, Senado de la Nación, Buenos Aires, 1960.

163. Vitoria, Francisco de, *Relaciones sobre los indios y el derecho de guerra*, Austral, Buenos Aires, 1947.

164. Weinberg, Félix, *El periodismo en la época de Rosas*, Revista de Historia, Buenos Aires, 1957.



En las páginas de *Los héroes malditos* desfilan los pueblos originarios y sus caciques, que hostigaron tenazmente a los colonizadores europeos; las mujeres que combatieron a la par de los hombres; los jefes populares como Bohorques, Artigas, Dorrego, Campana, Moldes; los heroicos y olvidados caudillos altoperuanos; Juan Manuel de Rosas y su Confederación; los caudillos provinciales y su lucha por una organización federal; y también nuestro prócer máximo, San Martín, a quien la historia oficial ha exaltado al precio de mutilar sus ideas, que lo condenaron al exilio interminable.

Pacho O'Donnell nos demuestra que la historia que nos enseñaron posterga o suprime a aquellos personajes y movimientos que han tenido el favor de los sectores populares, con cuya fuerza han puesto en peligro al poder de turno. Ya lo decía Rodolfo Walsh: "Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los humildes no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes ni mártires (...) La historia aparece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas".

PACHO O’DONNELL

Escritor, historiador, dramaturgo y médico psicoanalista. Autor de la serie “La historia argentina que no nos contaron” (*El grito sagrado*, *El águila guerrera*, *El rey blanco*, *Los héroes malditos*). En el género biográfico publicó *Juana Azurduy. La teniente coronela* (reeditado como *Juana*); *Monteagudo. La pasión revolucionaria* (reeditado con el subtítulo de *Pionero y mártir de la Unión Americana*); y *Che. La vida por un mundo mejor* (reeditado como *Che. El argentino que quiso cambiar el mundo*). También es autor de libros emblemáticos del revisionismo actual: *Juan Manuel de Rosas. El maldito de la historia oficial*; *Caudillos federales*; *La gran epopeya. El combate de la Vuelta de Obligado*, y *Artigas. La versión popular de la Revolución de Mayo*. Varias de sus obras de teatro tienen temática histórica: *El sable*, *El encuentro de Guayaquil*, *La tentación*, *La muerte propia es un arma del enemigo* y *La furia y el viento*.

Es director del Departamento de Historia de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES), vicepresidente honorario de la Comisión de Homenaje a la Vuelta de Obligado, y fue dos veces presidente del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano “Manuel Dorrego” antes de su vergonzosa clausura. Debió exiliarse durante la dictadura cívico-militar del Proceso, y ya en democracia estuvo al frente de la Secretaría de Cultura —hoy Ministerio— de la Ciudad de Buenos y de la Nación, fue embajador en Panamá y en Bolivia, ministro plenipotenciario en España, y diputado y senador nacional de la Ciudad de Buenos Aires.

Ha sido condecorado por España con la Orden de Isabel la Católica; por Francia, en dos oportunidades, con las Palmas Académicas y la Orden al Mérito; por Chile con la Orden Bernardo O’Higgins, y distinguido también como Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires.

PACHO O'DONNELL

ARTIGAS

LA VERSIÓN POPULAR DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO



AGUILAR

PACHO O'DONNELL

CAUDILLOS FEDERALES

EL GRITO DEL INTERIOR



AGUILAR

PACHO O'DONNELL

LA GRAN EPOPEYA

EL COMBATE DE LA VUELTA DE OBLIGADO



AGUILAR

PACHO O'DONNELL

JUAN MANUEL DE ROSAS

EL MALDITO DE LA HISTORIA OFICIAL



AGUILAR

PACHO O'DONNELL

MONTEAGUDO

PIONERO Y MÁRTIR DE LA UNIÓN AMERICANA



AGUILAR

PACHO O'DONNELL

BREVE HISTORIA ARGENTINA

DE LA CONQUISTA A LOS KIRCHNER

AGUILAR



de Pacho O'Donnell

AGUILAR

PACHO O'DONNELL

1815

LA PRIMERA DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA ARGENTINA




EDICIÓN DEFINITIVA
PACHO O'DONNELL
CHE
LUCHAR POR UN MUNDO MEJOR
SUDAMERICANA

O’Donnell, Mario
Los héroes malditos / Mario O’Donnell. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Debolsillo, 2017.
(Best Seller)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-725-262-0

1. Ensayo Histórico. I. Título
CDD 982

Diseño de cubierta: Peter Tjebbes

Edición en formato digital: diciembre de 2017

Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

ISBN 978-987-725-262-0

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice